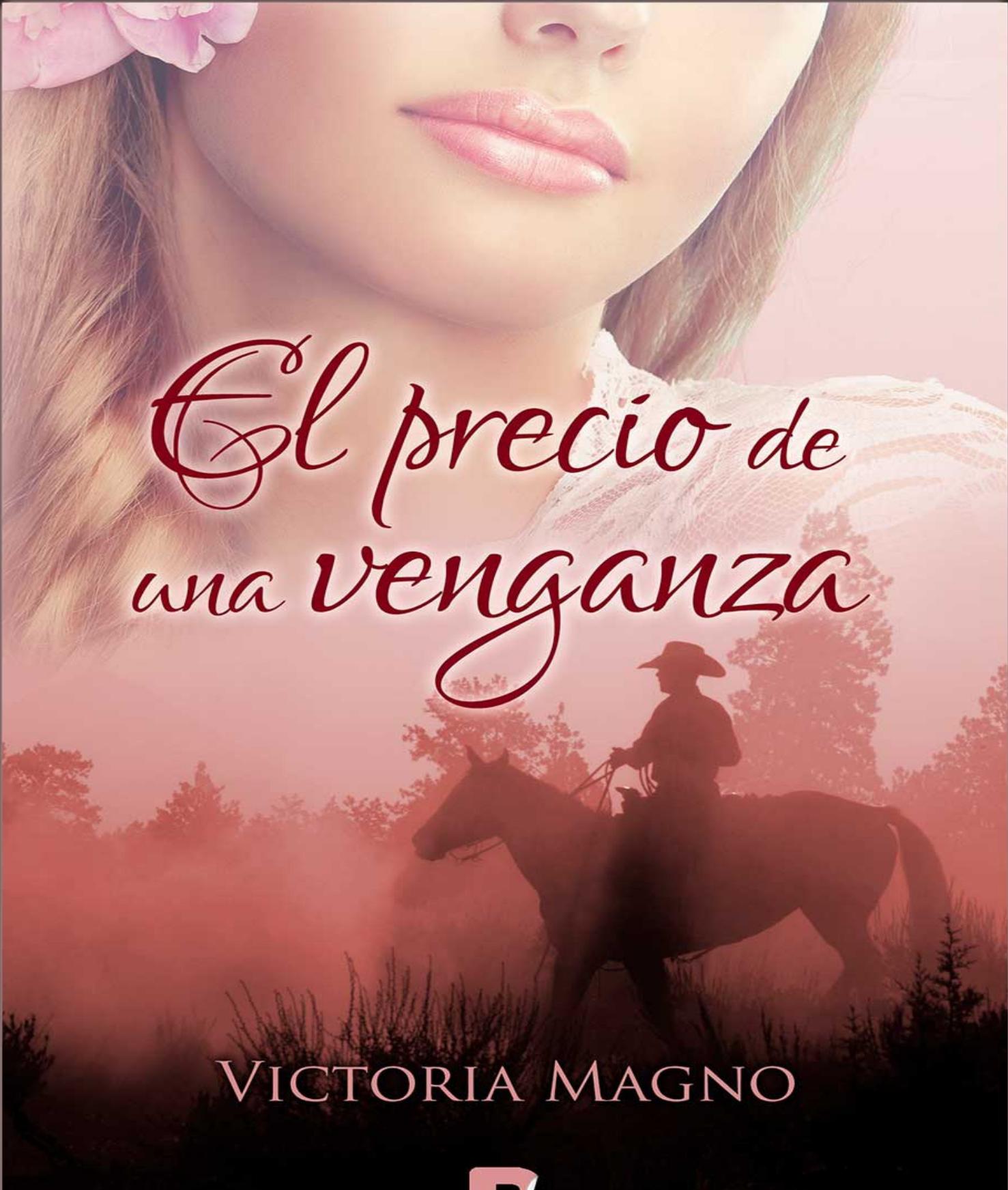


Selección RNR



*El precio de
una venganza*

VICTORIA MAGNO



Romance Histórico

El precio de una venganza

Victoria Magno



1.ª edición: junio, 2017

© 2017 by Victoria Magno

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-769-6

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para mis hijas, mis grandes amores. Ustedes son la luz y el motor de mi
vida*

Para ti, papá. Siempre presente, siempre amado, siempre conmigo

*Cielo desde un navío. Campo desde los cerros
Tu recuerdo es de luz, de humo, de estanque en calma!
Más allá de tus ojos ardían los crepúsculos
Hojas secas de otoño giraban en tu alma.*

Pablo Neruda

Poema 6

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita

Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Agradecimientos

Nota de autora

Promoción

PREFACIO

Texas, Estados Unidos

Marzo de 1885

—Jack, necesito ir al pueblo por provisiones para el día de campo que celebraremos el sábado, ¿podrías acompañarme? —le preguntó John—. Todos los otros se han marchado ya, y no queda nadie más para ayudarme a cargar.

—Por supuesto, señor Walker, ¿quieres que vaya preparando la carreta?

—Te lo agradecería, hijo. —El hombre le palmeó el hombro—. Y perdona por ponerte a trabajar en tu día libre, sé que preferirías estar con los demás pasando una buena velada en la taberna.

—No te preocupes por eso, me complace poder ayudarte en lo que pueda, señor. —Y en realidad era así; después de todo, ese amable hombre le había dado trabajo y había confiado en él, cuando nadie más lo hizo. Sin duda, toda su vida Jack se sentiría en deuda con él.

—Eres un buen muchacho, Jack, y muy trabajador. Te agradezco la ayuda —le dijo el hombre, dedicándole una sonrisa paternal, antes de marcharse de vuelta a su casa, donde su mujer y sus dos hijos pequeños lo esperaban para despedirse de él.

Jack los observó con cariño, ellos eran la perfecta familia, como la que nunca pudo conocer. Su madre había hecho lo posible para criarlo ella sola, después de que su padre murió de tifoidea, y lo consiguió por un tiempo. Hasta que tuvo que casarse con ese maldito borracho de Fynn, y todo su mundo se vino abajo.

El desgraciado era un embaucador y un abusivo que no hizo más que meterlos en un problema tras otro, eso además de golpearlos a la menor oportunidad.

Por suerte, su madre no tuvo que soportarlo mucho tiempo, una epidemia de cólera se la llevó al otro mundo antes de cumplir el año de casada con ese

hombre, dejándolo a solas con su abusivo padrastro.

Pero Jack no era tonto, si aguantó al bastardo fue para proteger a su madre en lo que pudo. Con ella muerta, ya nada lo retenía en el que una vez fue su hogar, por lo que a la primera oportunidad, Jack empacó sus escasas pertenencias y escapó.

Como todo niño soñador, se dirigió al oeste en busca de una nueva vida, colmada de aventuras, cielos azules, vastos campos y la promesa de la prosperidad. Pero pronto la realidad le dio de frente, haciéndole saber que el mundo no era benévolo con los desamparados.

Consiguió algunos empleos mal pagados con jefes abusivos que buscaban sacarle el máximo provecho a un niño sin familia, algunos de forma ultrajante, de los que pudo librarse por muy poco.

Al final, tuvo que terminar robando para sobrevivir, viajando de polizón de un lado a otro en los trenes y vagando sin parar, para huir de la policía y de los matones abusivos que buscaban a un niño sin familia del que poder aprovecharse o abusar de la forma más vil.

Pronto Jack aprendió que el mundo era más duro de lo que parecía dentro de las paredes de su casa, además de que nunca debía confiar en nadie.

Cerca de un año después de haber escapado de su hogar, consiguió llegar a Texas, buscando la oportunidad de trabajar como vaquero. Sin embargo, como le había sucedido antes, nadie parecía dispuesto a darle trabajo a un niño sin hogar.

Fue un día cualquiera cuando se topó por casualidad con John Walker. Jack había intentado robarle el reloj, y el hombre lo atrapó antes de que pudiera culminar el acto. No obstante, en lugar de mandar llamar al alguacil para que lo encerrara por robo o propinarle una buena paliza, como Jack estaba esperando, el hombre lo llevó consigo a su hogar, un próspero rancho ganadero, donde lo recibió como a uno más de sus empleados, le dio un sitio donde dormir y comida caliente, además de ropa limpia y, por primera vez en mucho tiempo, le habló con respeto.

Sus términos eran sencillos: trabajo duro y honrado, y Jack podría quedarse

a vivir allí el tiempo que deseara. Y ante el primero ser humano que le otorgó un trato digno, el niño no dudó en aceptar.

Con el paso de los años, Jack hizo lo posible por ganarse la estima de aquel buen hombre que lo había ayudado cuando nadie más lo hizo, además comenzó a instruirle en toda clase de tareas que le serían útiles en adelante

John Walker no solo había sido un buen samaritano, era el hombre que le devolvió la vida.

Ya hacía ocho años de aquello, y ahora que Jack era más un hombre que un niño, con diecisiete años de edad, tenía la fortuna de ser considerado por su patrón como uno de sus más fieles empleados y al que más afecto le tenía, llegando a estimarlo casi como a un hijo, como en muchas ocasiones John se lo había dicho.

Por ello, Jack no podía dejar de sentir menos que la más grande gratitud, respeto y admiración por aquel amable patrón que lo había ayudado cuando solo era un crío de nueve años, sucio, famélico y sin instrucción alguna sobre nada.

Ahora podía presumir de ser uno de los mejores vaqueros de la zona, conocer todo cuanto había que saber de ganado y pastura y, sin duda, de ser el mejor tirador del estado, proeza que había demostrado en las innumerables competencias que se llevaban a cabo en el pueblo entre los vaqueros de la localidad. Otro logro que le debía a su patrón, pues había sido John quien le enseñó a usar un arma, cuando Jack comenzó a quedarse a cargo de cuidar el ganado en los campos.

Tan orgulloso estaba John de su título, que en su último cumpleaños le había regalado una Colt de lujo, que Jack siempre llevaba bien guardada en su cartuchera, atada al cinto.

—¿Todo listo, muchacho? —le preguntó el amable hombre, volviendo a su lado tras despedirse de su mujer y de sus dos hijos pequeños, un niño y una niña de diez y doce años.

—Sí, señor —contestó Jack, subiendo al pescante a toda prisa, para ayudar al

hombre, ya entrado en años, a hacer lo mismo.

–Excelente. –El hombre se situó a su lado y tomó las riendas, antes de dejar sobre sus piernas un paquete tibio envuelto en una servilleta de tela –. Mi esposa te envía un poco de pan de maíz, dice que si te hemos de explotar, al menos te deberíamos alimentar de forma correcta para que no desfallezcas de hambre en el camino.

Jack rio y agradeció a la mujer, que aguardaba de pie en el umbral acompañada por sus dos hijos, todos ellos despidiéndose de ambos: ella con una sonrisa amable y sincera en los labios, los niños gritando a viva voz cuánto querían a su padre y pidiéndole que no tardara en regresar.

Sería la última vez que lo verían con vida...

Caía la noche mientras volvían por el terroso camino principal, con las provisiones ya cargadas en la carreta, cuando cinco jinetes les salieron al paso.

Jack se tensó y su primer instinto fue llevarse la mano al cinto para sacar su revólver, pero John lo detuvo.

–Espera, conozco a esos hombres, son el alguacil y los Montgomery.

–¿Qué querrán? –preguntó Jack, frunciendo el ceño. Nunca le habían agradado los Montgomery, los vecinos de su patrón y propietarios de la mayor cantidad de tierras de la región, ni tampoco el alguacil, que se sabía era corrupto, comprado por esa familia.

John frunció el ceño, Montgomery había intentado comprarle las tierras en varias ocasiones, ofreciéndole una miseria por ellas. Y él siempre se había negado a ceder.

–¡John Walker, no intente nada! –gritó el alguacil desde su caballo–. He venido a buscarlo. Usted y su acompañante bajen de la carreta con las manos en alto.

–¿Para qué me busca? –preguntó John, estrechando los ojos para ver mejor. El sol caía en el horizonte, cegándolos parcialmente e impidiéndole ver bien a

los hombres delante de ellos.

—No haga preguntas y obedezca, a menos que quiera que mis hombres vayan por usted.

—¡Él no irá a ningún lado! —gritó Jack, apretando el mango de su Colt en su cartuchera, dispuesto a sacarla a la primera provocación.

Al verlo, los hombres alzaron sus rifles contra ellos, dispuestos a responder del mismo modo.

—Jack, tranquilízate. En esta llevamos la de perder —le dijo John en voz baja.

—Pero no vamos a hacer lo que ellos quieren. Si bajamos de la carreta, somos hombres muertos. Mejor intentar huir, antes de permitirnos ser atrapados por esos tipos.

—El alguacil está con ellos, es la ley. No harán nada contra nosotros si obedecemos; por otro lado, si no hacemos caso, podrán meternos a la cárcel.

—John, ya no estás en Inglaterra —le recordó Jack a su amable patrón, acostumbrado a otra clase de vida y leyes que se cumplían eficientemente—. Esta gente no es buena. Yo digo que mejor nos vamos...

—Jack, he dicho que no. —Esta vez la voz de John fue dura, era una orden—. Baja de la carreta, ¿de acuerdo? Deja que yo me haga cargo, tú no te acerques.

Jack se mordió la lengua, pero obedeció. Después de todo, él era su patrón.

—Tranquilos, no queremos problemas. —John intentó calmar a los hombres—. Vamos a bajar, ¿de acuerdo? —les dijo, alzando las manos y poniéndose de pie para bajar del pescante.

Fue el momento en que el estallido se hizo oír, rompiendo la quietud del atardecer.

Jack miró con horror cómo John caía hacia atrás al tiempo que una mancha rojiza se extendía por su camisa.

—¡Nooo...! —gritó a todo pulmón, sacando de forma impulsiva su pistola. Una bala le dio en el hombro, pero él ni siquiera lo notó. Apuntó al hombre que le había disparado a John y tiró del gatillo y, como sabía que sucedería, el

malnacido cayó muerto enseguida.

Herido o no, él era el mejor tirador de todo Texas, y lo sabía bien.

Intentó darle a otro, pero no tuvo tiempo. Una lluvia de balas comenzó a caerle encima y como pudo Jack consiguió resguardarse tras las cajas de mercancía y los sacos de harina. Los caballos se encabitaron y, aprovechando su miedo, Jack los azuzó con todas sus fuerzas. Los hombres tuvieron que hacerse a un lado, antes de ser atropellados por la carreta que se abalanzaba sobre ellos a toda velocidad.

Jack se hizo de las riendas como pudo, esquivando las balas de los desalmados que corrían tras ellos, intentando darles alcance.

Luchando por mantenerse vivo al tiempo que trataba de meterle otra bala a alguno de esos desgraciados, Jack no vio el peñasco que tantas veces había esquivado en el camino de vuelta a casa, hasta que fue demasiado tarde.

Jack alcanzó a darle a uno y herirlo en el brazo antes de sentirse caer en el vacío junto con la carreta. Vio la grandeza del río abriéndose en su inmensidad a medida que eran tragados por la gravedad, justo antes de que todo se volviera oscuridad.

Cuando despertó, Jack apenas conseguía moverse. El agua del río había amortiguado la caída, sin embargo, el daño había sido enorme. Podía sentir las costillas rotas moviéndose cuando intentaba respirar, tenía una pierna rota y la herida de bala en el hombro le ardía como mil infiernos.

No obstante, estaba vivo. Vivo de milagro.

Algo de lo que no podía presumir el pobre de John Walker...

Sintiendo que las lágrimas se agolpaban en sus ojos, se vendó como pudo con retazos de su camisa la pierna rota y se encaminó hacia el rancho. Antes de partir examinó los alrededores, pero no había ni rastro de la carreta o del cuerpo de John. Por fortuna, los caballos, aunque heridos, se habían salvado de la caída y de ser arrastrados por la corriente.

Con un gran esfuerzo, Jack consiguió subirse a lomos de uno y salir al

galope para dar aviso a todos en el rancho de lo que había ocurrido con su patrón.

Al llegar a las inmediaciones de la casa, el alma se le fue al piso al encontrarla ardiendo en llamas, formando un espectáculo impresionante con esas enormes flamas anaranjadas, que contrastaban con la oscuridad absoluta de la noche.

—¡Jack! —escuchó que lo llamaba una voz familiar.

Se giró en la dirección de dónde provenía el sonido y lo siguió hasta llegar a los alrededores de una arboleda, donde lo recibió Crispín, un afable anciano que había sido uno de los vaqueros más antiguos de Walker, y que pasaba los últimos años de su vida trabajando en los establos alimentando a los animales.

—Crispín, ¿qué ha sucedido? —le preguntó Jack, dejándose caer del caballo, pues no tenía fuerzas para hacerlo de otro modo.

El anciano, al percatarse de su mal estado, le ayudó a sentarse con la espalda apoyada contra un árbol.

—Muchacho, estás vivo realmente—le dijo el hombre, y por primera vez Jack notó las lágrimas que mojaban sus ojos—. Ellos dijeron que te habían matado junto con el patrón. Por un momento, creí estar viendo a un fantasma.

—¿Qué...? —Jack apretó los dientes cuando una terrible punzada le atravesó el pecho cuando intentó moverse—. ¿Qué sucedió aquí?

—Fue todo un caos... —el anciano sollozó—. Los Montgomery y los hombres del alguacil aparecieron de un momento a otro, se llevaron a la señora y a los niños con ellos y robaron todo lo de valor, antes de prenderle fuego a la casa y a todo lo demás —contó con suma tristeza el anciano—. Se aprovecharon de que todos estaban afuera, en su día libre, los muy bastardos, para tomarnos por sorpresa. Apenas conseguí escapar, pero Teodoro y Leonor no lo hicieron... —Su voz se apagó con profunda tristeza y Jack lo entendió.

Teodoro era el hermano de Crispín y Leonor su mujer. La pareja, ya anciana, vivía tranquilamente en una cabaña cercana a la casa, encargándose

de algunas tareas menores del rancho.

–Tenemos... tenemos que hacer algo. –Jack se forzó en hablar a pesar del dolor–. No pueden hacer esto...

–Ha sido el alguacil mismo quien se llevó a la señora y le prendió fuego a la casa. Llegó acusando al patrón de ladrón y asesino, y a ti también, chico. Dijeron que tenían derecho a confiscar todo, y cuando intentamos detenerlos... –Él negó con la cabeza–. Hubieran matado a todos los otros si también hubiesen estado aquí, pero sin duda fue más fácil para esos animales aprovecharse del momento en que el rancho estaba más desprotegido. Pobre patrón, por ser un buen hombre y dar descansos a sus empleados, terminó perdiéndolo todo... –sollozó–. No hay justicia en este mundo.

–Yo haré justicia, Crispín –bramó Jack, apretando los puños con rabia–. ¡Yo vengaré a John!

–Estás loco si crees que podrás hacer algo, chico, y más en ese estado. –El anciano tuvo que obligarlo a quedarse quieto–. Ya te suponía muerto, con el señor Walker, que en paz descanse. –Se hizo la señal de la cruz–. En cuanto esos desgraciados se den cuenta que no estás muerto, te mandarán a matar por asesinato.

–¿Asesinato? ¡Pero si fueron esos tipos los que dispararon primero y sin motivo! –gritó Jack, furioso, y al hacerlo, una punzada de dolor le atravesó el pecho–. ¡Ellos asesinaron a John a sangre fría! Y poco les faltó para matarme a mí también... –gruñó cuando una nueva oleada de dolor le atizó al intentar ponerse de pie una vez más.

El anciano lo ayudó a acomodarse sobre el suelo al notar la gravedad de sus heridas, preocupado por su estado.

–Estás vivo pero apenas, muchacho. Necesitas ver a un médico.

–Estoy bien... –masculló él, intentando incorporarse–. ¿A dónde se llevaron a la señora Walker y a los niños?

–No lo sé, no lo dijeron... Pero Jack, no puedes ir a rescatarlos –le dijo el anciano, deteniéndolo cuando él hizo ademán de ponerse de pie, adivinando lo que iba a intentar hacer–. Estás medio muerto, y si esos hombres te atrapan, no

dudarán en terminar lo que iniciaron.

—¿Y qué quieres? ¿Que me quede aquí sentado, mientras esos asesinos hacen quién sabe qué atrocidades a la familia de John?

—No les harán nada, son unos animales, pero hasta ellos tienen límites, el alguacil Johnson aún debe obedecer la ley, aunque sea corrupto, y no se atreverá a tocar a la mujer del señor Walker ni a los niños —le aseguró el anciano—. Por otro lado, a ti te creen muerto, muchacho. Aprovecha eso para huir muy lejos, porque si alguien sabe que sobreviviste, no dudarán en poner precio a tu cabeza y darte caza. Recuerda que también te acusan de asesinato; cuando vinieron no dejaban de gritar que tú habías matado a uno de ellos y juraban matarnos a todos nosotros como venganza. Imagínate lo que te harían si te hallan a ti solo.

—No puedo huir, no sabiendo lo que esos asesinos hicieron...

—No tienes opción, muchacho. Lo contrario sería un suicidio seguro. Huye, recupérate de tus heridas y dale tiempo al tiempo... —le sugirió—. Ya llegará el momento perfecto para que puedas vengarte de esos mal nacidos por lo que le hicieron al patrón y a ti también.

—¿Y cómo demonios voy a conseguir eso?

—No lo sé, pero piensa esto, hijo: muerto no le sirves de nada a John. En cambio vivo, algún día podrás regresar y vengarte de todos esos malditos que lo asesinaron.

Jack, fijando la vista en las llamas que se elevaban hacia el cielo, asintió con la cabeza, tomándose esas palabras muy en serio.

—Está bien... —Apretó los dientes al levantarse, sintiendo que el costado iba a matarlo del dolor—. Llegado el momento, volveré y me vengaré de todos ellos.

—Me parece bien, pero antes vamos a curarte esas heridas, chico, o no conseguirás avanzar ni una milla —le dijo el anciano, ayudándolo a montar otra vez en su caballo—. Y, Jack...

El chico se giró hacia él, esperando por lo que el viejo iba a decirle.

—Cuando vuelvas para vengarte, cuenta conmigo para participar. —Los ojos del anciano, por lo general apacibles, brillaron con rabia—. Y con todos los otros vaqueros de Walker.

Jack asintió, orgulloso de la valentía de ese anciano que, a pesar de los años, demostraba que aún tenía el coraje para enfrentarse a sus enemigos y la sabiduría de una mente fría, que le enseñaría a esperar para encontrar el mejor momento de hacerlo.

—Es una promesa, Crispín —le aseguró Jack, hablando con voz gruesa y colmada de odio—. Juro que volveré y mataré a cada uno de esos despreciables tipos, y vengaré el nombre de John.

—Y yo estaré allí para ayudarte —añadió el anciano con la misma solemnidad.

CAPÍTULO 1

Veracruz, México

Agosto, 1886

El calor resultaba agobiante, tan húmedo que provocaba que cada prenda de su ropa se pegara a su piel. El sudor cubría su cuerpo de pies a cabeza, incluso en zonas donde nunca había imaginado que pudieran sudar. Parecía imposible deshacerse de esa sensación de estarse derritiendo, o de los infames mosquitos que se estaban dando un festín con él.

Su caballo tropezó con una piedra del camino, y por poco ambos terminaron aterrizando contra la tierra. El pobre animal debía estar tan cansado como él, después de ese largo viaje que no tenía idea de cuándo terminaría.

A lo lejos, encumbrada sobre una suave colina y rodeada por varios árboles, alcanzó a divisar una casona de estilo colonial. Era muy hermosa a pesar de su sencillez, una elegante construcción de dos pisos, con muros pintados de blanco y rojo, y rodeada por varias columnas colmadas de enredaderas de buganvillas de vivos colores.

A pesar de que el día aún no comenzaba, Jack notó que algunas ventanas ya se encontraban iluminadas, de seguro sus habitantes debían ser madrugadores.

—Esto me recuerda a casa... —le contó a su caballo, que se limitó a cabecear al escucharlo—. Tranquilo, amigo, encontremos algún sitio donde poder ocultarnos durante el día. No queremos que ningún rancho molesto nos meta una bala por habernos metido en sus tierras.

El sonido de vacas mugiendo no lejos de allí llegó hasta él, acompañado por el ladrido de un perro. Si había vacas, tenía que haber vaqueros. Quizá pudiera conseguir trabajo en ese lugar, si es que le permitían explicarse... Últimamente nadie se detenía a escuchar una palabra que saliera de él. Por lo general, se limitaban a echarlo de sus tierras a punta de escopeta.

Quizá lo mejor sería que también se marchara de ese lugar, antes de que alguien le metiera un balazo. Pero estaba tan aturdido por el calor y el cansancio, que apenas pudo razonar aquello. De haber estado más espabilado habría cambiado la ruta y se habría alejado de allí; a los granjeros no les gustaba que extraños se asomasen por sus tierras, algo que había aprendido de mala manera durante esos últimos meses, vagando por los caminos de esa tierra extranjera y desconocida.

De pronto, escuchó un chillido por encima de su cabeza justo una fracción de segundo antes de que un inmenso búho se abalanzara por su sombrero, decorado con una cola de ardilla. Apenas tuvo tiempo de reaccionar y esquivarlo, con la mala suerte de que el movimiento le hizo perder el equilibrio, lo que acompañado por el agotamiento lo hizo caer sin remedio de su montura, y aterrizó como un saco de patatas sobre la hierba.

Vio la sombra de su caballo alejándose por el camino, asustado por el repentino ataque del ave. También notó los primeros rayos del alba romper en el horizonte, tiñendo el cielo de cálidos tonos violetas y anaranjados, que anunciaban la llegada del nuevo día.

Pero a Jack nada de aquello le importó; en medio de la bruma que se apoderó de su cuerpo y de su mente, agotado al exceso, se dejó perder en la oscuridad.

Jack despertó con el sonido de una risa. Al abrir los ojos, no supo dónde se encontraba. Yacía tirado en el suelo, a un lado del camino. Intentó moverse, pero le fue imposible, apenas conseguía mantener los ojos abiertos. Entonces la vio, una chica, la más bella que había visto en toda su vida, de resplandecientes cabellos castaños rojizos peinados en largas trenzas, que bailoteaban tras su espalda a causa del viento.

Era hermosa como un ángel.

No, tenía que ser un ángel, porque flotaba por el aire, igual que lo haría un verdadero ángel.

—¡Más alto, Kathe! —escuchó una voz de niña gritar no lejos de allí—. ¡Aún

no lo alcanzas!

La chica ángel subió más alto y se inclinó sobre las ramas del árbol hasta conseguir sujetar una cometa que se había quedado atascada en la punta.

–¡Bien, al fin la tienes! –gritó la voz infantil, al tiempo que aplaudía, contenta.

–¡Voy a bajar! –anunció su ángel, y enseguida la vio flotar, con su hermoso vestido azul ondeando al viento, usando las ramas como trampolines para darse impulso hasta aterrizar limpiamente en el césped, justo a su lado.

Fue cuando la joven se percató de su presencia. Ella abrió mucho los ojos por la sorpresa, sin alejarse de él, a pesar de que estaban justo de frente, tan cerca que Jack pudo notar lo hermosos que eran, verdes como las praderas de verano.

–¿Quién eres tú? –le preguntó la chica, inclinándose sobre su rostro.

Jack movió los labios, pero ninguna palabra emergió de ellos.

–¿Puedes hablar...? –Ella se apartó un poco para poder echarle una mirada, y él pudo notar cómo su rostro mudaba de expresión, adoptando una colmada de horror y compasión.

Y odió ver esa mirada en ella. Él ya no era un niño escuálido necesitado de la compasión de otros para sobrevivir.

Sin embargo, allí estaba, yaciendo casi muerto en un prado perdido del mundo, con una chica voladora como compañía en sus últimos minutos.

–¡Rahela, rápido, ve a buscar a mamá y a papá! –gritó la joven, volviéndose hacia la niña que la acompañaba y ahora corría hacia ellos, al percatarse de que algo malo sucedía—. ¡Diles que hay un chico desmayado en los jardines y que necesita ayuda!

La niña no lo dudó, sus pequeños pies giraron en media vuelta y salió disparada hacia la casa grande, llamando a sus padres a todo pulmón.

–No te preocupes, ahora estás a salvo. –Jack sintió la calidez de la palma de la mano de la chica en su mejilla, acariciando su rostro con una ternura que él no había recibido en años de parte de nadie.

De alguna parte consiguió la fuerza necesaria para alzar su propia mano y acunar la de ella con la suya.

–Gracias... –musitó como pudo, sabiendo que así sería. Ahora estaba a salvo. Ese ángel cuidaba de él.

–¿Qué te ha pasado...? –Escuchó su voz como un susurro lejano, como si de pronto ella se estuviera alejando de él a través de un túnel que cada vez se volvía más oscuro.

¿O es que era él quien se sumergía en la oscuridad?

–¡Katherina! –Una voz gruesa de hombre se hizo oír a través del campo–. ¡Aquí estamos, hija! ¿Qué ha sucedido?

–¡Papá, mamá! –la escuchó gritar con más fuerza, atravesando la distancia que los separaba–. ¡Vengan pronto! Hay un muchacho aquí y parece malherido...

Jack no pudo continuar escuchando, la oscuridad se apoderó de él por completo, nublando todos sus sentidos y sumergiéndolo en la inconsciencia.

Cuando Jack volvió a abrir los ojos, el sol ya se había ocultado hacía un buen tiempo. Notó que se encontraba en una cama, envuelto en sábanas limpias. Tan limpias como ahora lo estaba él, para variar.

Una mujer de rostro sumamente bello, de delicadas facciones angulosas y cabellos muy rubios peinados en una larga trenza que caía por su hombro, yacía sentada en una silla a un lado de su cama. Con esmero, cambiaba un paño húmedo por otro que acababa de remojar en una jofaina, que estaba sobre la mesita de noche.

–Tranquilo, no te muevas, llevas varios días dormido... –le pidió ella de forma amable, intentando calmarlo cuando Jack hizo ademán de querer levantarse.

Pero el muchacho no hizo caso, se removió intentando escapar de las manos afables de la mujer que lo intentaban retener allí.

–No te muevas, chico.

Jack escuchó esa misma voz gruesa que recordaba haber escuchado previamente en el campo, antes de caer en la inconciencia, al tiempo que un par de manazas prácticamente lo clavaban contra el colchón—. ¡Ahora, quédate quieto si no quieres que te ate a la cama! Nadie aquí va a hacerte daño, ¿has entendido?

Jack miró con ojos desorbitados por el miedo al hombretón que había emergido de las sombras para amenazarlo, obligándolo a permanecer acostado.

—Ya estás a salvo, no debes temer —le aseguró la mujer en tono amable, intentando infundirle confianza, al tiempo que humedecía su frente con el paño.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —lo interrogó el hombre, reacio a soltarlo.

Jack no contestó, se sentía turbado y confundido. Le costaba recordar lo que había sucedido y cómo había terminado en esa cama, atendido por Blanca Nieves y el Lobo feroz.

—Toma, bebe esto —le pidió la mujer, ofreciéndole un líquido extraño, que Jack rehusó tragar.

El hombretón en seguida estuvo a su lado y lo forzó a tomarse lo que fuera esa medicina.

Pronto el sopor aunado a su agotamiento hizo mella en él, y Jack comenzó a sumirse en un profundo sueño. Incapaz de moverse o hablar mientras esa amable mujer le limpiaba el sudor de la frente, igual que una madre haría con su hijo, se dejó llevar por la calidez del sueño, sintiendo por primera vez en mucho tiempo, que no corría peligro.

—¿Cómo te llamas? —escuchó que ella le preguntaba.

Jack negó con la cabeza, intentando mantenerse despierto.

—*What is your name?* —la mujer repitió la pregunta, ahora en inglés.

—Jack —contestó el muchacho en español, con un murmullo bajo y seco—. Me llamo Jack Cosmin.

—Bien, Jack, yo soy Jenica y él es mi marido, Eric —le dijo la mujer, y él escuchó el alivio en su voz cuando él al fin respondió—. Nosotros cuidaremos

de ti, no debes temer, estás a salvo ahora.

A Jack le costó creerlo, había vivido demasiadas cosas como para fiarse de cualquiera, pero algo había en esas personas, en el sonido de las suaves palabras de la mujer que lo cuidaba con tanto esmero a pesar de tratarse él de un extraño, que terminó por convencerse.

Al menos, de momento.

Volvió a dormirse y debió pasar un buen tiempo, porque cuando despertó encontró que el sol hacía rato había hecho aparición, y por la luz que entraba en la habitación, debía ser más de medio día.

Para sorpresa de Jack, la misma mujer se hallaba a su lado, pasando un paño mojado por su frente. ¿Es que no dormía? Podía notar el agotamiento en sus ojos, de un suave tono turquesa en extremo hermoso; sin embargo, no parecía dispuesta a alejarse de su lado, a pesar del cansancio.

–Gracias... –musitó él, y su voz le sonó muy ronca.

–No hay de qué –contestó ella con una sonrisa amable.

–¿Dónde estoy?

–Estás en mi casa, en La hacienda de las dos lunas. No temas, aquí nadie va a hacerte daño –anunció ella con solemnidad–. Tu caballo también está a salvo, mi hija lo encontró vagando por los pastizales, no lejos del sitio donde te encontramos. Ahora está bien atendido y cuidado, por lo que no tienes nada de qué preocuparte.

–¿Cuánto tiempo llevo aquí acostado?

–Cinco días –contestó ella, continuando con su labor, cambiando el paño de su frente por otro–. El médico ha venido a verte, dijo que estabas muy deshidratado, y sin duda necesitas subir de peso, pero fuera de eso, te repondrás. Tuviste suerte de no romperte nada. –Sonrió–. Solo necesitas descanso y buena comida, y pronto podrás estar de pie otra vez.

–Gracias, señora... –Tosió débilmente–. Se lo pagaré... todo –dijo con esfuerzo.

–No tienes que preocuparte por eso y, por favor, no te fuerces en hablar.

–Señora, lo haré... –musitó, tomando su mano–. Le pagaré...

Ella acarició su rostro con la ternura de una madre.

–Lláname Jenica –le pidió–. Y te aseguro que aquí nadie te va a cobrar nada. Ayudar a una persona en apuros es un deber fundamental de cualquier ser humano.

Jack entornó los ojos, sorprendido por las palabras de esa mujer, tan parecidas a las de John.

Palabras como las que no había vuelto a escuchar hacía años...

La puerta se abrió en ese momento, y por ella entró la hermosa joven de cabellos castaños cobrizos, que reconoció enseguida.

–El ángel... –musitó él, provocando una sonrisa en el rostro de la chica.

Ella se adentró en la habitación llevando entre las manos una bandeja con varios frascos y una jarra de agua.

–Ella es mi hija, Katherina –la presentó Jenica–. Fue ella quien te encontró en el campo.

–La recuerdo –musitó Jack, sin apartar la vista de la joven.

La chica le dedicó una amable sonrisa, al tiempo que servía un vaso con agua y se lo llevaba a los labios.

–Anda, bebe, esto te ayudará a sentirte mejor –le pidió Katherina, rodeándole el cuello con un brazo para ayudarlo a incorporarse y que pudiera beber el agua que le ofrecía.

Jack obedeció sin rechistar, aunque enseguida se dio cuenta de que aquello no era agua sola, sino una especie de brebaje entre salado y dulce, que sabía a mil demonios. Pero por esa chica habría bebido sus orines si se lo hubiese pedido.

–Muy bien, buen chico –lo felicitó la joven, ayudándolo a volver a acomodarse sobre las almohadas.

–Iré a buscar un poco de agua limpia para la jofaina –anunció Jenica, poniéndose de pie con la palangana–. Te encargo a nuestro paciente, Kathe.

–Sí, mamá –contestó la joven, tomando asiento a un lado de la cama del

chico, para volver a repetir la maniobra de darle agua.

Él no dejaba de mirarla, y ella no pudo evitar sentirse un tanto turbada ante el escrutinio insistente de esos intensos ojos negros.

Sin duda, con una buena afeitada y un corte de pelo, ese chico moreno de varoniles facciones podría llegar a ser muy apuesto.

Aunque, por supuesto, ella nunca lo admitiría.

—Entonces, Jack... —Kathe le dedicó una sonrisa amable, al tiempo que le secaba los restos de agua de la boca—. ¿De dónde vienes?

Los ojos de él se oscurecieron y esquivó su mirada.

—Está bien, si no quieres decirlo, no te obligaré a hacerlo —ella le confesó—. No eres el primero que pasa por aquí, huyendo de algo, o de alguien... —La chica llevó un frasquito hacia la cama, y vertió unas gotas de su contenido en una cucharilla, que enseguida tendió hacia él—. Anda, abre la boca, Jack. Esto te ayudará a reponer las fuerzas.

Él obedeció, aunque algo más reticente que la primera vez. Para su sorpresa, lo que fuera esa medicina sabía mucho mejor que el brebaje que ella le dio antes.

—Papá dice que debiste huir de la Batalla de Buatachive. —Ella continuó hablando, sin importarle su constante silencio—. ¿Es de allí de donde vienes? De Sonora, ¿eres un Yaki?

—¿Un qué...?

—Supongo que no. —Ella se llevó un dedo a los labios, pensativa—. Aunque viéndote bien, tienes cara de extranjero... ¿Cruzaste la frontera norte?

Él volvió a apartar la mirada y ella tomó aquella respuesta como una afirmación a su pregunta.

—Así que eres un gringo —dijo en tono burlesco—. ¿Cómo es que hablas español?

—Aprendí el idioma con algunos vaqueros que eran mis amigos.

—Vaqueros, ¿eh? —Ella arqueó una ceja—. Entonces ¿eres un vaquero? Porque de ser así, podrías ayudar a papá con el ganado, él te daría trabajo,

comida y un lugar donde dormir, ya no tendrías que huir. ¿De qué es de lo que huías, por cierto? ¿Alguien quería hacerte daño o te metiste en algún lío grave? –Habló tan rápido que él se sintió un poco mareado.

–Yo no le he hecho nada a nadie –gruñó, molesto.

–Eso está bien, porque de ser así te aseguro que mi padre lo descubriría. Él no soporta las mentiras –le aseguró, muy serio.

Jack no contestó, y se limitó a mantener la vista fija en la pared.

–De acuerdo, no tienes que decirme nada. –Kathe se puso de pie y tomó otro frasco de la bandeja.

–¿Qué es eso? –le preguntó Jack cuando ella acercó otra cuchara con un contenido verdoso a su boca.

–Medicina –contestó la joven, esperando a que él la obedeciera–. Estabas muy deshidratado cuando te encontramos, tu cuerpo ha perdido fluidos y minerales que necesitas recuperar para poder sanar.

–¿Acaso eres enfermera? –le preguntó, tras tragarse el contenido de la cuchara.

–No, ni de cerca. –Ella rio–. Supongo que debí decírtelo antes de que te tomaras la medicina, pero te aseguro que puedes confiar en mí. Esto te hará bien. –Señaló el frasquito.

–¿Qué es?

–Una mezcla de esencias herbales. Mi madre me enseñó a prepararlas, y a ella le enseñó su abuela. Son muy efectivas, a veces mucho más que la medicina tradicional. –Le dedicó una sonrisa amable, antes de dirigirse a la puerta–. Buenas noches, Jack. Descansa.

–Kat... –La lengua se le trabó, aún estaba muy débil. Sin embargo, ella se giró, sin molestarse porque él no pronunciara de forma correcta su nombre–. Lo que dijiste acerca de tu padre... ¿Realmente podría quedarme aquí y trabajar para él?

–Si eres una buena persona, sí, por supuesto –contestó con total seguridad.

–¿No le debería importar más que sea un buen vaquero que una buena

persona? –preguntó en tono de mofa.

–No, buenos vaqueros hay muchos. Buenas personas, por otro lado... –Se encogió de hombros—. Papá cuida a su familia más que a nada, Jack. Preferiría llenar sus tierras con malos trabajadores que son buenas personas, que viceversa.

–Es la primera vez que escucho algo tan descabellado. –Él rio y eso le provocó una tos seca.

–No hables, vas a gastar tus fuerzas y ahora las necesitas para recuperarte. –Ella estaba otra vez a su lado, palmeándole la espalda.

–Me agrada tu padre, Katherina –le aseguró, cuando pudo volver a hablar—. Soy un buen hombre, y también un buen vaquero; si él me lo permite, quiero quedarme aquí a trabajar con él. Jack la tomó de la mano, antes de que ella pudiera alejarse—. Y contigo.

–Yo no trabajo con el ganado, tontito. –Ella rio, asumiendo que él comenzaba a delirar por la fiebre una vez más.

–Quiero quedarme a tu lado, Katherina –insistió—. Eres un ángel, mi ángel... Y quiero estar contigo para siempre.

Ella arqueó una ceja, mirándolo con una mezcla de compasión y sorpresa.

–Será mejor que te recuestes, ya comienzas a desvariar. –Lo arropó con cuidado—. Descansa, Jack.

–Tú también, Kathe... –murmuró él, perdiéndose en los sueños—. Mi hermoso ángel.

CAPÍTULO 2

A medida que pasaban los días, Kathe veía con alivio que el muchacho desconocido iba poco a poco recobrándose de su mal estado.

Su madre se había esmerado en cuidar de él, y ciertamente le preocupaba que fuera a mermar su salud por atender a un extraño. A veces le enojaba que Jenica nunca parecía detenerse a pensar en cuidar de sí misma, era como una de esas santas sobre las que las monjas le habían enseñado en la escuela, que daban la vida por los demás, sin jamás pararse a velar por sí mismas.

Al menos su padre cuidaba de ella y la obligaba a interrumpir su trabajo cuando se excedía. Eric Altamirano era un hombre duro y muchas veces temido por las personas de los alrededores, pero cuando se trataba de su familia, en especial de su mujer, se convertía en miel pura. A excepción de cuando su adorada esposa amenazaba con caer enferma por agotamiento; entonces, sacaba el genio vivo que siempre llevaba guardado dentro, y le exigía tomar un buen descanso.

Muchas veces, Kathe sentía que era mucho más parecida a su padre que a su madre. Compartían el mismo genio, y también la forma de pensar.

Era por ello que su padre le confiaba las tareas que a nadie más le otorgaría, como la de relevar a su madre en la tarea de cuidar al muchacho desconocido. Un deber que Kathe cumplía no con enojo, pero sí con mucho menos encanto que su amable y caritativa madre.

Mientras Kathe cuidaba de su paciente, bajándole la fiebre con compresas frías y administrándole los tónicos que su madre había preparado para él, pensaba en lo afortunado que ese joven había sido. Le había faltado muy poco para morir; su madre no dejaba de repetirlo, asegurando que un ángel muy grande debía acompañarlo.

Kathe no sabía mucho de ángeles, pero sí sabía que su madre tenía razón en cuanto a lo cerca que Jack estuvo de fallecer. La primera vez que lo había

visto, después de rescatar la cometa de Rahela, se había quedado sorprendida por su cuerpo maltrecho, casi tragado por la espesura de la hierba.

Lo primero que había asumido fue que estaba muerto, pero cuando notó que él también la estaba observando con esos grandes y brillantes ojos negros, se dio cuenta que no era así. Enseguida llamó a su madre y ella no dudó en socorrerlo. Lo cuidaron por días enteros, ayudándolo a volver de las garras de la muerte, que parecían empecinadas en llevárselo.

Cuando despertó, no era más que un manojito de huesos y mal humor, que su madre supo manejar con esmero y cariño, hasta conseguir sacar al muchacho bueno y amable que era en realidad.

Después de que Kathe le contara que Jack le había dicho que era un vaquero y quería trabajar allí, su madre se había decidido a darle una oportunidad. Y aunque a su padre no le gustó en un principio la idea, nunca solía negarle ningún deseo a su mamá, por lo que terminó por aceptar tener entre sus vaqueros a ese muchacho escuálido y sin familia, que había llegado casi muerto a las puertas de su hogar.

Ahora Jack debía recuperar sus fuerzas para conseguir ponerse de pie y que la buena noticia le fuera anunciada.

Por suerte, Jack era un paciente sencillo: obedecía en todo lo que Kathe le pedía e intentaba no dar molestias. Prácticamente había tenido que obligarlo a permanecer en cama acostado, porque el chico no quería yacer tendido sin hacer nada cuando, según él, podía trabajar y pagar por los cuidados recibidos. Kathe tuvo que amenazarlo con llamar a su padre para que lo atara a la cama, para que él dejara de insistir y se quedara quieto al fin.

Fuera de eso, no era un gran hablador. De hecho, eran escasas las ocasiones en que conversaba de algo, ni siquiera de su historia o de dónde había venido. Llegó después de vagar por días enteros sin rumbo, medio muerto de hambre y calor, venido de ninguna parte... O eso les había dicho.

Era claro que debía haber venido de algún lugar, pero Jack nunca hablaba de su pasado.

Se limitaba a contestar con los monosílabos, “sí” o “no” a lo que ella le

preguntaba, y nunca alargaba una respuesta a más de una frase.

Al principio, Kathe asumió que ella lo aburría, hasta que notó que él nunca dejaba de observarla. No importaba qué estuviera haciendo, lo tediosa o común que fuera la tarea, ni el tiempo que se tomara, si sencillamente estaba sirviendo un vaso con agua o estudiando uno de sus libros de hierbas curativas, él siempre estaba observándola con esos intensos ojos negros.

En un principio no le dio importancia, pero con el tiempo, su forma de mirarla comenzó a hacerla sentir incómoda. Era como si la traspasara con los ojos hasta llegar a su alma, estudiándola en ese eterno silencio que parecía acompañarlo siempre.

Por ello fue grande su alivio cuando llegó el día en que él al fin pudo levantarse de la cama, cerca de una semana después de su llegada.

Su madre, mucho más afable que ella, le había dado ropas nuevas y lo había invitado a desayunar ese día con la familia. Era domingo, y era costumbre que todos se reunieran en torno a la mesa, lo que le daría la oportunidad de presentarlo ante la familia completa.

—¿Estarás tú también, verdad? —le preguntó Jack, observándola con esos grandes ojos que nunca parecían perderla de vista.

—Por supuesto, soy parte de la familia —contestó ella de forma un tanto brusca, apurándose para abandonar la habitación.

—Podrías intentar ser más amable con él —la reprendió su madre, después de salir de la habitación y cerrar la puerta tras ella—. Ese chico ha sufrido mucho.

—No es un chico, mamá, ya está bastante grandecito para que intentes protegerlo como si fuese un niño pequeño. Y te recuerdo que he cuidado de él día y noche desde que llegó, no sé cómo podría ser más amable.

—Se ve que él te ha tomado cariño; después de todo, has sido la única persona, además de mí y de tu padre, que ha visto durante estos últimos días. Bien podrías tratar de desearle buena suerte, ser su amiga...

—No puedo ser su amiga, mamá. Será uno de los vaqueros de papá, y sabes que él no nos permite a mis hermanas y a mí hablar con ellos. ¿O es que

quieres que lo desobedezca?

–No, hija, solo intento que seas un poco más caritativa y amable con las personas que te rodean, y que no han compartido tu misma fortuna en la vida, al contar con una familia cariñosa que te proteja o un techo sobre tu cabeza –le dijo su madre en tono de reproche, antes de alejarse por el pasillo a largas zancadas.

Kathe suspiró y negó con la cabeza; no le gustaba enojarse con su madre, pero a veces no conseguía entender cómo podía ser hija de ella. Su madre era toda luz y bondad, y ella... No era lo contrario con exactitud, pero estaba bastante de ser esa buena persona que su madre seguro deseaba que ella fuese.

–Deberías hacerle caso a mamá y ser más amable, Katherina. –Eduardo, su hermano mayor, se acercó a ella desde un pasillo lateral–. Eres toda una decepción para la familia.

Kathe esbozó una sonrisa. A su hermano le gustaban las bromas pesadas, una de las cualidades que los unía pues con ninguna de sus otras tres hermanas podía llevarse de forma ruda, como con ella.

–Sin duda debería aprender de ti, amable hermano. Por cierto, ¿has tenido noticias de aquel nuevo vaquero? Daniel, creo que se llamaba... –Entrecerró los ojos al ver que su hermano palidecía–. No lo he visto últimamente.

–Digamos que sintió deseos de huir de forma tras despertar a media noche en el bosque, en cueros, con el culo bañado en miel... y con todo un séquito de hormigas buscando un nuevo agujero que usar como hormiguero –contestó Eduardo, esbozando una sonrisa traviesa.

–Y te atreves a reprenderme por mi falta de amabilidad, hombre. –Kathe le dio un golpe juguetón en el brazo–. ¿Y qué te hizo ese pobre desgraciado para que lo trataras de esa forma tan vil?

–Era un holgazán, Kathe, Tobías tenía que repetirle las órdenes de lo que debía hacer al menos cuatro veces antes de que el tipejo se dignara a mover un dedo, y siempre hacía mal su trabajo y de malos modos. Al final nos terminó hartando después de darle tantas oportunidades, y tuvimos que darle su merecido. –Sonrió, tronándose los dedos.

–Pero si no duró ni una semana...

–Bueno, no te lo quería contar, pero también lo atrapamos echándole ojitos a Verónica. Y sabes que eso es algo que no podemos pasar por alto. –El rostro de Eduardo se oscureció con furia, y entonces Kathe lo comprendió todo. Su hermano, al igual que su padre, era en extremo sobreprotector con sus hermanas. Y tanto Tobías como Alonso, los ahijados de sus padres que vivían en su casa desde que habían quedado huérfanos y para ella eran como otros dos hermanos mayores, compartían ese mismo sentir.

Verónica era su hermana mayor y una de las mujeres más hermosas de la región, todos los hombres que la veían quedaban embelesados sin remedio ante ella. El pobre vaquero no tuvo oportunidad desde el primer momento en que lo atraparon viendo de lejos a Verónica. Como tampoco la tuvieron ninguno de los otros vaqueros que habían pasado por la hacienda, para marcharse tan pronto como llegaron tras cometer aquel mismo y garrafal error.

–Como sea, no vayas a contarle nada a mamá. No me gustaría decepcionarla; por alguna razón que aún no consigo entender, ella aún cree que soy un buen tipo –le pidió Eduardo, muy preocupado. Y ella se enterneció por él. Eduardo no era hijo de sangre de su madre, sino de un matrimonio anterior de su padre. Sin embargo, Jenica lo había querido como a su propio hijo desde el primer instante, un amor que Eduardo correspondía de forma incondicional.

–No te preocupes, demonio desalmado, no le diré nada. Sabes que nunca lo hago –le dio un golpe juguetón en el brazo.

La puerta tras ellos se abrió en ese momento, y por ella apareció Jack, vestido y bien arreglado. Había peinado sus negros cabellos hacia atrás y se había afeitado la barba.

Kathe no pudo evitar sorprenderse al verlo, casi no lo había reconocido. Era más apuesto de lo que había supuesto, ahora que ya no lucía como un espantapájaros flacucho y sucio.

Por el contrario, tenía un porte imponente, hasta gallardo. Un rostro bien formado, hermoso, sin dejar de ser varonil. Era alto, tanto como su hermano, y

sin duda poseía un cuerpo fuerte y atlético, que en cuanto alimentara con un poco de buena comida sería mucho más interesante.

Estaba segura de que dentro de poco, Jack tendría una horda de jovencitas correteando tras sus huesos. Un hombre así de atractivo era raras veces pasado por alto.

–Buenos días –saludó él, sin moverse de su lugar.

–Buenos días, Jack –contestó Kathe, recobrándose del impacto–. Te presento a mi hermano, Eduardo. Comenzarás a trabajar con él en los campos, dentro de poco.

Jack saludó a su hermano con un apretón de manos, que Eduardo contestó secamente.

–Por la escalera llegarás al comedor, Jack. El desayuno estará servido dentro de nada –le informó Kathe, haciéndole una seña para indicarle el camino.

–Gracias, señorita. –Él hizo un ademán como si fuera a tocarse el sombrero, y al recordar que no tenía, se puso muy rojo.

Ella no le dio importancia, y esbozando una sonrisa amable, lo observó marcharse por el pasillo.

–Pobre tipo –masculló Eduardo con enojo, cruzándose de brazos–. No durará aquí ni un día.

–¿Y eso por qué? –preguntó Kathe–. Si aún ni siquiera ha visto a Verónica.

Eduardo frunció el ceño, y echándole a Kathe una mirada de pocos amigos, le dijo:

–No me vas a decir que eres tan ingenua como para no haberte dado cuenta de que en ningún momento dejó de mirarte, Katherina.

–Sí, bueno... Eso es porque mamá dice que me ha tomado confianza, me cree su amiga o algo parecido, por haberlo encontrado y cuidado de él. –Se encogió de hombros–. No tiene importancia, te lo aseguro. Además, mamá se molestará mucho si ustedes llegan a hacerle algo. Le ha cogido mucho cariño.

–No es un perrito perdido del que estamos hablando –le espetó Eduardo–.

Ese tipo se va a ir de esta casa, Kathe. O dejo de llamarme Eduardo.

Jack se sentía muy nervioso por lo que se avecinaba. No había podido negarse cuando la amable señora que lo había ayudado, lo invitó a compartir el desayuno de ese día con su familia, aunque presentía que sería una comida de lo más incómoda.

Ni siquiera con John y su familia había compartido la mesa.

En cuanto bajó la escalera, fue recibido por Jenica, quien con su habitual amabilidad y sonrisa afable lo encaminó hacia uno de los lugares dispuestos en la enorme mesa del comedor.

—Siéntate aquí, Jack. —Le ofreció un sitio junto a su marido—. Supongo que debes tener mucha hambre, espero que te guste nuestra comida, aunque puede ser un poco diferente a la que estás acostumbrado.

—Lo que sea estoy seguro que estará delicioso, señora Altamirano —le dijo el chico, tímidamente—. Se lo agradezco.

—Es un muchacho muy amable, ¿no te parece, querido? —le preguntó la mujer a su marido, quien en ese momento se llevaba a los labios una taza de café muy cargado.

Los oscuros ojos de Eric se fijaron en él y, a pesar de jamás haberse tenido por un cobarde, Jack se sintió temblar.

—Entonces, Jack... —le espetó el hombre, limpiándose los restos del café de su abundante bigote negro—, mi esposa me ha comentado que te gustaría trabajar aquí.

—Sí, señor. —El chico alzó la cabeza al hablarle, decidido a quedarse en ese lugar—. Soy un buen vaquero, pero puedo hacer lo que usted me pida, y cualquier otra tarea para la que me entrene. Soy honrado y trabajo muy duro. No lo decepcionaré, se lo aseguro.

—Bien, bien, eso me agrada. —El hombre sonrió, una sonrisa apenas perceptible en aquel rudo rostro, curtido por el trabajo duro en el campo—. Siempre he sido de la idea de darle una oportunidad a quien la merece. En

cuanto te encuentres mejor, podrás comenzar a trabajar a prueba para mí.

—Ya me siento mejor, señor. Si usted quiere, puedo comenzar ahora mismo... —Jack hizo ademán de ponerse de pie, pero una manaza lo retuvo en su lugar.

Por primera vez Eric sonrió y, para su sorpresa, esa sonrisa era dirigida para él.

—Nada de eso, hoy vas a descansar, y en cuanto mi esposa dé su consentimiento, te nos unirás en el campo —decidió su nuevo patrón, dedicándole a su esposa una mirada colmada de amor, en la que ambos compartieron más que cualquier conversación hecha con palabras.

—Como usted diga, señor —contestó Jack, todavía pasmado.

Eric, el padre de Katherina, resultó ser un hombre tan razonable y humano como lo imaginó la noche anterior, cuando su hija le habló de él. Sin embargo, al ver a ese gigantesco hombre que debía de medir cerca de los dos metros, con porte de oso y esos fieros ojos negros, toda esa convicción estuvo cerca de desaparecer.

Ese era un hombre que podía llegar a intimidar hasta al más valiente con su sola presencia. No obstante, en cuanto estuvo al lado de su mujer, toda esa apariencia bestial desapareció, para dar pie a un hombre tierno y cariñoso que no dejaba de sonreírle a su esposa, como si ambos fuesen todavía un par de adolescentes enamorados.

La puerta que conducía a la cocina se abrió y en ese momento salió por ella una mujer bellísima, de largo cabello castaño oscuro atado con descuido en una coleta, que enmarcaba un rostro perfecto, como los que solo había visto en las pinturas de un libro de arte que le había prestado en una ocasión John, su antiguo patrón.

—El desayuno está servido —anunció la joven, dedicándole a Jack una sonrisa amable—. Nuestro invitado primero —dijo, ofreciéndole la bandeja con huevos revueltos para que él se sirviera.

Jack la miró pasmado, incapaz de creerse que en realidad esa chica pudiese ser real. Nunca en su vida había visto una mujer como ella, era como si una de

esas muñecas finas de porcelana que las damas ricas y elegantes guardan tras una vidriera hubiese cobrado vida.

–Aún no los he presentado, Jack, ella es nuestra hija, Verónica. –Jenica se acercó y sirvió un poco de comida en su plato–. Anda, no seas tímido, come cuanto quieras.

Jack tragó con fuerza, obligándose a apartar la mirada de aquella chica, que sin duda debía ser la más hermosa que había visto en toda su vida.

En ese momento entró una niña rubia de unos seis años, que él reconoció enseguida como la pequeña que acompañaba a Kathe en el campo, el día que se encontraron.

–Aquí está el jugo de naranja –anunció la pequeña, llevando una pesada jarra.

Jack se dio prisa en ponerse de pie para ayudarle a cargar con ella, ante lo cual la niña le agradeció con una amplia sonrisa.

–Gracias, apuesto joven –le dijo la pequeña, abanicando sus grandes ojos violeta, tan parecidos a los de su madre.

–Jack, ella es Rahela, otra de mis hijas –lo presentó Jenica, ocultando una sonrisita.

–Creo que tendré que pulir mi escopeta –comentó Eric al aire, aunque sonreía bajo su espeso bigote.

La puerta volvió a abrirse y esta vez apareció esa figura familiar que él ya llevaba a fuego grabada en la mente y en su corazón. Kathe, con esas trenzas color caoba, esos maravillosos ojos verdes y esa pícara sonrisa que provocaba que su nariz cubierta de pecas se arrugara, era sin duda lo más hermoso que podía existir en ese mundo.

La belleza de la otra chica sencillamente se desvaneció ante sus ojos, para dejar la única visión de aquella otra que, sin duda, a sus ojos, con sus imperfecciones era más que perfecta para él.

Llevaba en brazos a una niña pequeña de cabellos dorados, que no debía alcanzar ni el año de edad, y que observaba todo a su alrededor con sus

grandes ojos verde oscuro.

Y entonces Jack comprendió el motivo por el que Eric debía de mantener esa imagen osca y aterradora: para alejar a todos los impertinentes que quisieran rondar a su familia, compuesta por esas hermosas mujeres.

—Jack, ella es nuestra hija menor, Liana —explicó Jenica, ayudando a Kathe a acomodar a la bebé en una sillita.

La puerta principal se abrió y por ella entraron tres hombres de aspecto un tanto salvaje, que venían riendo a carcajadas, con agua que escurría de sus cabellos mojados y de sus rostros y manos, recién lavados. Jack reconoció a Eduardo, el más alto, entre ellos. Aunque ya no sonreía más.

—Oh, bien, al fin llegan. —Jenica se acercó a recibirlos—. Jack, estos tres chicos son Eduardo, Tobías y Alonso, nuestros hijos mayores —los presentó Jenica, pasando por alto la mirada airada que los tres le dedicaron a Jack.

Jack saludó a los tres hombres, y ellos respondieron con murmuraciones inteligibles de “bienvenido” y “buena suerte”, aunque habría jurado que el más joven de ellos, Alonso, también dijo algo como “seguro se cae del caballo”.

Eso puso en pique a Jack; había sido muchas cosas en su vida, pero nunca un mal jinete. Ya le probaría a esos imbéciles de lo que era capaz.

—Es bueno verte de nuevo, Jack —saludó Eduardo con un tono mordaz que le estremeció las entrañas.

Jack pudo apreciar lo mucho que se parecía a su padre. Los otros dos, por otro lado, tenían un aspecto menos aterrador. Ambos eran hermanos, claramente, eran altos, pero no tanto como Eric o su hijo, de cabellos castaños y ojos de un tono verdoso oscuro, que resaltaba en su tez morena.

Los tres compartían algo que podría llamarse odio contra él. Jack lo notó enseguida, cuando los tres tomaron asiento en los sitios justo frente a él, en la mesa, y le dedicaban a Jack idénticas miradas oscas, como si no confiaran en él.

En especial el que debía ser el menor de los hermanos, al que presentaron como Alonso, que parecía decirle con la mirada que al menor movimiento, saltaría sobre él y le cortaría la garganta con su cuchillo de mantequilla.

–Eduardo, me alegra que ya conozcas a Jack, espero que lo hagas sentir bienvenido. –Jenica comenzó a hablar, rompiendo con esa tensión que era casi palpable–. Y ustedes también, chicos –se dirigió a los otros dos.

El más grande, Tobías, que debía ser el mayor de todos, adoptó un semblante grave y contestó con solemnidad.

–Por supuesto, madrina. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para hacerle saber al recién llegado lo que debe hacer en esta hacienda.

Jack frunció el ceño, notando el doble sentido de aquellas palabras, que bien podrían ser muy amables, o su partida directa lejos de allí.

–Te lo agradezco, Tobías. –Jenica sonrió y miró a Jack–. Estoy segura que pronto te harás muy amigo de los tres, Jack. Te encantará trabajar aquí.

–Bien, ya que han terminado las presentaciones, creo que es hora de comenzar a trabajar. –Eric se puso de pie–. Gracias por el desayuno, querida. –Se inclinó a besar a su mujer en los labios.

–Papá, aún no hemos terminado –se quejó Eduardo.

–La próxima vez, levántense temprano si quieren comer, ¡a trabajar!

Los tres hombres se pusieron de pie de mala gana, y también lo hizo Jack.

–No tienes que ir hoy –escuchó que Kathe le decía–. Aún estás débil.

–Cualquiera inventa excusas para no trabajar –masculló Alonso, pasando una mano por los cabellos de Kathe y despeinándolos–. Adiós, mocosa.

Los ojos de Jack se entrecerraron con furia, aunque no podía decir si por lo que ese chico había dicho o por haberse atrevido a tocar a Kathe.

–Yo no tengo ninguna excusa para trabajar, ni real ni mucho menos inventada –espetó Jack, decidido a seguirlos.

–¿Sabes siquiera montar un caballo, chaval? –le preguntó Alonso, dedicándole una sonrisa despectiva.

–¿Por qué? ¿Quieres que te enseñe?

Alonso frunció el ceño.

–Yo te voy a enseñar a meterte donde te mereces...

–Ya basta ustedes dos, no quiero peleas en mi casa, ¿entendido? –Eric se

colocó entre ambos y posando una mano en el hombro de cada uno, los llevó consigo hacia afuera—. Y para asegurarme de que ustedes son se lleven bien, hoy trabajarán juntos todo el día.

Alonso y Jack se dedicaron miradas de mutuo odio que no podían expresar de forma abierta, prometiendo en silencio una revancha en el futuro más cercano.

CAPÍTULO 3

Seis meses más tarde, Jack aún no conseguía hacerse de valor para hablar con Katherina. Algo que ninguno de los miembros varones de su familia parecía dispuesto a llegar a permitirle, de todos modos.

Su patrón había sido muy claro con él respecto a una regla: «Te acercas a mis hijas y te mato».

Jack estaba dispuesto a obedecer a todo cuanto Eric le pidiese, con excepción de esa regla. Y es que no deseaba hablar con todas ellas, solo con una, la que más esquivaba le parecía, pues en cuanto la divisaba, ella se alejaba del lugar antes de darle la oportunidad de acercársele. Algo de por sí difícil de conseguir, ya que en cuanto la veía paseando muy temprano por los jardines de hierbas y plantas medicinales o por el invernadero, Tobías, quien hacía de capataz en la hacienda, lo enviaba a realizar sus labores o le encargaba algún trabajo, sin darle siquiera la oportunidad de poder saludarla de lejos.

Y eso era cuando se portaban bien con él, lo que por lo general no ocurría más que cuando Eric o alguna de las mujeres de la familia se encontraban cerca.

Ese trío de patanes sabía cómo convertir en un infierno la vida de alguien. Desde su llegada, habían buscado la manera de hacerle imposible la vida en los campos y hasta dentro de la casa, dificultándole cada paso que daba, desde levantarse, tomar una comida decente o ir a dormir.

Sin embargo, Jack no se rindió en ese momento, ni en ningún otro. Si esos idiotas querían echarlo, tendrían que recurrir a medidas más duras que aquellas para conseguir amedrentarlo. Además, él siempre conseguía la forma de devolverles las bromitas con jugarretas más pesadas.

Como la ocasión en que esos tres le robaron todas las mantas de su cama, dejándole para pasar la noche un montón de paja además de la compañía de Lady, la cerda más robusta de la porqueriza, y, por ende, la más difícil de

mover fuera del cobertizo en donde dormía.

Si para tres individuos, y quizá con la ayuda de algún que otro peón de la hacienda, debió ser difícil subir al gigantesco animal, para él solo fue un completo martirio conseguir bajarla de vuelta a la porqueriza, sin matar a la cerda o a sí mismo, en el camino.

Jack les pagó de vuelta la broma a la mañana siguiente, cuando los tres graciosos, al intentar calzarse las botas, las encontraron rellenas con el estiércol que la amable Lady dejó en su cama, tras su visita.

Y ese era solo uno de los ejemplos, de los muchos que había experimentado desde el día en que llegó a la hacienda.

No obstante la cantidad de bromas y revanchas, Jack estaba decidido a quedarse. Sabía que había cosas mucho peores en la vida que un trío de pelmazos buscando la manera de sacarlo de quicio. Aquellas eran solo jugarretas tontas de chicos, que nada tenían de importancia en comparación a lo que había vivido en el pasado...

Por otro lado, el que no le permitieran acercarse a Katherina, tal vez fuera algo bueno. No quería poner en riesgo su trabajo, y por más atraído que se sintiera por ella, Kathe era para él algo similar al Santo Grial, un ser inalcanzable, como el ángel que él había creído que era la primera vez que la vio, además de la hija de su jefe.

Él solo era un vaquero más de su hacienda, un extraño al que su familia había ayudado por compasión. Y aunque cada día trabajase con todas sus fuerzas de sol a sol, con el afán de demostrarle a todos ellos de lo que era capaz, y que su lugar allí se lo tenía ganado, y no solo era fruto de un favor o de piedad, no podía dejar de sentirse menos al lado de esa joven tan hermosa, que sin duda estaba por muy encima de él.

Ese día de domingo, Jack se preparó para acudir al almuerzo campestre al que su jefe lo había invitado, como hacía cada domingo desde que había llegado; un privilegio para él, pues tenía la oportunidad de convivir con la

familia y con Kathe...

–Hola, Jack, qué alegría verte de nuevo –lo saludó ella al pasar por su lado desde la cocina hasta el comedor, cargando encima una bandeja con verduras cocidas.

–Buenos días, Kathe... –Jack suspiró, deleitándose con su sola presencia.

Hasta que sintió un brusco empujón que por poco no lo lanzó contra el piso.

–Ni se te ocurra acercártele –gruñó Alonso en su oído, antes de fingir que lo ayudaba a incorporarse.

Jack lo miró con odio y se zafó de su agarre, que comenzaba a hacerle daño en el brazo, aunque, por supuesto, no lo demostró.

–¿Está todo en orden? –preguntó Eric, llegando de la cocina con una jarra con agua fresca para la comida.

–Todo está perfecto, gracias por la preocupación por nuestro amigo, que de forma tan torpe suele meter el pie donde no debe –contestó Alonso, forzando una sonrisa-. Ten cuidado, Jack, no vayas a darte un golpe más fuerte de lo que esperas.

–No te preocupes, «amigo». –Jack prácticamente escupió la palabra, aunque mantenía una sonrisa tan falsa como la suya. Puedo resistir mucho más de lo que te llegas a imaginar.

La sonrisa en el rostro de Alonso se borró, pero no dijo nada. Eric los observaba a ambos, el muchacho sabía que no podía delatarse ante su padrino a menos que quisiera ganarse un buen castigo.

–Disfruta de la comida, Jack –le dijo en un tono mordaz, que a Jack no le pasó desapercibido.

–Maldita sea... –masculló el chico en voz baja, intentando imaginar qué era lo que le esperaba esta vez.

El domingo anterior, a alguno de los tres pelmazos se le había ocurrido ponerle las sobras de hígado de pollo a su chocolate, ante lo que Jack tuvo que disimular con una sonrisa de gusto para que la señora Jenica, que de manera tan amable se lo había preparado, no fuese a creer que era un mal agradecido.

Esa noche, Jack la había pasado en vela, devolviendo las tripas, pero al día siguiente se vengó del malnacido cuando vertió la medicina para el estreñimiento que el veterinario le había recetado a Chiquito, el perro de Eric, en su café. Ese día fue Alonso el que no se presentó a trabajar en los campos, porque no pudo despegarse de la letrina.

Jack seguía pensando en la jugarreta que le esperaba ese domingo cuando, al tomar asiento en su lugar en la mesa, sintió varios pinchazos agudos en el trasero.

Esta vez, tomado por sorpresa, Jack no pudo disimular el dolor y saltó de su sitio como si le hubiesen puesto un resorte en el culo, al tiempo que bramaba una maldición, lo que lo dejó en ridículo ante todos, además de un maleducado que soltaba palabrotas frente a las damas.

Se disculpó como pudo ante la atónita mirada de Jenica y sus hijas, y la furibunda de Eric. No obstante, fue la imagen de esos tres imbéciles, desternillándose de risa a su costa sin molestarse en disimularlo siquiera, la que le quedó grabada.

Y la que tendría en cuenta al momento de planear su venganza.

–Pero ¿qué demonios te ha sucedido, muchacho? –le preguntó Eric, sospechando lo que ocurría.

–Nada, Jack. Creo que debo tener el cuerpo dolorido después de tanto montar –se excusó él, escondiendo las chinchetas. Ya se desquitaría de esos tres más tarde.

–No deberías trabajar tanto, Jack –comentó Jenica, preocupada por él.

–Sí, Jack, debes cuidar de tus hemorroides –se burló Alonso–. Tal vez deberías quedarte en casa haciendo la limpieza con las mujeres.

–Puedo trabajar tan bien como cualquiera de ustedes –bramó Jack, comenzando a molestarse.

–Y no por ser mujeres tenemos un trabajo menos pesado que el de ustedes. –Kathe intervino en la discusión, muy molesta–. Por el contrario, muchas veces nuestros deberes exceden en capacidad física e inteligencia a cualquiera de los de ustedes, que no hacen más que arrear vacas de un lado para otro por

quince minutos, y holgazanear de lo lindo el resto del día. Ya me gustaría verte a ti, Alonso, intentando hacer el pan, y al mismo tiempo que no se te queme la sopa, y que además debas apurarte en fregar los platos, lavar la ropa y terminar con todas las tareas que conlleva una casa, y todo el mismo día. Eso sin mencionar tener que hacerte cargo de los huertos. Hoy mismo he tenido que caminar cinco kilómetros cargando una cesta llena de frutas, y todo porque la carreta no sirve y ustedes se llevan todos los caballos al campo. Ya me gustaría ver a cualquiera de ustedes caminar tanto, y todavía cargados...

—Yo puedo llevarte, Kathe —saltó Jack, esta vez movido por el deseo de serle útil a la chica de sus sueños—. Puedo cargar lo que tú quieras y llevarlo a dónde me digas, así no tendrás que hacerlo por ti misma. Incluso puedes usar mi caballo, para que no tengas que caminar.

—Te lo agradezco, Jack, pero sin duda es un trabajo que debo hacer en persona. No podría confiarle a nadie el cuidado de mis hortalizas y vegetales, y mucho menos el de las hierbas medicinales. Es un tema muy delicado...

—Y se necesita cerebro para distinguir a una papa de un tomate, cosa que tú no tienes, Jack —apuntó Alonso, buscando seguir con la pelea.

—Estoy segura de que Jack puede distinguir sin ningún problema cualquier planta que tengas en los jardines, Kathe —intervino Jenica, saliendo una vez más en defensa del joven—, y para las más complicadas, tú puedes enseñarle a hacer ese trabajo si le explicas cómo, hija. Igual como yo hice contigo.

—Eso llevaría mucho tiempo... —Kathe le dedicó una mirada un tanto hastiada a Jack—. Aunque podría prestarte algunos de mis libros para que tomes nota...

—Yo... no sé leer. —Jack bajó la cabeza, apenado por esa confesión.

Las risas de los otros tres, mezcladas con palabras de burlas como “burro”, “zopenco” y otras más fuertes, se hicieron oír en el comedor, provocando que los colores le subieran al rostro a Jack, tanto por el enojo como por la vergüenza que sentía, por tener que reconocer aquello.

Eric se puso de pie, furioso, pero antes de darle tiempo de decir nada, la voz decidida de Kathe se escuchó por encima de todo aquel barullo.

—No hay problema, yo te enseñaré a leer, Jack.

Él alzó la cabeza y fijó sus grandes ojos negros en ella.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto, mañana comenzaremos. —Ella le dedicó una afable sonrisa—. Nos encontraremos en los establos a las siete de la mañana, sé puntual.

—Lo dudo mucho, últimamente se le pegan las sábanas —comentó Alonso, provocando que los otros dos también rieran, al recordar a Jack la semana anterior, levantándose con las sábanas pegadas a la piel con el pegamento industrial que esos idiotas le habían echado encima mientras dormía.

Había sido la burla de toda la cuadra de vaqueros. Y en su afán por quitárselas, se había dejado la piel casi en carne viva, en medio de las risas de esos idiotas que no cesaban de burlarse de él, llamándolo doña Sabanitas.

—Al menos no me levanto luciendo como una cabaretera —contestó Jack a su pulla, recordándole que su venganza había sido usar ese mismo pegamento para decorar las cabezas de sus enemigos con las plumas que rellenaban sus almohadas. Eso sí, teñidas de colores y cubiertas de brillantina.

Al día siguiente los tres se habían levantado luciendo sendas pelucas de plumas, que decoradas con los lacitos rosas que él se había tomado la molestia de añadir al conjunto, eran el perfecto complemento al rubor, el labial rojo y las sombras negras con el que Jack les había pintado las caras mientras dormían.

Le había tomado tiempo conseguir todo el material, pero el resultado fue mejor de lo que se había esperado. Los tres habían estado tan borrachos tras una fiesta a la que asistieron, que para Jack fue de lo más sencillo vengarse de ellos, recargándolos con todo ese conjunto.

Aún se le caían las lágrimas de la risa al recordar la mirada atónita de Eric al ver a sus tres hijos presentarse a desayunar esa mañana luciendo como cabareteras muy coloridas, ni la risa de todos los otros vaqueros, que aún seguían burlándose del trío, llamándolos señoritas Arcoíris, Payasita y Brillantina.

Alonso también debió recordar aquello, porque le dedicó una mirada

asesina al tiempo que se llevaba, de forma inconsciente, una mano a la cabeza rapada por completo después de esa bromita, pues no hubo forma posible de arrancar las plumas sin llevarse con ellas todo el cabello de raíz.

Al menos, aún podía gozar de esa revancha, hasta que consiguiera hacerle pagar a ese pedazo de cabeza de hormiga y a sus compinches la nueva jugarreta en la que lo habían hecho caer.

A la mañana siguiente, Jack, muy bien lavado y con sus mejores ropas, esperaba ansioso a que Kathe llegara a los establos. Pudo ver a lo lejos a Alonso, observándolo con ojos asesinos, pero no le dio importancia. Estaba ocupado en alistar los caballos de los tres chicos para esa mañana, una labor que era parte de las tareas diarias que le correspondían.

–Buenos días, Jack –lo saludó Kathe, apareciendo en el lugar cargada con un montón de libros.

Jack estuvo cerca de tropezar con su propia bota al verla. Siempre se ponía muy nervioso con ella cerca.

–B... buenos días –tartamudeó, saludándola con un gesto de la mano.

Ella, como siempre, le dedicó una sonrisa amable, antes de colocar la torre de libros, varios cuadernos, una pizarra y tiza sobre sus brazos.

–¿Y esto qué es? –preguntó él, tomado por sorpresa.

–Es lo que estudiaremos hoy.

Él abrió mucho los ojos con miedo, contando mentalmente la cantidad de libros.

–¿Solo hoy? ¿Estás segura de que eso es posible?

Ella no contestó, se limitó a sonreír mientras echaba una ojeada a su alrededor.

–¿Ya has terminado aquí?

–Sí... –No pudo terminar de contestar cuando ella lo jaló por el brazo.

–¡Excelente! Démonos prisa, Jack, tenemos mucho trabajo que hacer el día de hoy –anunció ella, pidiéndole con un gesto de la mano que la siguiera a los

campos.

Él no dudó en obedecer y corrió a su lado, deseando comenzar con sus estudios para demostrarle a esa joven, que era todo su mundo, que no era el idiota que todos pensaban.

A lo lejos, Alonso los observó con gesto taimado, deseando poder darle de puñetazos a ese tipo hasta que decidiera largarse de su casa de una vez por todas.

–Si tus ojos fueran pistolas, alguien ya estaría muerto –comentó Eduardo, al llegar a su lado.

–Odio tanto a ese tipo –masculló Alonso, tronándose los dedos.

–Vamos, no es tan malo. Ha soportado cada broma que le hemos hecho y nos las ha devuelto con ingenio –admitió, riendo bajito–. Además, nunca ha abierto la boca sobre lo que le hacemos ni nos ha delatado ante mi padre. Y ha tenido muchas oportunidades de chivarse.

–De acuerdo, no es cobarde. Pero eso no significa que podamos confiar en él –dijo Tobías, que llegaba en ese momento con los caballos recién ensillados por Jack–. No sabemos de dónde vino ni lo que hacía antes de aparecer aquí como caído del cielo.

–¿Del cielo? –bufó Alonso, cogiendo las riendas de su caballo para montar en él–. Lo escupieron del infierno, eso seguro.

–Como sea, a mi padre no le interesa su pasado ni saber de dónde vino, solo que sea una buena persona –comentó Eduardo, arreglando los estribos de su montura–. Y nos guste o no, esta es su hacienda y es él quien decide quien trabaja aquí.

–Eso no es justo, también era la hacienda de nuestros padres –masculló Alonso–. Eran socios, ¿recuerdas? Y Eric debería velar por su bienestar contratando solo a los mejores trabajadores.

–Por ese lado no conseguirás salirte con la tuya; aunque no me guste admitirlo, Jack hace un excelente trabajo y es el mejor vaquero de la zona –intervino Tobías, colocándose el sombrero antes de subir a su caballo–. Y ya cierren el pico, comadres, que debemos ir a trabajar antes de que nos caiga la

noche.

Los otros dos obedecieron y subieron a sus monturas al mismo tiempo que él, por lo que los tres gritaron al mismo tiempo de dolor cuando, al dejarse caer de lleno sobre sus sillas de montar, una serie de chinchetas, estratégicamente pegadas con cola y bien disimuladas con una muy delgada tira de cuero, se les encajaron justo en sus partes más nobles.

Los caballos, asustados, se encabritaron, liberando a sus dueños del dolor al hacerlos caer de espaldas al suelo, terminando así con su tortura.

—¡Maldito Jack! —bramó Alonso, sobándose la entrepierna sin ningún disimulo—. ¡Te juro que me las vas a pagar!

—Esta fue la manera de Jack de hacerte pagar a ti por lo que le hiciste —replicó Eduardo.

—¡Y me las va a pagar otra vez! —gritó Alonso, dando saltitos por el dolor.

—¿Es que esta guerra va a terminar alguna vez? —le preguntó Eduardo a Tobías, quien se intentaba poner de pie a pesar del dolor.

Su amigo lo miró muy serio, mientras negaba con la cabeza.

—Mientras estos dos sigan vivos, lo dudo —espetó, y se alejó de allí caminando como si tuviera un caballo imaginario entre las piernas, antes de dejarse caer de asentaderas en el abrevadero.

CAPÍTULO 4

–¡Hola, Emilia! –De pie en el pescante de la carreta, Kathe saludó a su mejor amiga con la mano–. ¡Ya estamos aquí!

–Katherina, una dama educada no saluda a la gente desde una carreta en movimiento –la reprendió Verónica, su hermana mayor. Ella, sentada en una butaca en la parte trasera, era como siempre el perfecto modelo del buen comportamiento femenino.

–Hacerlo desde una carreta detenida no es ninguna proeza –replicó Kathe, buscando hacer enfadar a su hermana.

Jack, al oírla, disimuló una risita al tiempo que detenía los caballos frente al restaurante de doña Dorotea, la madre de Emilia, donde se llevaría a cabo la fiesta de quince años de la joven.

Emilia se acercó a recibir a sus invitadas, hablándoles a toda prisa de los numerosos platillos que habría para la ocasión y de las personas que asistirían a la tardeada.

–Gracias por ofrecerte a traernos, Jack –le dijo Kathe, bajando de la carreta con ayuda del joven–. ¿No te gustaría quedarte un rato y beber un vaso de agua fresca, antes de tener que volver al rancho?

Jack dudó por un momento, no sabía si sería correcto aceptar la invitación. Por un lado le encantaba la idea de quedarse con Kathe en un sitio donde podrían sentarse a hablar sin que alguno de los tres energúmenos de sus hermanos los interrumpiera, pero por el otro, temía que aquella invitación no fuese más que una solo de nombre, sin verdadera intención.

–Anda Jack, acepta –le insistió Verónica, dedicándole una sonrisa radiante –. Ya has hecho un largo viaje al traernos; lo menos que te mereces es un pequeño descanso.

–De acuerdo, me quedaré un rato. Eso si no es molestia para la anfitriona... –comentó, dedicándole a Emilia una mirada interrogante.

—Por supuesto que no, Jack. Sabes que eres bienvenido —le dijo Emilia—. Puedes dejar la carreta en la parte trasera del restaurante, allí no le pasará nada a los caballos. Y date prisa, que la fiesta ya comienza y es en mi honor, así que debo estar adentro —bromeó la joven.

Jack siguió la sugerencia de Emilia y pronto se reunió con las tres muchachas en el interior del lugar, que había sido decorado con papel picado y farolas de colores, además de algunos globos con el número 15 pintado. Las mesas, arregladas con manteles a cuadros, habían sido dispuestas alrededor de una improvisada pista de baile, dejando en el centro a la mesa de honor, donde se sentaría la quinceañera y su familia.

Vio a Kathe bailando con un niño pequeño y a Verónica asediada por varios hombres de distintas edades, que hacían fila para pedirle un baile.

Tímidamente, Jack avanzó entre los invitados, la mayoría se trataba de hombres y mujeres de la familia de Emilia, además de algunos niños, que debían ser sus primos, y unos pocos jóvenes de su edad, de seguro amigos de ella.

—¿Te gustaría beber algo? —le preguntó Emilia, quien llegó en ese momento a su lado con una bandeja repleta de vasos con agua fresca de horchata.

Jack aceptó la bebida y se sentó en una de las sillas vacías a contemplar la escena que se suscitaba a su alrededor. De pronto, una niña salió de debajo de su mesa y pasó entre sus piernas, jugando a que era un tren, sin darle importancia que el túnel bajo el que pasaba eran las piernas de un desconocido.

—¡Enriqueta, deja de arrastrarte por el piso! —la reprendió Emilia—. Vas a dejar tu vestido nuevo convertido en harapos.

—¡No me importa! ¡Soy un tren y los trenes deben ir por el suelo! —reclamó la niña.

—O te pones de pie por las buenas, o te hago ponerte de pie por las malas —amenazó la joven, y la niña se alzó sobre sus piernas de un salto.

—¡Eres mala, Emilia! Le diré a papá que me has dado una palmada en el trasero para que te castigue.

–Me va a felicitar por hacerlo después de que le cuente lo que estuvieste haciendo, y entonces te daré un par de nalgadas de verdad, una por mentirosa y otra por mal portada.

La niña apretó los puños y dio un sonoro pisotón con el tacón de su zapatito. Jack hizo una mueca, preocupado por la amenaza de un buen berrinche, pero en lugar de eso, la niña se limitó a darse la media vuelta y marcharse de allí a buenas zancadas.

–Si me disculpas, Jack, será mejor que eche llave a mi habitación –le dijo Emilia, dejando a la carrera la bandeja con vasos llenos de agua sobre su mesa–. Esa niña es capaz de estropearme todos mis vestidos o solo Dios sabe qué trastada se le ocurra esta vez, como venganza.

–Será mejor que corras, acabo de verla tomar el cuchillo del pastel –le advirtió Jack y la joven se alejó a la carrera.

Al seguirla con la vista, Jack notó la presencia de un muchacho más o menos de su edad, bajito y bastante robusto, que también seguía a Emilia con los ojos, emitiendo un suspiro lastimero que a él le pareció bastante familiar.

Quizá, de haber estado en el cuerpo de otro, era así como se habría visto a sí mismo, suspirando de forma patética por Kathe.

Y entonces la vio. Ella charlaba con varias chicas sentadas a su alrededor en una de las mesas al otro extremo del lugar. Cuando sus ojos se toparon, ella le dedicó una sonrisa cortés, antes de continuar con su conversación.

No hubo invitación a que se uniera a ellas en su mesa, ni ningún signo de que se interesara por él. Por el contrario, cuando sus amigas se giraron a verlo, ella las reprendió, como si no deseara que fuesen a invitarlo a acompañarlas a su mesa.

Dolido y molesto, Jack dejó a un lado el vaso y se marchó de allí, dispuesto a ponerle un punto final a su estúpido enamoramiento, que era obvio que nunca sería correspondido.

Al llegar a la fiesta, Kathe se encontró con algunas viejas amistades, chicas

que conocía de toda la vida y que también habían ido a festejar a Emilia en su cumpleaños número quince.

También había algunas antiguas compañeras del internado.

Muchas chicas del pueblo, incluidas Emilia y ella misma, habían asistido a un internado por algunos años, pero casi todas ya estaban de regreso en sus casas, donde las necesitaban para ayudar con los quehaceres y trabajos del día a día.

Estaba entablando una conversación sobre lo especial que sería celebrar una monumental fiesta de quince años como solían hacerlo en la capital, cuando se sintió observada. Y al recorrer el lugar con la mirada, se dio cuenta del por qué. Jack, sentado al otro extremo del restaurante, la miraba de ese modo tan intenso como siempre solía hacerlo.

Una vez más, se sintió incómoda bajo el escrutinio de su intensa mirada. Jack casi nunca hablaba con ella y, con excepción de las lecciones que le daba cada mañana y de las veces que él la acompañaba a los campos en busca de los vegetales y las hierbas medicinales, nunca lo veía en la hacienda. Era como si se esfumara cada vez que podía llegar a encontrarse con ella.

Y eso le molestaba porque, de alguna forma, le gustaba estar con él... Jack era inteligente, mucho más de lo que hubo imaginado que sería cuando le ofreció enseñarle a leer. Aprendía todo con suma rapidez y se esforzaba en gran medida por avanzar, intentando abarcar con la mayor prontitud posible todos los temas que ella estaba intentando enseñarle, y de ese modo, poder ayudarle más en los campos, con el cultivo y la recolección de las múltiples plantas, vegetales, frutos, hierbas y todo lo que componía el enorme repertorio de medicina natural de Kathe.

Jack siempre se portaba de manera muy respetuosa con ella, la trataba con amabilidad y cortesía, y cuando la miraba con esos grandes ojos negros, por una fracción de segundo, ella sentía que podía fundirse en él de una forma que no podía llegar a dilucidar.

Su presencia despertaba en ella sensaciones desconocidas, emociones que nunca admitiría... Porque en el fondo, cuando él la miraba de esa forma tan

especial, algo se encendía en su interior que cada día le era más difícil ignorar.

–¿Quién es ese chico que mira fijo hacia acá? –preguntó Conchita, una de sus más viejas amigas.

–Es muy guapo, ¿no te parece? –comentó Casandra, una de sus antiguas compañeras del internado–. Podríamos acercarnos y sugerirle que nos acompañe.

–De seguro querrá acompañarme a mí a casa –comentó Minerva, una chica de voluptuosa delantera, pícara y chismosa, que solía interesarse en la vida de todos, para luego ventilarla a los cuatro vientos, además de ser la acérrima enemiga de Kathe durante el internado y después de él.

Todas rieron por la broma, con excepción de Kathe.

–Ese muchacho es tan apuesto, Mini. Tienes mucha suerte, estoy segura de que él te acompañaría hasta el fin del mundo si se lo pidieras–comentó Raquel, una de las mejores amigas de Minerva.

Porque por supuesto, Minerva iba acompañada por Josefina y Raquel, un par de chicas que no se despegaban de ella como el musgo de la roca, y que secundaban todo cuanto esta decía.

–No sé si al fin del mundo, pero quizá lo invite a dar una vuelta conmigo. Quién sabe, tal vez acepte darle el privilegio de robarme un beso...

–¡Él no querrá hacerlo! –Kathe le gritó a la cara.

–¿Y por qué no? –la cuestionó Minerva, dedicándole una mirada airada a Kathe–. Es lo que todos los chicos aquí presentes quisieran. Includo ese bombón de ojos negros, que no deja de mirarme.

–Él no te está mirando a ti –replicó Kathe, frunciendo la nariz con tal solo considerar la idea.

–¿Y a quién más si no? ¿A ti? –se burló la chica, muy segura de sí misma–. Querida, que te quede claro, tú no eres la belleza de la familia ni de ninguna parte. Nadie te miraría ni por equivocación, y mucho menos cuando estás sentada a mi lado, o al lado de tu hermana. –Señaló a Verónica, rodeada por

una horda de hombres que intentaban llamar su atención—. Así que, en pocas palabras, nadie te mira. Jamás. Eres invisible —sentenció, apuntándola con un dedo perfecto e inmaculado. Las manos de una joven que no hacía nada más que arreglarse las uñas durante todo el día.

Kathe sintió que los ojos se le humedecían, sabía que no era bonita, y que al lado de su hermana nunca resaltaría; Verónica era la flor y ella la hoja del arreglo floral en la que nadie se fijaba, lo sabía bien, pero no era algo que le gustase que le tiraran a la cara, y mucho menos la odiosa de Minerva Castellano.

Molesta, se puso de pie y se alejó. Con la mirada buscó a Jack, pero él ya no se encontraba en su mesa.

Quizá las palabras de su más grande enemiga fuesen ciertas, y Jack no la miraba a ella. Tal vez tenía razón al decir que, al lado de su hermana y de las otras chicas del pueblo, nadie se tomaría la molestia de mirarla a ella.

Caía la noche y pronto tendría que marcharse a casa. La fiesta no había sido tan interesante como había esperado; por el contrario, después de la conversación con Minerva y la misteriosa desaparición de Jack, el festejo se había fastidiado para ella.

Sentada sola en una banca de la terraza, Kathe observaba a los pájaros volar de regreso a sus nidos, preparándose para pasar la noche.

—Miren a quién encuentro sola y con cara de suspiro perdido. —Escuchó una voz masculina, justo antes de que alguien se sentara a su lado.

Ella se giró para ver al recién llegado, que reconoció enseguida. Pablo Piñeda, el hijo mayor de uno de los terratenientes más poderosos de la zona y, sin duda, el mayor pelmazo del pueblo. Además del novio intermitente de Minerva.

—Hola, Pablo —lo saludó—. Te equivocaste de banca. Minerva se sienta por allá —señaló el interior del restaurante.

—No quiero hablar con Minerva, sino contigo. —Él le pasó un brazo por

encima del hombro—. ¿Qué te parece si vamos a dar un paseo?

—Buena idea, me voy de aquí —le dijo, marchándose de su lado antes de darle la oportunidad de reaccionar. Como siempre, Pablo estaba más bebido de lo que debería, y se movía con torpeza, lo cual le permitió escapar de su agarre sin apuros.

Entró de vuelta en el restaurante y se encontró con Emilia, quien en ese momento se limpiaba una mancha del vestido.

—¿Puedes creer que Enriqueta acaba de lanzarme una enchilada? —le preguntó a su amiga, al verla acercarse—. ¡Te juro que un día voy a ahorcar a esa niña!

—Está bien, casi no se nota —Kathe intentó tranquilizarla.

—Oh, no, Emilia, ¿quién arruinó tu vestido? —La odiosa voz de Minerva se hizo oír por encima de las otras voces, llamando sobre ellas la atención de casi todas las personas presentes—. Kathe, ¿fuiste tú? ¿Es que nadie puede tener algo bonito que lucir sin que tengas que arruinarlo?

La joven se sintió enrojecer hasta las orejas cuando las personas se la quedaron mirando con cara de enojo.

—Es suficiente, Minerva. No ha sido ella, sino mi hermanita, la que me ha decorado el vestido —le dijo Emilia, muy enojada—. Deberías disculparte con Kathe por insinuar algo tan horrible en su contra.

—Antes muerta que disculparme con esa por... ¡Ah! ¿Qué pasa? ¡Quítenmelo! ¡Ayuda...! —gritó Minerva cuando, de la nada, Henrietta, la obesa perra de doña Ignacia, la mujer más anciana del pueblo, se le lanzó encima y comenzó a tirar del dobladillo de su vestido.

Kathe esbozó una sonrisa ladeada de gusto que se apagó en cuanto su mirada se cruzó con la de Verónica.

—¡Termina con eso! —le ordenó su hermana, hablando solo con los labios.

Kathe rodó los ojos y apartó la vista. En seguida el perrito faldero soltó a Minerva y se alejó con un trote alegre hacia su ama, llevando colgado del hocico un trozo del vestido de la joven.

–¡Has sido tú! –le gritó Minerva, apuntándola una vez más con ese immaculado dedo–. ¡Bruja! ¡Lo has hecho otra vez!

–Minerva, ¿qué estás diciendo? –Emilia la miró como si acabase de volverse loca–. Ha sido ese perro el que te ha atacado, no Kathe...

–¿Cuántas copas de vino has bebido, niña? –la interrogó Dorotea, la madre de Emilia–. Quizá ya deberías marcharte a casa, muchacha. A tu madre no le gustará saber que andas presentándote en público en condiciones tan deplorables.

–¡Ha sido ella! –continuó gritando la joven, ignorando a ambas–. ¡Ella me ha lanzado a ese perro para que me atacara! ¡Bruja! ¡Siempre lo he dicho y nadie me creía: eres una bruja!

La sonrisa se desvaneció por completo del rostro de Kathe. Había asistido a la escuela con Minerva y durante todo el tiempo que estuvieron juntas, jamás dejó de atosigarla, molestándola a cada oportunidad que tenía con cualquier excusa, pero en especial al llamarla bruja delante de todas sus compañeras de clases. Algo a lo que Kathe intentaba no hacer caso, cuando la verdad era que le dolía. Sus compañeras la apartaban como si trajera la peste, tachándola de rara y llamándola de toda clase de formas despectivas, desde bruja hasta hija del demonio.

Había sido mucho el tiempo transcurrido desde aquellos lúgubres días en el internado, sin embargo, las heridas y las burlas volvían a sus oídos cada vez que estaba cerca de esa molesta chica Minerva y sus aliadas enemigas.

Decidida a no permitirle a esa arpía amedrentarla una vez más, Kathe, harta de la gran suma de idioteces que esa mujer podía escupir como veneno, se dio la media vuelta para marcharse de allí. Pero al salir, tuvo la mala suerte de encontrarse a Pablo de nuevo.

–Hola, hermosa –la saludó, ofreciéndole uno de los vasos de limonada que llevaba consigo en ese momento–. No permitas que esa mujer te moleste, es ella la verdadera bruja.

–Gracias, pero ahora no quiero... –Quiso devolverle el vaso.

–Anda, relájate un poco y bebe, esta limonada es mágica y te hará pasar ese

mal trago enseguida.

Ella dudó, pero cuando él se llevó su vaso a los labios, lo imitó. Sin embargo, cuando tocó el vidrio con su boca, notó que algo no andaba bien, tenía un presentimiento de que no debía beber eso.

Y siempre hacía caso a sus presentimientos, su madre se lo había enseñado.

–Lo siento, debo ir a buscar a mi hermana, ya casi es hora de volver a casa.

–Dejó a un lado el vaso, decidida a alejarse de ese hombre cuanto antes.

–¿Es que no te gustó la limonada? –Él la detuvo por un brazo.

–Ahora no tengo sed.

–Quizá podría traerte alguna otra cosa para beber, o mejor aún, ¿por qué no vienes conmigo y lo buscamos juntos? –Él le sonrió de forma galante, intentando rodearla por la cintura.

–No, gracias. –Ella frunció el ceño y se apartó antes de que pudiera tocarla.

–Pero...

–Pablo, no pierdas el tiempo con ella. –Minerva se acercó, acompañada por su séquito—. Nunca podrás darle gusto a una bruja. Aunque me sorprende que te rebajes tanto al intentar algo con esta. –Le dedicó una mirada despectiva a Kathe—. Vas a dar la pinta de desesperado. Pero claro, después de romper conmigo, ¿cómo no lo estarías?

–Cualquiera es mejor que tú, zorra –le espetó Pablo—. Incluso Kathe.

–Vaya, gracias. –Ella se cruzó de brazos—. Pero no, gracias. No me interesas, Pablo. Y tú tampoco, Minerva, así que haznos un favor a todos y cierra la boca de una buena vez. De ese modo quizá consigas escuchar tus pensamientos por primera ocasión, si es que tienes cerebro.

–¡La que debe cerrar la boca eres tú, bruja!

–¿Sigues con las mismas bromas, Minerva? –Kathe alzó la barbilla, dedicándole una mirada de hastío—. Cualquiera diría que ya habrías superado la inteligencia promedio de los cinco años.

–No son bromas infantiles, Kathe, sino hechos –ella sonrió maliciosamente

–. Y la verdad es que tú eres una bruja, tengas la edad que tengas.

–Si tú lo dices... –Kathe le dedicó una sonrisa falsa–. Aunque si en realidad creyeras en tus palabras, te andarías con más cuidado. Nadie quiere echarse encima la maldición de una bruja.

Las amigas de Minerva se miraron asustadas y retrocedieron un paso.

–Por favor, todos sabemos que no eres capaz de eso.

–¿En serio? –Kathe se acercó a ella, esbozando una sonrisa mordaz–. ¿Estás segura?

Minerva titubeó sin saber qué decir o cómo reaccionar.

–No te atrevas, Katherina... Tú no puedes hacerme nada... Te acusaré...

Una sonrisa completa se formó en el rostro de Kathe.

–¿Sabes qué? No tengo ganas de desperdiciar mis poderes mágicos en ti, maldiciéndote. –Kathe comenzó a arremangarse la blusa–. Hoy tengo ganas de hacer un poco de ejercicio, quizá retomar mis clases de boxeo... Por cierto, Minerva, ¿cómo sigue tu nariz?

La chica palideció de forma exagerada, y Kathe supo que ella también recordaba el último encuentro que ambas habían tenido, cuando ella, harta de las pullas de la chica, había asestado un puñetazo con todas sus fuerzas en la altiva cara de su acérrima enemiga.

El resultado había sido una nariz rota, mucha sangre y la expulsión de Katherina del colegio.

Nunca se arrepintió de lo que hizo, ni siquiera cuando su madre la castigó con tener que continuar sus estudios en casa. Fue lo mejor que le pudo pasar en la vida, además de sus inicios en la investigación intensiva de las plantas y sus grandes poderes curativos.

–Vámonos de aquí... –masculló Minerva, ocultando el temblor de su mano con su abanico, que no dejaba de mover frenéticamente ante su rostro–. De pronto, este lugar apesta.

–Me sorprende que puedas oler algo con esa nariz rota –le dijo Kathe, provocando que Minerva aumentara el ritmo de sus pasos.

Pablo le dedicó una mirada airada antes de seguir a la mujer, dejándola a solas con Emilia, que estaba al borde de terminar en el piso por la risa.

–Se lo tenía merecido, la muy víbora –dijo su amiga entre carcajadas.

–Pero ¿qué fue lo que le hiciste ahora a Minerva? –le preguntó Verónica, llegando a su lado en ese momento–. Acaba de ir a gritarme que tengo a un demonio por hermana y que se compadece de mi mala suerte.

–Lo que le dijo se lo tiene merecido –aclaró Emilia, poniéndose seria–. Fue ella quien se acercó a Kathe con la intención de molestarla. Si no se sabe aguantar, que entonces no abra la boca.

–De todos modos, por muy merecido que se lo tenga, yo no me fiaría. – Verónica frunció el ceño, adoptando una expresión grave–. Esa víbora es muy rencorosa y siempre está buscando la manera de vengarse de los otros.

Por desgracia, más tarde ese mismo, día Kathe averiguaría que su hermana tenía razón.

–¿Estás segura de que tienes que irte tan pronto? –le preguntó Emilia, acompañándola a la plaza.

Kathe se sentó en el borde de la fuente, le dolían los pies después de estar parada tanto rato.

–Lo estoy –contestó, pasando una mano por la superficie del agua–. Mis hermanos no tardarán en llegar, ellos dijeron que estarían aquí a las siete, después de visitar la taberna.

–Aún me sorprende que tu padre les permita ir la taberna, tras la trastada que pasó la última vez, cuando terminaron borrachos y amanecieron vestidos como horribles pirujas, con pelucas de plumas de colores y maquillaje de cabaretera –se burló Emilia, riendo divertida–. Todo el pueblo no deja de hablar de eso.

–Y por ello es que esos zopencos no habían puesto un pie en el pueblo durante todo este tiempo –le contó Kathe, riendo también–. Y es por eso también que el castigo de papá fue que tuvieran que recogernos de tu fiesta de

quince años. Los cobardes todavía no se atrevían a poner un pie en el pueblo, y ya era hora de que se enfrentaran de cara a la vergüenza –repitió las palabras de su padre de esa mañana, cuando le dio la orden a sus hermanos.

–¿Y qué pasó con Jack? –Emilia buscó por los alrededores–. Esperaba verlo aquí afuera, como ya no estaba en la fiesta...

–Él debió irse a casa hace horas. –La sonrisa en el rostro de Kathe se desvaneció y apartó la mirada.

–Pero no se despidió siquiera.

–Así son los hombres. –Ella se encogió de hombros–. No tiene importancia.

–Yo creo que para ti la tiene. –Le dedicó una sonrisa traviesa–. Te vi mirándolo esta tarde.

–Solo quería asegurarme de que estaba a gusto, después de todo, es nuevo en el pueblo y no conoce a nadie.

–También lo vi mirándote...

–Y yo vi a Carlos mirándote durante toda la fiesta. –Ahora fue ella quien le dedicó la sonrisa pícaro–. Dime, ¿cuándo vas a darle una oportunidad al pobre hombre?

–No tengo idea de lo que hablas, Kathe, Carlos nunca se me ha declarado ni mucho menos.

–Está loco por ti, se nota a leguas –le aseguró, recordando la mirada de ensoñación que le dedicaba el chico.

–Si fuera así, habría dicho algo, ¿no lo crees?

–Tal vez es tímido...

–¡Emilia! –Escucharon un grito infantil desde la puerta del restaurante–. ¡Papá dice que vengas, un tío suyo va a regalarte algo muy feo y barato, pero él quiere de todos modos que le des las gracias!

–Mi Dios, esa niña va a matarme de vergüenza uno de estos días –bufó Emilia, recogiendo la falda del vestido–. Nos vemos pronto, Kathe. Me aseguraré de recordarle a Verónica que estás aquí sola esperando, para que se

dé prisa en venir a acompañarte.

–Eso si consigues que alguna de las polillas se aparte de la luz del farol – bromeó Kathe, haciendo referencia a la gran cantidad de chicos que rodeaban a su hermana mayor.

–¡Qué mala eres, Kathe! –rio Emilia, saliendo a la carrera de vuelta al restaurante.

La joven la observó, esperando sentada en el borde de la fuente a sus hermanos, aguardando el momento para estar a solas para quitarse al fin los zapatos y poder remojar los pies en el agua.

Cuando así lo hizo, alzó la vista al cielo. De seguro sus hermanos llegarían pronto, la noche caía y a su padre no le gustaba que transitaran por los caminos tan tarde.

De pronto, una mano le cubrió la boca al tiempo que un fuerte brazo se cerraba en su cintura, jalándola torpemente hacia atrás.

Kathe gritó, pero ningún sonido se escuchó, al tiempo que forcejeaba con el que fuera su atacante, intentando arañarlo con las manos para que la soltara.

Apenas alcanzó a distinguir la sombra de su raptor, pero por el olor a alcohol, supo que se trataba de Pablo. Y el ruin no iba solo, otros cinco lo acompañaban y lo ayudaban a sujetarla por la fuerza, por piernas y brazos, para evitar que ella escapara.

–Minerva te manda sus saludos –Pablo le susurró al oído, y el nauseabundo olor a ron le inundó la nariz, al tiempo que sentía sus manos subiendo su falda.

Entonces toda la situación cambió. Una sombra se abalanzó sobre sus atacantes, y ella se sintió chocar contra la piedra del suelo.

Aturdida, se giró para encontrar a Jack peleando fieramente con Pablo y los otros hombres, que en conjunto se abalanzaban contra él, sin la menor compasión por tratarse de seis contra uno solo.

–¡Corre! –le gritó Jack, defendiéndose como podía con puños y patadas, de esos malnacido que lo golpeaban sin descanso.

–¡Jack...! –gritó Kathe, pensando qué hacer para ayudarlo. Y como no se le

ocurrió nada, solo se lanzó sobre uno de ellos, aferrándose a su cuello como un vaquero lo haría con un potro salvaje.

El tipo no tardó en hacerla caer y ya iba a darle un buen puñetazo como revancha a su actuación, cuando Jack lo impidió, dándole un golpe tan fuerte que lo lanzó de nalgas contra la fuente.

—¡Corre, Kathe! —él volvió a gritarle—. ¡Escapa de aquí...! —No pudo decir nada más, uno había sacado un trozo de madera y le asestó con él un tremendo golpe en la mandíbula, que lo lanzó al suelo.

—¡Jack! —gritó ella, más asustada que nunca en su vida, temiendo que aquellos tipos lo hubiesen matado. Pero Jack no tardó en levantarse y se fue contra el tipo del palo, antes de que él pudiera acercársele otra vez para rematarlo con el madero.

Kathe quiso ir en su ayuda, pero él ya le devolvía el puñetazo al tipo, el cual terminó inconsciente en el suelo. Ella se sorprendió por su habilidad; sin duda, Jack era fuerte y un buen peleador, pero no podría soportar mucho más tiempo. Se trataba de seis hombres, cinco de ellos adultos curtidos, contra un muchacho. Y esos malditos le estaban dando pelea todos al mismo tiempo.

Buscó algo, lo que fuera, para ayudarlo, y al no encontrar nada, tomó uno de sus zapatos, que había dejado olvidados junto a la fuente, y se lanzó con él contra uno de los tipos. Le dio con el tacón en la cabeza, y cuando este se giró para saber qué demonios le había pegado por detrás, ella le clavó el ojo con la punta de su abanico.

El tipo chilló y cayó hacia atrás, retorciéndose de dolor, cuando Kathe se sintió sujetar por unas fuertes manos que la llevaron hacia atrás.

—¡Suéltame ahora mismo...! —chilló, revolviéndose entre las fuertes manos que la arrastraban.

—¡Cálmate fierecilla, que soy yo! —Escuchó la voz de Alonso justo antes de ver a Eduardo y a Tobías correr hacia la contienda. Entonces, Alonso la soltó para unirse a sus hermanos y abalanzarse contra los tipos que al fin habían dejado de golpear a Jack, para conseguir defenderse de sus tres hermanos.

Y Kathe dio gracias al cielo, más contenta que nunca en su vida por la

aparición de esos tres bestias con ganas de pelea, que habían llegado de forma milagrosa a tiempo para salvarles el pellejo.

—¡Jack! —gritó, corriendo a su lado. Él, a pesar de estar severamente herido, seguía de pie, intentando pelear todavía—. Jack, vamos, tienes que sentarte...

—Estoy bien. —Él se negó, pero entonces Eduardo cogió por el cuello al tipo que todavía intentaba golpear a Jack, y le dio un puñetazo tan fuerte que el chico cayó inconsciente en el piso.

Era el último que quedaba de pie. Ya todos los otros yacían desmayados en el piso

Entonces Kathe se acercó y tomó su brazo, intentando atraerlo a su lado para ayudarlo. Pero Jack no se movió, la miró con el único ojo que todavía tenía abierto, pues el otro se había hinchado y estaba por completo cerrado, y entonces le sonrió.

—Estás a salvo —le dijo, antes de caer de rodillas y escupir sangre.

—¡Jack! —Kathe se arrodilló a su lado y lo sostuvo por los hombros antes de que el pobre chico cayera desmayado contra la dura piedra.

Había resistido hasta saberla a salvo.

CAPÍTULO 5

—¿Crees necesitar más té de amapola? —le pregunto Jenica a su hija, ayudándola a terminar de vendar una de las muchas heridas de Jack.

—No lo creo, ya se ha dormido. —Kathe miró con profunda compasión al cuerpo maltrecho de Jack. Había sido un milagro que no lo matasen.

—Eduardo y Alonso irán mañana a buscar al médico a casa de doña Gertrudis. Dejó dicho que pasará allá la noche, cuidando de ella —les informó Tobías, entrando en la habitación con una palangana llena con agua hirviendo—. Por ahora, me temo que tendrán que arreglárselas solas.

—No te preocupes, nosotras podemos hacerlo —le aseguró Verónica, tomando la palangana de sus manos.

—Pero es un hombre y está desnudo... —Tobías frunció el ceño, deteniéndola por el brazo—. No es decente que ustedes lo vean en ese estado.

—No es la primera vez que vemos a un hombre desnudo —apuntó Verónica, y Tobías enrojeció hasta la coronilla—. Vamos, hombre, tú sabes que hemos ayudado a mamá a curar a todo aquel que llega a nuestra puerta con necesidad. Sin mencionar que fue Kathe quien cuidó casi todo el tiempo a Jack cuando estaba enfermo. No sé por qué pones esa cara de espanto.

—Asumí que tu madre lo hacía sola, con ayuda de Eric... —gruñó en voz baja—. Ustedes dos son aún muy jóvenes y puras...

—¿Quieres decir que mi madre no es pura por ser mayor que nosotras?

—¡No! —le aseguró enseguida—. Me refiero a que ustedes no están casadas y, por consiguiente, no han visto a un hombre como Dios lo trajo al mundo...

—Te acabo de decir que lo hemos hecho, y varias veces.

—Pero a desconocidos, no a Jack...

—¿Te refieres a que, por ser Jack un conocido, no deberíamos ayudar a salvarlo? Porque si tú fueras el que estuviera tendido en esa cama, sin duda te ayudaría, Tobías. —Verónica lo apuntó con un dedo y luego a su entrepierna—.

Aunque tuviera que ver a tu corruptor de inocencia, de por medio.

–¡Verónica...! –la reprendió, al tiempo que se ponía más rojo todavía.

–Vero, ten cuidado, no te vaya a golpear. Cariño, aquí están las tablas que me pediste. –Eric entró en ese momento en la habitación, salvando a Tobías del apuro–. ¿Qué quieres que haga con ellas?

–Ayúdame a entablillarle el brazo. Me temo que está roto –le pidió su mujer, moviéndose alrededor del paciente con una maestría digna de un experto.

Kathe observó en silencio, ayudando en lo que podía. Se sentía más culpable que nunca en su vida, por todo lo ocurrido. Si Jack moría, sería todo por culpa suya...

Esa noche, como las que siguieron, Kathe permaneció junto a la cama de Jack, velando por él. La fiebre hizo estragos en su recuperación, pero ella estuvo allí todo el tiempo, menguando su malestar con tónicos y paños fríos, hasta que al fin el joven estuvo fuera de peligro y abrió los ojos.

–Hola –lo saludó ella, cuando él la vio, mientras le secaba la frente con un paño–. Bienvenido de regreso.

Él esbozó una sonrisa tímida.

–¿Cómo... cómo estás? –le preguntó él, intentando sentarse en la cama–. ¿No te hirieron...?

–Espera, no te muevas, eres tú el que está herido...

–Eso no importa –gruñó, tocándose las costillas, vendadas firmemente–. ¿Cómo estás tú? –Él la recorrió con la mirada, buscando algún signo de que estuviera herida.

–Me encuentro en perfecto estado, gracias a ti –apuntó, ahuecando una mano sobre la suya, todavía cubierta de vendas–. Jack..., gracias por salvarme la vida.

–No tienes nada que agradecer, cualquier otro habría hecho lo mismo.

–Pero lo hiciste tú –estrechó su mano–. Gracias, Jack.

Él la miró fijamente con esos hermosos ojos negros que, por unos días, temió no volver a ver.

—No tienes nada que agradecer. Era lo menos que podía hacer por ti; después de todo, tú me salvaste también. —Apartó la vista y la fijó en la ventana—. Te lo debía.

—De todos modos, gracias. —Ella remojó el paño y volvió a su labor, lavándolo.

—¿Qué pasó con esos tipos? —le preguntó, sin mirarla.

—No tienes que volver a preocuparte por ellos. Mis hermanos terminaron lo que comenzaste, y el comandante de policía los arrestó al día siguiente. El padre de Pablo consiguió sacarlo bajo fianza, pero mis hermanos lo amenazaron con que podría sufrir un «accidente» —dijo haciendo comillas con los dedos—, si se quedaba en el pueblo, y se marchó enseguida. Así que no temas, no volverán a molestarte.

—Lo que me hagan a mí no me preocupa, solo lo que esos tipos pudieran llegar a hacerte a ti. —Frunció el ceño y la miró—. ¿Por qué, si no, te habría estado siguiendo cada día, más que para asegurarme de que estás a salvo?

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida por esa declaración.

—El día de la fiesta, ¿tú no te fuiste, entonces? ¿Te quedaste cuidándome?

Él asintió y volvió a desviar la mirada.

—No es la primera vez. Estos lugares no son seguros, y a ti te gusta demasiado dar paseos sola... —Y volvió a cerrar los ojos, como si le costara mantenerse despierto—. Sé que no me querías en esa fiesta, pero no por ello iba a descuidar tu seguridad. Temía que algo malo te pudiera suceder si te quedabas sola...

—Jack... —Ella tomó su mano cuando la puerta se abrió de golpe, y por ella entró Eduardo.

—¿Estás despierto, zopenco? —le preguntó, avanzando a zancadas hasta la cama.

Jack asintió, aunque no abrió los ojos.

–¿Qué quieres, pelmazo? –le contestó Jack del mismo modo, ante la mirada estupefacta de Kathe, que se quedó con la palabra en la boca, cuando ya iba a reprender a su hermano por tratar así a su amigo.

–Decirte que la jugarreta de llevar los retratos con el párroco te ha salido de maravilla –le dijo riendo divertido, antes de darle a Jack una palmada en el hombro–. Tobías y Alonso aún siguen dándole explicaciones al sacerdote del motivo por el cual no debe excomulgarlos por andar teniendo amoríos con cerdas.

–¿Es que así llamas ahora a las damas de compañía que sirven en la taberna? –le preguntó Katherina, cruzándose de brazos, molesta. No le gustaba que su hermano se juntara con prostitutas, pero eran mujeres que tenían que ganarse la vida de algún modo, y les tenía lástima. No era algo amable que las insultaran por su trabajo, y mucho menos cuando de forma tan liberal se servían de él.

–No hablo de ellas, hermanita, sino de cerdas de verdad. –Eduardo le aclaró y alzó un dibujo donde se veía a un hombre besándose con una cerda.

–¿Qué diantres es eso? –preguntó Kathe, frunciendo el ceño ante la horrible imagen, en cuya parte inferior se leía: «Alonso y Lady. Amor eterno».

–La última revancha de doña Sabanitas –le explicó Eduardo, volviendo a palmear a Jack en el hombro–. Tobías, Alonso y yo le hicimos una broma como revancha de las pelucas de plumas de colores, dejando por todo el pueblo estos retratos con la cara de Jack y la querida cerda Lady, en su cama.

Kathe miró a Jack con las cejas arqueadas, y de nuevo al dibujo, donde una mala caricatura del muchacho salía besando a una cerda de aspecto sensual.

–¿Cómo se han atrevido a hacer algo tan vil? –exclamó Kathe, al borde de la furia–. Jack, cuánto lo siento, esos idiotas no tienen cerebro...

–Está bien, fue divertido –le aseguró Jack, palmeándole la mano para calmar su enojo.

Kathe abrió la boca por la sorpresa, no se había esperado esa respuesta.

–Y nos la ha hecho pagar bien, debo admitirlo –le aseguró Eduardo–. Como revancha, Jack llevó los mismos dibujos al sacerdote del pueblo, con la

excepción de que reemplazó su nombre por el de nosotros tres –señaló el nombre de Alonso escrito debajo.

–Ese día hice la actuación de mi vida, al comentarle al párroco mi preocupación por aquellos hombres que estaban enamorados de un cerdo y, para colmo, del mismo cerdo –explicó Jack, haciendo reír a Eduardo a carcajadas.

–Y como respuesta, el sacerdote está aquí –Eduardo les contó a ambos–. Vino a hablar con nuestros padres sobre lo muy preocupado que está por nosotros tres acerca de nuestras «preferencias carnales». –Hizo comillas con los dedos–. Les ha sugerido que sacrifiquen a la cerda enseguida y nos recluyan en un cuarto sin animales, además ha prometido ofrecer este domingo un sermón de lo más aterrador acerca de los castigos del infierno, en caso de que nuestros gustos «exóticos» puedan ser contagiosos para otros feligreses.

–¡Santo Dios! –Kathe tuvo que reprimir una risita–. ¿Y qué han dicho papá y mamá al respecto?

–Mamá no le dio importancia, dijo que de seguro debía ser una de nuestras bromas. En cuanto a papá, admitió que sería mejor que nos metiéramos con una cerda, ya que a ella no podemos dejarla preñada. –Rio Eduardo–. Por supuesto lo dijo en son de broma, pero el sacerdote se enojó tanto que también amenazó con excomulgarlo –finalizó, comenzando a carcajearse.

Jack rio de lo lindo, acompañado por las sonoras carcajadas de Eduardo y la mirada incrédula de Kathe ante sus bromas.

–No entiendo... ¿Por qué te estás riendo, Eduardo? Tu nombre estaba entre los de esos retratos –le preguntó Katherina.

–Hermanita, reconozco una buena broma cuando la veo. Además, ahora que Jack es uno de los nuestros, no puedo dejar de elogiarlo por su ingenio.

–¿Uno de los suyos? –Jack enarcó una ceja, sin comprender.

–Olvídate de las bromas pesadas. Cuando salvaste a Kathe, te convertiste en uno de los nuestros –le dijo Alonso, desde la puerta.

–Con valor reconocido, por casi morir en el intento –añadió Tobías, llegando al lado de su hermano menor.

–No entiendo nada de esto... –declaró Kathe, mirando a los tres muchachos con ojos entrecerrados.

–No tienes que hacerlo, pero Jack sí lo entiende, ¿no es verdad, amigo? – Eduardo puso énfasis en esa última palabra, tendiéndole la mano a Jack.

Él la estrechó con su mano buena, dedicándole a Eduardo una sonrisa.

–Por supuesto, amigo.

–¿Eso quiere decir que ahora no te molesta que Jack se quede en la hacienda? –le preguntó Kathe, esbozando una sonrisa.

–Puede quedarse todo el tiempo que quiera.

–¿Y cómo te llamaremos ahora? Porque aseguraste que él se marchaba o tú te dejarías de llamar Eduardo.

–Hermanita, ¿es que tienes que recordar cada cosa que digo? Vas a ofender a mi nuevo amigo...

–No te preocupes, doña Brillantina, yo no me ofendo –le aseguró Jack, haciéndolos reír a todos.

A partir de ese día, los cuatro muchachos se volvieron grandes amigos y se apoyaron en todos los aspectos posibles.

Y Kathe no pudo dejar de notar que su corazón vibraba de dicha, sabiendo que Jack se quedaría. Pues desde esa tarde en la plaza, un nuevo sentimiento había nacido en ella, que se intensificaba a cada momento que pasaba cerca de él.

Ella sabía que no cualquier hombre se dejaría dar una paliza con tal de rescatar a una mujer.

Y Kathe estaba muy agradecida con él por lo que había hecho, pero también algo más... Desde ese día, había comenzado a ver con otros ojos a Jack.

Sentada bajo la sombra de un árbol, Kathe preparaba los brotes que traspasaría a la tierra en el huerto de hortalizas que esa mañana estaba arreglando. Cuando hubo terminado, se aproximó al pozo para rellenar la cubeta con el agua que necesitaría para regar las plantas.

Al inclinarse sobre el pozo y tirar de la cuerda, una mano se cerró sobre la suya.

–¿Necesitas ayuda? –le preguntó Jack.

–¡Jack! –Ella dio un paso hacia atrás–. Dios, me asustaste...

–Lo siento, no era mi intención. –Él le dedicó una sonrisa amable, antes de tirar de la cuerda.

–Espera, ya puedo hacerlo yo. Aún tienes el brazo mal...

–Estoy bien –le aseguró, tomando el cubo con agua para rellenar el que ella tenía a su lado–. ¿Dónde estás trabajando? –le preguntó, con la intención de cargar el agua por ella.

–Jack, no debes hacer esto. Deberías permanecer en la cama...

–Me encuentro mucho mejor, señorita, y me ayudaría más que me dijeras a dónde debo llevar el agua, en lugar de quedarte allí parada quejándote. Porque la llevaré, por mucho que me digas que no –le aseguró y ella tuvo que admitir que sería así. Jack nunca le había permitido cargar nada desde que la ayudaba con sus labores en el campo.

–De acuerdo... –Suspiró–. Pero te ayudaré a cargar con eso. –Se puso del otro lado y tomó el asa del cubo, ayudando así a que él no llevara todo el peso por sí solo.

Esta vez él no replicó, y continuó caminando con ella a su lado.

–¿Cómo supiste donde encontrarme?

–¿Qué...? –La pregunta lo tomó por sorpresa.

–Sí, ¿no se suponía que debías estar dormido en este momento?, ¿cómo es que supiste que estaba aquí...?

–Te seguí –admitió Jack, encogiéndose de hombros.

–¿Me seguiste? –Ella abrió mucho los ojos.

–Suelo hacerlo... No pienses mal, no es para espiarte ni nada parecido –se apuró en aclarar, avergonzado–. Te sigo solo cuando sales tú sola, y lo hago para asegurarme de que no te pueda pasar nada malo.

–Oh, sí, algo me comentaste de eso el otro día, cuando despertaste...

Él asintió y desvió la mirada, avergonzado.

–Los campos son peligrosos, también los caminos. Cualquier cosa podría llegar a ocurrir, un animal, algún mal nacido como los de la plaza... –Se encogió de hombros, negando con la cabeza–. Existen muchos peligros, señorita, y no me gustaría que nada malo llegase a sucederte. Es por eso que te sigo.

–Entonces, ¿eres algo así como mi ángel guardián? –Lo miró a los ojos.

–Creo que de ángel no tengo mucho. Yo diría que soy algo más parecido a un perro guardián.

Ella rio, negando con la cabeza.

–Eres una buena persona, Jack. Te lo aseguro, y te agradezco que te tomes tantas molestias para cuidar de mí... –Frunció el ceño y ladeó la cabeza–. No me espías mientras me visto, ¿verdad?

–¡No! Por supuesto que no, señorita... –Se calló cuando ella empezó a reír a carcajadas.

–Solo bromeaba. –Ella rio una vez más, y ese sonido fue el más maravilloso a sus oídos–. Y ya te he dicho que me llames Kathe.

–De acuerdo, Kathe... –Se quedó mudo cuando ella posó una mano sobre la suya.

–Gracias por cuidar de mí, Jack. Me salvaste ese día, no sé qué habría hecho sin ti. Gracias por ser tan amable y preocuparte de mantenerme a salvo, te aseguro que papá sabrá cómo recompensarte por todo tu trabajo y por tu esfuerzo para demostrarle tu fidelidad...

–No lo hago por tu padre, lo hago por ti –la interrumpió, hablando con fervor–. Nunca permitiría que nada malo te sucediera, Kathe. Te amo demasiado como para quedarme tranquilo de brazos cruzados mientras tú sales sola, poniendo en riesgo tu vida.

–¿Tú... qué...? –Ella arqueó las cejas, sorprendida por sus palabras, y hasta ese momento Jack se percató de que acababa de confesarle su amor.

Ambos se detuvieron en medio del campo. Jack se giró hacia ella para

mirarla a los ojos, todavía con el cubo cargado entre ambos.

–Yo... te amo –admitió, sabiendo que ya no tenía sentido seguir ocultando sus sentimientos–. Te he amado desde la primera vez que te vi en ese árbol, con la cometa en la mano.

Ella abrió mucho los ojos, bastante sorprendida por sus palabras.

–¿Me amas... a mí? –titubeó.

–Sí. –Él frunció el ceño –. Sé que no soy digno de ti, que solo soy un vaquero, un empleado más de tu padre, y tú la hija de mi jefe. Pero es lo que siento y no puedo cambiarlo –gruñó, girándose para continuar su camino, evidentemente molesto.

–Jack, espera... –Ella lo detuvo por el brazo–. No es eso lo que quería decir... Es que me sorprendieron tus palabras.

–Incluso los más idiotas tenemos sentimientos, no sé por qué te sorprende.

–Porque todos los hombres que conozco están enamorados de mi hermana – admitió ella, esbozando una tímida sonrisa–. Ella es la guapa de la familia, la que tiene a todos los hombres del pueblo tras sus huesos, rogándole porque les permita cortejarla. Nadie me ve a mí...–admitió, agachando la mirada–. A su lado, soy invisible.

Él notó el dolor oculto en sus palabras. Con una mano temblorosa, acarició su mejilla y se sorprendió cuando ella no retrocedió.

–No sé cómo es eso posible, desde el primer momento en que te vi, no he podido dejar de mirarte. –Se inclinó sobre su rostro, incapaz de seguir callando más tiempo–. Tú eres la mujer más hermosa que he conocido en toda mi vida. A tu lado, todas las demás desaparecen –añadió, tocando sus labios con los suyos, en un delicado beso colmado de amor.

Ella se sorprendió con el toque, pero no retrocedió, dándole la oportunidad de rodearla por la cintura con los brazos y atraerla contra su cuerpo, profundizando ese mágico beso que se quedaría para siempre grabado en el corazón de ambos.

El cubo cayó al suelo, mojando la tierra y sus zapatos con su contenido,

pero a ninguno de los dos les importó, perdidos en ese momento.

–Te amo, Kathe –le dijo él sobre sus labios, mirándola con esos hermosos ojos negros y luminosos como las estrellas en el cielo nocturno.

–Jack, yo también te amo –confesó, antes de rodearle el cuello con los brazos e elevarse sobre sus pies, para volver a besarlo, demostrándole de esa forma cuán profundo era el sentimiento que guardaba en su interior.

No pasó mucho tiempo antes de que Jack le revelara a su patrón la verdad de que siempre había estado enamorado de su hija Katherina, tanto así, que solía seguirla cuando ella iba sola por los caminos, deseoso de protegerla de cualquier mal. Sabía que no podía intentar nada con ella, como Eric se lo advirtió durante su primer día trabajando bajo su mando, pero enamorarse de ella había sido la única orden que no pudo obedecer.

–La amo más que a mi vida, señor –le confesó con el corazón en la mano.

Y Eric no pudo evitar conmoverse por sus palabras. Además, había sido gracias a ese muchacho de corazón noble, que su hija estaba sana y salva. Con su gesto heroico, que por poco le cuesta la vida, no solo se había ganado el corazón de su hija, sino también su afecto y admiración. Así como un lugar en su familia.

–Pues yo debo confesarte, hijo, que no creo que haya otro mejor pretendiente en esta tierra para mi niña –admitió, palmeándole la espalda–. Tienes mi permiso para cortejar a Katherina, pero te advierto que si llegas a intentar propasarte con ella en lo más mínimo, no dudaré en meterte un tiro entre las cejas. Y no te creas ni por un segundo que lo digo de dientes para afuera, recuerda que tengo muchas hectáreas para esconder un cuerpo.

Jack rio a medias por la broma, que sabía era buena parte de una amenaza real. Pero lo comprendía muy bien; de haber estado en su lugar, era posible que hubiera amenazado a cualquier pretendiente de sus hijas con torturas mucho más violentas y muertes bastante más dolorosas que un tiro en la cabeza.

Pronto, la vida de Jack se convirtió en una apacible rutina, colmada de dicha y buenos momentos. Contaba con el amor de la que sabía, era la mujer de su vida, y su acto heroico también lo ayudó a terminar con el enfrentamiento que tenía con sus tres más grandes enemigos. Y no solo eso, a partir de entonces, los tres varones de la casa se convirtieron en sus mejores amigos y más grandes aliados para las trastadas que no se detuvieron, sino que ahora incluían a Jack como uno más de la familia.

Jack habría estado feliz de que esta dicha no terminara. Sin embargo, sabía que un día así sería.

Tenía una promesa colgando sobre su cuello, esa venganza que de seguro significaría su muerte, pero que él, por más que le pesase, no podía dejar atrás en el olvido.

Ni siquiera si eso significaba tener que poner en juego su felicidad.

Sin embargo, hasta que llegase el día en el que tuviera que hacerle frente a su juramento, disfrutaría de la alegría que le regalaba ahora la vida, amando por el tiempo que le quedara y con todas las fuerzas de su alma a la mujer que adoraba.

CAPÍTULO 6

Tres años después...

Katherina se inclinó sobre los arbustos en flor, regándolos con delicadeza. El jardín que cultivaba ese año era enorme, sin tomar en cuenta la variedad de plantas que conservaba dentro del invernadero, sin embargo, a Kathe le gustaba tomarse tiempo con cada una. La jardinería era un deleite para ella y sus mimos solían tener buenos resultados en la cosecha tanto de frutos y hortalizas, como de hierbas, flores y algunas raíces.

Tomó la regadera de mano y se acercó a un arbusto cercano, esa mañana lucía un tanto marchito. Kathe alzó la vista y notó que la sombra de un árbol cercano impedía que el sol llegase hasta sus hojas. Miró en derredor antes de levantar la mano, con delicadeza la movió y con ella, las ramas se movieron por sí solas, apartándose para permitir el paso de los rayos del sol sobre el arbusto ante ella.

—Ahora podrás crecer con fuerza, pequeña —se dirigió al matorral, regándolo con cariño antes de acercarse a tomar el cesto con flores, donde iba recolectando una variedad de brotes que más tarde utilizaría para preparar los diferentes tónicos medicinales, esencias, cremas y lociones, que su madre le estaba enseñando a hacer.

Cada día dominaba con mayor pericia el arte de herbolaria del que su madre era experta. Así mismo, la fama de los productos medicinales que preparaba su madre se extendía cada día más por los alrededores. La gente tocaba a su puerta de día o de noche, solicitando ayuda. Y Jenica nunca la negaba a nadie, bueno o malo, rico o pobre, amigo o desconocido; su madre se sentía con la obligación de ayudarlos a todos.

A tal grado era solicitada, que Jenica había considerado la idea de abrir una tienda en el pueblo en la que cualquier persona se pudiera surtir de lo que necesitase.

–Ustedes están muy bellas esta mañana, ¿vendrán conmigo a casa? –Kathe le susurró a las flores, que, al sonido de su voz, se abrieron de sus botones. Con cuidado para no dañar el arbusto, comenzó a cortar las hermosas flores rojas que había cultivado con esmero esa temporada.

De pronto, unas manos se cerraron sobre sus ojos. Eran fuertes y llenas de asperezas, aunque para ella resultaban las más cálidas y delicadas en su trato.

–¡Jack! –Sonrió, girándose para encontrarlo.

Él le devolvió la sonrisa, rodeándola por la cintura para atraerla contra su cuerpo, en un abrazo.

–¿Algún día conseguiré hacer que me obedezcas? –le preguntó, apartando un mechón de cabello de sus ojos–. Te pedí que me esperaras para acompañarte a los campos. Sabes que no es seguro que salgas tú sola.

–No quería molestarte, sé que papá te levantó temprano para reunir el ganado.

–No es ninguna molestia poder pasar un rato contigo –susurró sobre sus labios, antes de besarlos con una devoción que a Kathe le estremeció el alma.

La misma devoción que le dedicaba desde la primera vez que él la había tomado entre sus brazos para besarla.

Las manos de él recorrieron su espalda y la estrecharon con fuerza contra su cuerpo. Ambos cayeron sobre el prado, envueltos en caricias y besos apurados, colmados de amor y deseo.

El ladrido de un perro no lejos de allí los devolvió a la realidad, y Jack detuvo sus avances antes de que Eric apareciera de improviso y le metiera una bala por el culo, como castigo por propasarse con su hija.

A pesar de que su estimado patrón hubiese permitido que su adorada Katherina y él fuesen novios, no por ello había dejado de ser estricto con él; quizá, por el contrario, lo era mucho más. Y sin duda, no le gustaría nada encontrarlos retozando en medio del prado.

El ladrido del perro se hizo más intenso y Jack no tuvo tiempo de reaccionar antes de verse aplastado por una poderosa mata de pelos con

cuatro patas y un poderoso rabo, que se sacudía sin parar, golpeándolo en la cara una y otra vez.

–¡Chiquito, bájate ahora mismo! –gritó Kathe, forcejeando con el enorme perro blanco y marrón de Eric, que en ese momento le bañaba el rostro a Jack a lametazos.

–Maldito perro del infierno... –masculló el joven, intentando apartarse en balde del gran animal y su pegajosa lengua, que parecía decidida a dejar una marca permanente de saliva en su cara—. Es decir... Mal perrito –se corrigió, cuidando su lengua frente a su amada.

Kathe soltó una carcajada por su intento de no maldecir ante ella y tomó al perro por el collar para apartarlo de una buena vez. Le parecía muy tierno que Jack siempre intentara comportarse como un caballero cuando se encontraba delante de ella.

El perro al fin se quitó, pero no se marchó, como si intuyera que no sería nada sabio dejarlo a solas con la hija de su amo.

–Eres un aguafiestas –le susurró Jack al perro al oído, ganándose un gruñido bajo por parte del can—. Ya sabía que entiendes todo, solo te haces el meloso cuando ella está cerca.

El perro ladró, como si confirmara lo que él acababa de decir, antes de caminar y sentarse al lado de Kathe, reclamándola como suya.

–Ah, no, ni lo pienses. Ella es mía –protestó Jack, pero al intentar acercarse, el perro volvió a gruñir.

–¿Qué ocurre? –preguntó Kathe, ajena a todo eso, pues había estado recogiendo sus herramientas de jardinería, sin prestarles atención.

–Nada, solo charlaba con Chiquito. Creo que extraña a tu padre, deberíamos enviarlo a buscarlo... –El fiero perro ladró muy fuerte, silenciando sus palabras.

–Yo creo que no quiere eso –comentó Kathe, acariciándolo tras las orejas, y el perro prácticamente se derritió bajo su toque.

–Maldito afortunado –gruñó Jack, celoso del can.

–¿Qué has dicho?

–Que hoy habrá guisado –él le dedicó una sonrisa angelical–. Me lo dijo doña Conchita esta mañana.

–En ese caso, será mejor que nos demos prisa, o mis hermanos acabarán con todo sin piedad. –Ella se agachó para tomar del suelo el cesto con las flores, pero antes de que pudiera hacerlo, la mano de Jack se cerró sobre la suya.

No importaban los años que hubieran pasado ni que solo se tratase de unas simples flores, él nunca permitía que ella cargara nada.

–Siempre tan galante... –Ella se quedó sin palabras cuando él tiró de su mano para robarle un último beso antes de partir. El cesto se giró y algunos capullos cayeron al suelo–. Bueno, la mayor parte del tiempo. –Ella rio y se inclinó para recoger a las flores perdidos.

–¿Para qué sirven estas flores? –le preguntó Jack, acercándose a su lado para examinar las flores que ella recolectaba en el cesto–. Huelen de forma extraña...

–Cuidado, no te la acerques tanto al rostro... ¡y no te la comas! –Kathe lo atajó antes de que pudiera metérsela a la boca–. Dios, eres como un niño pequeño. No te puedo perder de vista ni dos segundos.

Él rio y la envolvió por la cintura para besarla en la mejilla.

–Me gusta que no me pierdas de vista –confesó–. Es un cambio, para variar. Por lo general, soy yo quien te está acechando.

–No te lo tomes muy en serio –ella bromeó–. Solo lo hago cuando estás en peligro de envenenarte.

–¿Es que esa flor es venenosa? –él enarcó las cejas, sorprendido.

–Un poco, y además..., digamos que te haría ver cosas que en realidad no están allí –le explicó, tomando la flor roja de su mano, para colocarla junto a las otras.

–¿Te refieres a que te hace alucinar? –Jack frunció el ceño–. ¿Y por qué las estás cultivando, entonces? Creía que solo cuidabas plantas y hierbas

curativas.

–Mamá las utiliza para calmar el dolor, pero dice que pueden ser muy perjudiciales si no se manejan con cuidado. Me ha dicho que pueden llegar a ser adictiva si se consume en exceso...

–¿Una simple flor?

Ella asintió con evidente tristeza en la mirada.

–Mamá me contó que en una ocasión cuando ella era niña, en los tiempos en que todavía vivía en Salem, unos hombres malvados entraron en su casa buscando la flor. Al no hallarla, golpearon a su abuela hasta que les dijo dónde podrían encontrarla. –Sus ojos se quedaron fijos sobre una de las flores –. Eran buenos hombres antes de eso... O fue lo que me dijo mamá. Cambiaron; llevados por el ansia del cuerpo, ellos se transformaron en quienes no eran en realidad. Una sustancia puede llegar a ser tan dañina como un demonio dentro del cuerpo, dejando a la persona que la consume sin uso de razón.

–¿Y a pesar de todo, la cultivas? No lo entiendo...

–Como tantas cosas en la vida, si se usa de forma responsable, puede ser de mucha ayuda... ¿Qué ocurre? ¿Te has molestado? –Ella notó que los ojos de Jack se habían llenado de ira–. No es nada... –Él apartó la mirada–. Desearía haber estado allí para ayudar a tu madre... Jenica es una mujer tan buena... De haber estado en mi mando el cambiar las cosas para esa niña que hoy es tu madre... Es increíble que a pesar de haber tenido que sufrir por la maldad de esos hombres, se haya convertido en una mujer tan buena. Es decir, para tu madre debió ser algo en extremo difícil de superar –comentó él, intentando dominar el enojo en su voz para que Kathe no lo notara.

–Lo fue. Esos hombres dejaron a su abuela muy mal herida, y como sus padres habían muerto para aquel entonces, temió quedarse sola en el mundo –le contó.

–Pobre Jenica, era solo una niña... –Su enojo se esfumó cuando sintió la mano de Kathe en su mejilla.

–Sientes deseos de haberlas protegido, a mi madre y a su abuela, como

siempre deseas proteger a los que no pueden defenderse a sí mismos. Es tu instinto de salvaguardar al más débil. –Ella acarició con ternura su rostro–. Lo que fuera que viviste antes de llegar aquí, te dejó marcas profundas... Pero también un gran corazón, deseoso de ayudar a otros que se han encontrado en situaciones similares a la tuya.

Él agachó la vista, como si no supiera cómo expresar lo que tenía en mente.

–Sé que quieres que te hable de mi pasado, pero...

–Está bien, no tienes que hacerlo ahora. Lo harás cuando estés listo. –Kathe le dedicó una sonrisa amable, antes de inclinarse y besarlo en la mejilla–. ¿Pero sabes algo? Lo que fuera que te sucedió, te trajo aquí, y es por ello que ahora podemos estar juntos. Así que no es del todo malo. –Estrechó sus manos entre las suyas–. Como lo de mamá tampoco fue del todo malo. Ella siempre lo considera de esa forma, ve el lado positivo, siempre ha dicho que fue afortunada porque mi bisabuela se repuso y después de esa experiencia, decidió mudarse a México, y fue así como mamá conoció a mi padre, en el barco en el que ambos viajaban desde Estados Unidos –le contó–. Han estado juntos desde entonces.

–Pero si eran tan solo unos niños.

–Eso no significaba que no estuvieran destinados a enamorarse y pasar toda su vida juntos. –Ahuecó una mano en su mejilla, en una tierna caricia–. Como tú estabas destinado a llegar aquí, conmigo.

–En ese caso, me alegra que las cosas sucedieran como fueron. –Tomó una de las largas trenzas rojizas que caían sobre su hombro y tiró de ella para acercarla a su rostro–. Hubiera dado lo que fuera con tal de estar a tu lado, Kat. Habría atravesado el mismo infierno, con tal de estar contigo –susurró sobre sus labios antes de besarla.

–Mamá dice que el destino es uno y no cambia. Nuestro destino era conocernos, y ese destino es inmutable, no cambiaría ni aunque yo hubiese vivido en la Luna. –Kathe sonrió, rodeando a Jack por el cuello, en un tierno abrazo–. Pero es bueno estar aquí ahora, y poder compartir juntos estos paseos, teniéndote como mi acompañante y protector.

–En ese caso, es bueno servirte como perro guardián. –Sonrió él, inclinado sobre su rostro.

Chiquito, el perro de su padre, ladró con furia, interponiéndose entre ambos con su enorme cuerpo peludo.

–No eres mi perro guardián. –Kathe rio, acariciando la cabeza del can–. Él lo es. –Señaló al perro, apartándose de su lado para poder volver a abrazarlo –. Tú en cambio, eres mi valiente y guapo héroe, mi protector, y mi mejor amigo, además.

–¿Y...? –Arqueó una ceja, cerrando la distancia que los separaba.

–Y el mejor novio del mundo. –Sonrió ella, inclinándose para besarlo.

–¿Sólo eso? –Él se apartó solo un poco, fingiéndose enfadado.

–¿Es que te parecen pocos adjetivos? –le preguntó ella, poniendo los brazos en jarra.

–Qué te parece si además añades... –Se apartó y se arrodilló, alzando hacia ella un hermoso anillo de diamantes–. Tu futuro esposo.

–Jack... –Los ojos de Kathe se agrandaron con sorpresa y alegría.

–Katherina, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

–¡Sí! –Ella se lanzó a sus brazos, y ambos perdieron el equilibrio y fueron a terminar sobre las flores. Jack la besó con pasión, rodeándola en un abrazo colmado de amor, antes de que un nuevo ladrido los hiciera cobrar conciencia de lo que estaban haciendo y, lo peor, que en cualquier momento podría aparecer alguien y verlos.

O en el caso de Jack, que en cualquier momento Chiquito le arrancaría la cabeza de un mordisco.

Riendo mientras la ayudaba a levantarse, Jack tomó su mano y puso el anillo en su dedo, para finalmente besar su palma, con un fervor que a ella le estremeció el alma.

–Te amo, Jack –le dijo ella, sintiendo que la voz le temblaba por la emoción.

–Yo te amo más –contestó él, inclinándose sobre sus labios para besarla.

–Vamos a casa, ¡tengo que contarle a mamá! –Kathe tomó su mano y tiró de él–. ¡Ella estaba segura de que no me desposarías antes de los veinte años!

Esa noche, durante la cena, ambos anunciaron a la familia su compromiso.

Como supusieron, su madre y hermanas se alegraron mucho, al igual que Eduardo, que no dejó de felicitar a su hermana favorita y a su mejor amigo por al fin tener el valor para convertirse en su cuñado.

Alonso y Tobías, por otro lado, no parecían muy contentos, aunque los felicitaron de todas formas.

En cuanto a Eric, se quedó en silencio, observando a la pareja recibir los abrazos y felicitaciones por parte de los miembros de su familia.

–Papá, ¿es que no vas a felicitarnos? –le preguntó Kathe, todavía sonriendo después de los múltiples abrazos recibidos.

–Me temo que no –contestó Eric, bajando con brusquedad el puño sobre la mesa–. Jack, supuse que serías un hombre con mejores modales. ¿Es que no te he tratado con cortesía y deferencia todo este tiempo que has estado bajo mi techo, para que ahora me faltes el respeto de este modo? ¿Es que no se te ocurrió que tendrías que venir a hablar conmigo para pedirme la mano de mi hija, antes de proponerle matrimonio?

La sonrisa se borró del rostro de Jack.

–Señor, nunca fue mi intención faltarle al respeto. Yo amo a Kathe, y por supuesto tenía pensado hablar con usted...

–Sí, para informarme de lo que tenían planeado hacer, como a cualquier otro miembro de esta familia. No para pedir mi permiso, como el padre de la novia y el señor que soy de esta casa, además de tu patrón.

–Señor, le aseguro que nunca fue mi intención ofenderlo. Por favor, le suplico su perdón –le dijo Jack con total sinceridad–, y le ruego que me conceda la mano de su hija en matrimonio.

–¡No! –gruñó Eric, golpeando una vez más la mesa con el puño.

–¡Papá! –exclamó Kathe, horrorizada al ver a su padre tan enojado.

–Tú no te metas, jovencita. –Eric la apuntó con un dedo–. Ahora vete a tu habitación. Jack y yo hablaremos, y tú no tienes nada que ver en esto.

–¿No tengo nada que ver con mi propia vida? –Ahora era ella la enojada–. ¿Es que no tengo opinión en esto?

–Eres mi hija, vives bajo mi techo y obedecerás mis normas, sin mencionar que solo tienes dieciocho años. No estás lista para las responsabilidades que conlleva un matrimonio.

–Eso es ridículo, papá, tengo muchas amigas que ya están casadas...

–¡Me importa un comino lo que hagan tus amigas! No son mis hijas, ¡tú sí! –vociferó su padre, perdiendo el control–. ¡Y tú obedecerás mis reglas, Katherina!

–Eric, cariño... –Jenica lo tocó por el brazo, intentando calmarlo–. Hablemos de esto en privado, con tranquilidad, por favor. No me gusta que te alteres.

–Bien, hablemos en privado –concedió Eric, incapaz de negarle nada a su esposa–. Pero les advierto que no cambiaré de opinión.

–¡Hasta los veintiún años! –repitió Jack, alterado y enfadado–. ¿Cómo es que tu padre pretende que esperemos tanto?

–No es tanto tiempo, Jack. Son tres años...

–¡Ya hemos esperado tres años! –gruñó él, dándole una patada a un árbol.

Habían salido a dar un paseo por el jardín, con la esperanza de poder hablar a solas y calmar un poco los ánimos. Su padre se había portado inamovible en su decisión, no les permitiría casarse hasta que Kathe fuese mayor y punto final. No hubo argumento que lo convenciera de cambiar de opinión.

–No te enfades, papá a veces es algo cerrado de mente y sabes que no le gusta que lo contradigan. –Kathe intentó razonar con él–. No quiere que cometamos un error al casarnos muy jóvenes, teme que podamos arrepentirnos después.

–¿Un error? –Él frunció el ceño–. ¿Eso crees que soy?

–No, no es lo que quise decir. Me refiero a que cuando eres joven te equivocas muchas veces, y el matrimonio es para toda la vida. –Ella tomó su mano y la estrechó con sumo cariño–. Papá no nos ha prohibido casarnos, solo nos pide esperar. Y él tiene razón cuando dice que tenemos toda la vida por delante.

–Eso no lo sabemos, Kathe. Las cosas pueden cambiar de un momento a otro, yo podría morir mañana y ya no tendríamos ni un solo día por delante.

Ella suspiró, negando con la cabeza.

–¿Y qué quieres, Jack? Es mi padre, tengo que obedecerlo.

Él se giró hacia ella, la decisión grabada en su mirada cuando la tomó por los hombros.

–Huye conmigo.

–¿Qué...?

–Huyamos juntos, Kathe –insistió–. Si lo hacemos, no habrá vuelta atrás. Nadie podrá separarnos jamás. Ni siquiera tu padre.

–¡No puedo hacer eso! Papá nunca me lo perdonaría...

–Eso no importa, estaríamos juntos, Kathe, y tu padre tendrá que aceptarlo algún día. Nos perdonará, lo sé.

–No, Jack... –Ella se apartó, negando despacio con la cabeza–. No puedo hacerle eso a él ni a mi familia. No les daré la espalda.

–No les daremos la espalda, es que tomaremos una decisión. Volveremos a verlos, todo será como antes, con la diferencia de que estaremos casados.

–¿Por qué insistes tanto? –Ella entrecerró los ojos, escrutándolo con la mirada–. ¿Qué más da esperar unos años más?

–¿Es que no lo entiendes? Quiero que seas mía. –La rodeó por la cintura–. Mi esposa, mi mujer, mi amiga, ¡mi todo, Kat! Solo así tendré la seguridad de que nadie podrá apartarte de mí lado.

–Yo te he dado mi palabra de desposarme contigo, y yo nunca doy marcha atrás en mi palabra. ¿Es que no es suficiente para ti?

–No es eso, Kat. Quiero que seas mía... –Él ahuecó una mano en su mejilla, acariciándola con dulzura–. Mía ante todos y ante todo.

–En ese caso, Jack, me temo que vas a decepcionarte, porque hoy o dentro de veinte años o mil años, yo nunca te perteneceré. –Ella se apartó de su abrazo–. Yo solo me pertenezco a mí misma. Es algo que mi padre me enseñó desde que tengo uso de razón, y eso no va a cambiar jamás.

–¿El mismo padre que grita a los cuatro vientos que eres *su* hija y que debo pedirle a él tu mano, como si tú no tuvieras uso de razón, ni voz ni voto?

–Él no lo quiso decir así... Bueno, tal vez sí. –Puso los ojos en blanco–. Pero él tiene razón en que soy su hija, porque lo soy, y eso nunca va a cambiar. Y como su hija, debo respetar sus deseos porque él es un hombre sabio y sé que no haría nada que no fuera para mi bien. Y no creo que se equivoque al decir que somos muy jóvenes, Jack. Nada perdemos con esperar. –Tomó su mano una vez más–. Piénsalo, será mejor. Nos dará tiempo para planear bien las cosas, para ahorrar, comprar una casa...

–¿Es eso, entonces? ¿Crees que no te puedo mantener? ¿Que no soy digno de ti, porque solo soy un vaquero más y tú la hija del dueño de esta hacienda que tendrá que rebajarse al irse a vivir conmigo?

–Jack, yo nunca he dicho eso...

–No, no hace falta. Es lo que piensas en realidad, y también tu padre –espetó, colocándose el sombrero, a pesar de que ya era de noche, dispuesto a marcharse–. Si fuera el hijo rico de un hacendado, de seguro ya estaríamos hablando con el sacerdote para fijar la fecha.

–¡Jack, esas son tonterías! Espera... ¿te vas ahora? –Lo siguió, muy enfadada.

–¡Sí! –gritó él, sin detenerse.

–¿Y se puede saber a dónde vas a ir a esta hora? –Se paró delante de él y lo detuvo de un empujón.

–¡A buscar una fortuna! Tal vez si vuelvo rico, pueda comprarte a tu padre, como hacen esas familias adineradas de las que tanto hablas con tus amigas.

–¡Jack, no digas estupideces! –lo cortó, ya enfadada–. Sabes que a mí no me importa el dinero que tengas, y tampoco a mi padre. Él nos ha permitido tener un noviazgo, después de todo, y nunca le ha dado importancia a tu origen ni a que no tengas fortuna.

–Sí, porque debió asumir que te cansarías de mí a los dos días y me mandarías a volar.

–Jack, cuando dejes de pensar en estupideces, búscame, porque ahora mismo no te soporto –sentenció ella, dándose la media vuelta para marcharse.

–¡Lo haré en cuanto consiga hallar al genio de la lámpara para que me construya un palacio al gusto de tu padre!

–¡Bien! ¡Hazlo! –le gritó ella, lanzándole el anillo a la cara–. ¡Y no te olvides de pedirle los muros cubiertos de galleta!

–¡Ese es otro cuento!

–¡Me importa poco, yo los quiero de galleta! –replicó, alejándose a largas zancadas–. ¡Así te entretienes comiéndotelos y te callas al fin!

Jack, con la respiración agitada, la observó alejarse a paso rápido. Sabía que debía ir tras ella y pedirle disculpas, pero no lo haría...

No por ahora, al menos.

Lo mejor sería darle tiempo para calmarse. Él lo necesitaba...

Lentamente, se agachó y recogió el anillo del piso, para llevarlo consigo.

Una vez en su habitación, observando el anillo de diamantes, se dejó llevar por sus pensamientos. El arrepentimiento lo carcomía...

Sabía que había sido un idiota y lo sería más si por una estupidez como esa pelea perdía a Kathe para siempre.

Ella tenía razón al decir que el tiempo no importaba, la amaría igual en tres años. ¿Qué más daba aplazar la boda, si con eso le daba gusto a su padre, y de paso a ella?

Después de todo, lo único que le importaba era hacerla feliz.

Por la mañana le pediría disculpas, no importaba si tenía que hacerlo de

rodillas. Solo le importaba ella, haría lo que fuera por ella, el tiempo no era nada. Qué idiota había sido...

Sus pensamientos se detuvieron cuando, al fijarse en su mesita de noche, encontró un sobre con su nombre escrito en el reverso. Una carta para él.

Al tomarla reconoció la letra, pues se había estado escribiendo con él desde el momento en que llegó a la hacienda: Crispín. Antes le había pedido a otros que le leyeran y escribieran sus cartas, pero desde que Kathe le había enseñado a hacerlo por sí mismo, había conseguido mantener una comunicación constante con el anciano, que le informaba de las novedades que ocurrían en el que una vez consideró su hogar, en Texas.

Por ello sabía que la familia de Walker se había mudado a Nueva Orleans, a la casa de la madre de la señora Walker, donde vivían de forma precaria con lo que ella conseguía ganar como costurera. Estaban al borde de la miseria, y todo porque esos desalmados de los Montgomery, coludidos con el alguacil Johnson, les habían robado todo cuanto tenían.

Sin embargo, Jack pronto descubrió que esta carta tenía un tono diferente. Los antiguos vaqueros de Walker estaban al fin reunidos y organizados para tomar venganza, y solo lo estaban esperando a él.

«Es hora, Jack» –le decía Crispín–. «Mandemos a esos hijos de puta al otro mundo y regresémosle a la viuda de Walker y a sus hijos lo que les pertenece por derecho, o muramos en el intento. Ya está todo listo para la venganza».

Jack bajó lentamente la hoja y miró el anillo de Kathe.

No tenía opción, la hora había llegado. Ahora debía partir y dejar todo atrás. Había dado su palabra y no le fallaría a Walker... Aunque tuviera que fallarle a su propia felicidad y a la mujer que amaba.

Y lo mejor sería que Kathe no supiera nada.

Esa madrugada, Jack empacó algunas pocas cosas que necesitaría para el viaje y ensilló su caballo. Guardó con cariño la foto de Kathe, y metió el

anillo en un sobre con una carta dirigida ella. Alguien la encontraría en su mesita de noche a la mañana siguiente y se la daría.

Y ella nunca lo perdonaría...

Pero era lo correcto. Lo sabía.

Por más que le doliese, lo sabía bien.

Ya estaba preparando a su caballo, cuando escuchó pasos acercándose.

—¿Es que piensas marcharte sin siquiera despedirte? —le preguntó Eric.

—Asumí que valías más que eso —añadió Eduardo, entrando al establo al lado de su padre.

Jack dejó lo que estaba haciendo para girarse y encararlos.

—Es algo que tengo que hacer.

Los ojos de Eduardo se entrecerraron.

—¿Es que se trata de ese juramento del que me hablaste una vez...?

Jack asintió y le tendió a su amigo la carta de Crispín.

—Ha llegado la hora.

Eduardo leyó la carta y luego se la entregó a su padre, quien también estaba al corriente del asunto. Jack se lo había contado todo poco tiempo después de llegar a la hacienda, cuando Eric le pidió que fuera sincero sobre su pasado, él no lo juzgaría ni lo entregaría a las autoridades, pero necesitaba saber qué clase de hombre era el que estaba contratando para trabajar y vivir en sus tierras, y estar cerca de su familia.

Por lo que Jack se había sincerado con él y revelado todo su pasado: desde su dura niñez, tras la muerte de su padre y de su madre, hasta las penurias que pasó mientras vagaba por las tierras mexicanas, antes de que cayera desmayado en la hacienda y que Kathe lo encontrara.

La misma historia que más tarde le contaría a Eduardo, cuando este se convirtió en su mejor amigo.

Eran las únicas dos personas de la hacienda que conocían su pasado. Ni siquiera Kathe sabía nada de lo que había hecho, ni del juramento que había pactado para vengar a John Walker, su antiguo patrón.

–Como ven, la carta dice que debo reunirme con los otros cuanto antes.

–¿Y pensabas partir así, en medio de la noche y sin decirle a nadie, como un ladrón? –espetó Eduardo, molesto.

–Dejé una carta para ti y para Eric en mi habitación –explicó Jack–. En ellas les explico todo. No quería molestarlos despertándolos a mitad de la noche para decirles que me marchó. Además, odio las despedidas.

–¿Y qué hay de mi hija? –Eric lo fulminó con la mirada–. ¿Qué le dirás a ella?

–Le he dejado también una carta –apartó la mirada, incapaz de seguir viéndolo a los ojos.

–¿No crees que Kathe preferiría que le dijeras cara a cara que te marchas? –le preguntó el hombre, adoptando un tono grave–. Tal vez nunca vuelva a verte con vida.

–Precisamente por eso es que no quiero despedirme de ella. Hacerlo me llevaría a forjar nuevas promesas... Promesas que lo más seguro es que no podré cumplir –la mirada en el rostro de Jack se endureció.

–¿A qué te refieres? –le preguntó Eduardo.

–Lo más probable es que me maten –declaró, alzando el mentón–. Si veo a Kathe antes de irme, ella jurará amarme para siempre y esperar por mí; lo sé, la conozco bien y sé que esas serán sus palabras... –Sintió una lágrima rodando por su mejilla–. Ella querrá que vuelva, y muerto no podré hacerlo... Prefiero que me odie, a que se quede esperando a un muerto por el resto de su vida. Si ella no sabe el motivo por el que me he marchado, no me esperará.

–¿Es que no vas a explicarle el motivo de tu partida en la carta que le has dejado? –le preguntó Eduardo, sorprendido y molesto.

–No, solo le dije que me voy. No puse explicaciones. Y espero que ustedes no le digan nada. –Los miró a ambos con gesto severo–. No los puedo obligar a hacerlo, eso es obvio, pero espero que sigan manteniendo mi secreto. Kathe no debe saber nada de mi pasado, eso podría orillarla a cometer alguna locura como ir tras de mí o esperar por mi regreso.

—¿Es que no quieres que ella te espere? Creí que la amabas. —Eduardo apretó los puños, esperando el momento de asestarle un buen golpe a ese rufián que había creído su amigo, que lo había convencido de la sinceridad de sus sentimientos por su hermana.

—¡La amo! —aseveró—, y por eso no quiero que se quede esperando a un muerto. Que es en lo que de seguro me convertiré.

Eduardo iba a replicar, pero su padre lo silenció.

—Él solo está buscando lo mejor para Kathe —le dijo su padre, con voz grave—. ¿Es que no lo entiendes, hijo? Lo que Jack pretende es hacerle el menor daño posible a tu hermana.

Jack enarcó las cejas, sorprendido de que su patrón lo comprendiera.

—Es cierto —convino Jack—. Amo a Kathe con toda mi alma, la amo más que a mi vida. Pero tengo este juramento que cumplir, di mi palabra y no me puedo retractar. Y si he de morir, quiero que ella siga viviendo, que sea feliz, aunque sea casándose con otro. Ella debe continuar con su vida y olvidarse de mí.

—Si sabes que vas a morir, ¿por qué haces esto, Jack? —le preguntó Eduardo—. No tienes que marcharte, en la carta dice muy claro que irán otros a formar parte de la venganza. No te necesitan.

—Di mi palabra, y yo siempre cumplo mi palabra.

—¿Aunque te maten? ¿Aunque le rompas el corazón a mi hermana?

—Ese juramento lo hice antes de conocer a Kathe... —Él apartó la vista—. Y sí, debo cumplir con él, aunque me maten. Es mi deber. Y no voy a darle la espalda a mis amigos como un cobarde, solo para salvar la vida. Katherina es joven, inteligente y hermosa, tiene una gran vida por delante, y yo no voy a entorpecerla con mi pasado ni a obligarla a cargar con mi recuerdo, si es que muero.

—¿Y si no es así?

—Entonces volveré por ella y rezaré porque me perdone una vez que le haya explicado todo.

—Pero no sabes cuánto tiempo te irás, ni cuánto durará esta venganza que te

has propuesto a realizar –le dijo Eduardo, intentando razonar con él–. ¿Cómo puedes estar seguro de que ella no estará casada con otro para cuando vuelvas?

–Es algo a lo que tengo que arriesgarme –admitió Jack–. Si el destino es uno, como dice la señora Jenica, no hay nada que lo altere. Deseándolo, nosotros podemos cambiarlo. Mi destino es marcharme. No sé si mi destino sea vivir, pero si lo es, volveré por ella. Eso lo juro. Y si el destino de Kathe es casarse conmigo, lo hará aunque ahora me marche a la Luna. Y si no lo es, ni siquiera quedándome aquí conseguiría convertirla en mi esposa.

–¿Es por eso que tenías tantos deseos de desposarte con ella ahora? –le preguntó Eduardo, sintiéndose de pronto muy triste por su amigo y por su hermana–. Porque sabías que este día llegaría...

Jack asintió, admitiendo lo que había llevado escondido en su corazón.

–Quería vivir al máximo durante el tiempo que me quedase de vida. La amo tanto... –La voz se le quebró–. Deseaba vivir a su lado, despertar junto a la mujer que amo, adorar cada segundo a su lado...

–Y la convertirías en una viuda en el momento en que esa carta llegara a tus manos –sentenció Eric.

–No –Jack frunció el ceño–. Si ella hubiese sido mi esposa para el momento en que llegó esta carta, yo me hubiese quedado a su lado. –Alzó la vista y miró a Eric y a Eduardo con lágrimas en los ojos–. La palabra de un hombre ante Dios al desposarse, al jurarle amar y cuidar a su esposa por el resto de su vida, está por encima de cualquier otro juramento.

Eric cerró los ojos, demostrando su aflicción.

–Ya no habría importado cuánto más tiempo podría quedarme a su lado, porque lo habríamos tenido todo por delante –admitió Jack–. Pero Kathe no es mi esposa y ahora es otro el juramento que más peso tiene sobre mí.

–De todas formas, creo que eres un cobarde por no encararla y decirle esto de frente. Ella merece saber la verdad, y no creer que la has abandonado por cualquier tontería –le aseguró Eduardo, molesto–. Mi hermana nunca va a perdonarte que te marches sin despedirte de ella, ¿lo sabes, no es verdad?

–No puedo encararme con ella ahora...

–¿Puedes encarar a la muerte y no a mi hermana?

–A tu hermana no puedo negarle nada –admitió Jack–. Así que sí, soy un completo cobarde, porque si ella me pide que me quede, no tendré el valor para negarme.

CAPÍTULO 7

Cuatro años después...

–Katherina, voy a salir un momento a dejar estas flores a doña Consuelo. Te quedas sola en la tienda por unos minutos.

Kathe alzó la vista del libro de cuentas para observar a su hermana mayor; Verónica terminaba de retocar el hermoso arreglo floral que había hecho para la anciana, a quien iba a visitar todos los días sin falta.

–De acuerdo, Vero. –Cerró el libro para dirigirse al mostrador que hacía un momento había estado atendiendo su hermana–. Dale mis saludos a doña Chelo.

–Consuelo, sabes que ella odia que la llamen Chelo.

–De acuerdo, dale mis saludos a doña Consuelo. Y también esto. –Le alargó una cesta con pan recién hecho–. Mamá los preparó para ella.

–Gracias, se los daré junto con tus saludos. –Sonrió antes de tomar la cesta y dirigirse hacia la puerta, donde por poco se dio de bruces con una chica de alborotado cabello negro oculto bajo un sombrero de paja, que iba entrando en ese momento a la tienda.

–¡Enriqueta! –exclamó Verónica, arreglándoselas como pudo para evitar que las flores y los panecillos no terminaran en el suelo–. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No se supone que deberías estar trabajando en el restaurante de tu madre?

–Hoy no, tengo dolores femeninos –se palpó el vientre–. ¿Tienes algo que me pueda quitar los cólicos?

–Kathe te atenderá, yo voy de salida.

–¿Vas a ver a doña Chelo otra vez? –le preguntó la chica, inclinándose para olisquear las flores.

–Doña Consuelo, a ella no le gusta que la llamen...

–Sí, lo sé, pero nunca lo recuerdo –la interrumpió–. Deberías conseguir amigas de tu edad, Vero. O al menos de mujeres que no pasen el centenar de años, no ayuda a mejorar tu reputación. La gente no deja de hablar de ti, solías ser la chica más bonita del pueblo, y ahora no haces otra cosa que pasar el día en tu tienda y rodearte de ancianas.

–No tengo ningún interés en lo que la gente diga de mí. Ahora, si me disculpas. –La rodeó y salió por la puerta, dejando el problema de atender a la joven a su hermana menor.

Kathe, que en ese momento salía de la trastienda sin haber escuchado la conversación de su hermana y la joven, se sorprendió de encontrar a la hermana menor de su mejor amiga curioseando entre los frascos de los escaparates.

–Buenos días, Enriqueta, ¿en qué puedo ayudarte? –le preguntó, dejando una caja con frasquitos con crema recién preparados sobre la mesa del mostrador.

–Hola Kathe. He venido porque estoy indispuesta. Cosas de mujer... – Señaló su vientre, fingiendo una mueca de dolor–. Necesito una de sus pociones mágicas, para aliviar mi dolor.

–Ya te dije que no son pociones mágicas. –Kathe frunció el ceño y se dirigió a uno de los estantes, donde varios frasquitos oscuros estaban almacenados.

–Eso dices tú, pero ambas conocemos la verdad. –Enriqueta esbozó una sonrisa mordaz.

–Qué raro, creo que es la tercera vez durante este mes que tienes calambres menstruales. –Kathe alcanzó a notar que Enriqueta palidecía un poco al escuchar su comentario–. Tal vez al que deberías consultar es al médico.

–Ni hablar, ya sabes que yo solo confío en ti. –Enriqueta le dedicó una sonrisa melosa–. Por favor, Kathe, ayúdame.

Kathe suspiró, pero asintió.

–Está bien, te daré algo para los cólicos.

–¡Buena bruja! –Enriqueta la palmeó en la cabeza.

–Vuelve a palmearme la cabeza como si fuera un perro, y te doy yo otro golpe, pero con mi sombrilla –la amenazó Kathe, cogiendo la sombrilla que había dejado sobre el aparador.

–Oh, no lo hagas, querida, prometo comportarme.

Kathe suspiró y bajó la improvisada arma.

–De acuerdo, pero solo porque es una sombrilla muy bonita y no quiero que la arruines.

–¡Katherina Altamirano, eres una arpía! –Enriqueta soltó una carcajada–. Ahora tendrás que darme un regalo adicional, como compensación –le dijo, fingiéndose molesta.

–De acuerdo, pero algo que sea pequeño. –Kathe le dedicó una sonrisa amable. Enriqueta podía sacarla de quicio, pero le tenía afecto. Era como otra hermana pequeña para ella.

–Mira esto, quiero uno de estos chocolates. Lucen deliciosos –Enriqueta tomó una pieza con forma de canica y se lo metió a la boca.

–En realidad son jabones.

Enriqueta escupió con fuerza, indignada ante la risa de Kathe, que ya corría a ofrecerle un vaso de agua.

–¿Por qué no me advertiste antes?

–Al cliente hay que darle lo que pida –le dijo, aún entre risas–. Además, no me diste oportunidad alguna de advertirte. Cuando de comer se trata, eres más rápida que un halcón. E igual de fina. –Río cuando su amiga se sacó un trocito de jabón de entre los dientes.

–No sabe mal, ¿sabes? ¿De qué están hechos estos jabones? Espera, no me lo digas. Prefiero no saberlo, aún no me he quitado la imagen de ese té hecho con popó de vaca. –La chica bebió un trago más de agua, antes de devolverle el vaso vacío a su amiga.

–No era popó de vaca. Eran hojas molidas.

–Pues parecía popó de vaca. Y sabía como tal.

–Es una receta de la abuela Lupe, una tía abuela de mi padre. Y es excelente para relajar el cuerpo y algunas dolencias, como los cólicos – recalcó Kathe, provocando que Enriqueta hiciera una mueca de asco.

–Gracias, pero prefiero quedarme con los cólicos.

Kathe rio, negando con la cabeza.

–Entonces, ¿a qué has venido en realidad? –le preguntó, volviendo a su sitio tras el mostrador.

–Calambres, ya te lo dije.

–Sí, y ambas sabemos que esa fue la excusa para que tu madre te permitiera salir del restaurante, y salvarte de trabajar todo el día con ella y Emilia. Ahora dime, ¿a qué has venido en realidad?

–¿Lo ves? Eres una bruja, ¡lo adivinas todo!

–Te conozco de toda la vida, que es diferente. Y sé que harías lo que fuera para no ir a trabajar... –Se quedó callada y de pronto se puso muy seria. Un presentimiento la invadió. Kathe entrecerró los ojos, mirando de forma fija a la muchacha, estudiándola –. ¿Qué pretendes hacer hoy, Enriqueta?

La joven, como si adivinara lo que estaba haciendo, apretó los labios y se puso muy colorada.

–Iré a ver a Magda, hoy es su cumpleaños y prometí hacerle una visita... ¿Crees que a ella le guste esta colonia? –Tomó un frasquito del estante y lo examinó, evadiendo el tema.

–Enriqueta...

–Tiene un aroma encantador, ¿cómo es que preparan esta clase de cosas? – Sonrió, colocando la botella de agua de colonia en las manos de su amiga–. Creo que eso será todo, Kathe ¿me lo apuntarías en mi cuenta?

–Sí, está bien. Pero Enriqueta...

–No intentes usar tus poderes mentales conmigo, Kathe. Esta vez no podrás sonsacarme lo que estoy planeando.

–Enriqueta, le prometiste a tu mamá y a tu hermana que no volverías a escaparte para irte de fiesta con tus amigos. Podría llegar a sucederte algo. –

Le dedicó una mirada preocupada—. Además, ellas cuentan contigo para sacar el restaurante adelante, ahora que tu papá... ya no está. —Terminó la última frase en un tono más bajo, lleno de mortificación.

—¡Se fue, se largó, nos abandonó! Puedes decirlo, no me importa —espetó la muchacha, colocando sobre el mostrador un par de cajitas de chocolate con relleno de licor—. Anota también esto en mi cuenta, Kathe.

—A Magda no le gusta el chocolate.

—Son para mi novio... —se mordió la lengua.

—¿Tu novio?

—Maldición, a veces tener a una bruja como tendera no es tan bueno... —musitó, sacando su abanico de su bolsito de mano—. Bien, ganaste. Conseguiste sacarme la verdad con tus poderes mentales.

—Yo no te he hecho nada, Enriqueta. Y ahora cuéntame, ¿quién es tu novio? —la interrogó—. ¿Y desde cuándo tienes novio, para empezar? ¿Y por qué no me lo habías dicho? ¿Lo saben tu madre y tu hermana?

—¡No y no vayas a decírselos! —le gritó la joven.

—¿Por qué no?

—Es un secreto —declaró, alzando la nariz—. Así es mejor para ambos. Mi madre nunca aprobaría nuestra relación.

—¿Por qué no? ¿Quién es él?

—¡Eso no te importa!

—Enriqueta, no puedes ocultarle a tu familia...

—No te estoy pidiendo permiso, Katherina. —Le dirigió una mirada dura tras su abanico—. Me marchó.

—Enriqueta, espera... —Kathe rodeó el mesón del mostrador para alcanzarla—. No te vayas así. Estás molesta... Y aún no has comprado lo que habías venido a buscar.

—Solo necesitaba una pantalla para que mi madre me viese entrar a la tienda y dejase de vigilarme. A esta altura ya debe haberse olvidado de mí. —Cerró su abanico y lo volvió a guardar en su bolsito—. Buen día, Katherina.

–Enriqueta, espera... –Kathe la tomó del brazo–. No te molestes, ¿de acuerdo? Es solo que esto no me da buena espina. Y ya sabes que cuando me da un mal presentimiento...

La joven pareció dudar, alarmada por esa declaración.

–Me estás mintiendo..., ¿o no?

–Nunca miento, y menos lo haría cuando se trata de mis presentimientos –le aseguró, hablando en tono grave–. Sabes que no me tomo a la ligera las cosas que siento... –admitió a su pesar. No era algo que solía hacer con regularidad, por temor a que la gente la rechazara por los dones que tenía, como ya había ocurrido en el pasado.

–Bien, no iré a ver a mi novio. Pero le prometí a Magda que pasaría a visitarla por su cumpleaños, así que no le digas a mamá o a Emilia a dónde voy. Dile que me fui a casa del médico, justo después de salir de aquí, si es que te pregunta ¿de acuerdo?

–Está bien, pero no demores demasiado en los caminos. Y llévate esto. – Fue de vuelta a la trastienda y regresó con un paraguas en las manos, que le entregó enseguida, junto con su compra.

–Gracias, pero no lo necesito. Hace meses que no llueve, estamos en medio de una sequía, ¿recuerdas?

–Por si acaso –Kathe se encogió de hombros y sonrió, alargándole el paraguas, que esta vez la joven no dudó en aceptar.

–Si no llueve y me haces cargar esta cosa en balde, vendré a darte un golpe en la cabeza con él... Aunque es bastante mono. –Enriqueta examinó la tela, que tenía hermosas flores pintadas–. Me gusta el decorado, ¿lo hiciste tú?

–No, fue Rahela.

–Esa niña pinta como el mismo Miguel Ángel. –Sonrió la muchacha, acariciando una de las rosas pintadas en la cubierta–. Ojalá tuviera tanto talento para algo. No tendría que estar metida en un restaurante todo el día.

Kathe suspiró, negando con la cabeza. Emilia y su madre habían mimado en exceso a esa chiquilla, que se creía por encima de todo el mundo y no dudaba

en menospreciar el trabajo de su madre y su hermana, que era el que le daba de comer a toda su familia.

Sin embargo, Kathe no podía dejar de sentir lástima por ella, la conocía desde que nació y era como una hermanita más para ella. Sabía que la partida de su padre había afectado en gran medida a esa joven, y esperaba que con el tiempo y cuando las cosas se calmasen un poco, ella volviese a ser la misma chica dulce y amable, aunque algo pícaro y traviesa, que conocía.

–Me alegra que te guste –le dijo, palmeándole el brazo–. Nos vemos pronto, Enriqueta y, por favor, salúdame a Magda y dile que le deseo un muy feliz cumpleaños.

–¿Acudirás a la velada que prepararán sus padres en su honor este sábado? –le preguntó la joven–. Emilia también irá, y su marido –arrugó la nariz. A ella nunca le había agradado su cuñado.

–No lo sé...

–Tienes que ir, será una fiesta magnífica –le aseguró–. Magda tiene tanta suerte por el padre que tiene. La consiente en todo, y eso que ni siquiera es su verdadero papá. Creo que eso tiene más mérito, incluso. Mira que hay padres que ni de sus propios hijos se preocupan...

–Enriqueta...

–No lo digo con intención de crear compasión. Solo digo que Magda tiene suerte, además, su padre es fotógrafo, y ella lo ayuda de vez en cuando. Ya quisiera yo poder tener un trabajo tan interesante, y no pasarme todo el día sirviendo mesas y apestando a grasa quemada.

–No deberías hablar así del restaurante de tu madre, creo que eres afortunada de poder trabajar allí. Hay muchas chicas que quisieran compartir tu fortuna.

–Pues que se la queden –espetó ella, alzando la nariz–. Entonces, ¿irás a la fiesta?

–Lo intentaré.

Enriqueta suspiró y negó con la cabeza.

—¿Te has dado cuenta de que nunca acudes a ninguna fiesta? ¿Cómo pretendes encontrar marido, si nunca te dejas ver?

—No me interesa encontrar marido.

—¿Es que sigues esperando a que vuelva Jack? Porque ya van cuatro años desde que se marchó, y dudo que decida regresar. Eso si no está muerto... —Se calló al notar que Kathe se había puesto muy seria—. Lo siento, no debí hablar tan a la ligera...

—Está bien, no tiene importancia.

—¿Crees que él está muerto? ¿Has visto a su fantasma?

—Enriqueta, se te hace tarde, ya debes irte. —Kathe le abrió la puerta.

—¿Eso es un no? Porque si estuviera vivo, me enfurecería mucho con él, de estar en tu lugar. Y como venganza, me buscaría un marido solo para hacerle saber que lo superé, y aunque estuviera muerto, haría que se revolcara en su tumba solo para fastidiarlo con saber de lo mucho que se perdió. —Se señaló a sí misma, con gesto altivo.

Kathe rio, negando con la cabeza.

—¿No te basta con traer a la mitad de los hombres de este pueblo locos tras tus huesitos, Enriqueta? ¿También vas a fastidiar a los muertos?

—Querida, uno hace lo que puede por dejar huella mientras se tiene vida. Y mi huella quedará establecida dándome a conocer como la más guapa y deseable de todas las mujeres de este pueblo —aseguró, recolocándose el sombrero—. Ya me voy. Nos vemos mañana, Kathe. Le daré tus saludos a Magda, y le diré que asistirás a su velada el próximo sábado. Y si no lo haces, te llevaré a rastras conmigo.

Kathe sonrió, despidiéndose de su amiga con la mano mientras la observaba marcharse por el camino. Sus ojos se fijaron en el anillo que Jack le había dado el día antes de marcharse. Aquel que había significado el inicio de su nueva vida...

Con tristeza, lo observó brillar bajo la luz del sol. Verlo le recordaba los ojos de Jack, tan luminosos cuando la miraba.

Ya hacía cuatro años que se había marchado...

No le había dado más explicaciones en esa carta que el hecho de que tenía que irse y la dejaba en libertad para hacer de su vida lo que ella quisiera.

Kathe había llorado por una semana entera, sin encontrar consuelo. Se culpó a sí misma por dejarlo solo esa noche, después de la pelea. De seguro él asumió que su amor no era sincero o suficiente, que él debía amarla más que ella, porque no había aceptado dejarlo todo y fugarse con él. El arrepentimiento la carcomió por meses... Hasta que se dio cuenta de que no tenía sentido seguir llorando por él ni lamentándose por lo sucedido.

Si Jack la hubiese amado de verdad, nunca se habría marchado. Y mucho menos sin darle explicaciones ni detenerse a mirar atrás. Habían pasado cuatro años y él no le había escrito ni una sola carta. No tenía idea de si seguía con vida o no.

Y no quería saberlo.

Ya lo había superado. Hizo lo que él le pidió y siguió con su vida.

Aunque aún cargaba con su anillo. Le era imposible dejar a un lado todo lo que esa pieza de metal significaba, lo muy importante que él fue en su vida. Todo lo que él significaba todavía para ella...

Una brisa repentina le removió los cabellos, y Kathe alzó la vista al cielo, sintiendo que un escalofrío le recorría la columna. Las nubes se movían con rapidez, llevadas por ráfagas de viento que pronto se harían sentir en tierra.

Sabía lo que aquello significaba.

Cambios.

El nuevo viento siempre traía consigo nuevos cambios...

Estuviesen preparados para ellos o no.

CAPÍTULO 8

Jack avanzaba pesadamente por el camino polvoriento, notando que el cielo se oscurecía más temprano de lo habitual para tratarse de una noche de verano, a causa de las nubes que presagiaban tormenta.

La lluvia era casi palpable en el ambiente, tanto que los animales comenzaban a asomarse, algunos emergiendo desde sus madrigueras, sin importarles dejar a un lado la seguridad con tal de recibir la bendita agua que en esa tierra seca hacía tanta falta.

A lo lejos, una enorme casa de piedra y ladrillo de estilo colonial, quedó a la vista. A pesar del tiempo, no había cambiado en nada. El mismo pórtico, colorido por las buganvillas, se erguía cobijando a las sillas mecedoras, que aguardaban bailando al son de la brisa por los habitantes de la casa, para el momento que salieran a tomar el fresco de la noche.

El mismo sauce con sus ramas batiéndose con ligereza al ritmo del viento, chocando contra los cristales de las ventanas. Un sinnúmero de veces había trepado por sus ramas para alcanzar la habitación más alta de la casa, la de Kathe, con la intención de robarle un último beso cada noche antes de ir a dormir.

Cómo había echado de menos ese lugar, su cálido ambiente, los aromas de campo, césped y flores mezclados en el aire, el canto de las aves unido al sonido de la risa de las niñas jugando en el jardín.

Y a ella.

La había extrañado por encima de todo y de todos.

Su adorada Katherina.

No sabía qué le diría. Solo sabía que debía volver a su lado.

Su misión había terminado, ahora la familia de John había sido resarcida y sus bienes devueltos. Los rufianes que asesinaron a su antiguo patrón yacían bajo tierra. Y para su sorpresa, él continuaba con vida.

Ahora volvía a casa, con la esperanza de que ella lo perdonara. Aunque temía que era en ese momento cuando la verdadera batalla comenzaría...

El sonido de voces femeninas llegó hasta él. Una niña y una jovencita salieron de la casa y corrieron hasta el viejo columpio que colgaba del sauce. La más pequeña, de hermoso cabello dorado, se subió a él, mientras la chica mayor la empujaba por la espalda.

Debían ser Liana y Rahela, y se sorprendió de lo mucho que ambas habían cambiado durante esos años.

Pero sin duda se quedó con la boca abierta cuando, tras ellas, una hermosa mujer de cabello castaño rojizo, atado en un moño alto que enmarcaba el rostro de un ángel, salió de la casa.

Katherina.

No importaba lo mucho que hubiese cambiado, la reconocería como fuera, vestida como una vagabunda o viéndose como la hermosa dama en la que se había transformado.

Su imagen fue como un bálsamo para su alma, un alivio anhelado para su corazón como lo era la lluvia para esos pastizales y para aquellos animales, que habían aguardado tanto por su llegada.

Ellas rieron y jugaron bajo la lluvia, celebrando su llegada.

Y al verla tan feliz, él deseó correr hacia ella y tomarla entre sus brazos para besarla, bailar con ella bajo el agua y jurarle una y mil veces que no volvería a marcharse jamás.

Hasta que el sonido de un revolver al amartillarse lo sacó de sus pensamientos, obligándolo a ponerse en alerta y prestar atención a lo que sucedía a su alrededor.

—Arriba las manos y no te muevas —le ordenó una dura voz de hombre, que le resultó tan familiar como el paisaje que tenía delante de él.

Jack obedeció, cuidando alzar las manos bien arriba, a la altura de la cabeza.

—Esta es propiedad privada —escuchó una segunda voz masculina, también

bastante conocida para él—. Si quieres ir a disfrutar del paisaje, será mejor que busques otro sitio. A menos que quieras que tus sesos terminen como fertilizante de estas tierras.

Un enorme perro blanco con manchas marrones, rodeó a su caballo, olisqueándolo con curiosidad. No fue un movimiento agresivo, sin embargo, su potro aún era joven y tomó aquel gesto como una amenaza, reculó asustado y se encabritó antes de que Jack pudiera hacer nada para detenerlo, por lo que en menos de una fracción de segundo, se encontró de nalgas contra el duro camino de tierra.

El perro, al ver una buena oportunidad, se acercó al caído, listo para lanzarse sobre él.

—Tranquilo, Chiquito, no te lo comas... todavía. —Un hombre alto, de tez morena, espeso bigote y cabello negro entrecano, se aproximó al animal y lo sujetó por el cuello antes de apuntar a Jack con su revólver—. Ahora habla, muchacho. Quién eres y qué demonios haces en mis tierras.

Jack sonrió, el buen Eric nunca cambiaría en el modo de dar sus bienvenidas.

Alzando el ala de su sombrero para que el hombre pudiera verle el rostro, contestó a su pregunta:

—¿Es que ya no me reconoces, patrón? —le preguntó, poniéndose lentamente de pie, más por el cansancio y la magulladura de la caída, que por temor a él—. Soy yo, Jack.

Eric se acercó a él, estudiándolo con esos ojos oscuros que eran capaces de hacer temblar a los más recios.

Iba a golpearlo, estaba seguro.

Tanto como que se merecía esa paliza.

Después de todo, él se había marchado de un día para otro, dándole la espalda al hombre que le había salvado la vida y que lo había ayudado sin tener miramientos por el hecho de que fuese un completo desconocido.

Pero el golpe nunca llegó, en lugar de eso, Eric lo tomó por el hombro y lo

acercó a él, en un efusivo abrazo.

–Es un milagro tenerte de vuelta entre los vivos, hijo –le dijo, palmeándole con fuerza la espalda antes de soltarlo–. Creía que nunca volvería a verte.

–¿Jack? –El otro hombre, una versión más joven del primero, se aproximó a él–. ¿De veras eres tú?

–Vivito y coleando, hermano –contestó Jack, alzando los brazos para darle un abrazo a Eduardo, ese amigo tan querido que, en un tiempo, fue como un verdadero hermano para él.

Pero antes de poder acercársele, el perro se abalanzó sobre él y lo tiró al suelo, antes de que su dueño pudiese evitarlo.

–¡Chiquito, no...! –Su orden fue en vano. Jack se encontraba una vez más contra la tierra, esta vez con ese enorme animal bañándolo a lengüetazos sin mostrar la menor piedad.

–¡Chiquito, ya vi que me reconociste! –le gritó Jack al enorme animal que no le permitía levantarse–. ¡Ahora, por favor, muévete...!

–¡Chiquito, sal de ahí, es una orden!

–Déjalo, papá –le dijo Eduardo–. No interrumpas esta emotiva escena de amor y reencuentro que tenemos la fortuna de apreciar ante nuestros ojos.

–Primero tú con cerdos, y ahora este con perros, ¿es que alguno de ustedes es normal? –bramó Eric.

–Yo solo digo que deberíamos permitirles recuperar el tiempo perdido –se mofó Eduardo, riendo a carcajadas de su amigo caído.

Un caballo se aproximó al galope, llevando sobre su lomo a un jinete armado hasta los dientes.

–¿Qué pasó con el intruso? –preguntó el hombre, saltando de su caballo con el rifle todavía cargando en la mano–. ¿Alcanzaron a detenerlo antes de que se acercara a la casa?

–Así es Tobías, gracias por el aviso. Ya lo tenemos contra la tierra –contestó Eduardo, señalando a Jack, que aún no conseguía liberarse del perro.

–¿Qué pretendía? ¿Robar? ¿Acercarse a una de las muchachas? –Tobías

alzó el rifle y lo apuntó contra Jack—. Porque tenemos mucha tierra para esconder a los bandidos que pretenden abusar de una mujer...

—Ahijado, antes de que lo mates, deberías saber que se trata de Jack —le dijo Eric—. Aunque todavía no nos explica qué demonios hace de vuelta.

—Si me quitaras a esta bestia de encima, tal vez podría hacerlo —gruñó Jack, rendido bajo el peso del descomunal can.

Eric silbó bajito y enseguida el perro se apartó del hombre en el suelo, para colocarse al lado de su amo. Entonces Eduardo se acercó a su amigo y le tendió una mano para ayudarlo a ponerse de pie.

—Pudiste hacer eso desde el principio, Eric —se quejó Jack, limpiándose la cara con el pañuelo que había llevado anudado al cuello.

—Sí, pero no habría sido tan divertido, Jack —rio Eric, dándole una palmada en la espalda.

—Qué gracioso. Ahora entiendo de dónde sacó Eduardo su sentido del humor.

—Aguarden un segundo. —Tobías interrumpió su conversación—. Jack, ¿en realidad eres tú? —Los ojos pardos del recién llegado se fijaron en él—. ¿Cómo es posible? Te creíamos muerto.

—Estuve cerca, pero conseguí librarla. Hasta ahora... —Jack frunció el ceño al notar que en ningún momento Tobías había bajado el arma—. ¿Te molestaría dejar de apuntarme con esa cosa? No conseguí llegar hasta aquí para que termines matándome de casualidad con una bala perdida.

—Si te mato, no será por casualidad. —Los ojos de Tobías se encendieron con furia, aunque bajó el rifle—. No debiste volver. Conoces muy bien el daño que hiciste a todos en esta familia al marcharte del modo en que lo hiciste, en especial a Katherina. —Le enterró un dedo en el pecho—. Si tienes algo de honor o de hombría, te marcharás antes de que...

—Tobías, haz el favor de cerrar la boca —lo interrumpió Eric—. Hasta donde yo sé, estas son mis tierras y soy yo quien da las órdenes aquí.

Tobías apretó los puños, pero no replicó.

–No he venido a buscar problemas o a provocar rencillas, Tobías –le aseguró Jack–. Si me marché, tuve mis motivos, y ahora he vuelto para reparar los daños.

–Eso lo hubieras pensado antes de largarte –espetó Tobías, clavándole una vez más un dedo en el pecho.

Esta vez, Jack le apartó la mano de un golpe, nunca en su vida se había dejado amedrentar por nadie, ni siquiera por un antiguo amigo.

–Te guste o no estoy de vuelta, así que mejor ve acostumbrándote.

–Es suficiente, sepárense ustedes dos si no quieren que los separe a mi manera. –Eric intervino, interponiéndose entre ellos antes de que llegaran a las manos–. Y por lo que recuerdo, a ninguno de los dos les gusta la manera que tengo para terminar las disputas, así que será mejor que se disculpen mutuamente a menos que se quieran ganar un buen castigo.

Una mueca se formó en los labios de Jack al recordar los modos tan peculiares que tenía Eric para hacerles pagar en el pasado por sus trastadas. Por lo general, implicaban baños con cubos de agua helada, limpieza de letrinas y tardes asquerosas teniendo que ayudar a don Genovevo, el anciano amigo de Eric, que además era el callista del pueblo.

No recordaba la cantidad de tardes que debió pasar, después de una disputa con alguno de los tres muchachos, al lado del anciano, ayudándolo con su tarea al tratar los callos, uñas podridas y otras dolencias de los pies de sus pacientes.

Sin duda, prefería las letrinas.

–Lo siento, Tobías. –Jack se dio prisa en disculparse.

–Lo mismo digo –gruñó Tobías, dedicándole una mirada colmada de odio que dejaba claro que no era así.

–Así me gusta. –Eric les dedicó a ambos una mirada dura–. Jack, sabes que es un gusto verte y nos encantará recibirte de vuelta. Y en cuanto a ti, Tobías, te quiero hijo, pero que te quede claro que Jack es un miembro de esta familia y siempre será bienvenido en este hogar, ¿entendido?

–Sí, señor –espetó el hombre, cargándose el rifle al hombro–. Pero no esperes que le dé la bienvenida –añadió, dándose la media vuelta para montar sobre su caballo y marcharse de allí.

Jack suspiró, mirando con rostro cetrino a Tobías alejarse por el camino.

–Eric... Lo siento... –le dijo con total sinceridad–. No era mi intención crear problemas.

–Déjalo, ya se le pasará. –Eric le palmeó el hombro–. Ahora vamos a casa, debes estar agotado por el viaje. Y supongo que querrás ver a Katherina.

–Como no tienes idea –contestó Jack, volviendo a colocarse el sombrero con la intención de ocultar la emoción que sentía.

Habían pasado muchos años, no podía esperar por verla.

–Solo una cosa te advierto, hijo –añadió Eric, apretando con fuerza la mano que aún mantenía sobre su hombro–. Más te vale que hayas terminado de resolver los asuntos que te llevaron lejos de aquí, porque si te atreves a volver a lastimar a mi pequeña, no te sacaré de aquí a patadas, cavaré un agujero con tu nombre en lo más recóndito de mis tierras y te meteré allí por todo lo que resta de la eternidad.

A pesar de la advertencia, Jack sonrió.

–No te preocupes, Eric. Esta vez, vengo a quedarme para siempre.

–Más te vale –espetó Eric, subiendo a su caballo.

–Yo que tú no me sentiría tan positivo en andar haciendo esas promesas –le dijo Eduardo en voz baja, al pasar por su lado–. Puede que mi hermana te haya querido mucho, pero ahora te odia. Y dudo que acepte siquiera verte. Ya sabes que cuando Katherina se decide a algo, no hay nada que la haga cambiar de idea, es igual a papá en cuanto a eso. Y ella ha dejado más que claro que nunca te va a perdonar por haberla abandonado.

Los ojos de Jack se llenaron de pesar, sin embargo, no se dejó desanimar.

–Para mí no existe la palabra nunca en mi vocabulario.

–Pues serás idiota.

–Tal vez, pero de esa forma he conseguido lo que tengo. Y si tu hermana no

quiere verme, tendrá que decírmelo en la cara, porque yo no voy a dar marcha atrás.

—No, si no dudo de que ella te lo diga a la cara —le aseguró Eduardo—, lo que me preocupa es lo que quede de tu cara después de que ella te la rompa.

CAPÍTULO 9

–¿Por qué estás dándole agua a los caballos?

Kathe se volvió para ver aproximarse a ella a un apuesto joven de tez morena y cabello castaño oscuro, montado sobre un hermoso caballo negro.

–No quise molestar a nadie con algo que no me cuesta nada hacer por mí misma, Alonso –contestó ella, sin detener su camino.

–¿Estás molesta? –Él se bajó del caballo y se situó a su lado–. Siempre te da por alimentar a los animales cuando estás molesta.

–No estoy molesta... Estoy nerviosa –admitió, alzando la vista al cielo–. Creo que va a ocurrir algo.

–¿Bueno o malo?

–No lo sé –gruñó–. Además, hace calor y supuse que los caballos tendrían sed. –Ella se encogió de hombros y se inclinó sobre el pozo para tirar de la cuerda–. En especial Cometa, la pobre está cerca de dar a luz, y sé que las mujeres en esa etapa siempre tienen calor. No debe ser diferente con una yegua.

–Kathe, déjame hacer eso por ti, darle agua a los animales no es tarea para una dama. –Él se apuró en quitarle la cubeta de las manos–. Trae acá, yo lo haré.

–No se me van a caer las manos por hacer unas faenas. –Ella volvió a arrebatarse el cubo y lo llenó con el agua del pozo–. Además, pronto lloverá con mayor intensidad y será más difícil cargar el agua hasta los abrevaderos.

–Si llueve, soltaremos a los animales para que beban en el potrero. –Él le arrebató el cubo de vuelta–. Aunque dudo que llueva más, Kathe, parece que las nubes nos van a pasar de largo.

–Yo no contaría con eso.

–¿Es un presentimiento? –Él arqueó una ceja, haciéndola sonreír.

–Tal vez... –contestó de forma misteriosa, antes de adoptar un semblante muy serio–. Por cierto, Alonso, ¿qué fue lo que sucedió en el camino de entrada? Cuando estaba en el jardín con las niñas vi a mi padre, a Eduardo y a Tobías deteniendo a alguien.

–Un intruso se coló en la propiedad una vez más –le explicó él, llenando el abrevadero de la primera caballeriza con el cubo que cargaba –. Tobías me envió a cuidar de ustedes y de la casa, pero no sé más. Ya nos enteraremos cuando regresen.

Kathe asintió con la cabeza, muy seria. Durante los últimos tiempos, habían habido revueltas en la zona y más de algún individuo se había colado en la propiedad con malas intenciones. Era una suerte que Tobías parecía tener ojo de halcón y el instinto de un sabueso en cuanto a proteger la hacienda se refería.

–¿Crees que intentaba robar? –le preguntó, curiosa.

–No lo sé, pero no es un tema por el que debas preocuparte. Déjanos eso a los hombres. –Le dedicó una sonrisa amable, a pesar de que ella fruncía el ceño, molesta por sus palabras.

–Alonso, sabes que detesto que subestimes mi inteligencia por el sencillo hecho de haber nacido mujer. Puedo tratar los temas de la hacienda con la misma pericia que cualquiera de ustedes.

–No te considero en menos de ninguna forma, Kathe, y por supuesto no dudo de tu inteligencia. Pero hay cosas que le corresponden tratar a los varones, temas que solo enturbiarían la mente limpia de una dama como tú.

–Eso es ridículo.

–Es la realidad. Así que deja de pensar en cosas que no son de tu incumbencia y concéntrate en tus tareas, que sé bien son de por sí ya bastante pesadas y del calibre de una mente superior.

–Alonso, con zalamerías no vas a conseguir que deje de preguntar... –El sonido de un canto de mujer acalló sus palabras.

Jenica y sus dos hijas menores caminaban hacia los establos, llevando las cestas con algunas zanahorias y manzanas para los caballos y cantando

alegremente.

En realidad, eran Jenica y Rahela las que cantaban. Liana solo observaba sonriendo a su madre y a su hermana, cuando le hacían gestos divertidos en referencia a la letra de la canción que entonaban, una vieja nana que Kathe conocía a la perfección, pues su madre solía cantársela cuando era pequeña.

A pesar de tener siete años, Liana no hablaba más que algunas pocas palabras. Su madre decía que era porque estaba más conectada con el mundo espiritual que cualquier otra persona, y que debían aceptarla como era, para que ella se supiera amada y respetada por su familia.

Y era de ese modo como todos la trataban: con respeto y con el mismo cariño que le dedicarían a cualquier otro miembro de la familia.

–¡Vaya forma de cantar...! –comentó Alonso, para sorpresa de Kathe, cuando fue el turno de Rahela de entonar la canción. La chica, vocalizando unas notas altas que ella jamás habría alcanzado, los deleitó con su voz privilegiada.

Esa muchacha tenía una voz de soprano que habría sido la envidia de la mejor cantante de ópera del mundo.

Sin embargo, tímida como era, en cuanto entraron a los establos y Rahela se dio percató de que Alonso se encontraba allí, guardó silencio al instante.

–Niña, cantas como un ángel –le aseguró Alonso, palmeándole la cabeza como si fuese una cría de cinco años–. ¿Por qué te callas? Permítenos gozar con tu voz, que te aseguro es un privilegio que no conseguiríamos escuchar ni pagando la entrada más costosa de la ópera de París.

–Ahora no puedo cantar, no quiero perturbar a los caballos. Pero gracias, Alonso. –Rahela le dedicó una sonrisa tímida, antes de alejarse.

Kathe miró con tristeza a su hermana menor. Esa joven tenía una voz preciosa, pero nunca se atrevía a cantar frente a nadie que no fuesen su madre o sus hermanas. Ni siquiera Eric, su padre, tenía el privilegio de conocer el gran talento que ocultaba su hija más tímida.

–Buenas tardes, madrina. –Alonso saludó a Jenica, antes de correr a ayudarla con la cesta que la mujer cargaba–. Esta noche los caballos cenarán

en abundancia.

–Eso es gracias a Kathe, que ha conseguido una cosecha estupenda de zanahorias. –Jenica alabó a su hija.

–Eso sin duda, y será mejor que les sirvamos la cena a los caballos, o se comenzarán a poner a relinchar. Katherina los tiene demasiado mimados.

–Eso seguro. –Sonrió Jenica, observando al joven llevar la canasta al sitio donde preparaban los alimentos de los animales–. Te agradezco por la ayuda, Alonso, pero yo puedo hacerlo sola, no quiero entorpecer tus labores.

–No entorpece nada, madrina, es siempre un placer ayudarla –le aseguró el joven, situándose a su lado para darle la mano a Liana, quien aguardaba en silencio, observando trabajar a su madre–. ¿Cómo te encuentras hoy, pequeña? ¿Disfrutaste el paseo por el campo?

La niña no contestó, tampoco lo miró, pero se pegó a su pierna, alargando hacia él una flor.

–Es muy bonita, Liana, gracias. –Sonrió Alonso, arrodillándose a su lado para tomar el obsequio que le daba la niña. Pero la pequeña, en lugar de entregárselo, lo metió a la boca del hombre, tan rápido, que él no tuvo tiempo de reaccionar antes de encontrarse masticando los pétalos y hojitas de la flor, regalo de la niña.

Kathe soltó una carcajada que se apuró en disimular, cubriéndose la boca con la mano.

–Gracias, Liana, estaba muy rico –le dijo Alonso, tras tragarse la flor, a su pesar.

–Alonso, eres tan bueno, hijo. –Jenica, también riendo, ayudó a Alonso a volver a ponerse de pie–. No te preocupes, es una flor inofensiva, no te hará daño.

–Ni aunque se tratara de veneno habría rechazado un regalo de mi dulce damita –contestó él, tomando a la niña en brazos y llenándole las mejillas de besos.

Liana rio a carcajadas, invadiendo los establos con sus alegres risas. Al

escucharla, los caballos relincharon, no por molestia, al contrario, como si compartieran la alegría de la pequeña, que parecía tener un don particular y empatizaba con los caballos como nadie más podía. Ni siquiera Kathe.

–Será mejor que comencemos a repartir las manzanas y las zanahorias; Rahela no puede hacerlo sola, Kathe. –Jenica, todavía riendo ante la encantadora escena del muchacho y su hija menor, se acercó a ayudar a Rahela, quien en silencio alimentaba a los caballos.

–Por supuesto, mamá. –Kathe tomó el cesto y se acercó a la primera caballeriza para ofrecerle a su ocupante, un enorme alazán que su padre había adquirido hacía poco, una de las manzanas.

–¿Cómo estuvo tu viaje desde el pueblo cariño? –le preguntó Jenica, mientras comenzaba a llenar un cubo con grano–. ¿No tuviste problema en el camino a causa de la lluvia?

–En absoluto, mamá. La lluvia comenzó a caer poco después de que Tobías y yo llegamos a la hacienda.

–¿Te trajo Tobías? –Jenica pareció sorprendida–. ¿Es que otra vez tu hermana no pudo venir contigo?

–Verónica tuvo que ir a ver a doña Consuelo y me avisó que pasaría allá la noche. Al parecer, la pobre mujer está enferma de nuevo, y no quiso apartarse de su lado. Y por ello mandó un mensaje a la hacienda, pidiéndole a Tobías que me acompañara hoy a casa, para que así no tuviera que hacer yo sola el trayecto –bufó, colocando el grano que su madre le entregaba en uno de los comederos del establo. El caballo se acercó enseguida y comenzó a deleitarse con su cena, masticando ruidosamente.

–¿Y por qué lo haces sonar como si fuera algo malo? –le preguntó su madre, volviendo a llenar el cubo con más grano–. ¿Es que te molesta que Verónica no haya venido a casa contigo tampoco este viernes?

–No, ella es libre de hacer lo que quiera, pero yo también. Ya no soy una niña para que Vero sienta la necesidad de andar encargándome a mis hermanos para llevarme o traerme de un sitio a otro. Es ridículo, insultante y sin duda una pérdida de tiempo para Tobías, o al que le toque el turno de ir a buscarme

–se quejó–. Todos tienen bastante trabajo que hacer en la hacienda como para andar teniendo que hacer viajes sin sentido.

–Verónica es tu hermana mayor y solo quiere protegerte, al igual que Tobías –le aseguró su madre, entregándole el cubo lleno para que ella lo vaciara en otra caballeriza–. Y estoy segura que ni para él ni para ninguno de tus hermanos será jamás un inconveniente ir a buscarte para traerte a casa, Kathe. De ese modo nos quedamos todos tranquilos; sabes que ni a tu padre ni a mí nos gusta que andes sola por los caminos, y mucho menos en estos tiempos tan tumultuosos.

–Nada va a pasarme mamá, los tiempos siempre han sido tumultuosos y conozco esos caminos de memoria. Además, de viajar sola a caballo podría llegar más temprano y pasar más tiempo con ustedes, ya casi no los veo desde que me fui a vivir al pueblo.

–En ese caso, tal vez deberías considerar volver a vivir aquí –apuntó Alonso, quien había estado al pendiente de su conversación, a pesar de continuar jugando con Liana.

–No puedo hacer eso, Verónica se quedaría sola en el pueblo. –Kathe frunció el ceño, negando con la cabeza.

–En ese caso, las dos deberían volver a casa. Estoy seguro de que Tobías estaría encantado de ayudarlas a mudarse de vuelta –afirmó Alonso, cargándose a la niña sobre los hombros–. ¿No te gustaría tener a tus hermanas de vuelta en casa, Liana?

–¡Burro! –gritó la niña, tirando de los cabellos de Alonso.

Kathe rio a carcajadas, viendo a su hermanita intentando hacer uso de Alonso como si de un equino se tratara.

–¿No puedo ser mejor un hermoso corcel? –preguntó Alonso, fingiéndose ofendido.

–¡Burro! –gritó la niña otra vez, tirando con más fuerza de su cabello.

–Muy bien, burro. Pero solo para ti, pequeña –le dijo entre risas, comenzando a dar saltitos en derredor.

–¿Eres un burro o un conejo? –le preguntó Kathe.

–Guarda silencio, pecosa, o serás la siguiente.

–¿En hacer de caballo o en subir a tu espalda para tirarte del cabello?

–Si te hace ilusión, te dejo subir sobre mis hombros.

–Como si pudieras cargarme.

–¡Por supuesto que puedo!

–Ni en un millón de años podrías... ¿Qué demonios tratas de hacer? –Kathe se giró de repente al sentir unas manos cerrarse en su cintura.

Alonso, después de dejar a Liana sentada sobre un montón de paja, se había acercado a ella con la intención de cargarla.

–¡Voy a demostrarte que todavía puedo cargarte!

–¡Inténtalo y te juro que te quedas calvo, porque te voy a arrancar los pelos de la cabeza! –le advirtió ella, dándole un golpe en la mano cuando intentó tocarla.

–Vamos, no seas aguafiestas, solo intento demostrar que...

–¡Ah! –gritó Rahela, quien, silenciosa como siempre, se había acercado con un cubo de melaza para servirle un poco a uno de los caballos, tomando a Alonso desprevenido. El joven chocó contra ella y terminó bañado con el menjurje, ante los horrorizados ojos de la chica, que se estaba poniendo tan roja como un tomate, por la vergüenza.

–¡Alonso, cuánto lo siento! –la voz de Rahela estaba colmada de espanto y pesar-. No te había visto...

–Eso es porque eres como un sol que deslumbra todo a su paso, dejando invisibles a los simples mortales que tenemos la fortuna de convivir a tu lado.

Al escuchar sus palabras, las mejillas de la chica adquirieron un tono escarlata aún más intenso.

–Tranquila, pequeña soprano, no es nada que el jabón no quite. –Sonrió él, pasándole una mano por los cabellos y despeinándoselos.

–De todas maneras, te suplico disculpes mi descuido...

–Rahela, no ha pasado nada, ¡si he sido yo quien ha chocado contigo! Y soy

yo el que debería estar disculpándome contigo –le aseguró, alzando su barbilla para que ella lo viera a los ojos.

La muchacha le dedicó una sonrisa tímida y asintió, observándolo fijamente con sus grandes ojos verdes.

–Alonso, ven conmigo, te ayudaré a limpiarte la camisa antes de que eso se seque –le pidió Kahte, tirando de su brazo para obligarlo a ir con ella.

–Tómense el tiempo que necesiten, nosotras terminaremos aquí –le dijo Jenica, abrazando a su hija para animarla. La pobre Rahela a veces era demasiado sensible y se apabullaba con facilidad.

–Pobre Rahela, se veía muy apenada –comentó Alonso, cuando llegaron junto al pozo–. Es un encanto... ¡Ay! –gritó cuando Kathe le asestó un buen puñetazo en el brazo.

–¿Quieres dejar de hablarle a mi hermanita como si estuvieras cortejándola? –Kathe le dio un nuevo golpe–. Vas a meterle en la cabeza ideas que no son.

–¿Acaso te dan celos? –le preguntó él al oído, buscando molestarla.

–No seas bobo –gruñó ella, empujándolo hacia atrás –. Todo lo que quiero es que no le crees falsas ilusiones a Rahela.

–¿Estás bromeando? Si es solo una niña. –Él frunció el ceño, ya poniéndose serio–. No soy un asalta cunas.

–Eso espero, o tendré que meterte un tiro por... donde más te duela –le advirtió, señalándolo con el dedo antes de girarse hacia el pozo para subir un poco de agua con el que poder limpiarle la camisa–. Puede que seas como un hermano para todos en esta familia, y mi mejor amigo, pero no por el cariño que te tengo te permitiré jugar con los sentimientos de mi hermana. Con ninguna de ellas –añadió, remojando un trapo en el agua.

Él se acercó, molesto por sus palabras.

–No sé por quién me tomas, para siquiera considerar algo tan absurdo, Katherina. Para empezar, no me gusta ninguna de tus hermanas, sabes que para mí ellas son como mis propias hermanas, del mismo modo como siento a tu

familia como si fuese mía –le aseguró, apartándose cuando ella intentó pasarle el paño por la camisa, sin prestarle atención en realidad–. Lo digo en serio, Katherina –añadió, tomándola por el brazo para que ella le prestara atención–. Nunca haría algo que pudiera ser una falta de respeto para ninguna de ustedes.

El rostro de ella se suavizó, comprendiendo que había sido demasiado dura con él.

–Lo siento... –admitió–. Sé que es así. Y me alegra de verdad que pienses de ese modo, Alonso. –Se acercó y comenzó a limpiarle la camisa, antes de añadir–: Porque como me entere que intentas convertir a mi hermanita en otra de tus muchas conquistas...

Él soltó una carcajada.

–Sí, ya sé, me meterás una bala por el culo.

–Nunca dije eso.

–Pero lo pensaste, admítelo.

–Bueno, sí, tal vez sí... –Río también–. Además, ya tienes bastante con el séquito de «noviecitas» que has formado en el pueblo.

–No tengo ninguna novia, Kathe, y mucho menos un séquito.

–Eso no es lo que ellas dicen.

–¿Ellas?

–Las mujeres en el pueblo no son de las que se quedan calladas, ¿sabes? –Kathe le dedicó una sonrisa mordaz–. Más de una presume de tus galanterías y dulces palabras, además de ser tu novia. Ya se ha armado más de una pelea entre las susodichas, al intentar granjearse el título.

Él volvió a reír, negando con la cabeza.

–¿Y tú de verdad crees lo que esas chismosas de lavadero dicen?

–Lo que tú hagas con tu vida, Alonso, no es de mi incumbencia. –Ella se encogió de hombros–. Mientras mantengas las manos alejadas de mis hermanas y esas chicas consientan con el trato que les ofreces, puedes hacer lo que quieras que te haga feliz.

–Te agradezco esa gran apertura de mente, Katherina, pero temo que vas a

decepcionarte. No tengo ninguna novia ni interés alguno en las chicas del pueblo. –Su rostro adoptó un semblante muy serio–. Mi corazón hace años que yace en otra parte.

–¿Sí? –Ella se cruzó de brazos, incrédula–. ¿En dónde?

–Es un secreto. –Él sonrió, cruzándose de brazos también.

–¿No será esa chica de la Ciudad de México de la que me hablaste? –preguntó, curiosa–. ¿La que conociste durante tu último viaje?

–En realidad...

–Katherina, ¿puedes venir aquí, por favor? –La voz de su madre sonó un tanto aguda, extraña.

Ella alzó las cejas, dispuesta a partir enseguida al lado de Jenica. Pero Alonso, que también había notado la alarma en la voz de la mujer, la detuvo.

Sacando su arma de su cartuchera, se adelantó, dispuesto a enfrentar lo que fuera que ocurría del otro lado.

–Quédate aquí –le ordenó, dirigiéndose a paso rápido de vuelta a los establos.

–Eso no... –musitó Katherina, siguiéndolo de cerca.

Y por eso se dio de bruces contra la espalda de Alonso cuando él se detuvo sin previo aviso a la entrada del establo, plantándose en su lugar, como si de pronto se hubiese convertido en árbol.

–¿Qué pasa...? –preguntó ella, sobándose la nariz.

–Kathe...

Ella se quedó de piedra al escuchar esa voz.

Sus ojos lo buscaron enseguida y no tardó en reconocerlo. Lo habría hecho en cualquier parte.

Jack.

CAPÍTULO 10

Jack sonrió al verla, sin moverse de su lugar, de pie en el umbral de la puerta, desde donde la observaba de forma tan intensa como lo había hecho siempre, prácticamente devorándola con esos grandes y hermosos ojos negros.

La suciedad del camino cubría sus ropas y su rostro, pero aun así Kathe pudo reconocerlo en cuanto lo vio. Lucía más maduro y fornido, los años habían dejado huella sobre su cuerpo y su rostro, convirtiendo al muchacho guapo de risueña sonrisa, en un curtido y varonil hombre, de gran atractivo.

—Jack... —musitó ella, sintiendo de pronto que la sangre le abandonaba el cuerpo—. ¿De verdad eres tú?

Él le dirigió una mirada tan intensa que le atravesó el alma, al tiempo que una sonrisa torcida se formaba en sus labios.

—Hola, Kathe —la saludó, arrugando el sombrero que sostenía entre las manos, en un gesto nervioso—. Qué gusto volver a verte.

—Estás vivo... —Las palabras de ella escaparon de sus labios antes de poder retenerlas, al tiempo que sus piernas, como si se movieran por sí solas, la acercaban a él.

—Sí, lo estoy. —Él también caminó hacia ella, sintiendo de pronto que no había nadie más allí por excepción de ellos dos—. Aunque no es algo que pueda asegurar al cien por cien, estoy medio muerto después de tan largo camino... —No pudo decir nada más cuando ella le asestó un tremendo puñetazo en el rostro, tan fuerte que lo hizo trastabillar.

—¿Lo ves? —Eduardo rio a su espalda—. Te lo advertí, hermano.

—Cierra la boca. —Eric tomó a su hijo por el brazo—. Vamos a la casa, dejémoslos a solas por un momento, para que puedan hablar con libertad.

—¡No! —espetó Kathe, temblando por la emoción—. No quiero hablar con él. No quiero verlo. ¡No quiero saber nada de él...! —gritó, dándose la media vuelta para volver a salir de las caballerizas.

–Kathe, espera... –Jack la tomó por el brazo antes de que ella pudiera marcharse–. Dame dos minutos para explicártelo todo –suplicó–. Dos minutos, Kathe...

Ella pareció dudar, y fue la oportunidad que aprovechó su madre para sacar a todos de allí, incluido Alonso, quien parecía reacio a dejarlos solos.

–Kat, hay tanto que decir... –Jack comenzó a hablar, antes de que ella decidiera poner pies en polvorosa–. Nunca quise dejarte, amor...

–Estás vivo. Es increíble... –Ella se giró y él notó que había lágrimas en sus ojos–. Después de todos estos años, creí que estarías muerto. –Se aproximó un paso a él, alzando hacia su rostro una mano temblorosa.

–Si quieres golpearme de nuevo, adelante –Jack alzó los brazos en señal de rendición–. No me opondré, sé que me lo merezco. Eso y más... –Sus palabras se silenciaron cuando, sin previo aviso, ella lo rodeó por el cuello y lo abrazó con tanta fuerza como le permitieron los brazos.

Él titubeó una fracción de segundo antes de envolverla en un abrazo, atrayéndola contra su cuerpo como tantas veces soñó poder volver a hacer durante los largos años que estuvo lejos de ella.

–No puedo creer que sea cierto que estés vivo... –musitó ella contra su pecho, y él pudo percibir el calor de sus lágrimas mojándole la camisa.

–Kat, mi dulce Kat... –Él la besó en la coronilla–. Si estoy vivo, es por ti. No iba a permitir que nadie me matara. Tenía que volver a ti, amor mío. –Aspiró sobre su cabello, absorbiendo ese delicado aroma a flores y a ella que se había grabado en su corazón desde hacía tanto tiempo–. No podía aguardar otro día sin verte, estar lejos de ti ha sido un infierno...

–¿Cómo puedes decir eso? –Ella se apartó bruscamente de sus brazos–. ¿Cómo puedes, cuando te marchaste de un día para el otro, sin detenerte a mirar atrás? ¡Cuatro años, Jack!, estuviste lejos cuatro años y no tuviste la delicadeza de enviarme siquiera una carta para hacerme saber que seguías vivo.

–Lo sé, Kat, y no tienes idea de cuánto lo siento... –Alargó una mano para tocar su rostro, pero ella retrocedió antes de que pudiera alcanzarla.

–No hay excusa, Jack –espetó, dirigiéndole una mirada gélida–. Me alegra saber que estás vivo, pero no significa que te perdone.

–Kat...

–¡No quiero volver a saber nada de ti! –le gritó, antes de alejarse corriendo.

–¡Kat...! –Él intentó seguirla, pero en cuanto hubo atravesado el umbral del establo, un fuerte brazo lo detuvo por el hombro, impidiéndoselo.

–Ya oíste a la señorita –le dijo Alonso, haciendo un claro esfuerzo por mantener a raya su enojo–. ¡Ahora lárgate!

–Hola, Alonso –Jack le apartó la mano de un golpe–. Qué gusto volver a verte a ti también, amigo.

–Lo mismo digo, aunque preferiría verte de a lejos, apestas a mil demonios, con todo y el infierno completo, *amigo*. –Repitió la última palabra en un tono sarcástico colmado de desprecio.

–No te creas, yo también lo noto, pero desde que abriste el hocico. Deberías comerte unas mentitas, amigo.

–Bueno, bueno, ya estuvo –intervino Eric, llegando en ese momento–. Basta de tonterías y sepárense ustedes dos, antes de que empiecen a actuar como unos condenados gallos de pelea. La cena está lista, y tú serás el invitado de honor esta noche, Jack,

–Creo que será mejor que me marche por hoy, Eric...

–Sí, sería lo mejor –intervino Alonso, fulminando al hombre a su lado con la mirada–. La noche no tardará en caer, y nadie quiere que tu caballo se quiebre una pata en el camino y termines rompiéndote el cuello –dijo en un tono que dejaba claro que era justo lo que a él le hubiese gustado.

–Tú no vas a ninguna parte, ya te dije que esta es tu casa, y cuando yo digo algo, cumplo mi palabra –sentenció Eric, señalando a Jack con un dedo–. Anda, sube a tu vieja habitación y desempaca tus pertenencias, y luego ve a lavarte, que ya sabes bien dónde está todo. Te esperamos en la mesa cuando estés listo.

–Gracias, Eric, lo aprecio mucho.

–Ni lo menciones, mañana te tocará un duro día de trabajo y ya no te sentirás tan agradecido. –Eric le palmeó el brazo.

–Lo imagino, pero de todas formas, gracias. –Jack sonrió, y se marchó a buscar a su caballo para llevarlo al interior del establo.

–Y en cuanto a ti –añadió Eric dirigiéndose a Alonso, que ya se marchaba también –, más te vale comportarte, muchacho. Tu padre se avergonzaría si pudiera verte ahora mismo, portándote de una forma tan ruin.

–Ese hombre le rompió el corazón a tu hija –gruñó Alonso–, no entiendo cómo puedes estar tan tranquilo teniéndolo de vuelta en tu casa.

–En toda historia hay un trasfondo que pocas personas conocen. –Eric frunció el ceño–. Quizá algún día conozcas esa parte de la historia, y sientas un poco de empatía por el hombre que una vez consideraste tu amigo.

–¿Es que acaso tú conoces esa parte de la historia...? –Alonso entrecerró los ojos–. ¿Qué es lo que sabes?

–Solo a Jack le corresponde decírtelo. Pregúntaselo a él. –Le palmeó el hombro–. Ahora vamos a cenar, hijo.

La cena transcurrió bajo una tensión que era casi palpable entre los comensales. Jenica estaba encantada con el regreso de Jack, al igual que Rahela y Eduardo. Tobías y Alonso, por otro lado, se habían unido a Kathe en un completo silencio, que solo era interrumpido por el chocar de los cubiertos contra la vajilla mientras comían.

–Entonces, Jack, ¿ya has concluido con ese asunto por el que tuviste que marcharte? –le preguntó Jenica, sirviéndole una nueva ración de pollo en salsa.

–Así es. –Jack le dedicó una amplia sonrisa–. Mis asuntos en Texas están terminados, ahora he llegado para quedarme definitivamente.

–Eso ya lo veremos –musitó Alonso, encajándole el tenedor a su pieza de pollo.

–Mejor no hables –le sugirió Eduardo, sentado a su lado en la mesa–. O terminarán llamándote por otro nombre.

–¿Por qué lo dices, doña Brillantina? –se mofó Alonso, ganándose un puntapié por parte de su madre.

–Ustedes dos, compórtense –les advirtió.

–No vuelvo a apostar mi nombre. He dicho –añadió Eduardo, atascándose la boca con patatas asadas antes de que su madre lo pateara también.

–Entonces, Jack –Tobías se dirigió directamente a él–, has dicho que te habías marchado para concluir un asunto de suma importancia que dejaste sin terminar en Texas, y por ello tuviste que irte de forma tan sorpresiva y sin avisar a nadie.

–Es cierto –contestó él, mirando a los ojos a Tobías.

–¿Y qué asunto era ese, me gustaría saber? –lo interrogó.

–Eso Jack lo explicará cuando sea el momento adecuado –Eric contestó en su lugar.

–No me parece justo –replicó Tobías–. Es decir, tuvo que ser algo de suma importancia para dejar a Kathe prácticamente plantada en el altar. ¿No merece ella al menos conocer el motivo?

–Yo nunca habría dejado a Kathe plantada, nuestro compromiso fue aplazado por tres años como mínimo, y de la boda ni siquiera habíamos empezado a discutir –rugió Jack–. Y sí, era un asunto muy importante que debía concretar, o de lo contrario nunca me habría ido. Y será Kathe la primera que oiga mis motivos, Tobías.

–Yo no quiero escucharte –declaró Kathe, fulminándolo con la mirada–. Me da igual que le comentes a quien quieras.

–Katherina, tus modales –la reprendió Jenica.

–Sin embargo, te marchaste estando comprometido con ella. –Esa vez fue Alonso quien metió su cuchara–. Lo cual es casi tan grave como dejarla plantada en la iglesia.

–¡Ya basta! –gruñó Eric–. Jack tuvo sus motivos para marcharse, y ese es

un tema que solo les corresponde tratar a él y a Katherina, y a nadie más.

—No, yo ya no tengo nada que ver con él, así que son meramente asuntos suyos —espetó Kathe, poniéndose de pie para marcharse de allí.

—¡Kathe! ¡Katherina, vuelve aquí! —le llamó Eric, pero ella no lo obedeció y se alejó a zancadas del comedor.

Jack se puso de pie y salió tras ella a la carrera, sin hacer caso de las palabras de Eric, pidiéndole que le diera tiempo a solas para calmarse.

La encontró en los jardines, dirigiéndose al viejo sauce que se balanceaba a causa del fuerte viento que presagiaba una tormenta.

—¡Kat! —la llamó Jack, corriendo hacia ella, pero Kathe no detuvo su avance—. ¡Kat, por favor, detente! —le pidió, alcanzándola al fin.

—¿Por qué volviste? —le espetó ella, empujándolo por el pecho—. ¿Por qué demonios tuviste que hacerme esto? ¡Ya estaba aprendiendo a vivir sin ti, y ahora tú tuviste que llegar y arruinarlo todo de nuevo!

—Kat, te amo —le dijo con total fervor, tomándola por los hombros para obligarla a escucharlo—. Es por eso que volví, porque te amo más que a mi vida y no podía pasar otro día sin ti.

—¡Hubieras pensado en eso antes de irte!

—¡Tenía que hacerlo! No quería, pero era mi deber —le explicó—. Era algo que no podía cambiar, fue un compromiso que adquirí antes de conocerte, Kat.

—¿Un compromiso? ¡Estabas comprometido conmigo, Jack! Y eso no te importó para faltar a tu palabra.

—Hice un juramento, Kat, no podía hacer la vista a un lado y fallarle a John otra vez.

—¿John? ¿Quién es John?

—Era mi antiguo patrón, en Texas. Le debía mucho, Kat. De no ser por él, ahora no sería el hombre que soy. Él me acogió en su hogar cuando era niño, me dio trabajo y me enseñó todo cuanto sé.

—¿En serio? Qué tonta fui entonces al darte esas lecciones para aprender a leer y a escribir, y todo cuanto me pediste que te enseñara —espetó ella,

clavándole un dedo en el pecho.

–Kat, no me refiero a eso. De no haber sido por John, ahora no sería nada. Habría muerto...

–¡Bien por él! Entonces que sea él quien te rescate de la muerte la próxima vez que te caigas desmayado del caballo. Y de paso, que sea él también el que se case contigo –le gritó, lanzándole el anillo de compromiso a la cabeza antes de alejarse de allí corriendo.

Jack tomó el anillo del piso, sintiendo un extraño *déjà vu* al recordar una escena bastante similar a esa, varios años atrás.

La última noche que vio a Kat...

La diferencia era que ahora había vuelto a verla para no marcharse de nuevo de su lado.

Aunque tendría que hacerse de todas sus armas para convencer a su terca Kat de que él la amaba de verdad, y conseguir que lo perdonara.

Al menos ella había conservado el anillo de compromiso que él le había dado. Eso era una luz de esperanza, pensó, guardándose la sortija en el bolsillo.

CAPÍTULO 11

Temprano por la mañana, Jack se estaba lavando en la que había sido su antigua habitación. Ya no necesitaba quedarse allí, tenía los recursos suficientes para comprarse una casa y poseer tierras propias, pero no había querido ser grosero, desairando la invitación de Eric.

El sol aún no se dignaba a hacer aparición, por lo que el lugar se encontraba envuelto en la típica oscuridad que precede al amanecer. Iluminado por la luz de un candil en la cómoda, Jack se afeitaba frente al espejo, preparándose para comenzar la jornada de ese día de verano.

—¿Se puede? —Eric tocó a la puerta, y él corrió a abrirla.

—Eric, qué sorpresa —lo saludó—. Pasa, por favor.

—Supongo que sabes porque estoy aquí —le dijo él, entrando en la diminuta habitación.

—¿Recapitaste después de lo de anoche y vienes a pedirme que me vaya?

—No, claro que no. —Él rio, negando con la cabeza—. Pero, sin duda, tenemos que hablar, muchacho.

Jack dejó de lado la toalla con la que en ese momento se secaba el rostro.

—Te escucho. —Le hizo una seña para que se sentara en la cama.

—Hijo, una vez te dije que podías quedarte en esta hacienda todo el tiempo que quisieras y que consideraras a mi familia como la tuya.

—Lo sé.

—Y también sabes que cuando yo doy mi palabra, nunca me echo atrás. —Se sentó en su cama, provocando que una nube de polvo escapara del viejo colchón—. Demonios... Tendrás que ventilar este lugar. —Eric tosió sonoramente, dirigiéndose a la ventana que en ese momento Jack abría para él, para poder tomar el aire.

—No te preocupes por eso, he pasado las últimas noches en caminos muchos

más polvorientos. Este colchón es una dulce nube de confort –le aseguró Jack.

Eric soltó una risita, antes de palmearle la espalda.

–Eso siempre me gustó de ti, muchacho. Nunca te quejas –le dijo, antes de fijar la vista en el horizonte, que comenzaba a cambiar a los típicos tonos brillantes de violetas y rosados que llegan con el amanecer–. Dime, hijo, en tu viaje a Texas... ¿conseguiste lo que buscabas?

–Sí, Eric. Lo conseguí... –Jack asintió, también fijando la vista en el horizonte–. Aún no tengo idea de cómo, pero lo hice. Esos hombres ya no serán un problema para nadie más.

–En ese caso, supongo que ahora vienes a quedarte. –Eric clavó sus oscuros ojos en él, escrutándolo con la mirada–. A establecerte aquí, como un hombre decente.

–Si lo que quieres saber es si he dejado a un lado mis deseos de asesinar a otro ser humano, sí, así es –le aseguró–. Nunca he sido un asesino a sangre fría. Todo lo que hice fue ir en busca de justicia. La venganza que una vez juré realizar sobre la tumba de un hombre al que quise como a un padre.

Eric asintió, nunca le había gustado ese plan, pero se sentía orgulloso de que el chico lo hubiese conseguido y hubiera salido vivo de todo ese embrollo.

–Supongo que te sentirás liberado al fin, después de tantos años –comentó, intentando saber cómo era que él se sentía.

Jack miró al horizonte, pero no contestó.

–¿Es que no es así?

–Cumplí con mi deber, es todo cuanto me interesa –dijo Jack, sin mirarlo–. Y ahora todo lo que me importa es recuperar a Kathe.

–Me parece bien. Aunque mientras estés viviendo bajo mi techo, necesitaremos establecer algunas normas.

–Si no deseas que me acerque a tus hijas...

–No me refiero a eso, ya estás mayorcito para andarte con esas tonterías. Además, Kathe ya no vive en la hacienda.

—¿Ah, no? —Jack se giró a mirarlo con las cejas arqueadas, bastante sorprendido—. ¿Es que se ha casado y nadie me lo quiso decir? —le preguntó alarmado, comenzando a asumir lo peor. Debió ser por eso que nadie decía nada durante la cena, el motivo por el que ella le lanzó el anillo a la cara..., pero ¿por qué no solo se lo dijo?

—No, ¡qué idea! Claro que no está casada —le aseguró Eric, calmándolo al verlo tan desesperado—. Esa niña no acepta ni que la inviten a un baile o a alguna de las veladas que se celebran en el pueblo. —Rio, negando con la cabeza—. No, Kathe vive con Verónica. Juntas tienen una tienda en la que venden esas pociones y chucherías que Jenica les enseñó a hacer, para ayudar a la gente con los males que los aquejan.

—Así que al fin abrió la tienda... —Una sonrisa llena de orgullo apareció en los labios de Jack.

—Sí, bueno, después de lo que pasó con el bebé y que Javier se marchara a la capital, Kathe no quería dejar sola a su hermana en su casa en el pueblo, por lo que decidió mudarse con ella. Y luego se les ocurrió la idea de la tienda, como una manera de mantenerse ocupadas.

—¿Javier?

—El marido de Verónica... Es una larga historia. —Eric posó una mano en su hombro—. Te has perdido de muchas cosas desde que te marchaste, hijo.

—¿Entonces Verónica se casó? ¿Y qué quieres decir con que su marido se marchó a la capital? —Jack frunció el ceño—. ¿Y de qué bebé estás hablando?

—Ya te dije que es una larga historia y, por desgracia, bastante dolorosa. Si no te importa, no quisiera recordarla ahora.

—Por supuesto. —Jack se extrañó, Eric no solía hablar así. Pero al notar la tristeza reflejada en sus ojos, prefirió dejar el tema—. Entonces, Kathe vive ahora en el pueblo con Verónica.

—Así es. Verónica no quiso dejar su casa después de la partida de su marido, en especial porque su suegra, doña Consuelo, vive cerca y es ella quien la cuida. Le tomó mucho cariño, ¿sabes? A pesar del pelafustán que tiene por hijo —espetó, y Jack al fin reconoció al viejo Eric en el enojo que

demostraba—. Verónica se siente responsable por ella, la pobre mujer está muy enferma, apenas consigue moverse. Y su enfermedad se agravó tras el abandono de su hijo —le explicó, negando con la cabeza, molesto—. En fin, Kathe se marchó para hacerle compañía a su hermana, juntas se apoyan la una a la otra y la idea de la tienda le ha devuelto la vida a Verónica. Después de... lo que sucedió ella estaba muy deprimida. Ambas pasan la semana en el pueblo y vienen de visita a la hacienda los fines de semana. Verónica no llegó anoche porque debía cuidar a su suegra, que se agravó. Pero sin duda llegará a desayunar con la familia esta mañana. Es por eso que te cuento esto, para que no vayas a abrir la boca y meter la pata haciendo alguna pregunta referente a Verónica o el motivo por el que vive en el pueblo.

—No te preocupes, Eric, no diré nada que pueda herir los sentimientos de Verónica. Y en cuanto a Katherina... ¿le mencionaste algo de lo que hablamos antes de mi partida? Acerca del motivo por el que me fui... —quiso saber. Mientras más supiera, mejor podría atacar el tema con ella después. Dudaba que estuviera enterada de toda la verdad, por lo que ella le había dicho, pero necesitaba saber qué era con exactitud lo que sabía acerca de su partida.

—No. Me pediste que no lo hiciera, y no he abierto la boca en todo este tiempo —aseveró el hombre—. Katherina no tiene idea de por qué te fuiste, asumió que moriste o que la abandonaste.

—Entiendo.

—En el primero de los casos, he de decirte que ella tenía un especial respeto por tu memoria y lo que vivieron juntos. En el segundo...

—¿Qué?

—Te advertí que si te marchabas para realizar tu venganza, lo más probable era que la perdieras para siempre. Bueno... —se encogió de hombros—. Te gustan los retos imposibles, ¿no es verdad?

—¿Así es como lo ves? ¿Crees que es imposible que ella me perdone y vuelva a aceptarme?

Eric le dedicó una mirada llena de tristeza

—Es el precio que tú decidiste pagar por tu venganza, hijo.

CAPÍTULO 12

Esa mañana, Kathe se había levantado temprano para realizar sus deberes y concentrarse en su trabajo, sin tener que toparse con Jack. Todo cuanto deseaba era que llegara el lunes y poder regresar a casa, para poder estar lejos de él. De no ser porque Verónica no tardaría en llegar del pueblo, se hubiese marchado esa misma mañana. Pero no podía dejar a su hermana sola durante el regreso; no le gustaba admitirlo, pero ella era tan sobreprotectora con los suyos como lo eran con ella sus hermanos mayores.

–Bien, es hora de dejar de ser tan rejega y decidirte a vivir, ¿me has escuchado? –le habló a una de sus rosas de mosqueta, mientras la trasplantaba a una maceta más grande—. Ahora tendrás mucho espacio para crecer, así que la próxima vez que te vea, espero que estés alta y robusta, y dando flores.

–Y más te vale obedecer, o no te dará tu ración de abono como postre – escuchó una voz masculina que le erizó el vello de la nunca.

Ella se giró al escuchar esa voz. Jack, caminando lentamente, le sonreía desde la entrada del invernadero.

–Jack. –Ella frunció el ceño al verlo, ¿es que no había un sitio sagrado donde él no fuera a a buscarla?

Al lado de Kathe, Chiquito, el enorme perro de su padre, que había estado dormitando a sus pies, se alzó con el vello de la espalda erizado y comenzó a ladrarle al recién llegado.

–Hola –la saludó él, avanzando hacia ella, ignorando al perro.

–Hola –contestó ella muy seca, volviendo a darle la espalda para prestar atención a su trabajo.

–Te estaba buscando... –Se adelantó un paso hacia ella, sin hacer caso del enorme can que en ese momento había acallado los ladridos para reemplazarlos por un grueso gruñido de advertencia.

–Tranquilo, Chiquito, él no me hará daño. –Kathe lo acarició tras la oreja y

el perro volvió a echarse dócilmente a sus pies—. Al menos, no de nuevo— añadió, frunciendo el ceño.

—Kat, ¿crees que podrías hablar conmigo? —le pidió él, aproximándose hasta quedar a su lado.

—Lo siento, pero ahora no puedo, estoy ocupada.

—Tal vez podría ayudarte —sugirió, mirando en derredor. Aquel invernadero era glorioso, mucho más de cómo lo recordaba. Sin duda, durante esos años, Kathe había hecho un gran trabajo con las plantas que cultivaba allí.

—No, gracias.

—Vamos, tómate un par de minutos para descansar. Te levantaste muy temprano... Y mira, ni siquiera has desayunado —comentó al ver sobre una mesa un plato con fruta picoteada—. Apenas has probado tu fruta... ¡Ah, mierda! —gritó cuando de la nada, un enorme pico de colores se abalanzó sobre sus dedos y, de haber sido más lento, de seguro se los habría arrancado de un tirón—. ¿Pero qué demonios es eso?

Un enorme pájaro de negro plumaje y un gigantesco pico de colores verdes y anaranjados le devolvió la mirada, antes de zamparse un buen trozo de papaya del plato ante él.

—Un tucán —contestó ella, mordiéndose el labio para no reír ante su expresión de asombro—. Y tranquilo, Rosauero no te hará daño mientras no toques su desayuno —le dijo, colocando el plato con fruta lejos del alcance de Jack—. Él no permite que toquen su comida.

—Condenado pajarraco, casi me arranca un dedo.

—No temas, es inofensivo. —Ella acarició el sedoso plumaje negro del ave, la cual se portaba mansa y se dejaba acariciar con total deleite—. Solo aparenta ser bravucón al principio, pero una vez que lo conoces, es todo un corderito.

—Habla por ti, dudo que ese pájaro se parezca en algo a un corderito. Aún tiene mirada de querer arrancarme un dedo.

—Hablaba con Rosauero. —Kathe le dirigió una mirada divertida—. Tú eres el

corderito, y quédate tranquilo, él tiene una dieta delicada, nada de sabandijas. Y, sí, eso te incluye a ti.

–Muy graciosa. –Él puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos.

Chiquito ladró y entonces Rosauero voló hasta él, llevando consigo un trozo de manzana con el que alimentó al perro, como si se tratase de su cría.

–Pero ¿qué demonio pasa con tus mascotas? ¿Ese pájaro cree que el perro es su hijo?

–Solo son amigos. –Kathe sonrió con ternura–. Él lo alimenta cuando Chiquito se lo pide, y a cambio, él la cuida, porque la pobre ave apenas consigue volar. Se cayó del nido siendo bebé y se quebró el ala; Liana la encontró a tiempo para salvarle la vida, pero su ala nunca se recuperó por completo. Así que Chiquito ha estado cuidando de Rosauero desde que era un polluelo, evitando que otros animales pudiesen lastimarlo. Y él se lo agradece compartiendo su comida.

–Formidable –admitió Jack, sonriendo también. Alargó una mano para tocar al pájaro, pero este volvió a intentar picotearlo.

–No lo hagas, a él tampoco le gustan los hombres.

–No le gusta que toquen su comida ni los hombres. Vaya divo –bromeó–. Al menos me ha dejado el dedo completo. –Rio él, sobándose la mano.

–Espera, estás sangrando. –Ella frunció el ceño, preocupada, y tomó su dedo para examinarlo–. No es profundo, pero debemos desinfectarlo.

–Estoy bien, es solo un rasguño.

–Pero Jack...

–He tenido que pasar por cosas mucho peores, te aseguro que esto no es nada.

Los ojos de ella se ensombrecieron.

–Te... ¿te hirieron mientras estuviste lejos?

Él adoptó un semblante serio.

–No es algo de lo que debemos hablar ahora.

–¿Entonces de qué quieres hablar? Porque llegaste diciendo que querías...

–De nosotros. –Él la atajó, posando una mano en su mejilla–. Quiero que hablemos de nosotros.

La puerta se abrió en ese momento y por ella entró corriendo un enorme cerdo, con Alonso gritando como un poseso en su intento de alcanzarlo.

–¡Cuidado! –les advirtió a la carrera, cuando el cerdo se abalanzó sobre ellos.

Chiquito gruñó, sin moverse de su sitio bajo la mesa, al tiempo que el tucán alzó el vuelo hasta una rama cercana, pero ambos aún quedaban en medio de la carrera del gigantesco animal.

Jack se dio cuenta de que si no hacía algo, los dos serían embestidos por la enorme bestia, y antes de permitir que eso sucediera, cargó a Kat por la cintura y saltó sobre la mesa en la que ella estaba trabajando, justo a tiempo para permitirle el paso al obeso cerdo, que pasó corriendo sin detenerse ni percatarse del barullo que había causado.

–¿Están bien? –preguntó Alonso, deteniéndose a un costado de la mesa, en su intento de dar alcance al cerdo.

–¡Sí, pero saca a ese animal de mi invernadero antes de que rompa todas mis plantas! –lo reprendió Kathe, zafándose de los brazos de Jack, que todavía la sostenían, para ir a socorrer a sus pobres plantas.

–Espera, yo te ayudo. –Jack iba a bajar de la mesa tras ella, pero Alonso lo detuvo.

–Descuida, estás justo donde te quería –le confesó, riendo divertido antes de alejarse a la carrera para sacar al condenado cerdo del lugar.

Jack lo miró con el ceño fruncido.

Así que habría guerra otra vez.

Pues que así fuera.

–¡Oye, Alonso! –le gritó, cuando él ya se alejaba.

–¿Qué?

–¡Piensa rápido! –le advirtió, lanzándole un trozo de fruta del plato del tucán.

El hombre apenas tuvo tiempo de reaccionar y cacharlo en el aire, antes de que le diera de lleno contra el rostro.

—¿Esta es tu respuesta? —Alonso soltó una carcajada, moviendo de forma socarrona el trozo de fruta en su mano—. Amigo, has perdido tu capacidad de hacer buenas bromas... ¡Ah, mierda! ¡Eso duele! —gritó cuando, de la nada, la furiosa ave negra se abalanzó sobre él, picoteándole la mano por haberse atrevido a coger su comida.

—¡Corre por tu vida, tampoco le agradan los hombres y te picoteará hasta dejarte como un eunuco! —vociferó Jack, riendo a carcajadas mientras veía a Alonso alejarse a la carrera, intentando escapar del ave infernal, que ahora le caía mejor que nunca.

—¡Jack!

Él se giró, para ver aproximarse a una Kathe tan enojada, que prácticamente echaba humo por las orejas.

—¿Es que ha sido idea tuya todo esto? —bramó, clavándole un dedo en el pecho.

—No, cariño, no ha sido más que pura y buena improvisación —admitió, sin dejar de reír.

—¡Mi invernadero es un caos! —gritó, extendiendo los brazos, y él pudo notar por primera vez el daño que había dejado el cerdo a su paso.

—Kat, lo siento tanto... Te ayudaré a acomodarlo todo, no tardaré nada...

—¡Quiero que te vayas!

—Pero...

—¡Ahora, fuera de aquí! —gritó ella, señalando la salida.

—Bien, lo haré. —Frunció el ceño, y se colocó el sombrero—. Pero solo para ir a buscar una pala con la que poder arreglar esta calamidad.

—No te necesito, y te aseguro que no quiero verte.

—Pues entonces tendrás que cerrar los ojos, porque no voy a dejarte sola con este desastre, ¿me has entendido? —Él se inclinó tan cerca de su rostro, que ella se estremeció por su cercanía.

Incapaz de articular palabra, ella asintió, tragando saliva con fuerza.

—Ahora vuelvo. No se te ocurra mover un dedo sin mí —gruñó, dándose la media vuelta para salir del lugar.

Kathe se apoyó sobre la mesa con las manos y respiró hondo. No había esperado que la afectara tanto su cercanía. Aún sentía el corazón latiéndole a toda velocidad.

¿Por qué? ¿Por qué él todavía ocasionaba tanto impacto en ella? ¿Por qué todavía provocaba que su corazón se disparara y las piernas le flaquearan con una sola de sus miradas?

¡Era tan tonta por permitirse dejar llevar así por sus emociones!

¡Lo odiaba!

¿Por qué tuvo que volver a su vida, y convertir su estabilidad en un huracán, justo cuando ya comenzaba a sentir que podía sin él?

Sin poder soportarlo más, salió del invernadero y no volvió en todo el día. Era un acto cobarde, pero no le importó. No podía estar cerca de él, era así de simple.

Solo podía rezar para que el tiempo pasara deprisa y volver pronto a casa, que el lunes llegara al fin y marcharse al pueblo, y así poner varios kilómetros de distancia entre ambos.

Entonces todo volvería a la normalidad y su corazón dejaría de hacerla enojar por latir a toda velocidad cada vez que él la miraba.

Pero cuando, al echar un vistazo esa noche en el lugar, lo encontró limpio y arreglado a la perfección, no pudo evitar que cientos de emociones despertasen en ella. Jack había arreglado solo todo el invernadero, y ni siquiera había ido a buscarla para reclamárselo.

Tal vez..., tal vez, las cosas no fuesen tan diferentes. Eso era algo que habría hecho el viejo Jack, del que se había enamorado, el que aún no la había abandonado... El que ya no existía.

CAPÍTULO 13

Esa noche de domingo, Kathe paleaba con fuerza la paja que llevaría a la caballeriza de Cometa, su yegua preñada. Últimamente parecía molesta y Kathe consideró que una cama más mullida tal vez la ayudaría, en caso de que decidiera echarse a descansar un poco. La pobre estaba tan gorda que parecía que iba a reventar en cualquier momento.

—¿Necesitas ayuda? —Kathe se giró al escuchar la voz de su madre.

—No, solo estoy cambiando la paja de Cometa, está intranquila y necesita dormir bien. —Alzó el rostro para secarse el sudor con un pañuelo—. No demoraré, entraré en un minuto a la casa.

—Tómate el tiempo que necesites, no es como si lo que acaba de pasar fuese cualquier cosa. —Jenica llegó a su lado y cogió el cubo de alimento de la yegua—. Parece que nuestra amiguita tampoco ha comido mucho —comentó, examinando el interior—. Ha de ser que comparte el sentir de su dueña. —Posó una mano sobre su hombro—. Esta noche apenas probaste bocado durante la cena, cariño.

—No tenía hambre, me duele la cabeza. —Kathe volvió a apilar la paja, intentando evadir esa conversación.

Aquel fin de semana había sido uno de los más tensos que había tenido en su vida. Podía sentir los ojos de Jack fijos en ella en todo momento; por más que intentó ignorarlo, era como si su mirada le quemase la piel.

Daba gracias de que fuera domingo y a la mañana siguiente regresaría al pueblo, lejos de él y de sus tentadores y hermosos ojos negros, que tanto la perturbaban.

—Un poco de valeriana y manzanilla ayudarán —comentó Jenica, dirigiéndose a la zona donde ponían a secar las hierbas medicinales.

—Estoy bien, mamá.

—Es para la yegua, cariño. —Su madre le tendió el cubo con avena que había

mezclado un poco de manzanilla y unas gotas de valeriana—. Pero si lo deseas, con gusto puedo prepararte un té.

—Supongo que eso me agradaría, gracias —admitió Kathe—. Gracias, mamá. —Sonrió, tomando el cubo para ofrecérselo al animal.

Cometa lo olisqueó por un momento antes de empezar a comer.

—Eso es, preciosa. Come. —Kathe le acarició la frente, contenta de verla alimentarse al fin.

—Iré a preparar tu té, te espero en casa. —Jenica besó a su hija en la frente—. No demores; por más paja que apiles, Jack seguirá estando en el mismo lugar. Y tú te habrás cansado en vano.

Kathe asintió con una sonrisa, observando a su madre partir con esa particular aura etérea de sabiduría y belleza que siempre parecían acompañarla.

—Kathe, lo encontré al fin. Estaba oculto bajo la cama de Liana, zampándose una sardina que debió robarse de la cocina. —Rahela entró en el mismo momento que salía su madre, llevando consigo un enorme gato blanco con manchas marrones, negras y anaranjadas. El felino parecía disfrutar del paseo, relamiéndose los restos de comida del bigote—. Espero que funcione y le ayude a Cometa a calmarse un poco.

—López, condenado gato perezoso, ¿dónde te metes cuando se te necesita? —Kathe reprendió con falso enfado al felino, antes de cargarlo en brazos para acariciarle la barriga—. Tu amiga te ha estado extrañando. Anda, ven a hacerle una visita —le susurró, antes de colocarlo sobre el lomo de la yegua.

Cometa alzó la cabeza del cubo de comida y se giró para olisquear su lomo, donde ahora el gato se acurrucaba, preparándose para dormir. La yegua le chupó los pelos de la cabeza y el gato ronroneó felizmente, dejándose hacer.

—Bien, dos mejores amigos reunidos al fin —aplaudió Rahela—. Ahora no vuelvan a separarse, por el bien de los dos —les advirtió, acariciando el lomo de la yegua, donde ahora el gato dormía a pata suelta.

—Esa es una de las amistades más extrañas que he visto en mi vida. —Escucharon una voz masculina a sus espaldas—. Un caballo y un gato siendo

mejores amigos.

–Oh... Hola, Jack –lo saludó Rahela.

Él contestó al saludo con un gesto de cabeza, aguardando como un soldado de pie en la penumbra, como si no se atreviera a entrar.

–Puedes pasar, Jack, ya sabes que estás en tu casa –le aseguró Rahela.

–Gracias, Ra, eres muy amable. –Él se quitó el sombrero en señal de respeto, mientras avanzaba a paso lento.

–¿Ya te vas a dormir?

–Sí, ha sido un día duro –contestó él, acercándose a ellas–. ¿Necesitan ayuda con los caballos?

–Estamos bien –espetó Kathe, dándole la espalda con la intención de reanudar la faena de lanzar paja a la caballeriza, con tal de no tener que verlo o hablar con él.

–Tranquila, él solo pretende ser amable, no tienes que ser grosera –le pidió Rahela, estrechando con delicadeza una de sus manos, para detener el duro trabajo de Kathe.

–Lo sé... –musitó, apretando más las manos hasta que sus nudillos se volvieron blancos–. Pero no puedo evitarlo.

–Te entiendo, y estás en tu derecho de actuar como mejor te parezca. Solo intenta no atravesarlo con el rastrillo –le dijo con una sonrisa divertida, quitándole la herramienta de las manos–, que es lo que parece que estás a punto de hacer.

Kathe rio bajito, negando con la cabeza antes de girarse hacia la alta figura de Jack, que ya llegaba a su lado.

–Me despido, también estoy cansada y mañana hay que madrugar. –Rahela le dedicó una amable sonrisa a Jack–. Buenas noches.

–Buenas noches, Ra, sueña con los angelitos.

–¡Gracias! –gritó ella, corriendo hacia la casa, decidida a dejar a aquellos dos a solas para que pudieran hacer las pases.

–Entonces..., ¿esta es tu yegua? –le preguntó Jack, buscando algo que decir

–. Tu padre me comentó que te encontraría aquí, alimentando a tu yegua embarazada –añadió, cuando ella le dedicó una mirada de desconfianza.

–Sí, su nombre es Cometa –contestó Kathe, llevando el cubo, ya vacío de alimento, a su sitio para guardarlo–. Papá me la regaló poco después de que te fuiste, para animarme un poco. Ya te imaginarás que estaba algo deprimida después de que mi prometido me abandonara de la noche a la mañana –le contó con total intención de hacerlo sentir mal.

–Kat, lo siento...

–No quiero oír más disculpas de tu parte, si no te importa –lo cortó–. Además, fue para mejor. Cometa ha sido una gran amiga, además de una excelente compañía. ¿No es increíble cómo los animales pueden ser muchas veces mejores que las personas? Ellos te dan su amor incondicional, y no te abandonan cuando las cosas se ponen difíciles.

Jack suspiró, volviendo a colocarse el sombrero.

–Nos vemos mañana, Kat –se despidió, sin deseos de seguir discutiendo con ella–. Que descanses... –Se calló al notar que ella luchaba por colgar el almartigón en un clavo alto de la pared–. Aguarda un segundo, permíteme ayudarte con eso. –Jack estuvo tras ella en un parpadeo, tomando las piezas de cuero de sus manos para colgarlas en su lugar.

Kathe notó la calidez de su palma sobre su piel, demorándose más de lo necesario.

–Gracias, pero podía hacerlo yo sola –le dijo en tono cortante, pasando por debajo de su brazo con la intención de alejarse de él.

–Kat, aguarda un segundo. –Jack la detuvo por el cinto del delantal, provocando que ella no pudiera dar otro paso y rebotara, cayendo justo sobre sus brazos–. Vaya, vaya, igual que en los viejos tiempos. –Rio él, sosteniéndola contra su pecho

–Pero ¿qué pasa contigo, Jack? –ella se apartó bruscamente–. Nada es como en los viejos tiempos, y no pretendas venir aquí y actuar como si nada hubiese cambiado, como si tú no te hubieses marchado, porque lo hiciste y todo es distinto ahora. Tú ya no eres nada para mí, y si te quieres quedar por

aquí, será mejor que lo aceptes, o le pediré a mi padre que te eche.

–Tú nunca harías algo así. Nunca le quitarías el techo o el pan de la boca a un hombre, eres demasiado buena para eso.

Kathe apretó los labios, dirigiéndole una mirada asesina.

–Ya te lo dije, Jack. Las cosas han cambiado mucho desde que te fuiste – espetó, dándose la media vuelta para salir de ese lugar, antes de ceder a la tentación de estrellarle en la cabeza el cubo de comida de Cometa.

O peor, de permitirle abrazarla con esa ternura que no había conseguido olvidar en todos esos años. Esa calidez que había sido capaz de percibir en el frágil instante en que él la rodeó con sus brazos.

–Kathe, no te vayas...

–¡No me hables!

–¿Ni siquiera me vas a dar la oportunidad de explicarte el motivo por el que me fui?

–¡No!

–Kathe, ¿no crees que estás siendo un poco irracional? –Se plantó en su camino, impidiéndole el paso–. ¿Qué tienes que perder con escucharme?

–¡Mi dignidad, mi orgullo, mi... mi entereza emocional! –admitió, alzando el rostro al mirarlo–. ¿Cómo crees que me sentí después de que te marchaste sin siquiera despedirte? Sin ninguna explicación, ni una carta durante todos estos años... Fui la burla de todos en el pueblo, me convertí en la abandonada por el prometido que desapareció en la noche. Y yo fui tan estúpida como para creer que tú nunca me habrías hecho eso, que me amabas tanto que solo la muerte pudo haberte arrancado de mi lado. ¡Creí que estabas muerto, Jack! Todos estos años...

–¿Hubieses preferido que fuera así?

–¡No! –exclamó antes de siquiera pensarlo–. Es bueno que estés vivo, me alegra, te lo aseguro. Es un alivio para mi alma saber al fin qué es de ti, que no está tu cuerpo tirado en cualquier camino o al fondo de un acantilado... –confesó, sintiendo que la voz se le rompía–. Pero no por ello voy a olvidar

todo lo que sucedió y recibirte de vuelta en mi vida como si nada hubiese pasado. Te amaba, Jack. Te amaba con toda mi alma, y tú solo te fuiste, traicionaste mi confianza, me traicionaste a mí y a todo lo que teníamos... ¡Te largaste sin mirar atrás, como si yo no importara nada!, ¿y ahora pretendes volver y hablar? –preguntó, sarcástica-. ¿Es que crees que no tengo orgullo? ¿Qué voy a volver a aceptarte con una disculpa y olvidar todo lo que me hiciste pasar? El dolor, la humillación, las noches enteras llorando por ti... –La voz se le quebró y ya no pudo continuar hablando.

–No es así, Kathe, te juro que si me fui, fue por un buen motivo. –Jack intentó abrazarla, pero ella lo apartó de un empujón–. Jamás me habría marchado de tu lado de no ser así, y si no me despedí, fue porque no tuve el valor de decírtelo de frente, porque sabía que si tú me pedías que me quedara, no habría tenido valor para negarme.

Ella lo miró con unos ojos humedecidos a causa de las lágrimas no derramadas.

–Entonces, eres un cobarde.

La amargura de sus palabras le estremeció el alma.

–Sí... Supongo que lo soy.

Kathe tragó saliva.

–Bien, te escucharé... –dijo al fin, tras una larga pausa en la que ninguno de los dos dijo nada–. Pero antes de advertirte, Jack, que si tu intención era buscar mi perdón, no lo conseguirás. Nada cambiará entre nosotros, digas lo que digas. El amor que sentía por ti está muerto, y lo que está muerto no puede ser revivido.

–Nada es definitivo en esta vida, Kathe. Ni siquiera la muerte.

Ella soltó una risita sarcástica.

–No seas ingenuo, Jack.

–La ingenua eres tú, Kathe. –Él frunció el ceño, acercándose tanto a ella que sus rostros estuvieron pegados–. Nunca te hablé de volver contigo. Solo te he pedido que me escuches.

Dos manchas rojas aparecieron en las mejillas de Kathe, sin embargo, ella le mantuvo la mirada.

–En ese caso, creo que al fin nos estamos entendiendo, porque no volvería contigo ni aunque fueras el último hombre en la tierra.

–¿En serio? –Él se inclinó más sobre su rostro, tanto que Kathe pudo notar la calidez de su aliento sobre sus labios al hablar.

–Absolutamente –contestó ella, sin moverse un centímetro. No iba a permitir que él la amedrentara.

–¿Y por qué no te creo? –Una suave sonrisa curvó sus labios al notar que ella temblaba ligeramente.

–Será porque eres idiota. –Ella lo empujó, pero en lugar de moverlo, él apresó sus manos contra su pecho, acercándola a su cuerpo con un movimiento.

–Un idiota, sí, sin duda. Pero un idiota que nunca ha dejado de quererte – musitó, rompiendo lo último que quedaba de distancia entre ambos y besándola.

Kathe lo apartó de un empujón y le dio un buen bofetón en el rostro.

–¡No te atrevas a volver a hacer eso! –le gritó, girándose para marcharse. Pero antes de que pudiera dar un paso, él la apresó por la cintura.

–Lo siento, Kat, no pude resistirlo –le dijo, abrazándola por detrás y hablándole al oído–. No volverá a suceder, pero por favor, no te vayas.

–¡Suéltame, Jack...! –Ella se revolvió entre sus brazos, intentado liberarse.

–Lo haré si prometes no irte –le pidió–. Se supone que vamos a hablar, ¿no es verdad?

–No tenemos que hacerlo tan cerca.

–¿No? –susurró tan cerca de su boca, que casi la tocaba–. A mí me parece la mejor forma de aclarar este asunto... ¡Oh, mierda! –gruñó cuando unas afiladas garras se le clavaron en el cuello.

López, el gordo gato, había saltado sobre él y ahora lo atacaba como si fuese el pastel de pescado de Jenica, recién salido del horno.

Kathe rio de forma disimulada, observando a Jack dar tumbos de un lado a otro, intentando zafarse del animal sin hacerle daño.

Algo que debía reconocerle, nunca lo había visto tratar mal a un animal.

Aunque este estuviese decidido a asesinarlo.

–Ya estuvo bueno, López –dijo Kathe, estirando los brazos al animal–. Ven aquí, mi gatito bueno.

El gato se calmó al instante y obediente saltó a los brazos de su dueña, ronroneando de gusto.

–Había olvidado que puedes hablar con los animales –le dijo Jack, esbozando una mueca divertida mientras se palpaba las heridas abiertas en el cuello.

–No seas ridículo, eso es imposible –contestó ella, acariciando al gato en el cuello.

–Sí, seguro –contestó él, mordazmente–. Pero la próxima vez, no le pidas a tu gato que me asesine, ¿quieres? Basta con que me des una patada en la entrepierna –gruñó–. Seguro duele menos.

Kathe rio, negando con la cabeza mientras se alejaba con el gato en brazos.

–Buenas noches, Jack.

–¿Es que no te vas a quedar? –Él le dedicó una mirada de tristeza que estuvo cerca de hacerla cambiar de opinión–. Se supone que íbamos a charlar...

–Lo haremos mañana.

–¡Pero mañana te vas al pueblo!

–Entonces, tendrá que ser el próximo fin de semana, cuando vuelva. –Ella le dedicó una sonrisa mordaz.

–Vamos, Kat, no seas así...

–Ya es tarde, buenas noches, Jack –contestó ella, volviendo a dejar al gato junto a su amiga equina.

–Antes no te molestaba quedarte hasta tarde hablando... –Arqueó las cejas, sonriendo pícaramente.

Pero aquello no hizo más que borrar la sonrisa del rostro de Kathe.

—Ya te lo dije, Jack. Nada es como en los viejos tiempos —afirmó, antes de darse la media vuelta y marcharse.

CAPÍTULO 14

–¿Estás segura de que estás bien? –le preguntó Verónica por quinta vez esa mañana, dejando al lado de Kathé una taza humeante de café recién hecho–. Si lo prefieres, puedes quedarte en cama hoy. Luces como si no hubieses pegado ojo en toda la noche.

–Te agradezco la preocupación, querida hermana, pero te aseguro que me encuentro en perfecto estado. –Kathé tomó la taza e inspiró hondo, permitiendo que el delicioso aroma del café despertara sus sentidos, agotados después de aquel infernal fin de semana en el que casi no había conseguido dormir durante las noches, sabiendo que Jack se encontraba de vuelta y a solo unos cuantos metros de ella–. Dios, amo el café que nos envía el tío Richard. Sin duda, es el mejor del mundo.

–Se lo haré saber en la carta de agradecimiento que le estoy escribiendo – le informó Verónica, sentada frente a su escritorio, y, alzando la vista del papel para mirar a su hermana, le preguntó–: ¿No te agradaría la idea de ir de visita a su hacienda durante una temporada? Hasta que se calmen las cosas con Jack, tal vez... –sugirió, esbozando una mueca preocupada–. Si sigues sin poder dormir mientras él esté aquí, terminarás enfermándote.

–Estoy bien, puedo manejar esta situación sin necesidad de huir como una cobarde. –Se cruzó de brazos, molesta por ser tomada por una persona tan débil por su propia hermana–. Además, los Collinwood pasan la mitad del año en Inglaterra, no lo olvides.

–Estoy segura de que a tía Lupita no le importaría que te quedaras en su casa. Además, lo más seguro es que Zalo y la tía Calita se quedarán en su rancho, y podrían hacerte compañía.

–He dicho que no. Agradéceles de mi parte por su amabilidad al enviarnos el café y punto. Yo no me muevo de aquí –zanjó terminantemente–. Ahora me voy a abrir la tienda, o nos alcanzará el medio día aquí discutiendo bobadas

–gruñó, marchándose por la puerta lateral, que comunicaba a la casa con la tienda.

Verónica suspiró con tristeza, viendo a su hermana comportarse de forma tan ruda, cuando en realidad sabía lo mucho que estaba sufriendo.

–Jack, solo espero que hayas regresado para bien... –musitó, apurándose en terminar la carta para poder ir a ayudar a Kathe.

En cuanto Katherina retiró el cartel de cerrado de la puerta, para reemplazarlo por uno que decía abierto, apareció Enriqueta asomando la nariz dentro del local.

–¿Se puede pasar? –preguntó, entrando de todas formas, sin esperar por una respuesta.

–Ya está abierta la tienda, Enriqueta, no tienes que pedir permiso para entrar –le contestó Kathe, de mal humor.

–¿Por qué estás tan gruñona esta mañana? ¿Es que te levantaste por el lado equivocado de la cama?

–Sí, desde el viernes –espetó ella, dirigiéndose a la vitrina más cercana, para comenzar a sacudirle el polvo a los frasquitos que allí se exponían-. ¿En qué te puedo ayudar hoy?

–En nada, solo he venido a pasar el rato –confesó, dejándose caer sobre la silla tras el mostrador.

–¿Pasar el rato o esconderte de tu mamá y de tu hermana, para no tener que ayudarlas a abrir el restaurante?

–Es lo mismo –ella sonrió, encogiéndose de hombros.

–Enriqueta, ya te he dicho que no me inmiscuyas en tus mentiras ni uses mi tienda como escondrijo. Emilia se molestó bastante conmigo el otro día, y no me enteré del motivo hasta que al fin me dijo que estaba enfadada por quitarte el tiempo, y que yo no debería pedirte que me ayudes en mi tienda, cuando por ello, no puedes cumplir con tu trabajo en el restaurante. –Le dirigió una mirada dura-. ¡Me tomó media hora explicarle que yo nunca te pedí nada!

–Eso fue muy cruel de tu parte, pudiste ayudarme solapándome la mentira.

–¿Te has vuelto loca? Yo no voy a mentir por ti, Enriqueta, y menos para cubrir tus escapadas a quién sabe dónde y con quién –sentenció, apuntándola con el plumero–. Así que ahora mismo levantas ese trasero de mi silla y te marchas de vuelta al restaurante, que no quiero tener más problemas con mi amiga por tu culpa.

–Oh, Kathe, por favor... –Enriqueta comenzó a lloriquear cuando la puerta se abrió, haciendo tintinear la campanilla colgada del techo.

–¡Buenos días! –saludó Emilia, muy alegre, entrando en el local–. Kathe, qué bueno que te encuentro, ¿tienes más de ese maravilloso té para las náuseas matutinas?

–Por supuesto, ahora mismo te lo traigo –le dijo Kathe, después de saludarla con un beso en la mejilla–. ¿Cómo te has sentido? –preguntó, notando por el rabillo del ojo que Enriqueta se agachaba, para ocultarse tras el mostrador.

–Excelente, y todo gracias a ti. Las infusiones que me has dado nos han hecho maravillas, te lo juro –le aseguró, pasando una mano por su abultado vientre–. Ya no siento pesadez estomacal y mis tobillos han dejado de verse como tamales. También tengo mucha más energía, ya no me ando durmiendo cada quince minutos en el trabajo.

–No sabes cuánto me alegro. –Kathe sonrió, tocando la barriga de su amiga –. De todas formas, no olvides que debes descansar y poner las piernas en alto, eso ayudará con la circulación.

–Podría hacerlo si no fuera porque significaría dejar a mamá con todo el trabajo en el restaurante. –Emilia suspiró–. Estos últimos días no consigo hacer que Enriqueta se quede ni cinco minutos seguidos a ayudarnos con el trabajo, siempre anda escapándose y no tengo idea de dónde se mete.

–En ese caso, tengo buenas noticias para ti. –Kathe se dirigió tras el mostrador, y sacó a tirón de oreja a la chica, que se había agachado para ocultarse de su hermana–. Hablando del rey de Roma, adivina quién vino a esconderse aquí. Otra vez.

–¡Enriqueta! –Emilia frunció el ceño, poniendo los brazos en jarra–. ¿Es que nunca vas a madurar? ¿No te basta con dejarnos mal paradas en el restaurante, también tienes que venir a entorpecer el trabajo de los demás?

–Qué va, no he venido a entorpecer nada, por el contrario, ayudo en todo lo que puedo. Que Kathe te lo diga, ¿no es así? –La chica la rodeó por los hombros, cerrándole un ojo para que ella le siguiera el juego.

–No.

–¡Kathe, qué mala...! ¡Ay, duele...! –gritó la chica cuando ahora fue su hermana la que la sacudió por la oreja.

–¿Cómo te atreves a mentirme a la cara? Y peor, intentar que mi mejor amiga te solape tus patrañas.

–Es que tú no entiendes, Emilia. Me encanta estar aquí y ayudar en el proceso de preparación de todas estas pociones mágicas –le aseguró Enriqueta, adoptando una sonrisa estudiada e infantil–. Todos en el pueblo saben que no hay mejor medicina que la que venden aquí. No hay persona que no le confiaría su vida a las brujas Altamirano.

–¡Enriqueta, ya te he dicho que no las llares brujas! –la reprendió, intentando tomarla de la oreja otra vez, pero la joven fue más rápida que ella y se apartó antes de que pudiera tocarla.

–Y no hacemos pociones mágicas –añadió Kathe–. Y tú no ayudas en nada. Ya te dije que no me metas en tus patrañas.

–¡Eres una completa desconsiderada! Ahora mismo te vienes conmigo, Enriqueta Alondra de la Cruz. –Su hermana hizo ademán de cogerla, pero ella se volvió a apartar.

–Cálmate Emilia, o vas a entrar en labor prematuramente –bufó Enriqueta, sobándose la oreja, como si la protegiera para que su hermana no pudiera tomarla otra vez–. No me culpes por preferir estar aquí, en lugar de ese sucio restaurante.

–¡Cuida tu lengua jovencita! No olvides que es de ese restaurante del que vivimos, y al que nuestra madre le ha dedicado toda su vida.

–Bueno, eso no es mi culpa, ¿o sí? –La chica alzó la barbilla en un gesto altivo–. Ni tampoco el haber tenido que venir al mundo dentro una familia mediocre, que no cumple mis expectativas de vida.

–¡Deberías dar gracias por lo que tienes, niña malcriada...!

–¡Tú da las gracias que quieras, por la vida de mierda que nos tocó! –la interrumpió Enriqueta, perdiendo el control–. ¡Da gracias por el desgraciado padre que nos abandonó, por el mugroso restaurante de tu madre y el obeso marido que se casó contigo! ¡Ah, y por supuesto, por el mocoso que estás a punto de traer al mundo para compartir esta miseria! –Posó una mano en su vientre, antes de añadir con voz cruel y llena de burla–. Seguro será tan gordo y feo como su padre. ¡Solo mírate, si estás a punto de explotar! Y mejor para ti, porque de seguro será la única forma en que consigas sacar a esta cosa de tu vientre, porque se ve que este monstruo obeso ni rodando te saldrá por tus partes íntimas. –Soltó una risa cruel.

–¡Cállate! –Emilia le atravesó el rostro de un bofetón–. ¡Nunca he conocido a una persona más mal agradecida, mimada y de mal corazón que tú, Enriqueta! –le gritó, alzando la mano para golpearla otra vez. Pero no lo hizo, solo se le quedó mirando, con lágrimas en los ojos–. No sabes cómo me avergüenza que seas mi hermana...

Enriqueta, sobándose la mejilla enrojecida a causa del golpe, le dedicó a su hermana una mirada colmada de ira.

–¡Te odio! ¡Los odio a todos! –gritó, saliendo a la carrera del local–. ¡Ojalá estuviera muerta para no tener que vivir con ninguno de ustedes!

–Dios, ¿qué ha pasado? –Verónica llegó en ese momento–. ¿Qué han sido esos gritos?

–No es nada... –Emilia, temblando de pies a cabeza, se secó con el dorso de la mano las lágrimas que caían a borbotones–. Será mejor que ya me vaya.

–Aguarda un momento y toma asiento, no puedes salir a la calle en ese estado, tienes que calmarte, piensa en el bebé –le dijo Kathe a toda prisa, llevando a su amiga por el brazo hasta una silla que Verónica ya acercaba para ella.

–Te prepararé un té relajante, no me tardo. –Verónica salió a la carrera hacia la trastienda.

–Respira hondo, solo respira –Kathe le pidió a su amiga, abanicando su rostro.

–No tienen que tomarse tantas molestias, estoy bien... –sollozó Emilia, secándose ahora las lágrimas con un pañuelo que Kathe le tendió–. Me da tanta vergüenza que hayan tenido que presenciar esa escenita... Desde que papá se marchó, Enriqueta está fuera de control. –Se secó sonoramente la nariz–. Debería ir tras ella; conociéndola, desaparecerá durante todo el día y no volverá hasta la noche, y estando tan molesta podría sucederle algo malo...

–Déjala, ya se le pasará –la aseguró Kathe, pasando un pañuelo por su frente sudorosa–. Ahora debes pensar en tu salud, no es bueno para el niño que te alteres tanto.

–Kathe tiene razón. –Verónica llegó en ese momento, con una taza de té humeante que le ofreció a Emilia–. Enriqueta solo está molesta, algo que a su edad es normal. Dale una hora y verás cómo se le pasa el enojo.

–No lo creo, está tan rebelde. –Suspiró, bebiendo un sorbo del té –. Mamá y yo ya no sabemos qué hacer con ella. Enriqueta actúa como si un demonio se le hubiese metido en la cabeza desde que papá se marchó con esa mujer... –Bajó la voz, negando con la cabeza–. Incluso hemos pensado en enviarla a un convento.

–Tal vez sería lo más conveniente. –Verónica se sentó a su lado y le alargó un platito con galletas, que también había traído consigo–. Las monjitas sabrán domar su carácter, sin mencionar que a Enriqueta le haría bien aumentar su educación.

–Sí, con modales y respeto hacia sus mayores, por ejemplo –añadió Kathe.

–Eso sin duda. –Rio Emilia–. Además de algo de sensatez, escritura y ortografía. Ayer apareció en la pizarra del menú: «putas en falda de red y morro frío», en lugar de puntas de falda de res y morro frito. –Puso los ojos en blanco–. No tienen idea de la fila de comensales que se formó fuera del restaurante. –Se cubrió el rostro con las manos–. Creo que acudió todo el

público de la cantina.

Verónica y Kathe compartieron una sonrisa, intentando hacer lo posible por no reír.

–Quizás es cierto que lo mejor sea enviarla lejos y dejar que el tiempo amanse su carácter –continuó Emilia, todavía llorando–. Estos últimos días nada le agrada, aborrece el trabajo en el restaurante, es grosera con los clientes y no duda en faltarle el respeto a mamá. Ya ni siquiera le teme a los castigos. Tal vez las monjitas sepan corregirla. –Suspiró–. La verdad es que mamá ya está tan cansada de ella, que dudo que lo piense demasiado. Y no la culpo, la pobre ya no es una mujer joven y le ha tocado una vida muy dura, sin duda no se merece tantos enojos. Ya ha tenido que sufrir bastante con las habladurías, desde que papá nos abandonó...

–Lo más importante por ahora, es que te relajes y no permitas que esto te afecte o al bebé. –Kathe posó una mano en su vientre–. Intentaré hablar con Enriqueta, ¿de acuerdo? Quizá pueda trabajar aquí por un tiempo, y eso le ayude a calmarse.

–Es cierto, es cosa de probar. –Asintió Verónica–. Ya veremos qué pasa. Y si lo mejor es enviarla al convento, no te sientas mal por ello.

–Se los agradezco como no tienen idea... –Emilia estrechó la mano de Kathe y le dedicó una mirada colmada de cariño, para luego dirigirle otra idéntica a su hermana mayor–. Enriqueta les tiene un enorme aprecio a las dos, hay algo en ustedes, en su familia y en toda esta... magia –dijo, buscando la palabra para definir las–, que las envuelve, y a este lugar. –Señaló la tienda y los diversos artículos, compuestos de frasquitos multicolores, bolsitas con hierbas secas, dulces y algunos objetos que iban desde colgantes a lámparas de mesa, que la conformaban–. Estoy segura que se sentirá feliz de poder formar parte de todo esto.

–No hay magia aquí, solo cariño y dedicación –apuntó Kathe–. Pero te aseguro que estaremos encantadas de ayudarte con tu hermana.

–Bien, ya está decidido –anunció Vero, poniéndose de pie–. Ahora, discúlpame querida, pero debo ir a ver doña Consuelo, y no quiero hacerla

esperar por mí. La pobre mujer siempre se preocupa en exceso si me dilato.

–No te disculpes, perdóname a mí por retenerte y hacerlas perder su valioso tiempo teniendo que escuchar mis lamentos. –Emilia también se puso de pie–. Y yo también me marchó ya. No me gusta dejar mucho tiempo a mamá sola en el restaurante.

–No es ninguna molestia, puedes venir cuando gustes. Y recuerda: no trabajes en exceso en tu estado –le pidió Kathe, siguiéndolas hasta la puerta.

–Oh, no, no te preocupes. Entre mamá y Carlos, que no cesan de cuidar de mí, apenas consigo mover un dedo. –Sonrió y Kathe también lo hizo, encantada con la alegría que veía en su mejor amiga cuando hablaba de su marido.

Carlos, el esposo de Emilia, era el cocinero del restaurante de su madre, un hombre poco agraciado y de voluminoso tamaño, pero que siempre la había amado.

Carlos nunca la perdía de vista, algo que muchas veces le había hecho recordar a Jack...

El día en que Emilia aceptó su propuesta de matrimonio, Carlos se sorprendió tanto que se desmayó y cayó de cabeza en la pileta de la plaza, donde había tenido el mal tino de pedirle matrimonio y ofrecerle el anillo, que estuvo a poco de perderse en el agua.

El pobre hombre siempre había estado enamorado de ella, pero Emilia era una beldad y nunca imaginó que ella compartiera sus sentimientos. Y menos que aceptara casarse con él.

Si se armó de valor para arrodillarse ante ella, fue porque sabía que no podría seguir viviendo sin al menos atreverse a hacerle la pregunta.

Ahora estaban casados y pronto ese ansiado bebé, que llevaban años esperando, llegaría a completar el cuadro del perfecto amor que era esa familia.

Eso si Enriqueta, con sus malos modos y tratos altaneros, no lo conseguía enturbiar. A la hermana menor de Emilia, nunca le había agradado Carlos como esposo para su hermana.

–Hola, Kathe. –La voz de Jack se hizo oír en la calle, provocando que las tres mujeres se giraran, sorprendidas de verlo–. Verónica, Emilia –saludó, quitándose el sombrero–. Espero que estén teniendo una bonita mañana.

–¡Dios mío, es Jack! –gritó Emilia, señalándolo–. ¡Kathe, es Jack! ¡Es Jack! –repitió, moviendo un nervioso dedo frente a su rostro.

–Lo sé, cariño, no te alteres más de lo que ya estás –le pidió su amiga, abrazándola por los hombros–. Y baja el dedo o le vas a sacar un ojo a Jack.

–¿Es que sabías que estaba aquí y no me lo contaste? –Se giró a verla, molesta.

–Anda, ven conmigo Emilia, te contaré todo en el camino –le pidió Verónica, tomándola por el brazo para llevarla consigo–. Dejemos a estos dos un rato solos para que hablen.

–¿Por qué no me dijeron nada? No es posible que Kathe me haya ocultado algo así, se supone que somos mejores amigas... –Escucharon a Emilia quejarse mientras se alejaba del brazo de Verónica.

–Lo siento, no quería provocar que se molestara contigo –se disculpó Jack, esbozando una mueca de preocupación.

–No te preocupes, son las hormonas las que la hacen cambiar de humor de forma tan precipitada como una veleta en una tormenta –le aseguró Kathe–. ¿Qué has venido a hacer aquí, por cierto? ¿Papá te envió a buscar algo al correo?

–No, he venido a verte.

–¿A verme? –Ella arqueó una ceja, extrañada–. Pero si nos vimos anoche.

–Sí, pero no te despediste de mí esta mañana.

–Por supuesto que no, me marché muy temprano con Verónica.

–Soy madrugador y lo sabes. Esa excusa no te sirve conmigo.

–No es una excusa, es la verdad, debía llegar temprano para poder abrir la tienda. Pero si te refieres a que te estaba evitando, sí, es cierto. No tenía ganas de verte, Jack. Así que si me disculpas... –Se giró para entrar de vuelta en la tienda, con la intención de dejarlo en la calle, pero él se apuró en abrirle la

puerta, obligándola a tener que pasar por su lado.

Kathe apretó los labios, molesta por verse burlada por él una vez más. Pero su gesto no hizo nada en su ayuda, pues, al verlo, provocó que él se riera.

—Qué morro tan encantador. Y sin duda es frío como el hielo —le aseguró, entrando en la tienda tras ella—. Tal como dictaba la publicidad de esa pizarra.

—Eso lo leíste en el restaurante, no aquí. Y déjate de bromitas conmigo, que no estoy de humor —le espetó Kathe—. Y si no vas a comprar nada, será mejor que te marches, Jack. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Estupendo, porque he venido a ayudarte.

—¿Qué? Tu trabajo es con mi padre, no conmigo.

—Pues ha sido tu padre quien me ha enviado. Dijo que tenías unas repisas que colgar de la pared y hacer algunos arreglos a la casa, así que he venido a quedarme por toda la semana —anunció, sonriendo ante la mirada de horror que ella le dirigió—. O todo el tiempo que se necesite.

CAPÍTULO 15

La siguiente semana se convirtió en un completo infierno para Kathe.

Había intentado convencer a Jack de que no necesitaba su ayuda, pero fue en vano. El hombre estaba decidido a obedecer las órdenes de su patrón, y como Verónica no puso el menor reparo, por el contrario, parecía encantada con tenerlo allí para ayudarlas y hacerles compañía, ella no tuvo más remedio que tragarse el enojo y soportar su presencia en la casa.

Lo último en que necesitaba pensar era en Jack y en su tonta idea de que ambos volvieran a estar juntos.

Necesitaba trabajar y concentrarse en las plantas, ellas siempre habían sido su salvación de las cosas horribles del mundo. Las plantas eran nobles y buenas, nunca exigían nada, y daban todo a quien quisiera aceptar sus regalos.

Eran perfectas.

Y tan diferentes a los seres humanos...

Kathe removió la olla, aspirando el delicioso aroma de los pétalos de rosa al hervir en la mezcla de hierbas que estaba preparando. Sería una infusión relajante que le despertaría los sentidos, además de quitar el estrés.

Y solo Dios sabía cuánto lo necesitaba.

Primero había sido la llegada de Jack y luego la de Enriqueta, trabajando en la tienda, lo cual había convertido lo que habría sido una semana regular y cotidiana, en una eterna e infernal.

Eso, claro, cuando la chica se dignaba en aparecerse por el lugar. Al parecer, no era la idea del restaurante, sino la de tener que trabajar, a la que la muchacha rehuía.

Por lo que los últimos días, Kathe había tenido que toparse en cada rincón de su hogar con Jack, algo que no le gustaba, y buscar por todos lados a Enriqueta, algo que detestaba.

Y todo esto resultaba bastante agotador. En todos los sentidos.

–Buenos días, jefa –la saludó la muchacha, entrando en ese momento en la trastienda, donde tenían la cocina donde preparaban las hierbas para las infusiones, las esencias, los aceites y demás productos que vendían–. ¿Tan temprano y ya disponiendo los conjuros?

–Enriqueta, ya te dije que no somos brujas. –Kathe frunció el ceño, cruzándose de brazos.

–Oh, mi Dios, si hasta el cucharón se sigue moviendo solo cuando no lo tocas. –Señaló la chica lo obvio, y Kathe se dio prisa en volver a tomarlo.

–Por favor, eso es ridículo –bufó, aparentando indiferencia–. Se mueve por la corriente del líquido que estaba revolviendo.

–Ajá. –Ella sonrió de forma traviesa, asomándose para examinar el contenido de la olla–. ¿Algún día me enseñarás a hacer una poción? Tal vez, un hechizo de amor...

–Lo que hacemos aquí no son hechizos, son preparados curativos creados en base a un amplio estudio de hierbas medicinales, que se ha transmitido a lo largo de nuestra familia por generaciones...

–No tienes que matarme de aburrimiento con tanta palabrería. No le diré a nadie que en tu familia todas son brujas.

–Enriqueta, que te quede claro, ¡no somos brujas! –Kathe gruñó–. Ahora sal de aquí y ponte a hacer algo útil.

–Bien, me callaré y me pondré a trabajar. –Sonrió, apartándose al fin del caldero–. Pero en verdad quiero ese hechizo de amor.

–¿Para quién lo quieres? –Kathe la miró con renovado interés–. ¿No dijiste la otra vez que tenías novio?

La chica sonrió, removiéndose de forma inquieta mientras se colocaba el delantal.

–Tal vez... Te diré quién es si me ayudas con ese hechizo.

–No existen esos hechizos.

–¿Entonces por qué me preguntaste para quién lo quiero?

–Por curiosidad. Supuse que podría sacarte la identidad del afortunado que

se ha ganado tu corazón.

—No te lo diré. Y ni siquiera intentes leerme la mente o lo que sea que hagas con tu magia extraña de bruja. —Revolvió los dedos en el aire, como si soltara un polvo mágico invisible.

—¡No somos brujas! —exclamó, molesta.

Toda su vida había luchado con las creencias que la gente asumía por sus costumbres, llamándolas de formas despectivas, como hijas del demonio o encarnación del mal. La menos grave de todas era bruja, pero muchas veces las personas utilizaban esa palabra de forma despectiva. Un insulto para algo que en realidad era bueno y puro.

Aunque su sufrimiento no se acercaba en nada al que debió vivir su madre, mientras estuvo radicada en Estados Unidos al lado de su abuela. Si no las ahorcaron o las quemaron, como solían hacer en el pasado, fue porque Dios era grande, porque era increíble lo muy cerrada de mente y lo brutal y violenta que podía llegar a ser la gente, incluso en esos tiempos.

Sin embargo, no conseguía comprender el motivo por el que la gente tenía que portarse de forma tan extraña, desde curiosa hasta agresiva, por encontrar a alguien un poco diferente o con habilidades raras entre sus conocidos.

Un dotado pianista era alguien extraordinario, y nunca había sabido que lincharan a ninguno por sus habilidades.

—Deberías ser más delicada con tus palabras, Enriqueta. Ya no eres una niña como para ignorar que puedes herir los sentimientos de alguien con lo que dices.

Kathe alzó la vista en el acto, al reconocer esa voz.

—¿Jack? —Enriqueta frunció el ceño—. Entonces es verdad que estás de vuelta. ¿Qué quieres aquí?

—Para empezar, que me saludes. —Le pasó una mano por los cabellos, despeinándoselos—. Hace mucho que no nos vemos, niñita.

—Ya no soy una niñita, tengo diecisiete y soy toda una mujer. —Ella se apartó y alzó la nariz en un gesto altivo, aunque sonreía—. Es una lástima que te

marcharas por tanto tiempo y sin despedirte de mí, porque ahora no pienso darte ninguna oportunidad.

—¿Para qué? —preguntó Jack, frunciendo el ceño, confundido.

Ella abrió la boca, ofendida, y poniendo los brazos en jarra, respondió:

—Para casarte conmigo, por supuesto.

Jack retrocedió, como si acabasen de abofetearlo.

—¿Casarme contigo? ¡Pero si prácticamente te vi en pañales, niña! Eso sería como un crimen, algo por lo que tendrían que colgarme, de seguro. Si es que no lo hago yo primero por siquiera pensarlo, es grotesco. —Arrugó la nariz.

El rostro de Enriqueta se contrajo más a causa del enfado.

—¿Es que estás ciego? ¿No me estás viendo? Soy la chica más guapa de todo el pueblo, y la mejor dotada. —Se puso las manos en la cintura, haciendo resaltar sus atributos por encima del escote, demasiado provocativo para el gusto de Kathe—. Brincos dieras si algún día llegara a hacerte caso, Jack.

Jack miró de reojo a Kathe.

—¿Acaso aspiró vapores que le nublaron el juicio? ¿O es que se cayó de cabeza mientras no estuve, y quedó menso?

Kathe se cubrió la boca con la mano, para ocultar una risita.

—¡Eres un completo grosero, Jack Cosmin! —le gritó, lanzándole un frasco con un líquido marrón, que estuvo cerca de darle de frente a Jack, de no ser porque se apartó a tiempo gracias a sus buenos reflejos.

El frasco dio de lleno contra el muro, estrellándose en mil pedazos.

—¡En adelante juro que no volveré a dirigirte la palabra! —gritó Enriqueta, pateando el suelo como una cría haciendo un berrinche.

—¿Es una promesa? —le preguntó Jack, sin alterarse.

Ella gruñó, dando un último y sonoro taconazo contra las baldosas del suelo, antes de salir de la tienda a rápidas zancadas, casi soltando humo por las orejas.

—¿Crees que se haya molestado por algo que dije? —le preguntó Jack a Kathe, adoptando un semblante de completa inocencia.

–Eso... –Kathe tuvo que inspirar hondo para no soltarse a reír allí mismo–. Creo que se lo merecía. Y hace mucho tiempo.

–¿Pero qué le pasa por la cabeza a esa niña? –preguntó él, agachándose para comenzar a recoger los trozos de vidrio del piso.

–Nada, ese es el preciso problema –contestó Kathe, acercándose con la escoba y el recogedor para ayudarlo–. Deja esos vidrios rotos o vas a cortarte.

–No hay cuidado, ya lo tengo. –Él depositó los trozos del frasco dentro de la basura–. Espero que esta poción no haya sido muy valiosa.

Kathe hizo una mueca, asintiendo con la cabeza.

–Esencia de rosas. Es bastante costosa, en realidad. Está hecha de una variedad de rosas poco comunes, y para preparar un nuevo frasco, tendré que hacer un pedido especial.

–Yo cubriré el costo.

–Por supuesto que no. –Ella frunció el ceño, apartándose con la escoba y las demás cosas para devolverlas a su sitio–. Si te lo conté, fue porque preguntaste, no para cobrártelo. Ni siquiera se lo cobraré a Enriqueta, aunque debería. De haberte dado en el rostro, te habría hecho mucho daño. Esa niña está... –Soltó una bocanada de aire, antes de decir algo indebido–. Fuera de control.

–Eso veo. –Jack frunció el ceño–. ¿Qué es lo que pasó con ella? Era una niña de lo más dulce...

–Ha estado portándose así desde que su padre las abandonó.

–¿Qué? ¿Juan Aguirre abandonó a su familia? –Las cejas de Jack se arquearon por la sorpresa–. No lo puedo creer, si era el tipo más afable del pueblo y un hombre dedicado por completo a su familia.

–Pues créelo. Un día nos enteramos que sus continuos viajes de trabajo en realidad se debían a que mantenía una relación secreta con una cabaretera de San Rodolfo, el pueblo vecino. Y cuando se destapó la verdad, lo mejor que se le ocurrió hacer fue empacar sus cosas y largarse con esa mujerzuela, y

dejar a su familia abandonada.

–Qué hijo de...

–Lo sé. –Kathe apretó los labios, molesta–. Desde entonces, Enriqueta se ha portado como una aprendiz de meretriz. Emilia ya no sabe qué hacer para mantenerla controlada, se escapa a todas horas, dejó la escuela, no obedece las reglas y trata mal a su madre. La pobre doña Dorotea ha pasado unos corajes tan fuertes que el médico dice que tiene que operarla para quitarle la vesícula.

–¿Y tu madre no la puede ayudar con eso?

–Sí, le ha dado varios tés, pero mientras no cambien las cosas, su salud no mejorará. Emilia ha estado pensando en enviar a Enriqueta como pupila interna a un colegio religioso, a ver si así aprende a comportarse. El trabajo en esta tienda es su última oportunidad –suspiró.

–Sí, pero ahora serás tú la que se lleve los mal sabores por tener que aguantar a esa chiquilla malhablada y buscona. Quizá lo mejor para ella sería ese colegio, estar un tiempo lejos de casa te ayuda a ver las cosas con mayor claridad. –Kathe le hizo una seña para que guardara silencio, pero él no la notó–. Además, dicen que la disciplina de las monjas es la mejor para enderezar a los retoños torcidos.

–¿Me van a enviar a un internado?

Jack se giró para encontrar en el umbral de la puerta a Enriqueta, quien era obvio que había escuchado sus últimas palabras, por la expresión de sorpresa y enojo en su rostro.

–No es algo seguro. –Kathe se aproximó a ella, intentando calmarla–. Es solo una idea, en caso de que las cosas sigan igual...

–¡Mi madre y mi hermana me odian! Es por eso que me van a enviar lejos.

–Enriqueta, eso no es cierto...

–Bien, ¡no me importa! Que esas dos hagan lo que quieran, yo me largo. –Alzó los brazos, impidiendo que Kathe la tocara–. ¡Me iré a vivir con mi padre!, él me entiende. Siempre lo ha hecho.

—¡Enriqueta, espera! —Su grito fue en balde, la chica ya corría por la calle principal, llorando a lágrima viva.

—Lo siento, no pretendía... No la oí llegar.

—Está bien, no es tu culpa. —Kathe soltó un largo suspiro—. Será mejor que vaya a su casa para asegurarme de que está bien. ¿Te importaría quedarte a cargo de la tienda por un rato? Verónica fue a ver a doña Consuelo, pero no debe tardar en volver.

—¿No prefieres que te acompañe a casa de Enriqueta? Después de todo, yo fui quien provocó todo este embrollo.

—No, gracias. —Ella frunció el ceño—. Dudo que Enriqueta quiera verte en este momento. Y hablando con franqueza, yo tampoco.

—Creí que no estabas molesta.

—No lo estoy. Pero Jack, mientras menos tiempo pase junto a ti, mejor para mí.

—¿Es por eso que estuviste escondiéndote de mí durante todo el tiempo que pasaste este fin de semana en la hacienda?

—Tú lo has dicho. —Le dedicó una sonrisa falsa, al tiempo que tomaba su sombrilla y sombrero del perchero—. Nos vemos pronto, ¡y gracias por la ayuda!

Jack la vio salir por la puerta antes de que pudiera siquiera abrir la boca para contestar.

Por un demonio, por un par de minutos pareció que las cosas fluían bien entre ambos. Estaban hablando como dos adultos civilizados.

Y entonces tuvo que meter la pata.

Otra vez.

La campanilla de la puerta delantera de la tienda sonó, y él pegó un respingo.

Una obesa mujer de elegante traje negro entró, llevando en brazos a un horrible perro sin pelo, que comenzó a ladrar de forma endemoniada en cuanto lo vio.

—Tranquilo, Goliat, a él no puedes comértelo —le dijo al diminuto chucho, que se habría visto pequeño al lado de un ratón. Y alzando la vista para dirigirse a Jack, le preguntó—: Joven, ¿están ya listas mis sales digestivas?

Jack se mordió una lengua para no soltar una maldición.

Ahora tendría que cumplir su palabra y encontrar la maldita manera de manejar esa tienda, hasta que Verónica volviera.

El problema era que no tenía la menor idea de lo que vendían allí.

CAPÍTULO 16

Media hora después, Kathe regresó a la tienda sintiéndose agotada por completo. Entre Emilia y ella habían intentado razonar con Enriqueta, pero todos sus esfuerzos fueron en vano; la chica estaba muy enfadada por la noticia y por haberse enterado de un modo tan «cruel e insensible», conforme a sus propias palabras, de que tendría que irse de casa para estudiar en un colegio de monjas.

Este hecho también provocó la ira de Emilia, quien se enfadó con Kathe por haber sido la culpable de que su hermanita se enterase de su plan de respaldo, como llamaba al colegio internado, en el caso de que el trabajo en la tienda no funcionase.

Plan que de seguro ahora tendría que llevar a cabo, pues Enriqueta juró no volver a poner un pie en la tienda nunca más.

Todo fue a peor cuando Dorotea, la madre de Emilia y Enriqueta, volvió del mercado y al enterarse de lo sucedido, comenzó a reprender a gritos a Enriqueta por su actitud tan grosera, y también a Emilia, por solaparla y enojarse con su amiga por intentar ayudarla, cuando lo que debió hacer desde el principio fue decirle la verdad a su hermana, que era que iban a enviarla al internado, una decisión que la mujer ya había tomado y que Emilia, en su intento de proteger a su hermana menor, había decidido ignorar.

Agotada por todo aquel barullo en el que era mejor ya no meterse y para dejar solas a las mujeres para permitirles resolver los problemas de su familia, Kathe se marchó de vuelta a su tienda, deseando no haberse inmiscuido nunca en aquel problema, que podría costarle la amistad de su mejor amiga.

Sin embargo, nada más atravesar la puerta del lugar, se dio cuenta de que los problemas no iban a dejarla de forma tan sencilla ese día.

–Katherina, buenos días –la saludó doña Saucedo, caminando muy

sonriente hacia ella, después de echarse un par de pastillas a la boca. Su diminuto perro sin pelo iba a su lado, corriendo para poder mantenerle el paso a su dueña.

–Buenos días, doña Saucedo, ¿cómo se encuentra hoy? –la saludó Kathe–. Ahora mismo le traigo su pedido, ya lo tengo listo.

–No hay cuidado, tu ayudante ya me lo ha dado –la mujer saludó con la mano a Jack, quien en ese momento despachaba a un hombre de aspecto demacrado–. Nos vemos la próxima semana, querida. –La mujer se inclinó a darle un beso en la mejilla como despedida, y Kathe pudo notar el intenso aroma a lavanda y eucalipto en su aliento.

–Hasta la próxima semana. –Kathe forzó una sonrisa, mientras le abría la puerta a la mujer para que se marchara.

Y en cuanto lo hizo, le dirigió una mirada asesina a Jack. Aunque él no la notó, porque en ese momento estaba ocupado despidiendo al cliente, quien, aprovechando que Kathe aún mantenía la puerta abierta, se marchó dándole un saludo con la cabeza, como despedida al pasar por su lado.

–¿Qué has hecho, Jack? –le preguntó ella en cuanto se quedaron a solas, dirigiéndole una mirada nerviosa–. Dime que no le has vendido pastillas aromatizantes de lavanda y eucalipto a doña Saucedo, en lugar de sus sales medicinales.

–¿Es que esas no eran sus sales medicinales?

–¡No, claro que no! –Corrió al mostrador y sacó de la parte trasera una bolsa de papel con el nombre de la mujer escrito en el frente–. Son estas, Jack.

–Lo siento, no lo sabía... ¿No le ocasionarán algún daño, verdad? Porque se zampó un puñado antes de irse...

–No, no son venenosas ni le ocasionarán mal alguno. Pero dudo que le ayuden con su problema de gases, esas pastillas son para ambientar y espantar mosquitos de una habitación.

–¿Y por qué tienen forma de pastillas si son aromatizantes? Se confunden con facilidad con un medicamento.

–Tienen un efecto efervescente con el agua, para obtener resultados de inmediato. Y son pequeñas, para que no tengan problema al disolverse –suspiró–. De todos modos, ha sido mi culpa, no la tuya. Debí recordar que la señora Saucedo vendría y decirte dónde dejé sus sales... –Se dejó caer en una silla y apoyó el rostro en sus manos.

–Vamos, ánimo, ahora cada vez que se eche un gas, la mujer perfumará con aroma a lavanda y eucalipto cada sitio por donde vaya. Sin mencionar que los moscos ya no se le acercarán. –Le dio un toque en las costillas, haciéndola reír a ella también, a pesar de su intento de mantenerse serena.

–Jack, ya basta. –Le dio un golpe juguetón en el brazo–. ¿Y qué fue lo que le vendiste al hombre que acaba de marcharse?

–Es un hombre que trabaja en la pescadería. Dijo que su mujer se hizo una herida en la mejilla y quería algo que le ayudara con la cicatriz. Al parecer, a su mujer no le gusta...

–¿Y qué fue lo que le vendiste?

–Esto –sacó un frasquito idéntico al que le había dado al hombre–. Aquí dice que es para la piel, ¿lo ves? –Leyó la etiqueta–. Para el cuero.

–Sí, para el cuero cabelludo. –Kathe lo miró, molesta, pero él no pareció entender–. ¡Para el cabello!

–¡Oh...! –Él hizo una mueca de espanto que a ella le causó gracia–. Ahora tendremos una mujer barbuda en el pueblo.

–Demonios, Jack, vas a matarme –lo reprendió, aunque reía–. Dime que no vendiste nada más mientras estuve fuera, por favor.

–De acuerdo, si es lo que quieres...

–¡Jack!

–Bueno, solo vendí un par de cositas más... –le contó, recorriendo la tienda y sacando productos idénticos a los que había vendido para que ella pudiese examinarlos–. Una crema de cara, un tónico para el dolor de garganta, una pomada para las hemorroides y, por último, un par de pinzas para restregar la cara y quitar las patas de gallo... ¿Qué? ¿No estuvo bien? –Se

quedó callado al notar la expresión mezcla de espanto y sorpresa de Kathe.

–Dime que es una broma, por favor.

–¿En verdad quieres que te diga eso, o quieres la verdad?

–¡Dios, Jack! ¡Esa gente va a venir aquí a lincharme! Esto que vendiste como crema de cara, ¡es una pomada para culito de bebé! Ayuda a quitar la dermatitis de pañal, ¡aquí mismo lo dice!

–Decía piel reseca y comezón, supuse que era para las espinillas. –Él frunció el ceño–. Espero que no siga las instrucciones que le leí, de colocar un pañal después de untar la crema sobre la piel. Ahora que lo pienso, no tenía mucho sentido, y dudo que sea muy seguro andar caminando con un pañal atado a la cara.

–¡Jack, voy a matarte! –Ella rio, a pesar de sentirse horrorizada–. Y no solo eso, este otro frasco que vendiste para la garganta, es un medicamento para ablandar las heces y ayudar con los problemas de hemorroides, y la que vendiste como pomada para hemorroides, es un suavizante de cutícula de uñas, y estas pinzas son para sostener las páginas de mis libros, cuando estoy haciendo una preparación en el caldero y no puedo estar sujetándolo, ¡no sirven de ninguna forma para quitar las arrugas de la cara!

–Vaya, supuse que tirando con fuerza desde las orejas... Ahora entiendo por qué dices que van a venir a lincharte. –Rio, provocando que ella se enfadara más.

–¡Jack, te juro que voy a ahorcarte!

–Vamos, no es para tanto. Además, si quieres ayuda, deberías ser más clara con las etiquetas.

–Tienes razón en eso, es mi culpa por pedirte ayuda de forma tan abrupta, fue mi error –admitió–. Aunque no entiendo qué te llevó a pensar que este medicamento para las hemorroides podía ser un tónico para la garganta. –Alzó uno de los frascos.

–Allí dice almorranas...

–¡Son lo mismo!

–Pues supuse que era algo para ayudar con la voz de rana. Ese hombre apenas podía hablar, a causa de la laringitis que tenía... –Sonrió, divertido.

–¿Y qué hay del suavizante de cutícula de uñas? ¿En qué sentido esto se puede confundir con una pomada para hemorroides?

–Eso fue culpa de la etiqueta, estaba mal pegada. Leí suavizante de culo. –Tapó parte de la etiqueta con su dedo–. Cualquiera lo hubiera tomado por un medicamento para hemorroides.

–¡Lo dudo! –Rio, negando con la cabeza–. ¡Pero todo esto ha sido mi culpa por dejarte solo, aunque eso no quita que todavía tenga ganas de ahorcarte, Jack! ¡Te lo juro! –lo amenazó, riendo a carcajadas.

–Bueno, si eso ayuda a que te sientas mejor, adelante... –Se inclinó sobre su rostro.

–No seas bobo, solo es una broma... –Se quedó callada cuando él, tomándola por las manos, lo hizo rodearle el cuello con ellas, quedando cara a cara, tan cerca que podía notar cada detalle de su hermoso rostro; cicatrices que antes no habían estado allí, una torcedura casi imperceptible en su nariz, una raya blanca atravesando de forma sutil la punta de su ceja...

Pero sus ojos eran los mismos, tan negros y profundos, intensos como ningunos otros que hubiese visto. Y tan hermosos...

–¿Me estoy volviendo loca o acabo de ver a una mujer caminando por la calle con un pañal envuelto en la cara? Y te juro que tenía el rostro blanco como papel, como si acabase de ponerse crema de culito de bebé... –Verónica entró en ese momento en la tienda, y al encontrarlos en una pose tan íntima, se calló abruptamente.

Kathe se apartó de Jack, sintiendo que los colores se le subían al rostro.

–Lo siento, ¿interrumpo algo? ¿Debo irme? –preguntó Vero, con una sonrisita pícaro.

–No seas boba, solo estaba ahorcando a Jack –replicó Kathe.

–¿Es así como llaman ahora a los abrazos?

–¡Verónica, estoy hablando en serio! Puede ser que tengamos serios

problemas con la clientela, y todo ha sido por mi culpa.

–¿A qué te refieres? –Esta vez la sonrisa se borró del rostro de Verónica.

–Bueno... Involucra a la mujer con el pañal en la cara. –Hizo una mueca que provocó que el espanto en el rostro de su hermana, solo aumentara-. Y eso es solo la punta del iceberg –le contó.

–Dios mío, Kathe, ¿qué has hecho?

–No ha sido ella, he sido yo –confesó Jack.

–Pero no fue su culpa, la responsabilidad es mía por dejarlo solo en la tienda.

–¿Y por qué hiciste eso, Katherina?

–Tuve que ir tras Enriqueta... Pero creo que eso tampoco fue bueno.

–Dios, otra vez esa niña ocasionando problemas... –Suspiró Verónica, pellizcándose el puente de la nariz-. Bien, comienza a hablar, Kathe, ¿qué fue lo que sucedió?

Kathe le dirigió a Jack una mirada preocupada antes de empezar a contarle a su hermana mayor todo lo que acababa de suceder mientras ella no estuvo en la tienda.

–Oh...por... Dios... –musitó su hermana, una vez que Kathe terminó de contarle todo, dejándose caer sobre una silla.

–Vero, lo siento tanto... –Kathe comenzó a disculparse cuando las estridentes carcajadas de su hermana la interrumpieron.

–¡Gases con aroma a lavanda y eucalipto! –repitió Verónica, riendo a más no poder-. ¡No van a asesinarnos, van a darnos una medalla al mérito!

–¡Verónica! –Kathe arqueó una ceja, mirando a su hermana como si acabase de volverse loca.

–Tienes razón, debemos ponernos serios... Además, si no lo hago, terminaré por orinarme sobre esta silla. –Siguió riendo, doblándose sobre sí misma a causa de las carcajadas.

–¡Verónica, tómate esto en serio! –la reprendió Kathe-. ¿Qué haremos ahora?

–¡Poner barricadas! –exclamó Verónica, sin parar de reír–. ¡En cualquier momento, esa gente va a venir a darnos de tiros!

–¡Vero! –Kathe miró a Jack en busca de alguna respuesta, pero él se limitó a encogerse de hombros.

–Quizá deberíamos esperar a que termine de reír para hablar con ella...

–Ya estoy bien, estoy bien... –repitió Verónica, secándose los ojos llenos de lágrimas, a causa de la risa–. ¿Qué hacemos? No sé, supongo que nada.

–¿Nada? –repitió Kathe, extrañada–. Les hemos vendido a esas pobres personas productos que no son lo que pidieron.

–No les ocasionarán daño alguno, por el contrario, puede que les ayude, como las pastillas de lavanda... –Comenzó a reír otra vez.

–No lo sé, quizá deberíamos buscar a cada uno y ofrecerle una explicación y un reembolso, además del producto correspondiente, gratis, por supuesto –opinó Kathe.

–Creo que como fui yo quien cometió el error, debo ser yo quien se haga responsable. Eso en caso de que alguien venga a reclamar.

–¡Por supuesto que vendrán a reclamar! –opinó Kathe–. ¡Jack, había una mujer con un pañal en la cara caminando por la calle!

–¡Sí, fue de lo más hilarante! –Rió Verónica–. Espero que haya estado limpio...

–¡Verónica, ten cuidado! –Kathe corrió a su lado para ayudarla cuando, en medio de las carcajadas, Verónica se cayó de la silla. Pero ni siquiera eso la hizo dejar de reír, y continuó revolcándose en el suelo, como una niña.

–¡Dios, en mi vida me reí tanto! –exclamó Verónica, todavía riendo.

–Quizá cuando deje de parecerse divertido, puedas ayudarnos a pensar en cómo resolver este problema –le dijo Kathe, molesta.

–No hay problema alguno, Kathe. Le ofrecemos al público remedios herbales, no siempre tienen el resultado esperado, lo expresa con claridad el letrero. –Señaló un cartel colgado en la pared–. Es una advertencia para nuestros clientes, y ellos están al tanto de las consecuencias.

–¡Dudo mucho que esas consecuencias abarquen el tener que llevar un pañal en la cara! –exclamó, enojada, pero sus palabras no hicieron más que provocar que Verónica comenzara a carcajearse de nuevo.

–Creo que Vero tiene razón –comentó Jack, ya que era obvio que Vero no diría nada más–. Ninguno de los productos le hará daño a nadie, y si, por el contrario, les resulta beneficioso, será una triunfal consecuencia para nosotros de la cual aprender en un futuro. Todos saben que grandes descubrimientos han nacido de errores.

–No lo sé, eso me parece deshonesto... Un engaño.

–No lo es, les ofrecimos algo para ayudar con el problema a cada persona. Si no es así, que vengan a reclamar y les cambiamos el producto, tan sencillo como eso. Es así como actúan todas las empresas, ¿no es verdad?

–No tengo idea, y no me interesa. Esta es mi tienda y yo respondo por ella –debatía Kathe.

–Si consideras que en los restaurantes de la ciudad suelen sacar la comida vieja de la basura para ofrecerla a sus comensales, esto no es nada.

–¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? ¿Y tú cuándo has estado en una gran ciudad? –lo interrogó Kathe.

–Ya te contaré de eso en otro momento. Y tiene que ver en la idea de engañar al cliente. En un restaurante no engañan al cliente, le dan lo que él pide, pero no del modo en que lo esperaría, una cena decente y, por supuesto, que no provenga de la basura y le haga vomitar una hora más tarde.

–La comida es vieja y podría enfermarlos. Eso es algo deshonesto, lo entiendo, pero no la relación con nosotros.

–Nosotros le dimos al cliente lo que pidió, aunque en realidad no sabíamos que no era con exactitud lo que él estaba solicitando. Fue un error, pero no por deshonestidad, ya que no lo hicimos de forma deliberada. Al contrario del restaurante, estos productos no les harán ningún daño, y podrían ser beneficiosos.

–Esto me parece solo palabrería para confundirnos, pero entiendo a qué te refieres. Sin mencionar que si cae nuestra reputación, estaremos en la ruina –

opinó Kathe—. ¿Tú qué piensas, Vero?

—Creo que tienes razón. Esperemos a ver qué sucede, y si alguien viene a quejarse, nos disculpamos y les ofrecemos un reembolso y producto gratis por un tiempo —convino, levantándose al fin del suelo con ayuda de su hermana.

—Me parece bien. Además, ¿quién sabe? Puede que les ayude de formas inesperadas, o eso espero... —comentó Kathe, rezando por dentro para que todo saliera bien.

CAPÍTULO 17

Ese sábado, Kathe decidió levantarse tarde. Era fin de semana y deseaba poder descansar un poco después de las agotadoras vivencias tenidas las últimas semanas.

Por suerte para ellas, las cosas fluyeron con bastante normalidad en la tienda después del incidente de las ventas de Jack.

La mujer del pañal volvió a los pocos días, buscando más de aquella magnífica crema rejuvenecedora, que le había hidratado hasta el poro más escondido, y todo gracias a la técnica del pañal.

Doña Saucedo pudo volver a presentarse en reuniones en público, gracias a las sales medicinales, que ahora le hacían mejor digestión que nunca. Aunque Kathe se sintió contenta por ella, no dejó de notar la ligera fragancia a lavanda y eucalipto que la mujer iba dejando a su paso por donde iba.

En cuanto al hombre de la cicatriz, resultó que en realidad la medicina era para él, y no para su esposa. Por lo que volvió a la tienda muy contento, luciendo con orgullo una tupida barba, pues alegaba que antes era tan lampiño, que nunca le había crecido más que un bigotito de nada.

De los otros clientes, no pudo saber si los productos que se llevaron les ayudaron o no, porque no comentaron nada al respecto. Aunque en una ocasión, Kathe estaba segura de haber visto a una mujer paseando por la plaza, llevando un par de pinzas colgadas de las orejas.

Por lo que las cosas resultaron bien al final. Y ella no podía dejar de dar gracias al cielo y sentirse aliviada de que el incidente no pasara a mayores.

Sin embargo, el estrés había hecho mella en ella, y ahora se sentía tan agotada que con facilidad habría podido dormir tres días seguidos en la seguridad de su camita.

Pero, por supuesto, esa idea nunca habría sido del agrado de su madre, para quien holgazanear en la cama después de la salida del sol era equivalente a

pasar un año entero con camisón de pijama, empotrada en una cueva para invernar los siguientes tres años.

–¡Kathe! –le gritó Jenica, desde las escaleras–. ¡Despierta de una vez! ¡Pronto lloverá y no has ido a ver a tus flores al campo!

–¡No va a pasarles nada por un poco de agua, mamá! –gritó Kathe, desde su cama.

–¡Tampoco va a pasarte nada a ti, así que sal de esa cama y ve a atender tus deberes, a menos que quieras despertar con un cubo de agua fría encima!

–¡Ya voy, mamá! –gruñó, lanzando la almohada contra la puerta.

Aún molesta, Kathe bajó las escaleras después de asearse y vestirse. Su madre la esperaba con un café caliente, que ella se bebió en dos tragos, antes de tomar su sombrero y salir de la casa con paso enfurruñado.

Ni siquiera el hermoso día de verano que la recibió consiguió animarla. El cielo estaba de un intenso color azul, y los prados parecían vibrar de diferentes tonos de verde.

Habría sido precioso para gozar si no se sintiera de tan mal humor.

–Qué suerte que no te perdieras de la belleza de esta gloriosa mañana, Kathe –le dijo su madre al abrazarla, para darle un beso de despedida.

–¿Acaso tuve opción de perdérmelo? –gruñó Kathe, a quien nunca le habían agradado las mañanas.

–No seas grosera –la reprendió su madre, atando las cintas de su sombrero –. Anda, date prisa en partir, que pronto lloverá.

–Mamá, el cielo está despejado. –Señaló arriba, sobre sus cabezas. Pero su madre ni siquiera siguió la dirección de su dedo, atenta al moño que hacía con el lazo, alrededor de su cuello.

–Sí, por ahora... –Le dedicó una sonrisa radiante, antes de palmearle el hombro–. Salúdame a Jack.

–Jack no vendrá conmigo.

–Por ahora –repitió la mujer, volviendo a esbozar esa sonrisa misteriosa que Kathe a veces podía detestar. ¿Por qué no solo decía las cosas

directamente?

Negando con la cabeza, se marchó molesta rumbo a los establos del ganado, donde guardaba sus herramientas de jardinería y las botas de trabajo.

De camino a los campos, notó que, en la parte trasera de los establos de las vacas, Jack trabajaba codo a codo con el veterinario, quien en ese momento revisaba a las hembras buscando a las vacas preñadas, para separarlas de las que no lo estaban.

Todos ayudaban, como hacían cuando iba el veterinario. A Eric le gustaba que los muchachos aprendieran los procedimientos, para poder saber qué hacer sin tener que estar llamando al médico todo el tiempo.

En ese momento, Tobías metía una vaca muy gorda en una especie de riel donde Jack se apresuró en apresarla dentro de una apretada reja, de modo que se quedara quieta para la revisión del veterinario.

Mientras tanto, Alonso y Eduardo se hacían cargo de enviar de vuelta a los campos a la vaca que acababa de ser liberada de su aprisionamiento, pues ya había sido revisada por el médico. Ellos se encargaban de separar a las que no estuvieran preñadas de las que sí lo estaban, todo bajo la atenta supervisión de su padre.

Al verla pasar, Jack la saludó con la mano, y ella respondió con un gesto de la cabeza.

—¿Vas a ir a los campos? —le preguntó él a gritos, dirigiéndose a la parte trasera de la vaca, tal como el veterinario se lo solicitaba en ese momento.

—Sí. Al parecer va a llover y debo estar allá antes de que eso suceda —gruñó.

—¿Llover? —él frunció el ceño y miró el cielo despejado—. ¿Estás segura?

—No, pero mi madre sí —contestó, abriendo su sombrilla—. Nos vemos después.

—¡Espera, Kathe! El doctor me enseñará cómo saber si una vaca está preñada, en cuanto termine puedo acompañarte. Ya solo nos falta esta.

—No hace falta, puedo ir sola. Además, no quiero interrumpir su trabajo. —

Miró a sus hermanos, quienes como quien no quiere la cosa se mantenían atentos a su conversación.

–Vamos, será interesante, ¡ven, acércate a mirar! –le pidió, colocándose uno de los extraños y en extremo largos guantes que le ofrecía el veterinario.

Kathe arrugó la nariz, había visto aquella operación en varias ocasiones, y todavía no podía acostumbrarse.

Jack, siguiendo las instrucciones del médico veterinario, se colocó tras la vaca, mientras Eduardo, Alonso y Tobías, por orden de Eric, también se acercaban para ver mejor y aprender el procedimiento que ellos tendrían que realizar solos después.

Jack movió la cola de la vaca y metió el brazo libre por el trasero del animal.

En ese mismo momento, hubo una explosión de heces, y tanto Jack como sus tres hermanos terminaron bañados en mierda de bovino.

–Eso es normal –comentó el veterinario, quitándose los lentes manchados con caca, para limpiarlos con un pañuelo, sin hacer caso de los gruñidos y exclamaciones de asco de parte de los cuatro varones.

Kathe, que se había salvado por poco del baño de mierda, se mordió el labio para no reírse allí mismo.

–Ahora, caballero, si me hace el favor, prosiga –pidió el veterinario, hablando con una calma y propiedad que resultaban hilarantes en ese momento –, introduzca la mano por el recto de la vaca y entonces podrá palpar al feto.

Jack se limpió el rostro con el dorso de la manga, y mirando a Kathe, le dijo:

–Por suerte tenía la boca cerrada.

Ella soltó una acalorada carcajada, y cerca estuvo de terminar en el piso de la risa, como su hermana había hecho hacía poco.

Alonso, Tobías y Eduardo le dirigieron idénticas miradas hoscas, por lo que ella optó por mejor marcharse de allí antes de que alguno de los tres decidiera vengarse de ella por reírse, y fuera a darle un abrazo o algo peor.

–Iré a revisar el huerto –dijo, alejándose de allí a la carrera y dejando a Jack y a sus tres hermanos concluir con la clase.

No llevaba ni una hora completa en el campo, cuando Kathe notó que el día comenzaba a cambiar. Los rayos de sol desaparecían para dejar paso a la oscuridad, a medida que el cielo se cubría de espesas nubes grises, cargadas de tormenta.

–Así que otra vez tenías razón, mamá –musitó ella, dudando de entre comenzar a recoger sus cosas o darse algunos minutos extra. Su madre también estaba en lo cierto al decir que necesitaba dedicarles tiempo a sus plantas, casi todas las flores estaban marchitas a causa del intenso calor. Pero si caía un aguacero, el efecto sería el contrario, mucha agua caída de forma abrupta podría ahogarlas.

Perdida en la tarea de evitar que sus plantas perecieran a causa de la tormenta, el tiempo se le fue de las manos, y el chaparrón se le vino encima.

Tomando a la carrera todas sus cosas, Kathe comenzó a correr de regreso a la casa cuando, al llegar al pequeño puente que atravesaba el río que cruzaba por la propiedad, se dio cuenta de que este estaba demasiado crecido para pasar. Al menos, no sin correr el riesgo de ser arrastrada por la corriente.

–Mierda... –musitó, sintiendo que su cuerpo se paralizaba por el miedo.

Siempre había odiado las crecidas de los ríos y las aguas turbulentas. Por eso nunca se acercaba a los ríos.

Dio un paso atrás cuando una repentina crecida hizo que el agua comenzara a desbordarse a tal grado que le cubrió las botas. Pero al hacerlo, el barro succionó su pie y ella cayó de lado.

Temblando de pies a cabeza, tanto por el frío como por el miedo, volvió a ponerse de pie, aterrada de que el agua la cubriera por completo de un momento a otro. Sin embargo, al intentar dar un paso, sintió una punzada de dolor en el tobillo, impidiéndole moverse.

Le sería imposible volver a casa en ese estado...

–¡Kathe! –La voz de Jack le llegó entre el estruendo del agua y los truenos
–. ¡¿Dónde estás, Kathe?!

–¡Jack! –gritó ella, llamándolo a su vez–. ¡Por aquí! –Agitó los brazos con el sombrero en la mano, rezando porque él alcanzara a verla.

Por suerte fue así, a los pocos segundos ella alcanzó a distinguir la silueta de un hombre montado a caballo acercándose a paso rápido.

–¡Kat, al fin te encuentro! –gritó, deteniendo a su montura a su lado–. ¡Santo Dios, me has dado un susto de muerte, mujer! –vociferó, inclinándose sobre ella con una mano alargada–. ¡Vamos, sube!

–Jack, no peso lo mismo que un saco de plumas, como Rahela, y tengo toda la ropa empapada, no podrás cargarme... ¡Ah! –gritó cuando él, harto de su palabrería, la tomó por el brazo y con sorprendente fuerza y habilidad, tiró de ella y la subió a su caballo, por delante de él.

Kathe, temblando de pies a cabeza, tembló entre sus brazos. Al mirar hacia abajo, notó que sus botas se quedaron atoradas en el barro, solas y abandonadas.

–Bueno, quizá sí eras capaz de cargarme –refunfuñó ella, estremeciéndose al sentir el calor de su cuerpo pegado al suyo, sintiéndose incómoda entre sus brazos.

–Ahora no es momento para discutir, será mejor que nos vayamos, el río puede tener una crecida en cualquier momento.

Ella volvió a temblar entre sus brazos, y él supo que era por una causa muy distinta. Recordaba muy bien el miedo casi irracional que Kathe solía tenerle a los ríos caudalosos.

–¿Crees que pueda crecer más? –le preguntó Kathe, con un hilo de voz.

–No te preocupes, si llega a ocurrir, ya estaremos secos y a salvo, resguardados bajo techo y frente a un buen fuego –le aseguró, hablándole tan cerca que ella podía sentir su respiración en la mejilla, su barba de varios días raspándole la piel.

–Será mejor que nos demos prisa en llegar antes de que nos calcine un rayo

–le advirtió ella, intentando dejar de pensar en las sensaciones que su cercanía despertaba en su cuerpo.

–Tienes razón, pero antes deberás abrigarte un poco. Estás temblando –le dijo y ella rezó para que él no se diera cuenta del verdadero motivo por el que ella temblaba–. Toma, está húmeda, pero te quitará el frío. –Él se había quitado su chaqueta para colocársela encima.

El calor de la tela sobre su cuerpo fue como un bálsamo que llenó de alivio a su afligido cuerpo. Sin embargo, ella se negó.

–No, gracias, no puedo aceptarla...

–No seas terca, mujer, estás tiritando.

Ella cerró la boca antes de revelar que no era por el frío que lo hacía.

–Además, no es como si fuese la primera vez que hacemos esto –añadió él, bajando el tono de voz sobre su oído.

–No, es cierto... Aunque antes solías oler mejor –se burló ella–. ¿Es que aún traes encima boñiga de vaca? –le preguntó entre risas, girándose lo necesario para verlo a la cara. Pero aquello resultó contraproducente cuando se topó con sus ojos de frente, su rostro demasiado cercano al suyo.

–Lo siento, princesa, la próxima vez me daré un baño antes de venir a rescatarte de un apuro –masculló él, sarcásticamente–. Será más agradable que tener que empaparme con este aguacero, eso es seguro.

–Lo siento, tienes razón. –Ella se disculpó, hablando con total sinceridad–. No tengo palabras para hacerte saber lo muy agradecida que me siento porque hayas decidido venir en mi ayuda, Jack.

–Haría lo que fuera por ti, Kat –aseguró él con voz grave, antes de adoptar una sonrisa traviesa–. Tragar caca de vaca, agarrarme una pulmonía o correr el riesgo de ser arrastrado por la crecida del río son solo nimiedades que forman parte de la promesa.

Ella rio, negando con la cabeza.

–Eres un completo bobo, Jack. Pero te lo agradezco, lo digo en serio. –Ella le dedicó una sonrisa amable–. No sé qué habría hecho si tú no hubieses

aparecido.

–Ni lo menciones, hablo en serio cuando te digo que haría lo que fuera por ti, Kat.

Los ojos de ella lo miraron con desconfianza, antes de que ella volviera a girarse para fijar la vista en el camino.

Notó la calidez de su aliento sobre su mejilla, casi quemando su piel fría con cada respiración. Su cercanía le nublabla el juicio, y el sentir que él también se tensaba cada vez que sus cuerpos se rozaban no hacía más que violentar los alocados latidos de su corazón.

Por fortuna, la casa ya se alcanzaba a divisar y pronto ambos se encontrarían en la comodidad del salón, calentándose frente al fuego.

–No me crees, ¿no es verdad? –le preguntó él de pronto, y ella pudo sentir la tibieza de su aliento en su oído.

–¿Te refieres a que harías lo que fuera por mí? –Ella se giró por encima del hombro para mirarlo–. Es algo difícil de creer de la misma persona que juró amarme un día, para largarse sin siquiera decir adiós al siguiente.

–Te dejé una carta.

–Sí, una carta dándome completa libertad de hacer con mi vida lo que yo quisiera. Gran forma de despedirse, por cierto –bufó, sarcástica.

–Sé que no estuvo bien, Kat. Te aseguro que si pudiera cambiar las cosas...

–Pero no puedes, Jack. Así que mejor dejemos el asunto donde pertenece, en el pasado. –Volvió a fijar la vista enfrente–. No toquemos el tema de nuevo.

–¿Entonces vas a perdonarme?

–¿Cómo podrías esperar que te perdonara? ¡Tú me abandonaste! –Se giró de nuevo hacia él.

–Ten cuidado, vas a lastimarte el cuello si te giras de forma tan brusca. – Posó una mano cálida sobre su piel, y ella volvió a estremecerse bajo su toque –. Y no te abandoné, Kat. Tuve que irme. –Sus ojos negros brillaron al fijarse en los de ella–. No quería hacerlo, pero era mi deber.

–¿Por qué? –musitó, casi sin voz, notando lo cerca que estaban sus rostros

en ese momento.

–Por una venganza...

–¿Qué venganza? –Ella arqueó las cejas, apartándose de él para poder mirarlo mejor–.

–Tenía que cumplir una promesa que le hice a un amigo, vengar su nombre, Kat –explicó–. Era mi deber.

–¿Entonces me abandonaste para ir a... vengarte de alguien? –Frunció la nariz al pronunciar el final de esa frase–. ¿Eso era más importante para ti, que lo que tú y yo teníamos?

–Tenía que hacerlo, Kat. Habían pasado años y al fin se dio la oportunidad de cumplir con mi promesa. Si la perdía, podría ser que nunca volviera a ver a esos hombres.

–¿Qué hombres son esos que te importaron tanto como para dejarlo todo para ir tras ellos? ¿Qué hicieron?

–Asesinaron a mi amigo –contestó tras una pausa, y hablando con voz baja y solemne, añadió–: Y yo los maté como venganza.

El rostro de Kat palideció al escuchar esa declaración.

–¿Los asesinaste...?

Él frunció el ceño, mirándola con ese brillo singular de determinación reflejado en sus ojos negros, que ella conocía tan bien.

–Sí. Tuve que hacerlo, juré vengar la muerte de mi amigo, Kat. Algo que no dudaría en hacer por ti o por tu familia...

–¡Los asesinaste! –repitió ella, alterándose–. Tú... mataste a esas personas...

–No eran buenas personas, Kat. Se lo tenían merecido, eran criminales. Ellos asesinaron a John a sangre fría, y a su familia...

–¡No quiero saberlo! –Ella se apartó de él, intentando bajar del caballo–. No me digas más, Jack... Yo... No creo que pueda guardar tu secreto si me cuentas más.

–No es ningún secreto, Kat. –Él la tomó por los hombros, intentando

calmarla—. Tu padre lo sabe, también Eduardo. Se los conté antes de irme...

—¿Ellos lo sabían? —Los ojos de Kathe se abrieron de forma desmesurada a causa de la sorpresa—. Pero ellos... nunca dijeron nada.

—No, porque yo se los pedí así. Kat, cuando me fui, no sabía si regresaría... Tu padre lo llamó una misión suicida... —Negó con la cabeza—. No quería que tú te angustiaras si sabías a dónde iba.

—¿Angustiarme? ¿Por los planes de un asesino? —El desprecio que vio en su mirada, lo heló—. Te aseguro que no.

—Kat, no es como piensas. Entremos a la casa, y entonces te explicaré a detalle lo ocurrido y...

—¡Ya te dije que no quiero saberlo! —gritó, intentando zafarse de su agarre, pero con ello solo consiguió resbalar de la silla y cayó de espaldas contra el césped.

—¡Kat! —Jack saltó del caballo y se arrodilló a su lado—. No te muevas, ¿te duele algo? —le preguntó, inclinándose sobre ella.

—Estoy bien, caí sobre un charco —masculló, muy enojada, haciendo ademán de levantarse.

—Espera, no te muevas, podrías tener algo roto —le dijo, y antes de darle oportunidad de negarse, la rodeó con los brazos por la espalda y las piernas, y la cargó en brazos.

—¿Qué crees que estás haciendo, Jack Cosmin?! —gritó ella, comenzando a patallar como una niña—. ¡Bájame enseguida!

—Te bajaré cuando estemos guarecidos y a salvo, en el interior de la casa. Hasta entonces, cierra la boca y aguántate.

—¡Tú no eres nadie para decirme que me calle! —espetó ella—. ¡Bájame ahora mismo o te juro que...! —No pudo pronunciar otra palabra cuando él, sin ningún aviso y con la velocidad de un rayo, se inclinó sobre su rostro y pegó sus labios a los suyos, en un apasionado beso.

Al principio Kathe intentó apartarse, pero él no se lo permitió, aumentando la presión sobre su boca hasta que ella no pudo más, y se rindió a ese beso.

Los labios de Jack se suavizaron cuando ella dejó de pelear, moviéndose sobre los suyos en delicadas caricias, mordiendo y succionando su carne, hasta que ella abrió la boca para él, invitándolo a ahondar ese beso. Su lengua jugueteó con la suya en delicadas embestidas, provocando que la sangre se le calentara y la razón se le nublara. Sintió sus manos apretándola con más fuerza contra su cuerpo, hasta que ella pudo notar su corazón latiendo a toda velocidad contra su pecho, al igual que el suyo.

Plantados allí bajo la lluvia ambos debían parecer un par de dementes, pero a ninguno de los dos les importó, perdidos como estaban el uno en el otro. Sus bocas unidas en febriles besos que no eran más que la demostración de los sentimientos que ambos albergaban en sus corazones.

—Te amo, Kat. Nunca he dejado de amarte, y esa es la única verdad que importa—le dijo él sobre sus labios, sin apartarse de ella, a pesar de la lluvia que lo había empapado hasta los huesos—. No soy un asesino a sangre fría, de serlo, no estaría aquí ahora confesándome ante ti. Lo que hice fue un acto de justicia, te lo juro por la tumba de mi madre, que, además de ti, ha sido la persona a la que más he amado en la vida.

—¿Cómo puedo creerte, Jack...?—Ella buscó sus ojos, acariciando con suma ternura su mejilla—. Si has matado a alguien...

—Porque te lo estoy diciendo, Kat. Y tú me conoces más que nadie, sabes lo que hay aquí, en mi corazón. —Llevó su mano a su pecho—. Sabía que esta verdad podía alejarte de mí, pero era necesario que tú la supieras... El motivo por el que me fui no tuvo nada que ver contigo, yo nunca podría dejar de amarte. Eso es algo que haré siempre, hasta el último de mis días en esta tierra, y eso es lo único que quiero que tengas en cuenta, Kat. Jamás haría nada para lastimarte. Si me fui, fue porque no tenía otra opción. Y no quería arrastrarte conmigo en mis problemas... Tienes que creerme, Kat. —Él le dedicó una mirada colmada de fervor—. Te amo.

Ella lo miró a los ojos por un par de segundos, perdida en la belleza de esos iris tan negros.

—Te creo, Jack.

–Kat... –Una sonrisa comenzó a formarse en los labios de él, pero ella la atajó, poniendo un par de dedos sobre su boca para silenciarlo.

–Te creo, pero eso no cambia el hecho de que te fuiste, que me dejaste atrás. Pusiste un deber sobre lo nuestro, y entiendo tu decisión, pero yo..., yo no puedo perdonártelo.

–Kat, ya te lo dije, no tenía opción...

–Pudiste decirme la verdad. –Ella bajó de sus brazos, buscando poner distancia entre ambos.

–¿Y me habrías entendido? –La siguió cuando ella intentó alejarse.

–No lo sé... –admitió, encogiéndose de hombros–. Pero al menos habría sabido el motivo de tu partida, que no me abandonaste sin mirar atrás.

–Sí miré atrás, ¡miles de veces, Kat! –replicó él, plantándosele delante–. No tienes idea de la cantidad de veces que deseé estar aquí, contigo a mi lado...

–Lo siento, Jack, pero me rompiste el corazón y no puedo solo fingir que eso no sucedió. –Le dirigió una mirada triste, negando con la cabeza–. Me juré que nunca más permitiría que nadie me lastimara como tú lo hiciste, y yo también mantengo mi palabra.

–No la estarías rompiendo si yo no vuelvo a lastimarte, ¿no es así? –Él ahuecó una mano en su mejilla, pero ella se apartó.

–Eso no es algo que tú puedas prometer... –dijo, dando un paso atrás–. Nadie tiene el poder de hacer esa promesa. Es como prometer que no tropezarás con una roca en el camino, es imposible. Pero solo un idiota tropieza con la misma piedra. Y yo seré muchas cosas, Jack, pero no idiota.

–Kat...

–¡No! –Ella alzó las manos cuando él intentó tocarla–. Déjame sola, Jack... Ya no quiero hablar más de esto... Por favor, solo aléjate de mí.

–Kat, por favor... –Él no pudo decir más cuando, de pronto, sus pies se enredaron en la hierba y cayó de bruces sobre el pasto mojado.

–¿Pero qué demonios...? –masculló, girándose para liberar sus botas. Pero

al hacerlo, encontró que, de alguna manera, raíces habían crecido alrededor de su calzado, apresándolo en su lugar—. ¿Qué es esto...?

—Lo... lo siento —tartamudeó Kathe, y él alzó la vista, desconcertado.

—¿Por qué te disculpas? Tú no le das órdenes a las raíces para hacer tropezar a la gente, ¿o sí? —le preguntó en son de broma, pero sus palabras provocaron el efecto contrario al que había esperado.

Kathe palideció tanto como el papel y apartó la mirada, como si ocultara algo.

—¿Kat...?

—Será mejor que entremos o nos dará una pulmonía, si es que no nos calcina un rayo primero —le dijo ella, removiéndose nerviosa en su lugar.

—Kat, ¿qué ocurre...? —Él hizo ademán de intentar tocarla, pero ella se apartó antes de que pudiera acercársele y salió corriendo hacia la casa, dejándolo solo y confundido bajo la lluvia.

Entonces recordó las habladurías que había escuchado en más de una ocasión entre la gente del pueblo, esos chismorreos en los que solían llamar bruja a Jenica y a sus hijas...

Siempre los había tomado como algo falso, incluso él solía bromear con Kathe acerca de que ella era capaz de hablar con los animales, cuando en realidad creía que era un atributo dado por la gran capacidad que ella tenía para tratar las hierbas y plantas.

Pero... ¿y si había algo más detrás de lo que ellas dejaban ver, y era cierto que tenían alguna clase de poder especial?

CAPÍTULO 18

Kathe tampoco pudo remolonear en la cama a la mañana siguiente, su padre fue quien la levantó temprano en esta ocasión, para que ayudara con la ordeña de las vacas, pues al parecer algunos vaqueros habían salido de fiesta y faltaba personal.

Aún no amanecía, y las vacas ya estaban formadas frente al establo donde se realizaba la ordeña. Decidida a no encontrarse con Jack, con quien no había vuelto a hablar desde el día anterior, Kathe se refugió en el extremo más alejado, donde se puso a trabajar ordeñando la leche. Por suerte, las enormes vacas la escondían por completo, lo menos que quería era ver a Jack.

—Ya es hora de que tomes un respiro, hija —le fue a decir Eric, llevando un par de cubos llenos de leche para llenar con ellos el contenedor—. Ya has ayudado suficiente.

—No hay problema papá, puedo continuar —contestó ella sin alzar la vista de las ubres que apretaba en ese momento, extrayendo la leche—. No me siento cansada.

—Lo estarás cuando tengas que levantarte de ese banquillo y sientas que alguien te ha clavado un cuchillo en la espalda —la reprendió Verónica, llegando en ese momento con un balde que también vació en el contenedor—. Anda, muévete o se te van a entumecer todos los músculos.

—Está bien. —Kathe cedió, no de muy buena gana, y se levantó del taburete para llevar la cubeta al contenedor.

—Dile a tu madre que llegaremos en quince minutos, para que no crea que la hemos dejado plantada con el desayuno —le pidió Eric, tomando el cubo vacío de la mano de su hija.

—De acuerdo, papá. —Kathe asintió, saliendo del lugar con una sonrisa en los labios. Le enternecía que a su padre aún le preocupara lo que fuese a pensar su madre, y que pusiera tanto empeño en no herir sus sentimientos.

A pesar de que era domingo y de que era más que obvio que todos irían a desayunar, como correspondía a cada domingo, desde que tenía memoria.

Al salir del establo, se topó de frente con Jack. Él iba apurado, cargando con un par de toneles de metal que se usarían para almacenar la leche, por lo que no la vio sino hasta que ella se dio de bruces contra su fuerte pecho.

—Jack... —Ella abrió mucho los ojos, horrorizada por lo que acababa de hacer. Había esperado no verlo, y entonces va y choca de frente con él, como una completa boba—. Lo siento, no te vi —se disculpó, sintiendo que los colores se le subían al rostro.

Se quedó paralizada, esperanzada con que él no mencionara lo que había sucedido el día anterior. Y él pareció entenderlo, porque tampoco dijo nada.

—No te disculpes, ha sido mi culpa —le dijo él a la carrera, rodeándola para continuar su camino.

Kathe, con la boca abierta, lo vio alejarse sin decir nada más, actuando como si lo que habían vivido el día anterior nunca hubiese sucedido.

Y aquello la molestó.

Sí, podía ser irracional y sí, podía ser lo que ella pretendía hacer, pero no había esperado que él hiciera justo eso.

Había supuesto que Jack la encararía, que no tardaría en sacar el tema, que buscaría hablar con ella a como diera lugar, como siempre había hecho. Hasta entonces...

¿Es que él habría cambiado, después de lo sucedido con la raíz...?

El miedo la atenazó, helándola hasta las venas.

En su vida había conocido a muchas personas que prefirieron alejarse que mantener una relación con una «bruja», como solían llamarla.

¿Acaso Jack sería como esas personas...?

—¿Y a mí qué me importa? —bufó, negando con fuerza con la cabeza—. Lo que él haga ya no te afecta, Kathe, recuérdalo, por el amor de Dios... —se dijo a sí misma, cambiándose en el cubículo junto al establo, donde dejó el delantal sucio colgado en un gancho, para enseguida quitarse las botas de

trabajo para ponerse sus zapatos regulares.

Aún molesta, se marchó a la casa y se refugió en la cocina, donde ayudó a su madre y a doña Conchita, la anciana cocinera que había estado siempre con su familia, desde mucho antes de que ella naciera, a preparar el desayuno para cuando todos los demás volvieran de la ordeña.

La única en casa, además de ellas tres, era Liana, quien, sentada en una silla, abría chícharos y los sacaba uno por uno de la vaina, y lo depositaba con sumo cuidado dentro de una fuente, donde, para sorpresa de Kathe, ya había una buena cantidad de ellos.

—Qué paciencia tiene esa niñita —comentó Kathe, observando a su hermana abrir otra vaina para continuar con su labor.

—Es una de sus muchas virtudes —convino su madre, entregándole una charola con un enorme plato con chilaquiles—. ¿Podrías llevar esto a la mesa? Los demás no deben de tardar en llegar.

—Por supuesto —contestó con una sonrisa, tomando la charola.

Sin embargo, nada más atravesar la puerta de la cocina, estuvo a punto de darse de frente con Jack una vez más. Pero él, con reflejos más rápidos, tomó la charola de sus manos, antes de que los chilaquiles terminaran formando parte del decorado de su camisa.

—¡Por Dios! —exclamó ella, volviendo a sentir que los colores se le subían al rostro—. Me acabas de dar un susto de muerte.

—Sin mencionar que por poco soy el culpable de perder la mejor parte del desayuno. —Él le dedicó una sonrisa amable pero distante, y volvió a colocar la charola en sus manos—. Venía a preguntarle a Jenica si puedo ayudarle en algo, ¿está allá adentro, no es verdad?

—Sí... —Ella frunció el ceño. Estaba segura que él le habría ofrecido ayudarla a ella, no a su madre.

—Muy bien, en ese caso, nos vemos en unos minutos —se despidió con amabilidad, antes de atravesar la puerta de la cocina.

Kathe, sintiéndose más rara que si le acabasen de amputar una parte de su

cuerpo, caminó hasta el comedor y, después de dejar la fuente con comida sobre la mesa, se dejó caer en una silla, manteniendo la mirada perdida en la nada.

¿Qué es lo que acababa de suceder? ¿Por qué él no hablaba con ella? ¿Por qué actuaba como si nada de lo que había pasado el día anterior, hubiese sucedido?

¿Es que Jack ya no la quería...?

Eso era algo que ella deseaba, es cierto... Sin embargo, no podía dejar de sentir que algo no estaba bien, como si una parte de su cuerpo hubiese sido arrancada de su interior de forma súbita y brusca, dejando un vacío que no podría ser vuelto a llenar con nada...

El desayuno transcurrió con normalidad, aunque ella apenas se percató de nada. Perdida en sus propios pensamientos, no participó en ninguna de las conversaciones, limitándose a remover la comida de su plato y a echar miradas furtivas al lugar donde se había sentado Jack.

Él, a diferencia de ella, mantenía un semblante tranquilo y contestaba con gracia y algarabía a todo lo que sus padres o Eduardo le preguntaban. Aunque, fuera de eso, tampoco participó de forma animada en la conversación general.

Cuando al fin todos terminaron y pudieron retirarse de la mesa, Kathe se dio prisa en salir del comedor y de una vez, de la casa.

Necesitaba tomar aire, oxigenar su cerebro y así conseguir que este volviese a pensar con normalidad. No estaba razonando como una persona coherente, sino que actuando como una completa tonta que no sabía lo que quería.

Y lo peor de todo, actuando como si su vida dependiese por completo de la influencia que Jack tenía sobre ella.

¡Y se había jurado hacía años que eso jamás volvería a ocurrir!

No volvería a deprimirse por él. No volvería a llorar por él. Y por Dios, que no volvería a añorarlo.

—¿Vas a los campos? —escuchó tras ella esa voz tan familiar, que era capaz de hacerle latir el corazón a toda velocidad.

—Sí —contestó sin volverse—. Y no necesito compañía.

—Estupendo, porque no tengo intención de acompañarte. —Él la adelantó por el camino—. Aunque da la casualidad de que me dirijo también para allá.

Ella frunció el ceño, poniendo los brazos en jarra, al mirarlo tomar el camino que llevaba a los campos a los que ella se dirigía.

—¿Y se puede saber qué pretendes hacer allá?

—Eso es asunto mío. —Él la miró por encima del hombro, dedicándole una sonrisa pícaro—. ¿No vienes?

—En realidad, creo que el día de hoy lo pasaré en el invernadero. —Ella sonrió también, despidiéndose de él con la mano—. Que tengas un maravilloso día en los campos, atendiendo ese asunto tuyo.

—¿Necesitarás ayuda para trasplantar los limoneros? —Él estuvo a su lado antes de que ella pudiera alejarse.

—¿Quién te ha contado de los limoneros?

—Tu madre mencionó que tu tío Richard, el dueño de los cafetaleros, te pidió que le enviaras una buena cantidad a su hacienda.

—Sí, es cierto, pero aún falta mucho para que pueda enviárselos. Los árboles recién están brotando, apenas es su segunda muda de tierra.

—Es decir, que ahora vas a trasplantarlos a una maceta más grande. —Él sonrió victorioso.

—Es correcto, pero no necesito ayuda, Jack. Como te acabo de comentar, los árboles son aún muy pequeños y puedo hacerme cargo sola.

—Creo que de todos modos me quedaré por aquí, para echarte una mano en caso de que llegues a necesitarme. —Él le abrió la puerta, y ella no pudo hacer nada más para negarse.

Aunque nunca lo admitiría, en el fondo, le alegraba que él estuviese allí.

Pasaron el resto del día trasplantando los diminutos arbolitos de una

maceta a otra. Jack cargaba con los costales con tierra y fertilizante, y escuchaba las explicaciones de Kathe, enseñándole los trucos y las mejores formas de trasplantar un árbol de limones.

Fue una tarde agradable, colmada de conversaciones que iban desde cómo hacer el mejor fertilizante para cada tipo de planta y qué estiércol usar en cada caso, cuáles flores eran las más complicadas de cultivar (en opinión de Kathe, algunos de los tipos más raros de orquídea, que necesitaban fertilizantes específicos para cada tipo de flor) y cómo ayudar a una planta a crecer más rápido, hasta temas triviales como los últimos chismes del pueblo, en especial de Enriqueta y los problemas que seguía ocasionando a Emilia y a su familia, al no querer marcharse al internado.

Cuando el sol comenzó a bajar y los colores del cielo empezaron a cambiar a los tonos rojizos y anaranjados que llegaban con el atardecer, Kathe dio por terminado el día de trabajo.

—Será mejor que empiece a limpiar y a recogerlo todo, pronto anochecerá y mañana debemos levantarnos temprano para ir al pueblo —le dijo a Jack, quitándose los guantes de jardinería—. Porque, vas a venir con nosotras, ¿no es verdad?

—Por supuesto, aún no he terminado lo que fui a hacer allá. —Él le dedicó una sonrisa que significó más que mil palabras.

Ella sintió que los colores comenzaban a subírsele al rostro una vez más, y se dio prisa en apartar la mirada.

—Creo que Rosauro comienza a aceptarte al fin —comentó ella, acariciando el plumaje negro del ave, que había estado acompañándolos toda la tarde, posándose en la mesa de trabajo y sobre el hombro de Kathe de forma alternada.

—Si aceptarme es equivalente a no arrancarme un dedo o un ojo, sí, creo que es cierto. —Él sonrió, partiendo un trozo de manzana y alargárselo al pájaro—. Aunque creo que el que lo esté alimentando tiene mucho que ver. Dudo que me trate tan bien de no traer comida encima con la que sobornarlo.

Kathe rio, observando al ave darle un par de picotazos al trozo de manzana,

antes de volar hasta el sitio donde aguardaba Chiquito, para compartir su comida con su amigo canino.

–Será mejor que vayamos a casa, mamá debe estar esperando por nosotros para la cena –comentó Kathe, después de terminar de guardarlo todo en su lugar.

–De acuerdo. –Jack le dedicó una sonrisa amable–. Después de ti. –Hizo un elegante ademán, permitiéndole pasar primero.

–Te lo agradezco, Jack. Y no solo por esto –lo señaló–. Fue una tarde muy agradable, y debo admitir que no habría avanzado tan rápido de no haber sido por tu ayuda. El próximo mes, los árboles estarán listos para ser trasladados.

–No tienes nada que agradecer, te lo aseguro, el placer ha sido todo mío – le dijo, cuidando de cerrar la puerta del invernadero tras ellos, una vez que el perro los hubo alcanzado fuera–. Además de que he aprendido tanto de árboles el día de hoy, que creo que podría dedicarme al cultivo de ellos en caso de que la idea de ser vaquero me aburra.

–Estoy segura que lo harías de forma estupenda. –Kathe sonrió–. Tienes un talento innato con las plantas, además de mucha dedicación. Y creo que eso es lo más importante a la hora de tratar con ellas.

–Me imagino –asintió–. Aunque tengo una duda... –Se detuvo, y ella notó la preocupación en su rostro.

–¿Cuál? –le preguntó, deteniéndose también.

–¿Cómo fue que hiciste que esa raíz se envolviera alrededor de mis botas?

Ella palideció, abriendo mucho los ojos por la sorpresa que le ocasionaron sus palabras.

–No... no sé de qué estás hablando –tartamudeó, dando un paso atrás.

–Lo sabes bien. –Él la tomó por la mano, dedicándole una sonrisa amable–. Kat... ¿Quieres hablar sobre lo que pasó ayer?

–No pasó nada. –Ella soltó tajantemente–. Te tropezaste con la hierba, eso suele pasar cuando llueve y todo se vuelve lodoso...

–Me refería al beso. –Él esbozó una sonrisa ladeada–. Pero ya que tocaste

el tema... ¿Sabes?, siempre me ha parecido interesante la manera en que consigues hacer crecer cualquier planta, incluso las que no son originarias de estas tierras y no van bien con este clima.

–Tengo buena mano para la jardinería. Mamá siempre me lo ha dicho. – Forzó una sonrisa despreocupada que a él no consiguió engañarlo.

–Ya... ¿y también consigues convencerlas para hacerle la zancadilla a alguien cuando te apetece?

Kathe negó con la cabeza, y él notó que su piel se tornaba tan pálida como el papel.

–No tengo idea de lo que estás hablando.

–Yo creo que sí, o de lo contrario no te pondrías tan nerviosa.

Ella miró a un lado y otro, cuidando que nadie los estuviera escuchando.

–Jack, no sé qué fue lo que viste o qué piensas que viste ayer, pero será mejor que lo olvides –le dijo en un siseo bajo–. Nadie va a creerte y si vas por ahí contándolo, las personas te tomarán por loco.

–No es que pensara decírselo a nadie, Kat, pero si eso que pasó ayer, lo que fuese que era, es algo de lo que no quieres que nadie se entere, te doy mi palabra de que no lo contaré.

Ella lo escrutó con esos grandes ojos verdes, como si no pudiera creer en sus palabras.

–Vamos, Kat, me conoces. Nunca te dañaré, puedes confiar en mí –le aseguró, y posando una mano en su mejilla, añadió–: No tienes que decirme nada que no quieras ¿de acuerdo? Pero lo que haya sido eso que hiciste, fue genial. –Sonrió.

–¿Lo... lo dices en serio? –Ella arqueó las cejas, muy sorprendida.

–¡Kat, por supuesto que sí! Cuando estaba seguro que no podrías ser más perfecta, sales con algo que te hace aún más fabulosa.

Ella sonrió de forma tímida, incapaz de creer todavía que hablaba en serio.

–Te lo aseguro, preciosa, lo que fuera que hiciste, no se lo mencionaré a nadie, ¿de acuerdo? –añadió al notar su reticencia–. Tu secreto se irá a la

tumba conmigo.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

Había pasado tanto tiempo ocultando el don que poseía, incluso de Jack, que se le hacía difícil creer que él se lo estuviera tomando tan bien. Su madre le había advertido sin cansancio que nunca le revelara a nadie lo que era capaz de hacer...

Aunque su padre era conocedor de los dones de su madre. Quizá el marido era una excepción a la regla...

—En fin, era todo cuanto quería decirte, ¿de acuerdo, bonita? —continuó Jack—. No llores por una tontería, que antes me corto la lengua que fallarte. Lo juro. —Pasó un pulgar bajo su ojo y limpió una lágrima de su mejilla—. Y tú sabes que siempre cumplo mi palabra.

Ella lo miró estupefacta, incapaz de decir nada. Ni siquiera cuando él se inclinó sobre su rostro y depositó un suave beso en su mejilla.

—Jack... —lo llamó antes de que pudiera marcharse.

—¿Sí? —Se giró a verla, sorprendido de que le hablara. Por un momento creyó que ella no volvería a hacerlo.

—Gracias.

Él volvió sobre sus pasos hasta quedar una vez más delante de ella.

—Haría lo que fuera por ti, Kat. —Le guiñó un ojo—. Ahora levanta el ánimo y vamos a cenar, muero de hambre.

—Tú siempre tienes hambre, Jack.

—Tienes razón. —Se inclinó y la besó en los labios—. Cuando se trata de ti.

—¡Jack!

—Lo siento, amor, no pude resistirlo. —Le guiñó un ojo antes de alejarse a la carrera, cuidando de que no hubiese ningún arbusto cerca que pudiese hacerlo tropezar.

CAPÍTULO 19

Esa noche, después de cenar, Jack se sentó alrededor de la fogata que los vaqueros encendían durante la noche para tomar café, mantenerse calientes y con luz, durante la vigilia.

Era época de partos y siempre un par de ellos debía quedarse despiertos, vigilando a los animales, además de los centinelas que custodiaban la propiedad durante la noche.

Ya llevaba un rato con una taza humeante de café en la mano, observando el crepitar de las llamas, cuando Eduardo se sentó a su lado, en el tronco en el que él se encontraba.

—¿Cómo te va con mi hermana? —le preguntó de lleno su amigo, aceptando una taza de café que le ofreció el guardia a cargo.

—Es verdad lo que me advertiste al llegar, Kathe está muy enojada —confesó Jack, hablando también sin rodeos.

—Te lo dije. Yo en tu lugar, dejaría caer la toalla. Kathe es muy terca cuando se lo propone.

—Lo es, pero no esperaría menos de ella. Y no me rendiré, ella es la mujer que está destinada a ser mi esposa, después de todo.

—Y a mí no me gustaría un futuro cuñado que pusiera menos empeño en ganarse el corazón de mi hermanita. —Eduardo le palmeó la espalda—. Por segunda vez.

Jack sonrió, pero su sonrisa se congeló cuando notó la mirada agria de Alonso, sentado en el sitio opuesto al suyo, al otro extremo de la fogata.

Tobías, al lado de su hermano, reía a carcajadas por algo que Eric acababa de comentar, mientras acariciaba la cabeza peluda de su enorme perro, Chiquito.

—No le prestes atención, él quiere a Kathe como si fuese su propia hermana. Solo intenta protegerla, como todos nosotros —le comentó Eduardo, al notar lo

que él observaba.

–En realidad, dudo que eso sea cierto –contestó Jack, frunciendo el ceño.

–¿Dudas de que él la quiera?

–No, estoy seguro de que la quiere. Pero no como a una hermana. –Jack bebió el último trago de café y se puso de pie–. Buenas noches.

–¿Es que te vas ya a la cama? Si aún es temprano.

–Debo madrugar mañana, para acompañar a Kathe al pueblo.

–En ese caso, ve a dormir, amigo. Debes estar espabilado para cuidar de mis hermanas. –Eduardo alzó su taza de café como si estuviera brindando–. Y que tengas suerte esta semana con Katherina. O que al menos, no te mate.

–Te lo agradezco, amigo. –Rio Jack, palmeándole el hombro antes de alejarse rumbo a los establos, sobre los cuales se encontraba su habitación.

Se quitó el sombrero y comenzó a revolverse los cabellos, comenzando a pensar en la estrategia que llevaría a cabo la semana siguiente. Cuando, al dirigirse a la escalera, vio a una figura familiar acarreado un balde con agua.

–¡Kathe! –exclamó, sorprendido, corriendo en su ayuda.

–Jack, ¿es que no estabas con los otros vaqueros? –Ella pareció tan extrañada como él de encontrarlo. Y él aprovechó la oportunidad para quitarle el cubo con agua de las manos.

–Me iba a la cama, es tarde y mañana debemos madrugar. ¿Qué haces tú aquí?

–Quería ver a Cometa por última vez, para asegurarme de que se encontrara bien –se explicó, señalando la caballeriza donde dormitaba su yegua, con el gato a su espalda–. Parecía sedienta, así que fui a traerle un poco de agua fresca.

–Permíteme hacerlo yo, no deberías cargar cubos tan pesados. –Él se dio prisa en llevar el agua hasta la caballeriza de la yegua.

–Por favor, comienzas a hablar como Alonso –replicó Ella, cruzándose de brazos–. No por ser mujer soy incapaz de realizar faenas, y mucho menos una tan sencilla como cargar un poco de agua.

El comentario pareció molestar a Jack, porque frunció el ceño y la sonrisa desapareció de su hermoso rostro.

—Él parece preocuparse mucho por ti, ¿no es verdad? —preguntó como quien no quiere la cosa, comenzando a apilar un poco de paja en la caballeriza, para que la yegua pudiera echarse en caso de que le apeteciera.

—Por supuesto, nos conocemos de toda la vida y es casi como mi hermano —contestó ella, escrutando su mirada—. Creo que Cometa ya tiene paja suficiente por hoy, Jack, deberías irte a la cama.

—Antes te acompañaré de regreso a tu casa.

—No es necesario, puedo marcharme sola.

—Insisto. —Él le dirigió una mirada que dejaba en claro que no aceptaría una negativa.

Suspirando, Kathe se adelantó, sabiendo que lo mejor sería no discutir con él.

A lo lejos, pudieron ver a los vaqueros reunidos alrededor del fuego. Ahora todos reían por algo que acababa de contar Eduardo.

—Deberías ir con ellos, sé que participar en las fogatas nocturnas era uno de tus momentos favoritos durante el tiempo que estuviste aquí.

—En realidad, tengo mejores recuerdos nocturnos con ese árbol y tu ventana. —Le sonrió de forma pícaro, señalando al sauce frente a su casa, por el que él había escalado infinidad de veces para encontrarse con ella en el alfeizar de su ventana y robarle un último beso antes de irse a dormir.

Ella se sintió ruborizar ante el recuerdo, pero sonrió.

—Fueron bonitos tiempos, lo admito... —Suspiró, deteniéndose frente a la escalera del porche—. Buenas noches, Jack. Nos vemos mañana.

—¿A qué hora quieres que partamos? —le preguntó él, antes de que ella pudiera marcharse.

—Por lo general, la hora la decide Verónica. Pero suele ser alrededor de las cinco de la mañana.

—Perfecto, estaré aquí esperando por ambas con la carreta lista.

–No seas bobo, yo te puedo ayudar a enganchar a los caballos...

–Insisto. –Él repitió, esbozando una sonrisita divertida al tiempo que daba un paso hacia ella, acercándose a su rostro.

–Como tú quieras, entonces... –Ella, nerviosa, retrocedió un paso–. Nos vemos mañana a la cinco, Jack.

–No puedo esperar. –Él se aproximó más–. Tengo el presentimiento de que será una excelente semana. Podría ayudarte otra vez con los clientes...

–¡No, gracias! –exclamó ella, interrumpiendo sus palabras.

Él se soltó a reír, divertido por su reacción.

–Sí, supongo que no sería muy recomendable, después del desastre que dejé la última vez.

–Vamos, no lo hiciste tan mal. –Ella se cruzó de brazos y alzó la barbilla–. Y te aseguro que hay más de un agradecido porque ahora los gases de la señora Saucedo huelen a lavanda.

Jack soltó una sonora carcajada, consiguiendo que ella también riera.

–Además, no había visto reír tanto a Verónica desde... –Se quedó callada, y la sonrisa se borró de su rostro–. Bueno, desde hace mucho tiempo.

Jack también se puso serio, notando su turbación. Pero prefirió no hacer preguntas.

Ella le dedicó una sonrisa, negando con la cabeza.

–De todas maneras, no te quiero metido en la tienda todo el día. Debo concentrarme en mi trabajo, y tu presencia me distrae demasiado.

–Entonces..., ¿yo te distraigo? –Se acercó otro paso más a ella, manteniendo una sonrisa petulante en el rostro–. ¿Por qué será eso...? –Intentó tomarla por la cintura cuando, de pronto, notó algo enroscándose en su pierna y antes de que pudiera zafarse, lo jaló hacia abajo, haciéndolo caer de pecho contra el suelo.

–¿Qué? ¿Aquí también? –exclamó, entre divertido y asombrado–. No se vale, aquí no hay plantas, ¿cómo lo hiciste?

–No tengo idea de qué estás hablando. –Ella sonrió por encima de su

hombro, mientras huía por la escalera.

–¡Hey, vuelve aquí...! ¡Esto no ha terminado! –le gritó, riendo divertido mientras intentaba zafarse de la raíz que lo había cogido por ambos tobillos–. ¡Me tienes que decir por qué te distraigo!

–¿No es obvio? Verte caer de narices a cada rato distraería a cualquiera –le dijo en son de burla, desde la cima de las escaleras.

–Pues acostúmbrate a vivir con ello. –Él entrecerró los ojos, apuntándola con un dedo– ¡Porque no me iré a ninguna parte!

–Eso ya lo veremos. –ella le dedicó una sonrisa socarrona abriendo la puerta de su casa–. Hasta mañana, Jack. Trata de no volver a tropezar de camino de vuelta al establo. –Se despidió con una risita, y cerró la puerta de golpe, antes de que él pudiera liberarse al fin de su atadura y alcanzarla.

Esa semana fue aún más extraña que la anterior, si eso era posible.

El lunes, Jack apareció a primera hora de la mañana, como había prometido, y llevó a ambas hermanas hasta su hogar en el pueblo. Sin embargo, desapareció por el resto del día, dejando a Kathe preocupada y preguntándose si podría haberle sucedido algo malo, o si es que él se habría marchado de nuevo.

Comenzaba a ceder a la idea de ir en su busca, cuando la puerta principal se abrió, y por ella entró Jack, bañado y bien peinado, ataviado en un elegante traje nuevo.

–¿Dónde habías estado? –inquirió ella, acudiendo a su encuentro con los brazos en jarra–. Me tenías preocupada... ¿Y qué es lo que traes puesto? –le preguntó, tras echarle una mirada de arriba abajo y de vuelta–. ¿Por qué te ha vestido de esa manera?

–Porque he venido a cortejarte –contestó él sin rodeos, sacando una enorme caja de bombones que había llevado oculta tras la espalda–. Sé que no te resistes al chocolate.

–Oh... Bueno... –Kathe se mordió el labio–. Supongo que sería un

desperdicio menospreciar tan interesante regalo. –Le dedicó una sonrisa tímida, tomando la caja que él le ofrecía–. Te lo agradezco, Jack. Ha sido muy amable de tu parte.

–Es todo un placer, cariño. –Sonrió satisfecho al verla correr como una chiquilla al mostrador para poder abrir el paquete y probar uno de los chocolates–. Es todo un placer...

El resto de la semana no fue diferente. Jack se apegó al plan que tenía, y no dejaría de cortejar a Kathe como el más galante de los caballeros.

El martes, Jack, otra vez ataviado como todo un elegante aristócrata de ciudad, entró a la tienda llevando consigo un nuevo regalo, que resultó ser un rompecabezas, uno de los juegos favoritos de Kathe.

El miércoles, para asombro de ella y horror de Verónica, que nunca había sido apegada a los animales, Jack llegó con un precioso cachorro de hermosos rizos blancos, con un enorme lazo azul atado en el cuello. Al que, como había supuesto, Kathe no se pudo resistir.

Ese día incluso lo abrazó como agradecimiento por el regalo.

El jueves le llevó un sombrero nuevo, traído de París, con un par de guantes de cabritilla a juego.

Y el viernes, apareció con la cosa más extraña que Kathe había visto en su vida; una moderna máquina fotográfica.

–¡No puedes darme esto! –exclamó Kathe, al desenvolver el paquete donde venía la cámara, sin armar.

–¿Por qué no?

–Es demasiado costoso. Un artilugio así debe costar una fortuna, Jack.

–Eso no importa, yo quiero dártelo.

–Jack..., ni siquiera sé cómo funciona una máquina fotográfica –replicó, poniendo los brazos en jarra.

–Trae un instructivo. –Él balanceó un cuadernillo de papel frente a su rostro–. Además, yo te ayudaré a armarla. Verás que te encantará en cuanto hayamos terminado... –Jack se calló al notar que una mujer se los quedaba

mirando, tratando de escuchar de forma disimulada su conversación.

–¿Le puedo ayudar en algo, señora Muñiz? –le preguntó Kathe a la clienta, manteniendo una expresión cortés pero sin asomo de alegría.

Aquella mujer era la segunda mayor cotilla del pueblo, y la mensajera directa de Gertrudis Castellano, la madre de su mayor enemiga, Minerva, y la reina de los chismes en el pueblo.

Lo que menos necesitaba en ese momento era que se armara un rumor teniéndola a ella como principal protagonista.

–En nada, querida... –La mujer, de aspecto delgado y algo demacrado, apretó sus diminutos labios rojos, provocando que sus mejillas, que a Kathe le recordaban a las de un bulldog, se balancearan–. Solo admiraba la variedad de productos que ofrecen en esta maravillosa tienda. Creo que sería buena idea ir a buscar a mi querida amiga Gertrudis, para que ella también pueda quedarse embelesada como yo lo he hecho, ante tanta exuberancia de estos... extraños artilugios –finalizó la mujer, dejando de vuelta en su lugar una ramita de canela, como si acabase de quemarle la mano–. ¿Es eso una varita mágica?

El rostro de Kathe se tornó seco.

–Vamos, mujer, es canela –contestó Jack, por ella–. Hasta yo sé eso.

–Como he dicho, es una amplia variedad de productos..., la mayoría desconocidos para mí –aseguró la mujer, dirigiéndose a la salida–. Tanta maravilla no debe ser apreciada por una sola persona. Esto merece ser compartido –anunció, marchándose a la carrera.

Kathe suspiró, negando con la cabeza.

–No puedo creer que esa mujer haya venido a mi tienda buscando artilugios de una bruja –gruñó, apretando con fuerza el instructivo entre sus manos–. Te juro que si vuelve aquí con la madre de Minerva para llamarme bruja, voy a... provocarle furúnculos en el culo.

–Y eso no es lo que diría una bruja verdadera –ironizó Jack, pero lo que se ganó con su broma, fue una mirada asesina por parte de ella–. Kat, olvida a esa mujer, ¿de acuerdo? Y por lo que más quieras, no rompas el instructivo antes de que hayamos podido leerlo –le quitó el cuadernillo de las manos.

–Lo siento... –Ella apretó los puños–. Es solo que me molesta tanto esa clase de gente, que viene aquí a curiosear, como si fuésemos una especie de atracción de circo.

–Como ellas habrá muchas con las que te toparás a lo largo de tu vida, Kat. Solo ignóralas, haz que te resbalen sus palabras, como si estuvieras cubierta de jabón.

Ella soltó una risita, negando con la cabeza.

–Se te ocurren las ideas más extrañas, Jack. Pero supongo que tienes razón. –Suspiró–. Solo espero que Verónica no regrese de su visita a doña Consuelo antes de que esa mujer vuelva. Esta clase de cosas suelen molestarla bastante.

–Dudo que más que a ti. –Él sonrió, y tomando la caja con las piezas de la máquina fotográfica, le dijo–: ¿Qué te parece si vamos a la trastienda e intentamos armar esto?

–No puedo dejar sola la tienda.

–No la dejaremos sola, solo estaremos en la parte de atrás. Además, puede que el no encontrarte a la vista persuada a doña Cotilla a irse por donde vino.

Ella rio, y asintió con la cabeza.

–De acuerdo, vamos. Pero dudo que podamos armar todas esas piezas –comentó ella, siguiéndolo a la trastienda–. Quizá deberíamos pedirle ayuda al señor Flores, el fotógrafo del pueblo.

–Mujer de poca fe, ¿es que no crees que yo sea capaz de armar este armatoste? –Él le dirigió una mirada divertida, dejando la caja sobre una mesita para comenzar a examinar las piezas en su interior.

–Lo siento, confiaré en tu palabra. –Ella rio, siguiéndolo a la mesa–. ¿Qué debemos hacer primero?

–Conforme a esta imagen, la cámara va instalada sobre un tripié –comentó él, tras leer parte del instructivo–, creo que es lo que deberíamos armar primero.

–¿No deberíamos armar primero la máquina? –dudó ella, examinando el papel después de él.

—¿Y dónde la dejaríamos cuando esté lista? Es maquinaria en extremo delicada, Kat, no puede andar volando por cualquier sitio. Además, es mejor comenzar con lo fácil. —Él sacó un palo y varios tornillos, además de algunas piezas extrañas de metal.

—De acuerdo, como tú digas. —Kathe inspiró hondo, arqueando una ceja al notar la enorme cantidad de piezas de la que esa cosa estaba hecha.

Al inclinarse sobre la caja, Coco, su perrita blanca, intentó seguirla, y al querer escalar sobre la mesa, se llevó consigo una caja con varias piezas de metal con las que solía secar las flores, y que cayeron al suelo ocasionando un enorme estrépito.

Razón por la cual, ni Kathe ni Jack oyeron la campanilla, que en ese momento sonó cuando Florencia Muñiz y Gertrudis Castellano, las dos mayores cotillas del pueblo, entraron en la tienda.

—¡Deja eso, Kathe! —gritó Jack, justo en el momento en que Gertrudis, una mujer obesa de cabello rubio entrecano peinado en un apretado moño, iba a abrir la boca, silenciando sus palabras—. Anda, ven aquí y siéntate sobre la mesa, vamos a hacer esto de una vez, antes de que llegue Verónica —escucharon que Jack hablaba tras la cortina.

Ambas mujeres se miraron con ojos agrandados, y se silenciaron la una a la otra, para evitar ser descubiertas antes de oír todo lo que esos fueran a hacer.

—¿Por qué debo subir a la mesa? —preguntó Kathe, frunciendo el ceño.

—Necesito ver bien lo que hago, y si te quedas allí parada no podré hacerlo.

—Está bien. —Ella suspiró, y subió a la mesa, tal como él le pedía—. Jack, ¿estás seguro de que podremos hacerlo? Sigo creyendo que necesitaremos ayuda. Tal vez si le pregunto al señor Flores...

—Ya te dije que no necesitamos ayuda, nosotros dos somos más que suficientes —le aseguró él, entregándole uno de los postes de madera que formaban parte del tripié.

—No creo que sea buena idea hacerlo en la tienda, a Verónica le molestará si regresa y nos encuentra haciendo algo indebido. —Ella le dirigió una mirada de mortificación, a su hermana nunca le había gustado que hiciera cosas que no

eran parte del trabajo mientras era su turno de atender el negocio.

–Anda, no te eches atrás –le pidió Jack, examinando un tornillo y una tuerca –. Si lo hacemos de prisa, terminaremos antes de que ella llegue.

–Pero no tengo idea de cómo se hace... –Ella alargó el palo de madera, que él intentó hacer encajar con otra pieza de madera.

–No te preocupes, ya lo he hecho yo un par de veces y tengo algo de experiencia.

–Nunca me habías dicho nada de eso.

–No es algo que tenga presente en todo momento, para andar contándolo – él replicó, acercándose con la herramienta para ensartar el tornillo en el poste de madera.

–¿Qué debo hacer primero? –preguntó ella, alargando la pieza de madera.

–Tú toma este extremo del palo y sostenlo muy firme entre tus manos –le pidió él, inclinándose sobre ella para comenzar a insertar el tornillo en la ranura.

Ambas mujeres se miraron con la boca abierta, al escuchar una especie de forcejeo.

–¡Anda, encaja de una vez! –gritó Jack, intentando insertar el tornillo dentro de una ranura demasiado delgada para él.

–Dudo que consigas meterlo, es demasiado grueso. –Ella buscó en la hoja alguna instrucción adicional–. Creo que lo mejor será esperar, Jack.

–Déjame el trabajo duro a mí, querida. Tú quédate allí y no te muevas, que me distraes. Ya verás que yo conseguiré hacerlo encajar dentro.

–¡Espera, no tan fuerte! ¡Vas a romperlo! –se quejó Kathe, preocupada por la frágil pieza de metal.

Ambas mujeres jadearon, y se miraron con horror.

–Jack, no estoy segura de que podamos hacer esto solos, mejor esperemos por Verónica –le pidió Kathe, respirando de forma agitada mientras intentaba hacer entrar por sí misma el tornillo–. Ella también sabe de esto, su marido le enseñó algo del tema mientras estuvieron casados. –Soltó una exhalación,

dándose por vencida.

Al escucharlo, Gertrudis, se cubrió la boca para reprimir un grito.

—No necesitamos a Verónica para hacerlo —escucharon replicar a Jack—. ¡Anda, confía en mí!, dentro de nada estarás tan complacida con el resultado que no dudarás en casarte conmigo —le aseguró, antes de robarle un beso.

—¡Jack! —exclamó Kathe—. ¡Eres un atrevido! Ahora, hazte a un lado y déjame bajar de la mesa, que ya me cansé de esto.

—Ah, no, tú no te mueves hasta que haya conseguido meter esto en el agujero —replicó Jack, volviendo a poner el trozo de madera en sus manos antes de tomar la herramienta y el tornillo.

—Te digo que no se puede, es demasiado grueso —se quejó Kathe, forcejeando con él para hacer encajar la pieza—. Al menos, déjame poner en una posición más cómoda.

—Está bien, como prefieras. —Él se hizo a un lado, permitiéndole bajar de la mesa.

—Espera, allí no. A Verónica no le gustará que le estropeemos el mantel. —Kathe lo detuvo antes de que él dejara la pieza de madera sobre la mesa, para continuar con su intento de ensartar el tornillo.

—¿Y qué sugieres entonces?

—Quizá contra el piso sea mejor. —Ella dejó el madero en el suelo—. No será tan cómodo, pero sin duda nos otorgará un mejor soporte, ¿no te parece?

—Supongo que sí —admitió él, comenzando a mover el tornillo dentro de la ranura de madera—. Mira, tenías razón, ya está cediendo.

—¿Estás seguro que no va a romperse? —preguntó ella, preocupada al notar la inestabilidad de la pieza de metal.

—No exageres, mujer, no es tan frágil como parece. —Jack gruñó, cuando de pronto sintió algo húmedo en su pierna—. Oh, no, ¿qué es ese líquido?

—Lo siento... —Kathe rio, apartando al perrito que acababa de orinarse en la pierna de él.

—No te disculpes, supongo que tenía que pasar —masculló él, sacudiéndose

la pierna, antes de continuar con su trabajo.

Del otro lado de la cortina, Florencia lanzó un gritito y Gertrudis se apuró en teparle la boca con la mano.

–Bien, esto ya está –comentó Jack, alzando la primera pata armada del tripié–. Ahora continuemos con... ¿Qué haces con eso? –preguntó, cuando la vio con el frágil lente de la cámara en la mano.

–Me dio curiosidad, quería verlo de cerca.

Ahora fue Gertrudis la que emitió un gritito.

–Ten cuidado con eso –le advirtió ella, al notar que él forzaba ahora una tuerca en un tornillo–. Creo que ese orificio es muy pequeño, quizá deberías intentar con este otro, es más ancho. –Kathe le alargó otra tuerca.

–¿Lo estaban haciendo por el orificio equivocado? –le preguntó Florencia a Gertrudis, hablando en susurros.

–Mujer, yo sé lo que estoy haciendo, ¿de acuerdo?

–Parece que no –contestó Gertrudis a su amiga, antes de hacerla callar para poder seguir oyendo a los dos amantes.

–¿Es que yo no puedo opinar? –escucharon a Kathe reclamarle a Jack–. Te recuerdo que es algo que estamos haciendo entre los dos.

–De acuerdo, tienes razón –admitió él, de mala gana–. ¿Qué propones que haga?

–Creo que antes de continuar, deberíamos observar todo a detalle y decidir cómo proseguir –comentó ella, sacando varias piezas de la caja–. Tal vez deberíamos comenzar por lo principal. –Sacó la pieza redonda donde iba encajado el lente.

–Está bien, si así puedo complacerte, por mí, bien.

Ambas mujeres al otro lado de la cortina se dirigieron una mirada pícaro.

–¡Espera, que lo haces con demasiada fuerza! –escucharon exclamar a Kathe.

Jack había tomado el lente, y luego de examinarlo, intentó encajarlo en la pieza que ella le había entregado.

–Si vas a seguir quejándote tanto, será mejor que me dejes terminar a mí solo –gruñó él.

Gertrudis abrió mucho la boca, fingiéndose espantada por esa declaración.

–No te enojas, solo creo que es mejor que cambiemos de postura.

–¿Y qué sugieres?

–¿Qué tal si ahora yo intento meterlo en el agujero? Mis manos son más delicadas que las tuyas. –Tomó ambas piezas, esperando por su respuesta.

Del otro lado de la cortina, ambas mujeres habían sacado sus abanicos y los mecían muy rápido frente a sus rostros.

–Está bien, pero sostenlo bien apretado, no vayas a dejarlo caer –le pidió él, preocupado por el frágil lente.

Kathe así lo hizo, aunque tuvo que forzarse un poco en conseguir encajar la pieza, emitiendo algunos gruñidos por el esfuerzo.

Las mujeres en la tienda la escucharon jadear por un momento, antes de que ella soltara un gritito de alegría.

–¡Sí! ¡Lo conseguí! ¡Está dentro!

–¡Al fin! Ahora, muévelo hasta que encaje dentro a la perfección –le pidió Jack, y del otro lado, una de las mujeres estuvo cerca de desvanecerse.

–¡Listo! –anunció ella, contenta–. ¿Ahora qué hacemos?

–Terminar lo que iniciamos –contestó él, volviendo a coger el instructivo.

–No tienes ni idea, ¿verdad? –Rio ella, al notar su expresión perpleja al intentar descifrar el difícil diagrama–. Anda, admítelo.

–Ya te dije que hice algo similar un par de veces antes.

–Sí, cómo no –bufó ella, cruzándose de brazos–. Yo creo que lo mejor será que busquemos ayuda, tal vez haya algún libro que explique cómo hacerlo bien.

Florencia se llevó dramáticamente una mano al pecho.

–Los hay, pero no los necesitamos. Confía en mí y no desesperes, amor, una vez que terminemos, estarás más que satisfecha... –La campanilla de la puerta interrumpió sus palabras.

–¿Habrá llegado alguien? –preguntó Kathe, dirigiéndose a la cortina que separaba la trastienda de la parte expuesta al público.

–Quizá doña Cotilla –contestó Jack, siguiéndola–. O Verónica, que ha vuelto de su visita.

Pero al salir, solo alcanzaron a ver a doña Cotilla número uno y número dos, caminando muy apresuradas por la calle, con sus abanicos moviéndose a toda velocidad frente a sus rostros acalorados.

Ambos se miraron con extrañeza.

–¿Pero qué acaba de pasar? –preguntó Kathe, frunciendo el ceño.

Jack, se encogió de hombros.

–No tengo ni la menor idea. Pero lo que haya sido te libró de tener que hablar con ese par de cotorras, que te habrían hecho enojar. –Le dedicó una amplia sonrisa–. Al menos, esa costosa cámara sirvió para algo bueno, después de todo.

–Sí, eso creo... –musitó ella, comenzando a tener un mal presentimiento...

CAPÍTULO 20

–Jack, ¿no notas que la gente nos está mirando de forma extraña? –le preguntó Kathe esa tarde, cuando salieron a comprar el pan.

Justo en ese momento, pasaron por la calle dos mujeres que, al verlos, comenzaron a señalarlos y a cuchichear entre ellas.

–Ahora que lo mencionas, creo que sí... –Él frunció el ceño, dirigiéndole a ambas mujeres una mirada dura.

Ellas, al advertir su enojo, se apuraron en continuar su camino, pero no sin antes echarles un último vistazo por encima del hombro.

–Es una lástima que Verónica vaya a pasar la noche con doña Consuelo, y no podamos partir esta noche a casa –suspiró Kathe, balanceando la bolsa de tela donde pondría el pan–. Cinco días en este pueblo es mi límite para una convivencia sana con las personas de este lugar; después, comienzo a desear arrancarles los ojos.

–Créeme, no eres la única –le aseguró Jack, dirigiéndole una mirada asesina a un hombre que en ese momento pasaba por su lado, sonriendo de forma socarrona al verlos–. Anda, entra a la panadería, te espero aquí.

–¿Es que no vas a querer elegir tu pieza de pan dulce, como siempre?

–Elígela tú, confío en tu buen gusto. –Le guiñó un ojo, sonriendo de forma petulante.

Lo cierto era que había notado desde un principio las miradas de la gente sobre ambos, y lo menos que quería era que alguien lo provocase encontrándose en un espacio cerrado. Porque estaba seguro que no lo soportaría y le daría a alguien un buen puñetazo si se atrevía a mirar a Kathe de forma insinuante, como acababa de hacer ese hombre al pasar por su lado.

–Bien, como quieras. –Una sonrisa maliciosa se formó en el rostro de Kathe.

–¡Pero nada que tenga que ver con avena! –le advirtió–. Sabes que la

detesto.

–Ya me diste carta libre, ahora elegiré lo que yo quiera –contestó ella, entrando en la panadería.

–¡Pero, Kathe...! –Ella no le hizo caso, cerró la puerta de la panadería tras ella, dejándolo con la palabra en la boca–. Bien, como quieras. –Él sonrió, cruzándose de brazos y apoyándose contra el muro–. Entonces me comeré tu bollo.

–¡Eres un completo desvergonzado, Jack Cosmin! –escuchó una voz de mujer, rasposa y aguda a la vez, algo que de no haberlo oído en persona, habría jurado que era imposible de conseguir en un ser vivo que no fuese un cuervo–. ¡Mira que andar relatando tus aventuras pecaminosas en voz alta! ¡Y a media calle, cuándo todavía hay luz de día, y niños y mujeres inocentes podrían escucharte!

–¿Se puede saber de qué está hablando, señora Castellano? –Jack se giró para enfrentar a doña Cotilla número uno, que se había acercado a él acompañada por doña Cotilla dos, que en ese momento asentía con la cabeza como si acabase de romperse el cuello y hubiese perdido el control total de él, secundando todo lo que su amiga decía.

–Me refiero a la escenita que presenciamos Florencia y yo esta mañana, en la tienda de Katherina. –Le picó el pecho con la punta de su sombrilla–. ¡Deberías avergonzarte, Jack! Tratar a una dama de una forma tan... vulgar –sentenció, alzando su respingada nariz en señal de desprecio–. Eres un completo sinvergüenza, siempre lo he dicho. Y si tienes algo de decencia, desposarás a esa pobre chica antes de que su reputación se pierda por completo.

–Señora, usted habla y habla, y le aseguro que aún no ha dicho nada para explicarse. –Jack se cruzó de brazos–. ¿Se puede saber qué fue lo que cree que presencié esta mañana? Porque estuve allí todo el día, acompañando a Kathe, y en ningún momento la vi entrar a la tienda. A menos que haya venido escondida dentro del bolsillo del chaleco de su amiga. –Miró a la otra mujer, fulminándola con esos ojos negros tan intensos.

Ésta retrocedió, asustada, pero no su amiga, quien continuó atacándolo verbalmente.

—Por supuesto que no me viste en la tienda, Jack Cosmin. Estabas muy ocupado en ese momento, metiéndole mano a Katherina y... —Bajó la voz, y se acercó a él, aunque era clara la intención de que deseaba que todos escucharan—. Tratando de encajar tu cosa en su agujero —musitó aquellas palabras en tono mordaz, esbozando una sonrisita triunfal cuando él arqueó las cejas, en señal de comprensión de sus palabras.

—¿Qué...? ¿Es que... ustedes estaban en la tienda en ese momento? —preguntó, sorprendido.

—Así es —contestó Gertrudis, alzando la nariz una vez más, de forma petulante.

—Escuchamos cada palabra que dijeron —añadió Florencia, apretando esos labios delgados, que provocaron que sus holgados cachetes temblaran—. Escucha bien la advertencia de Gertrudis, jovencito, deberías desposar a Katherina Altamirano, después de haberla tomado de forma tan salvaje atrás de su tienda.

—¿Qué cosa...?

—Lo sabemos todo —Gertrudis asintió, como si ella fuera dueña de toda la información del mundo, que escapaba a los simples mortales—. No quisimos interrumpir tan brutal acto y nos marchamos antes de saber cómo concluyó aquel desastre. —Rio bajito—. Al parecer, tenían algunos problemas para conseguir hacer que las cosas funcionaran... —añadió la Cotilla número uno, hablando más fuerte para ser oída, y sacando su abanico para darse aire, acalorada de repente.

—Señoras, ustedes dos tienen la mente muy sucia —sentenció Jack, subiendo el tono de voz, para que también lo escucharan los que pasaban por allí y se habían detenido a presenciar la escenita.

Una escena más de las Cotillas, que siempre tenían un buen espectáculo que ofrecer a quien tuviera tiempo de detenerse a presenciar un buen chisme.

—¿Cómo te atreves a...? —comenzó a replicar Gertrudis, pero Jack le paró

el carro.

–Lo que ustedes oyeron, porque no presenciaron, como aseguran, no fue otra cosa más que mi inútil intento de armar la máquina fotográfica que le regalé a Kathe esta mañana –bramó Jack, acallando sus palabras–. En esa tienda, lo único indebido que sucedió fue que dos cotorras chismosas se colaron dentro, encontraron lo primero que se les ocurrió para crear un chisme jugoso y lo regaron entre los cotillas de este pueblo, sin mostrar la menor consideración por aquellos que pudieron resultar afectados.

–¡Nosotras solo nos preocupamos por el bienestar de la gente de este pueblo! –chilló la mujer, poniéndose muy colorada–. ¡Los actos de inmoralidad son viles manchas a nuestra sociedad, que deben ser limpiadas en el acto!

–Nada es tan vil como buscarse un buen momento de diversión a costa de otros y de su reputación, que es lo que usted y su amiguita hacen cada día, señora –contestó Jack, subiendo más la voz, pero sin gritar–. ¿Por qué no se busca algún pasatiempo saludable, en lugar de ir por ahí ensuciando la vida de otros, con su veneno?

–¡No te permito que me insultes...!

–¡Ni yo que vaya por ahí hablando mal de la mujer que amo! –rebatió él, muy enojado–. De mí diga lo que se le dé la gana, me importa un pepino, ¡pero no meta a Kathe en sus viles mentiras, o le juro, señora, que se va a arrepentir!

–¿Me estás amenazando?

–Tómelo como una promesa –sentenció Jack, irguiéndose en todo su tamaño.

La mujer alzó la nariz, temblando de rabia de pies a cabeza, antes de alejarse de allí a paso vivo, acompañada por su amiga, que chillaba como un pavo enojado.

–¿Alguien más que quiera decir algo al respecto? –añadió Jack, dirigiéndole una mirada furiosa a la gente que aún seguía mirando, en derredor.

La multitud no tardó en diseminarse, demasiado asustados como para

quedarse allí.

Unos minutos más tarde, Kathe salió de la panadería, luciendo una mirada de extrañeza en su hermoso rostro.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Jack, tomando la bolsa de pan por ella. Ni siquiera eso le permitía cargar.

—Me ha sucedido la cosa más extraña allá dentro —contestó ella, caminando a su lado.

—¿Y qué fue? —Él arqueó una ceja, temiendo que ella hubiese escuchado algo del pleito en la calle.

—Una mujer me detuvo para preguntarme si al final conseguí meterlo en el agujero. —Ella negó con la cabeza, esbozando una mueca de extrañeza—. Ni siquiera me explicó qué cosa era la que debía meter al agujero, ¿puedes creerlo?

Jack apretó la mandíbula, dando gracias por lo bajo por no haber estado allí, o le habría dicho a esa mujer por qué agujero podía meterse esa pregunta.

—¿Y qué le contestaste tú? —Él la miró, esbozando una sonrisa que no sentía.

—Le pregunté que a qué se refería, por supuesto, pero ella no me contestó. Solo se marchó riendo.

—De seguro esa mujer está loca y te confundió con otra persona —le aseguró Jack, forzando esa sonrisa, que comenzaba a pesar como un yunque—. De todas formas, ya sabes que no debes hacer caso de lo que la gente diga.

—Lo sé, pero si he de calificar los comentarios extraños que me suelta la gente de repente, sin duda este tendría calificación máxima —bufó ella, negando con la cabeza—. Solo espera a que le cuente a Verónica, se reirá a lo grande.

—Sí, seguro... —Él se quedó helado. Pronto los chismes llegarían a oídos de Verónica, y peor, de Eric.

Esas dos mujeres cotillas sabían hacer bien su trabajo, propagando por cada rincón las últimas noticias del pueblo, y la gente no dejaba de comentarlas y repetir las de boca en boca, sin importarles si eran ciertas o no.

Lo mejor sería que al día siguiente le explicara todo a Eric en cuanto llegaran a la hacienda, antes de que el rumor se regara más allá de las fronteras del pueblo y él se enterase de la peor forma.

–También me he encontrado en la panadería al señor Flores, el fotógrafo – le contó Kathe, pasando por la puerta de la tienda, que él abría en ese momento para ella.

–Dime que no te dijo algo insultante, porque en este mismo instante voy a buscarlo para darle una paliza.

–No seas bobo, ¿por qué él haría algo así? El señor Flores siempre ha sido un caballero. –Ella le dirigió una mirada dura.

–Tienes razón, lo siento... –masculló, de mala gana–. ¿Qué era lo que quería?

–Se enteró de que esta noche me quedaría sola porque Verónica pasará la velada cuidando de doña Consuelo, y me ofreció llevarme a la hacienda. Su rancho queda de camino, y dijo que no tendría problema en desviarse unas pocas millas, para que yo pudiera gozar de algunas horas extras al lado de mi familia.

–Qué hombre tan amable. –Jack cerró la puerta, y al notar que un trío de chismosos se les quedaban mirando a través del cristal, bajó las cortinas–. Te negaste, por supuesto.

–Obviamente. –Ella puso los ojos en blanco–. Le expliqué que tú me llevarías a casa, además de que deseo esperar a mi hermana para asegurarme de que vuelva con bien –le contó, caminando a la trastienda para ir a buscar a Coco, a quien había dejado encerrado en el cuartito de atrás para que no hiciera destrozos mientras se encontraba fuera–. De todas maneras, le agradecí por su ofrecimiento y amabilidad, y aproveché de preguntarle si tendría problema en ayudarme a armar la cámara fotográfica.

–Pero si te he dicho que yo podía hacerlo.

–Sí, por supuesto que sí. –Ella le dirigió una mirada amable, que enseguida se transformó en una sonrisa mordaz–. Pero el chiste es que sea un aparato funcional.

–¿Kat, estás dudando de mi capacidad de armar esa cámara de forma correcta y que puedas usarla algún día? –Él se acercó con los brazos en jarra, fingiéndose molesto.

–Yo solo digo que hay mucho más que hacer, que encajar un tornillo en un agujero... Espera... –Ella frunció el ceño—. ¿No crees que a eso se habrá referido la mujer de la panadería?

–No, qué va... Oye, el pan se enfría, vamos a la cocina para comerlo de una vez, muero de hambre. –Prácticamente la empujó por la puerta que conducía a la casa, rezando por dentro para que ella no atara cabos y se diera cuenta de lo que esa mujer en realidad había intentado decirle.

A la mañana siguiente, el sonido de la puerta al abrirse, despertó a Jack de su sueño. Cogiendo su revolver de debajo del cojín que usaba como almohada, se levantó del sillón donde dormía, cuando un par de enormes y poderosas manos lo sujetaron por el cuello, terminando por él el trabajo de levantarse y lanzándolo con fuerza contra una pared, donde lo aprisionaron de forma violenta contra el muro.

Fue entonces cuando Jack pudo verle la cara a Eric, aunque en todo momento había sabido que se trataba de él.

No podía haber otras manos iguales en todo el país.

–Buenas días, Eric –lo saludó, notando la furia descomponiendo sus facciones.

–¡No me vengas con zalamerías! –le gritó el hombre, azotándolo con fuerza contra el muro, tanto que un cuadro se desprendió y cayó al suelo.

Entonces vio a Eduardo y los hermanos Romero Rubio, cada uno armado hasta los dientes.

–¿Qué pasa, Eric? –le preguntó Jack, alarmado—. ¿Nos atacan?

–No. Solo hemos venido a meterte una bala por el culo –le anunció Alonso, amartillando su pistola.

–Harías lo que fuera por ver mi culo, ¿no es verdad? –le preguntó Jack,

haciendo enojar a su amigo, que se adelantó con la idea de meterle una bala en ese mismo instante.

–Es suficiente, bajen las armas –sentenció Eric, liberándolo al fin–. Tú y yo tenemos que hablar, jovencito.

–Ya veo por dónde va esto... –Jack inspiró hondo, alzando las manos–. Eric, si has oído algún rumor acerca de Kathe y de mí...

–¡Claro que lo oímos! –bramó Tobías, perdiendo los estribos como nunca antes lo había visto–. ¡Si es de lo que todo el mundo habla!

–¡Cuando te deseé suerte con mi hermana, no me refería a que te aprovecharas de ella! –añadió Eduardo, enterrándole un dedo en el pecho.

–¡Es todo mentira! ¡No pueden creer lo que...!

–¡Ahora vas a negarlo, maldito cobarde! –gritó Alonso, y sin darle tiempo de reaccionar, lo cogió por el cuello de la camisa y tiró de él, para asestarle un puñetazo con todas sus fuerzas.

Jack se tambaleó y cayó de vuelta contra el muro, viendo luces ante los ojos.

–¡Papá! –gritó Kathe, desde la escalera–. ¡Eduardo...! ¿Qué hacen todos aquí?, ¿qué sucede? –preguntó asustada ante las miradas furiosas que la recibieron en el salón.

Había escuchado gritos desde su habitación, y había corrido escaleras abajo, llevando consigo la primera arma que consiguió, que resultó ser el rizador de pelo de Verónica.

Coco, su pequeña perrita blanca, ladraba sin parar escondida tras sus piernas, actuando como toda una guardiana.

–¡Pasa, querida, que nos hemos enterado de que este hombre ha estado aprovechándose de mi confianza para robarte tu inocencia! –le gritó Eric–. ¡Pero se acabó! ¡Ahora mismo van a casarse y terminar con todo esto!

CAPÍTULO 21

–¿Qué?! –gritó Kathe.

–Está bien –contestó Jack al mismo tiempo, sonriendo de forma victoriosa.

–¡Espera! –gritó ella, interponiéndose entre su padre y Jack–. ¡Alto, papá, no sigas diciendo tonterías, no voy a casarme con él!

–¡Ustedes dos van a casarse ahora mismo! –sentenció Eric, y volviéndose a Jack, añadió–. ¡Y ni se te ocurra negarte, o te juro que te meto una bala entre las cejas!

–¿Negarme? –bufó, sonriendo todavía–. ¿Por qué lo haría? Por supuesto que me casaré con ella –le aseguró–. He de aclarar que los rumores no son ciertos, pero no tengo ningún problema en casarme con Kathe ahora mismo. –La rodeó por los hombros–. ¿Vamos a la iglesia de una vez? ¡Quizá el párroco ya se haya levantado!

–¡Jack, cállate de una vez! –gritó Kathe, dirigiéndole una mirada furiosa–. ¡Ya he dicho que no voy a casarme contigo! ¿Y se puede saber a qué viene todo este alboroto? ¿De qué rumores están hablando? –le preguntó a su familia.

–¡Los que dicen que este degenerado abusó de ti!, ¡y ahora, el mal nacido quiere sacar provecho para obligarte a casarte con él! –sentenció Alonso, dándole otro puñetazo a Jack, que lo lanzó al suelo–. ¡Ese era tu plan desde el principio!, ¿no es verdad, hijo de puta? ¡Pero Kathe no te necesita, ella tiene a muchos otros hombres mil veces mejores que tú, para que le respondan como tú nunca sabrás hacerlo!

–¿Qué estás diciendo?! –bramó Kathe, interponiéndose entre ambos antes de que Alonso le diera otro golpe a Jack, que seguía tirado en el suelo–. ¿De qué están hablando?

–De lo que hemos escuchado –le contestó su padre, apuntando con su arma a Jack–. Que este hijo de la gran... madre naturaleza, ha abusado de ti y te

desfloró en la trastienda.

–¿Me qué...? –Ella arrugó la nariz, antes de pegar un grito agudo—. ¡Dios santo!, ¿de dónde sacan tanta sarta de estupideces? ¡Papá, eso es toda mentira!

–¡Pues es lo que la gente dice!

–Papá, te aseguro que mi... flor sigue intacta. Y aunque no fuera así, de todas formas, no me casaría con él. –Señaló a Jack en el suelo.

–Vaya, gracias... –musitó él sarcásticamente.

–Ni con él ni con nadie –añadió Kathe–, no haré algo tan importante como casarme solo porque vengas a armar un alboroto con tu pistola y trayendo a estos gorilas como respaldo... –Señaló a sus hermanos.

–¡No me hables así, Katherina! –rugió su padre, silenciando sus palabras—. ¡Eres mi hija y mientras vivas bajo mi techo...!

–Pero ya no vivo bajo tu techo, papá. –Ella habló más alto, poniendo los brazos en jarra—. Y ya no tengo que obedecer tus reglas.

–Mientras no estés casada, es a mí a quien respondes, señorita, ¿me has entendido? –rebatió su padre, señalándola con un dedo—. ¡Y obedecerás mis órdenes! Y mis órdenes son que te cases con Jack ¡ahora mismo!

–¡No!

–Eric, ¿podrías darme la oportunidad de decir algo? –le pidió Jack, antes de que el hombre se pusiera más furioso, pero aquello solo pareció alterarlo más, porque se giró hacia él con el cañón del arma apuntando directo a su cabeza—. ¿O al menos, podrías permitirme recibir la bala estando de pie, y no morir tirado en el piso como un perro rabioso?

–¿Qué quieres decir? –espetó Eric, guardando al fin su pistola.

–Creo que debes escuchar a tu hija. Ella tiene razón en lo que dice, es su vida y no puedes ordenarle hacer algo que no desea, y mucho menos algo tan importante como desposar a un hombre a la fuerza.

–¿Es que no vas a cumplir y casarte con ella, cobarde? –le recriminó Tobías, alzándolo por la camisa.

–¡Por supuesto que voy a casarme con ella! –exclamó Jack, exasperado–.

Todo cuanto deseo en la vida es que esa mujer sea mi esposa. –Señaló a Kathe—. Y nadie tiene que amenazarme con una bala para hacerlo. Pero no lo haré si ella no desea hacerlo también. Nadie va a forzarla a casarse conmigo, ni siquiera para acallar un estúpido rumor. –Él se giró hacia ella, dirigiéndole una mirada fervorosa, colmada de amor—. Cuando tú, Kathe, decidas convertirte en mi esposa, será porque así lo deseas.

Kathe lo miró con ojos agrandados, anonadada por sus palabras.

–Tal vez, después de todo, sí haya que meterle una bala... –comentó Eduardo, cruzándose de brazos.

–Silencio, muchacho –le pidió Eric—. Quieres explicarme, entonces, ¿por qué la gente de todo el pueblo dice que te has aprovechado de mi hija?

–Todo ha sido por culpa de un malentendido y de un par de mujeres con mente sucia y demasiado tiempo libre para armar cizaña y extender rumores.

–¿A qué te refieres? –le preguntó Kathe, frunciendo el ceño al mirarlo.

–Kathe, no quería que te enteraras para evitarte el enojo... –Jack inspiró hondo, acercándose a ella para hablarle—. ¿Recuerdas que ayer apareció por la tienda la señora Muñiz, y te molestaste por sus comentarios?

–Sí, y temimos que volviera con doña Cotilla uno.

–Lo hizo –le informó Jack—. Mientras armábamos la máquina fotográfica en la trastienda, la señora Muñiz y la señora Castellano entraron a la tienda sin anunciarse, y escucharon toda nuestra conversación. La cual usaron, más tarde, para esparcir chismes acerca de nosotros.

–Pero si no dijimos nada malo... –Ella lo miró con expresión confusa—. Estábamos armando un aparato, por todos los cielos, ¿cómo se puede malinterpretar eso?

–Dale migajas a una mente sucia, y hará cosas increíbles con ellas.

Kathe frunció el ceño, y puso los brazos en jarra.

–¿Es por eso que la gente nos miraba ayer, cuando fuimos por el pan?

Él asintió con la cabeza.

–Me enteré de todo mientras aguardaba afuera de la panadería, cuando las

dos cotillas fueron a reclamarme por mis actos. –Puso los ojos en blanco–. Y me temo que debí molestarlas bastante con mi respuesta, porque es obvio que se esforzaron por conseguir que el rumor llegara hasta oídos de tu padre y de tu familia.

–Esas malditas arpías... –gruñó Kathe–. ¡Me las van a pagar!

–Cuida tu lengua, jovencita –la reprendió su padre–. Ya me encargaré yo de esa mujer, más tarde. Por ahora, es un alivio saber que nada grave ha sucedido aquí.

–Y que no tienes que casarte con él –añadió Alonso, dirigiéndole a Jack una mirada hosca.

–Eso sucederá, amigo. Te guste o no, sucederá –sentenció Jack, regresándole la mirada.

Esa noche, en la hacienda, durante la fogata después de la cena, Eric se reía a carcajadas al lado de sus hijos y de Jack, además de algunos de los vaqueros de más confianza que los acompañaban durante la velada, después de relatarles lo sucedido y los chismes que se habían esparcido por el pueblo, al malinterpretarlo todo.

–Kathe tiene razón –comentaba Eric en ese momento, después de beber un trago de café y acariciando la cabeza de su enorme perro–, ¿cómo demonios se puede malinterpretar el armar una cámara fotográfica con... eso? –exclamó, indignado.

–Conforme a la pregunta que una mujer le hizo a Kathe, me temo que hay una enorme confusión entre el acto de amor entre una mujer y un hombre, y el conseguir meter un frágil tornillo dentro de un agujero estrecho... –El rostro de Jack se enrojeció–. ¿Debo explicar más?

Eric frunció el ceño y negó con la cabeza.

–No, preferiría que no –admitió, arrugando la nariz antes de ocultar el rostro tras su taza de café.

–Entonces, ¿no te aprovechaste de mi hermana? –le preguntó Eduardo, con

desgano en la voz.

–Por supuesto que no, ¿por quién me tomas?

–Tenía la esperanza que lo hubieses hecho, no a la fuerza, por supuesto, pero de haber conseguido que cediera, las cosas serían diferentes. Ahora ¿cómo demonios vas a convencerla para casarse contigo, si papá no la obliga? ¡Ay! –chilló cuando un panecillo le dio en la frente.

Kathe se había acercado a la fogata, llevando con ella algunos bollos calientes y café recién hecho, para los hombres que deberían quedarse despiertos durante toda la noche.

–¡Cállate, Eduardo, y no te metas en mi vida! –le gritó Kathe, apuntando otro panecillo a su cabeza.

–Oye, tengo mucho dinero apostado en que te casarás con Jack este mes, ¡y solo queda una semana!

–¡Pues prepárate para perderlo, pedazo de animal, porque yo no me casaré con él, ni este mes ni nunca!

–Eso ya lo veremos –apuntó Jack, cruzándose de brazos.

–Tú no me provoques... –Kath apuntó el panecillo ahora contra él.

–Sea como sea, lo mejor será acallar las habladurías del pueblo –comentó Tobías, adoptando un semblante grave–. La reputación de Kathe corre peligro y creo que lo mejor sería seguir con lo planeado.

–¿Y eso qué es? –preguntó Eric, confundido.

–Que ellos dos se casen ahora mismo.

–Por mí perfecto –soltó Jack, sonriendo de oreja a oreja–. Si Kathe está de acuerdo, por supuesto –añadió cuando ella le dirigió una mirada furiosa.

–¡Esperen un segundo! –interrumpió Alonso–. Si Jack no se aprovechó de Kathe, no hay motivo para que se casen.

–Su reputación está manchada, es la única solución –rebatía Tobías.

–¡Habrà otra forma! –bramó Alonso, dedicándole a su hermano una mirada asesina–. No vas a condenar a Kathe a un matrimonio forzado solo por los chismorreos de la gente.

–¡Exacto! –gritó Kathe, secundando a su amigo–. No voy a seguirles el juego, que piensen lo que quieran, no me importa.

–Creo que es mejor que dejemos calmar las aguas, demos tiempo al tiempo, la gente dejará de hablar a su debido momento –comentó Eric, cansado de esa discusión.

–¿Y si no es así? –preguntó Tobías.

–Pues entonces, será su problema, no el nuestro.

CAPÍTULO 22

Las cosas no serían tan sencillas como esperaban. Kathe, Verónica y Jack lo descubrieron nada más volver al pueblo, al siguiente lunes.

La gente no dejaba de cuchichear y de hablar de ellos en todo momento, al punto que Verónica consideró cerrar la tienda por un tiempo, asqueada de los comentarios mal intencionados que una gran cantidad de personas iba a soltarles hasta su lugar de trabajo, con la excusa de comprar alguna cosa.

–Al menos las ventas han subido –comentó Kathe esa mañana, mientras caminaban de regreso del cementerio.

Cada miércoles, Verónica acudía al cementerio a depositar flores frescas a la tumba de su hijito, y Kathe siempre que podía la acompañaba.

–De no necesitar el dinero, no les daría ni la hora.

–Busca el lado positivo, ahora tenemos suficiente para tomarnos unas vacaciones.

–Positivamente quisiera arrancarles la lengua a todos esos chismosos –gruñó Verónica, de mal humor.

–Solo no les prestes atención, Vero. Como dice mamá, solo son chismes de gente malintencionada. No permitas que sus palabras te afecten, hermana –le pidió Kathe.

–Lo hacen porque me molesta sobremanera escuchar a esas personas maliciosas hablando tantas tonterías y ensuciando tu nombre, sin detenerse a pensar en el daño que te están ocasionando –replicó ella, balanceando molesta el cesto donde había llevado las flores.

–Si es eso lo que te molesta, entonces deja de mortificarte, que a mí esos comentarios no me inquietan en lo más mínimo –le contestó Kathe–. Yo sé muy bien qué clase de persona soy, y aunque disto mucho de ser perfecta, soy una buena persona. Lo que esa gente tenga que opinar al respecto, me importa tanto como lo que piensen de mí las cucarachas cuando las aplasto para convertirlas

en puré, y hornearlas en tartas de manzana.

–¿Y por qué harías una cochinada como esa? –Verónica arqueó una ceja.

–¿Has oído que recibes lo que cosechas? –Kathe esbozó una sonrisa angelical—. Pues si escupes mierda, mierda tendrás que tragar. Eso fue lo que les dije a esas dos arpías, doña Cotilla uno y Cotilla dos, después de que se zamparan la tarta de cucarachas.

–¡Santo cielo, Kathe! –Verónica se cubrió la boca, antes de soltarse a reír a carcajadas a media calle—. Ahora entiendo por qué no dejan de correr rumores sobre ti...

–Ni se te ocurra reprenderme, esas dos se lo tenían más que merecido. –Kathe rio también—. Ya se lo pensarán dos veces antes de ir por ahí buscando ensuciar con su porquería la vida de otros.

–¡Ya imagino la cara que habrán puesto esas dos cuando se enteraron de lo que estaban comiendo!

–Eso no fue nada, comparado con el momento en que a Gertrudis le salió un trozo de antena por la nariz. –Rio más fuerte, provocando que su hermana se soltara a reír a carcajadas.

–Dios santo, solo espero que mamá no se entere de esto, o te meterás en un lío peor aún que... –Vero se quedó callada a media frase, al ver algo que le molestó—. ¿Qué no es esa Enriqueta? –le preguntó a su hermana, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la herrería.

–Eso creo. –Kathe frunció el ceño al ver a Porfirio, el herrero, bastante acaramelado con la hermana menor de su amiga—. ¿Qué está haciendo ese hombre con ella...?

–Algo bastante cercano a lo que la gente anda diciendo que te hizo Jack. –Verónica le cubrió los ojos con la mano y la giró, para quedar de espaldas a ellos.

–¡Dios santo, pero si ese hombre le dobla la edad! –exclamó Kathe—. Pero deja que esa escuincla me oiga, te juro que le voy a dar un buen tirón de orejas...

–Tú no te metas, ese es asunto de su familia, ya bastantes problemas has tenido quedándote en medio de sus peleas –la reprendió Verónica.

–¡Pero ella es su hermanita! Emilia tiene derecho a protegerla...

–¡Y tú eres la mía, y yo busco protegerte a ti! –Vero la tomó del brazo y tiró de ella–. Ya bastantes malos tragos te has cargado por culpa de Enriqueta y Emilia. Vámonos de aquí, antes de que llamemos la atención y ahora sea esa chiquilla cabeza hueca la que termine en la lengua de todo el pueblo, con una reputación de cascos ligeros que, a diferencia de ti, ella sí se tiene merecida.

Kathe no volvió a ver a Enriqueta ni a Emilia durante los días que siguieron. Los chismes corrían por la ciudad como el agua de una tormenta, invadiendo todo a su paso. Y aunque ella aseguraba que no le molestaban, lo cierto era que cada día se sentía más cerca de lanzarse sobre alguien para arrancarle los ojos con las manos.

Por lo que, al final, optó por permanecer en la casa y en la tienda la mayor parte del tiempo. De esa forma resguardaría su paz mental, y también se protegería a sí misma de una condena por asesinato, porque de seguir topándose con esa gente, estaba segura que terminaría matando a alguien.

Y gracias al cielo un nuevo fin de semana había llegado, liberándola de aquel yugo tan molesto en que se había convertido su vida en el pueblo.

Esa noche de jueves, después de cenar, Jack y Kathe bromeaban mientras lavaban los platos.

–Quizá debería mandar traer un telescopio –comentó él, mientras secaba una fuente de cristal donde Verónica había servido unos melocotones en almíbar, que habían estado deliciosos.

–¿Desde cuándo te interesa la astronomía? –le preguntó ella, extrañada por su comentario, al tiempo que le alargaba un vaso que acababa de enjuagar.

–No me interesa –admitió, comenzando a secar ahora el vaso–. Pero imagina la cantidad de chismes que despertaríamos si trajera un tubo largo y grueso, para armar en la trastienda.

–¡Por todos los santos, eres un perverso! –le gritó ella, lanzándole un montón de agua con espuma jabonosa.

–Yo solo he dicho un tubo, lo que tú te imagines es asunto tuyo –contestó él, lanzándole a la cara el paño húmedo con el que secaba los trastes.

Ella se lo quitó y lo hizo girar como un lazo de vaquero.

–¡Ahora vas a pagar...! –Se quedó callada cuando Verónica entró en la cocina, luciendo bastante preocupada.

–Siento interrumpir –carraspeó, y Kathe notó que había estado llorando–. Me temo que doña Consuelo se ha puesto mal nuevamente.

–Oh, Vero, cuánto lo siento...

–Está bien. –Ella intentó sonreír, a pesar de su notoria preocupación–. Iré a cuidarla esta noche, y puede que me quede todo el día de mañana.

–Por supuesto, no te preocupes –le aseguró Kathe–. ¿Quieres que te acompañe?

–No, no hace falta... –Ella se sonó la nariz–. Me iré caminando, para dejarte la carreta.

–No tienes que hacerlo, no la necesito.

–Recuerda que mañana debes ir a la hacienda, es viernes.

–No me iré sin ti, Vero. Podemos esperar al sábado.

–Ya lo decidirán mañana conforme evolucione doña Consuelo, ¿de acuerdo? –intervino Jack–. Por ahora, te llevaré a su casa, Vero. No te molestes, pero no te ves en condiciones para salir sola.

–Te lo agradezco, Jack. –Ella le dirigió una sonrisa amable.

–Iré a enganchar los caballos. –Jack salió de la cocina, dejando a ambas hermanas solas.

–¿Necesitas llevar una maleta contigo? ¿O algo de comida? –le preguntó Kathe, preocupada por su hermana–. Tal vez pueda empacar algo por ti...

–Es un buen hombre –le dijo ella, de repente.

–¿Qué...?

–Jack es un buen hombre –repitió Verónica, dirigiéndole una mirada que

ella no supo interpretar—. ¿Por qué no te casas con él, Kathe?

—¡Vero...! —Kathe abrió la boca, sorprendida por las palabras de su hermana—. ¿Cómo es que tú, de entre todas las personas, me hace esa pregunta? ¿Conoces a la perfección el motivo por el que no me voy a casar con él!

—¿Lo amas todavía?

—Sí... —admitió, apartando la mirada de la de su hermana.

—Entonces, ¿por qué no te casas con él?

—Si Javier volviera ahora, después de haberte abandonado, ¿lo perdonarías?

—No es lo mismo, sabes que nuestras circunstancias fueron muy diferentes...

—Puede ser, pero el sentimiento es el mismo —replicó Kathe, cruzándose de brazos—. ¿Cómo puedes aconsejarme que haga algo que tú no serías capaz de hacer?

—Querida, yo tengo el corazón roto, no te ofrezco un consejo de amor, sino de cordura. —Verónica le dirigió una mirada dura—. La gente habla y no parará de hacerlo en un buen tiempo, y la única que terminará saliendo afectada en medio de esta tormenta de chismorreos serás tú. Porque los hombres, nos guste o no, o sea justo o no, siempre salen bien librados de estas circunstancias.

—Ya te dije que me importa poco lo que la gente diga. Es mi vida, no la de ellos.

—Y yo secundaría muy gustosa tu decisión, si no fuera porque estás siendo obstinada y completamente irracional. Tú amas a ese hombre. —Señaló la puerta por donde Jack había salido—. Y solo el orgullo te impide aceptarlo de vuelta en tu vida y en tu corazón.

Kathe apretó los labios, sabía que su hermana tenía razón, pero no por ello iba a decírselo.

—Es tu vida, Kathe, y nadie más que tú tiene la última palabra para decidir sobre ella. —Verónica se acercó y la tomó por los hombros, en un gesto

colmado de amor fraternal—. Pero no permitas que un error del pasado arruine tu vida y tu felicidad, ¿de acuerdo?

Kathe asintió y abrazó a su hermana, sintiéndose de pronto vulnerable y con deseos de llorar, ahora que se encontraba entre sus brazos.

Iba a volver a hablar cuando escucharon el sonido de vidrio rompiéndose en la habitación contigua.

Ambas se soltaron, compartiendo una mirada interrogante, antes de correr a la tienda, el sitio desde donde había venido el sonido.

—¡Espera, Vero, iré a buscar un arma...! —le gritó Kathe a su hermana, deteniéndose en el armario del pasillo.

—No hay tiempo. —Verónica abrió la puerta que comunicaba con la tienda y entró a hurtadillas.

Alcanzó a divisar una figura oculta entre las sombras, intentando llegar a la puerta trasera sin ser descubierta.

—¡Alto ahí! —gritó ella, avanzando a su encuentro.

El ladrón, lejos de obedecer, emprendió la carrera para escapar.

Entonces Verónica alzó una mano, y el ladrón se encontró flotando en el aire por un segundo, antes de caer con fuerza contra el suelo.

—¡Verónica! —gritó Kathe, entrando en la habitación con una escoba en la mano—. ¿Estás bien?

—¿Qué ha sido ese ruido...? —Jack llegó corriendo tras Kathe, con su Colt en la mano.

—Un ladrón se metió en la tienda —les contestó Verónica.

—¿Dónde está? —Kathe alzó su escoba.

—Quédense aquí, yo iré a encontrarlo —Jack dijo al mismo tiempo, adelantándose.

—Tranquilos, ya me he encargado. Pueden bajar sus armas... —Vero frunció el ceño—. Mejor tú no lo hagas, Kathe, necesitaremos la tuya para barrer los vidrios rotos.

—Muy graciosa —Kathe entrecerró los ojos, bajando al fin la escoba.

–¿Cómo has podido dejar inconsciente al ladrón? –le preguntó Jack, acercándose al bulto oscuro tirado en el suelo.

–Esto... Deberíamos encender la luz. –Vero fue en busca de una lámpara.

–Buena idea, yo buscaré las cerillas. –La secundó Kathe, dirigiéndose al mostrador–. Estoy segura que las puse por aquí... –Un presentimiento le atenazó el estómago al pasar junto al ladrón, al grado que apenas pudo dar un paso.

–¿Qué sucede? –le preguntó Jack, de pie junto al caído, con su arma todavía apuntándole, por si acaso despertaba.

–Ella... Es ella... –Kathe se inclinó y apartó la capucha del rostro del ladrón, justo en el momento en que Verónica conseguía encender la luz, para dejar a la vista el rostro de Enriqueta.

–Ya está despertando –anunció Vero, pasando un paño húmedo por la frente de la joven.

–¿Dónde... dónde estoy? –Enriqueta abrió los ojos lentamente, moviéndose inquieta en el sofá sobre el cual la habían recostado–. ¿Qué pasó?

–¡Que te colaste a la tienda de noche y te tomamos por un ladrón, niña boba! –la reprendió Kathe.

–¿Pero qué se te metió a la cabeza para hacer algo tan descabellado? –le preguntó Jack, de pie a un costado del sofá, observándola con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

–Yo... volé por un momento –comentó Enriqueta, posando una mano en su cabeza.

–Qué idea tan ridícula –comentó Verónica, utilizando la misma entonación nerviosa que Kathe.

Jack frunció el ceño, sin pasar aquello por alto.

–Voy a buscar a tu madre.

–¡No, Jack...! –sollozó la chica–. ¡No lo hagas!

–Ella debe enterarse de esto –dijo él de forma tajante, saliendo de la

habitación sin hacer caso de las súplicas de la muchacha.

–Qué cruel es... –gimió Enriqueta, comenzando a llorar–. Ahora mamá va a matarme.

–Enriqueta, ¿por qué te metiste en la tienda de noche? –le preguntó Kathe en tono amable, arrodillándose a su lado.

–No quería que nadie me viera... Necesitaba una medicina, y no creí que fueras a dármele.

–¿Por qué pensaste eso, Enriqueta? –Kathe posó una mano en su mejilla–. Sabes que siempre puedes acudir a mí cuando necesites algo. Siempre y cuando no implique mentirle a tu hermana, por supuesto.

–Precisamente por eso, porque no quiero que le digas a ella... –Enriqueta sollozó amargamente.

–¿Por qué? ¿Qué ocurre?

–Estoy embarazada... –confesó al fin, después de una larga pausa, comenzando a llorar de nuevo.

Kathe abrió la boca y miró a Verónica, quien no parecía tan sorprendida como ella, por el contrario, le dirigió una mirada que decía algo como «¿y qué más esperabas viniendo de ella?».

–Enriqueta..., ¿estás segura? –le preguntó Kathe, intentando mantenerse calmada al hablar, y no demostrar el nerviosismo que sentía–. A veces, las mujeres se equivocan... Y solo han pasado un par de días desde que Porfirio y tú... bueno, hicieron eso.

–Tengo tres meses, el doctor me lo dijo esta mañana... Espera, ¿cómo sabes lo de Porfirio? –Frunció el ceño–. ¿Otra vez me estás leyendo la mente con tus poderes de bruja?

–¡Ya te dije que no soy una bruja!

–Enriqueta, ¿para qué querías esa medicina que estabas buscando? –le preguntó Verónica, retomando el tema.

–Para deshacerme del niño... –Ella agachó la cabeza–. El doctor me dijo que él no me podía ayudar con algo como eso, pero quizá una hierbera

podiera. Y solo las conozco a ustedes, así que...

—Nosotras no somos esa clase de hierberas —aclaró Verónica—. Puedes decirle a ese medicucho que si quiere conocer nuestro trabajo, puede venir a preguntarnos, en lugar de andar inventando cosas infames como...

—Más tarde le prepararé uno de mis pasteles especiales a ese médico, Verónica, no te preocupes —le dijo Kathe, posando una mano sobre la de su hermana, en un intento de calmarla—. Ahora concentrémonos en lo importante... —Escucharon el sonido de una carreta afuera de la casa.

—Esos deben ser Jack y tu madre —anunció Verónica, dirigiéndose a la puerta.

—¡Mi mamá va a matarme! —sollozó Enriqueta, tomando las manos de Kathe—. Por favor, no le digan ni una palabra de lo que les he contado, ¡se los suplico!

—Oh, Enriqueta... —Kathe miró a Verónica, quien aguardaba junto a la puerta.

—No creo que sea correcto...

—¿Es que no lo entienden? Kathe, tú has vivido la vergüenza en la que estoy a punto de caer si revelan mi secreto. ¡Y a diferencia de ti, yo no tengo un padre ni hermanos que defiendan mi honor y lo obliguen a casarse conmigo...! ¿Por qué fui tan estúpida? —sollozó.

—Enriqueta, Porfirio es un buen hombre... —le dijo Verónica, acercándose con la intención de ayudar a su hermana a consolarla—. Él se casará contigo.

—¡No lo hará! Me lo dijo esta tarde cuando fui a darle la noticia. Él está ahorrando para mudarse a la ciudad, no quiere arrastrar con una mujer embarazada...

—¡Pero es su hijo, tiene que responder por él! —Kathe fue ahora quien comenzó a perder el control.

—Silencio... —Vero la hizo callar cuando escucharon voces en la cocina. Debían de haber entrado por la puerta trasera—. Tu madre ya está aquí, Enriqueta. Y debes contarle la verdad.

–No quiero hacerlo ahora... Por favor, prometo que lo haré, pero no así...
–sollozó.

Verónica y Kathe se miraron, compartiendo una conversación sin palabras.

–De acuerdo –le dijo Kathe, posando una mano sobre la de la chica–. Pero debes cumplir esta vez tu palabra, Enriqueta.

–Lo haré, se los aseguro.

–Muy bien, no diremos nada –convino Verónica–. Pero recuerda lo que acabas de prometer, porque si no lo haces, tendremos que ir a tu casa y recordártelo enfrente de tu madre, ¿ha quedado claro?

Enriqueta asintió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

–De acuerdo.

CAPÍTULO 23

–¿Estás seguro de querer hacer esto? –le preguntó Kathe a Jack, mientras avanzaban por el camino que los llevaría a la hacienda–. No me importa quedarme otra noche esperando a Verónica.

–Sé lo mucho que deseas ir a casa, Kathe, no puedes negarlo. –Él le dirigió una sonrisa amable–. Y no me cuesta nada recoger a Verónica mañana, tengo que volver al pueblo después de todo.

–¿Para qué? –Ella frunció el ceño, sabiendo que no era así en realidad y que solo haría el doble viaje para permitirle ir a casa y escapar de los cochinos chismes del pueblo.

–Asuntos masculinos. –Él contestó, sin apartar la vista del camino.

–¿Asuntos masculinos? –repitió, haciendo una mueca–. ¿Qué es eso?

–¿No es lo que ustedes dicen siempre para zafarse de contestar a una pregunta? “Son asuntos femeninos”. –Imitó un tono agudo de mujer.

Kathe soltó una carcajada.

–Acabas de hablar igual a doña Gertrudis –le aseguró, entre risas.

De pronto, algo la hizo volver la vista al prado. Un presentimiento que la atenazó de pies a cabeza...

Creyó divisar la figura de una mujer caminando entre la hierba, por el sendero que conducía al lago, pero en cuanto se fijó en ella, la mujer se desvaneció en la nada.

–¿Ocurre algo? –le preguntó Jack, notando que de pronto se había puesto muy seria.

–No..., no es nada. –Negó con la cabeza, esbozando una sonrisa tensa. Nunca le había gustado ver esa especie de espíritus, ni siquiera de lejos.

–Tranquila, pronto estarás a salvo en casa, y podrás olvidarte de toda esa gente del pueblo que te ha estado atormentando esta semana –le aseguró él,

posando una mano sobre la suya.

Ella la estrechó con cariño.

–Y todo gracias a ti –le dijo, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

–Por esa recompensa, te llevo a la luna, cariño. –Él le guiñó un ojo, haciéndola sonreír, esta vez, sinceramente.

–¿Cómo te encuentras? –le preguntó Alonso esa mañana, colocándole el bocado a su potro.

–Bien, ¿cómo estás tú? –Kathe alzó la vista del cincho que en ese momento apretaba con fuerza, para inmovilizar la silla en el lomo del caballo que iba a montar ese día.

Cometa estaba demasiado gorda para llevarla de paseo. Solo esperaba que diera a luz pronto, o el potrillo terminaría siendo más grande que la yegua.

Coco, su perrito blanco, jugueteaba cerca de ella, correteando a Liana y a Rahela. Las chicas se habían encariñado con el cachorro desde el primer instante en que lo vieron, y no perdían oportunidad para jugar con él cada vez que lo llevaba consigo a la hacienda.

–No tienes que mentirme a mí también, Kathe. Sé que no ha de haber sido fácil tener que soportar los chismes de la gente del pueblo acosándote durante la semana.

–No ha sido tan malo –le aseguró ella–. Casi no me he topado con nadie, Jack ha hecho todo lo posible por mantener a las personas insolentes a raya.

–Ese hombre debería mantener a todos a raya, si lo que quiere es protegerte –bramó Alonso.

–¿Ese hombre? –Kathe soltó una risita–. ¿Desde cuándo le llamas así a tu mejor amigo?

–Ya no es mi mejor amigo –espetó, subiendo con singular maestría a la silla–. Como supongo que tampoco es tu novio, ¿no es verdad?

–Por supuesto que no. –Ella frunció el ceño, imitando su movimiento al subir a su caballo–. Pero eso no significa que no aprecie lo que él ha hecho

por mí. No es Dios para mantener a todas las personas del pueblo alejadas de mí, pero ha hecho todo lo que puede para protegerme en lo humanamente posible de los rumores que podrían afectarme, y yo se lo agradezco.

–Rumores que él ocasionó.

–Por favor, Alonso, ya basta. –Ella comenzó a molestarse, dirigiéndole a su amigo una mirada dura–. ¿Podríamos solo ir a pasear y dejar de tener esta conversación? He venido a olvidarme de todo, no quiero llevar a los campos estos problemas. Es un día demasiado hermoso para enturbiarlo con esto.

–De acuerdo, como tú quieras –espetó él, poniendo al paso su caballo al tomar el sendero que conducía a los campos del norte–. Pero que te quede clara una cosa: si necesitas ayuda para mitigar esos rumores, cuenta conmigo para ayudarte.

Kathe le dirigió una mirada cansina. ¿Es que Alonso no dejaría el tema a un lado?

–Te lo agradezco, Alonso, pero estoy segura que ya pasará, no tiene importancia.

–Además, ahora que Jack se ha comprado una hacienda, es seguro que se marchará pronto de casa y necesitarás a un hombre a tu lado, para que te acompañe y te proteja.

–¿Qué has dicho? –Kathe detuvo su montura, para mirarlo.

–Que si necesitas un hombre, yo...

–¡No! –ella lo interrumpió–. ¿Jack se ha comprado una hacienda?

–Pues eso he escuchado. –Él volvió a poner al paso a su caballo, molesto por la interrupción.

–¿Pero cómo, si él no tiene dinero? Es por eso que volvió a trabajar con mi padre...

Alonso soltó una falsa carcajada.

–Ese pelado tiene mucho dinero, Kathe. Si se ha quedado a trabajar en la hacienda de tu padre, no ha sido más que para buscarte.

–Eso no puedes asegurarlo... –Ella se giró a mirarlo, igualando el paso de

su montura.

–De todas formas, eso no tiene importancia, porque tú no volverás a aceptarlo. Y ahora que se marche a la Hacienda Santa María, podrás librarte de él de forma definitiva.

–¿La hacienda Santa María? –Kathe abrió mucho los ojos, sorprendida por esa declaración–. ¿Es esa la hacienda que él se ha comprado?

–Sí –refunfuñó Alonso, dedicándole una mirada de pocos amigos–. Esa misma.

–¡Increíble...! –musitó ella, asombrada.

La hacienda Santa María poseía más hectáreas que la de su padre, y contaba con algunos de los terrenos más fértiles de la zona.

Varias personas habían intentado comprarla a lo largo de los años, pero, por lo que sabía, la familia no cedería a venderla por menos que el doble de la cantidad de lo que valía. Una suma que, de por sí sola, ya era exorbitante.

–No te sorprendas tanto, Katherina, es una hacienda, no un castillo –gruñó Alonso.

–No puedo creer que él haya comprado la Santa María. –Kathe se alegró por él, en cuanto lo viera lo felicitaría–. ¿Estás seguro que no es solo un chisme?

–Estoy seguro, fue el mismo José, el nieto de la viuda de Moreno y hasta hace poco dueña de la propiedad, quien me lo contó anoche en la taberna –le relató a regañadientes–. Dijo, además, que Jack se portó bastante amable con ellos, pues no tomará posesión de la casa hasta dentro de un par de meses, para darle tiempo a la familia de empacar y mudarse sin apuros, ya que la compra los tomó de sorpresa, y no habían buscado siquiera un sitio donde vivir.

Kathe volvió a sonreír para sus adentros; eso era muy típico de Jack, él nunca dejaría a una familia desamparada, aunque estuvieran envueltos en plata.

–No lo entiendo, ¿de dónde pudo conseguir Jack tanto dinero? –comentó

ella—. Y si lo tiene, entonces, ¿qué hace aquí, trabajando para papá?

—Ya te lo dije, Katherina. Él está aquí por ti.

Ella soltó un largo suspiro como única respuesta.

—¿Y bien? —inquirió él, dedicándole una mirada dura.

—¿Y bien qué?

—¿Vas a aceptarlo de vuelta, ahora que sabes que es rico?

—¿Me estás tomando por una cazafortunas? —Ella tensó la voz, dirigiéndole una mirada asesina.

—No, Kathe, no pretendía ofenderte. —Él alzó las manos en señal de rendición—. Pero a veces puedes ser un poco... ¿Cómo podría decirlo sin volver a agraviarte?

—Solo suéltalo, Alonso. ¿Qué soy? —Kathe rumió.

Alonso suspiró, sabiendo que no se salvaría de su ira de todos modos, ya había metido bastante la pata.

—Ingenua, voluble y, en definitiva, mujer —soltó de sopetón.

El rostro de Kathe adoptó un tono rojo que enseguida pasó a un violeta muy peligroso.

—Kathe, no me malinterpretes antes de que me explique —le dijo a la carrera, antes de darle la oportunidad de replicar y, de seguro, de insultarlo—. Lo que quiero decir es que, como mujer, eres romántica, soñadora y tu mayor sueño es conseguir un esposo con el que compartir tu vida. Una vida de ensueño, que no conseguirías con un simple y pobre vaquero.

—Dios, creo que si esa es la descripción de una mujer, yo debo ser un hombre —replicó ella, sarcástica.

—Aguarda, no he terminado. —Él alzó una mano, pidiéndole con ese gesto que le prestara atención—. Te guste o no, eres así, Kathe. Puede que durante los últimos años hayas intentado escudarte tras una máscara de estoicismo ante el amor, que pensaras, no, que en realidad asumieras que el amor no es algo que te corresponde, una realidad incompatible con tu vida.

—¿Pero...?

–Pero lo cierto es que lo es. Y lo deseas tanto como las otras mujeres, lo admitas o no. Consciente o inconscientemente –añadió antes de que ella pudiera negarse a su argumento.

–Te aseguro que no es así, Alonso. No tengo el menor interés en conseguir un esposo, ni nada de lo que acabas de decir. –Ella le dirigió una mirada tan helada, que él se estremeció–. Tal vez lo desee una vez, pero todo eso murió cuando Jack me abandonó. Que solo lo menciones, me resulta insultante.

–Lo siento, Kathe... No quería ofenderte, te lo aseguro. –Alonso le dirigió una mirada de disculpa–. Sabes que te quiero y haría lo que fuera por verte feliz. Por favor, olvida mis palabras, ¿quieres? Lo último que deseo en este momento es perjudicar nuestra relación.

–Lo sé. –Ella le dedicó una sonrisa, forzándose por dejar a un lado el enfado, por mucho que le costase–. Tampoco me gustaría que se arruinara nuestra amistad por una tonta pelea. Eres como un hermano para mí y, por ello, eres muy importante en mi vida.

La sonrisa en el rostro de Alonso se desinfló.

–Me alegra saber que no me has reemplazado con nadie más. Ni siquiera con Jack, ahora que ha vuelto.

–Jack es una persona importante para mí, pero nunca podría ocupar tu lugar en mi corazón, Alonso. –Le dio un toquecito en la mano con su fusta–. Ese es solo para ti.

Él asintió, esbozando una sonrisa bastante forzada.

–Lo que me preocupa no es el lugar que yo tengo en tu corazón, sino el de Jack.

–¿A qué te refieres? –Ella frunció el ceño.

–Te conozco, Kathe, él te está convenciendo... Pronto estarás otra vez suspirando por él, y dispuesta a aceptarlo de nuevo, a pesar de lo que te hizo.

–Ya te dije que no será así. Jack podrá ser insistente, pero yo soy muy terca, y lo sabes bien.

–Aun así, considera poner alguna barrera de seguridad, como medida

precautoria.

–¿Barrera de seguridad?

–Ya sabes, algo que le impida acercarse a ti, que resulte como un escudo ante sus intentos de conquista.

–¿Pretendes que lleve puesta una armadura? Porque si es así, vas a decepcionarte, Alonso, esas cosas las dejaron de hacer hace siglos. Lo sé, la última vez que las busqué, no estaban dentro del catálogo de mi modista – bromeó–. Además, hace mucho calor para llevar metal.

–No, boba. –Le lanzó una ramita que arrancó de un árbol cercano–. Me refiero a que deberías tener un novio que te escude ante sus intentos de acercarse a ti.

–¡No pienso tener un novio solo para alejar a Jack! Ya bastante tengo con los rumores que ahora circulan sobre mí, para tener que meter a otra persona en medio de este embrollo –frunció el ceño–. Además, no sería justo para nadie que lo trate de una forma tan vil, convirtiéndolo en mi novio, solo para utilizarlo...

–No un novio real, un cómplice que te ayude con tu cometido.

–Y ese sería ¿mantener lejos a mi ex?

–Exacto. –Él asintió–. Pero no puede ser cualquier tipo, eso es obvio. Tiene que ser alguien de confianza, que no intente propasarse contigo ante la primera oportunidad. Alguien cercano... Como yo.

–¿Tú? –ella soltó un resoplido–. Jack jamás se lo creería, eres como mi hermano.

–¿Y por qué no he de poder ser tu novio? ¿Es que no te parezco atractivo?

–Bueno... Admito que nunca lo he considerado. –Ella lo estudió de arriba abajo, como si lo notara por primera vez–. Supongo que sí... algo. –Se encogió de hombros.

–Nada como las palabras de una mujer para reforzar tu hombría –expresó él, sarcástico, encasquetándose el sombrero hasta las cejas.

–Lo siento, Alonso. –Ella acercó su montura para tomar su mano–. Es que

no sé qué decir. Me tomas por sorpresa, crecimos juntos en la misma casa, siempre te he visto como...

–No digas hermano –gruñó, sin mirarla.

–Un primo cercano. –Ella intentó no molestarlo–. Eres el ahijado de mis padres, Alonso. Desde el día en que fallecieron tus padres, que en paz descansen, has sido mi amigo, pero también ese buscapleitos imparable que siempre me molestaba, que se divertía haciéndome bromas pesadas y tirándome de las trenzas, y siempre iba por ahí, armando conflicto junto con mi hermano. Para mí, eres eso, mi hermano mayor... Y Jack lo sabe muy bien. – Suspiró, negando con la cabeza–. No, Jack nunca podría verte como mi novio. Quizá si se tratase de Tobías...

–Ni lo pienses. –Él la interrumpió, dirigiéndole una mirada tensa.

–¿Es que no acabas de decir que tiene que ser alguien de confianza? Tobías lo es.

–¿Por qué mi hermano sí podría ser una buena elección y no yo?

–Porque yo estaba un poco enamorada de Tobías de niña... –admitió, sintiendo que el rostro le enrojecía–. Y Jack lo sabía.

–¿Él lo sabía?

–Sí, bueno... Es que tu hermano siempre fue tan serio y tan... No sé cómo describirlo... ¿Imponente? –tartamudeó con la vista fija en su silla de montar, incapaz de mirarlo a los ojos–. Desde ese día en que nos quedamos atorados en la ciénaga y Tobías llegó a rescatarnos, tuve un enamoramiento infantil por él. Nada serio, se me pasó, es claro, y ahora lo veo también como a un hermano. Pero Jack supo que él fue el primer hombre por el que sentí algo similar a una atracción.

–¿Y por qué nunca supe nada de eso?

–No es algo que fuese contándole a medio mundo, bobo. –Ella puso los ojos en blanco–. Una dama es discreta con los sentimientos que guarda en su corazón.

–Pero se supone que soy tu mejor amigo. Y Tobías es mi hermano mayor,

tenía derecho a saberlo.

–No le des tanta importancia, eso ya pasó y fue hace muchos años, te dije que solo era una niña y no fue nada serio, solo un enamoramiento infantil. – Ella lo miró a los ojos, confundida porque de pronto él pareciera tan molesto –. Pero si no quieres que le pida que sea mi novio de mentira, solo dilo.

–No quiero.

–Bien, como sea. –Ella apretó los labios, molesta–. Entonces supongo que me quedaré sin novio falso, porque además de ustedes, no tengo a nadie a quien le tenga confianza para pedírselo. Excepto por Eduardo, pero aquello no solo sería estúpido, sino también contra la ley.

–Ya te dije que podría ser yo.

–No.

–¿Por qué no? –Él frunció el ceño–. ¿Porque no soy imponente como Tobías? –imitó su voz.

Ella se giró, fulminándolo con la mirada.

–No puedo pedirte que seas mi novio falso, porque Rahela está enamorada de ti.

–¿Qué...? –Él se quedó petrificado, mirándola con la boca abierta–. Yo... no lo sabía.

–Por supuesto que no, eres tan tarugo como un asno cuando se trata de los sentimientos de las mujeres. ¡Y no te atrevas a decirle a Rahela nada al respecto! –le advirtió, señalándolo con su fusta–, la pobre chica es tan tímida, que antes que admitirlo se moriría. Rahela es muy sensible cuando se trata de temas de amor.

–¿Ella...? ¿Ella te lo confesó? –le preguntó él, todavía estupefacto.

–Por supuesto que no, pero es obvio.

–Si no ha dicho nada, entonces puedes estar equivocada y solo pueden ser imaginaciones tuyas. Además, Rahela es solo una niña.

–Sí, es verdad, y por ello te ve imponente.

–¿Quieres decir, del mismo modo en que tú veías a Tobías?

—Exacto. Solo que ella es mucho más seria que yo... Y mayor que yo cuando me sentía atraída por Tobías. Eso convierte sus sentimientos en algo más serio, como todo lo que rodea a Rahela. Y por ello me preocupa herirla — se explicó Kathe, adoptando una expresión grave—. Como sea, eres tú a quien ella quiere, y le dolería en el alma vernos juntos.

—Bien, entiendo. —Él se encasquetó el sombrero con fuerza, en un gesto nervioso—. No heriremos los sentimientos de Rahela... Tal vez si le explicásemos...

El sonido de una carreta avanzando a gran velocidad por el camino principal, interrumpió su diatriba.

Sin intercambiar palabra, ambos pusieron al galope sus monturas, con toda la intención de averiguar qué sucedía.

La carreta se detuvo ante la casa grande, y Kathe notó la inconfundible figura de Jack saliéndole al paso al recién llegado, que resultó ser Emilia.

—Dios mío, ¿qué habrá pasado? —preguntó, azuzando con más fuerza a su caballo para que aumentara la velocidad.

—¡Kathe, no vayas tan rápido! —le gritó Alonso, haciendo lo posible por seguirla de cerca—. ¡Vas a desnucarte, mujer!

Pero ella no lo escuchó, y siguió corriendo hasta conseguir alcanzar la carreta. En ese momento Emilia hablaba con sus padres y con Jack, llorando a lágrima viva.

—...no la encontramos por ningún lado y tememos que pudo haberle pasado algo...

—Emilia, ¿qué sucede? —le preguntó Kathe, deteniendo la montura a su lado. Su amiga la miró con expresión compungida a causa de la preocupación, y hablando con una voz colmada de ansiedad, le contestó:

—¡Kathe, es Enriqueta! ¡Ha desaparecido! —exclamó, sollozando amargamente—. ¡Se ha marchado de casa y desde ayer no sabemos nada de ella!

CAPÍTULO 24

—¿Por dónde crees que pudo marcharse? —le preguntó Alonso, deteniendo su montura a orillas de un peñasco para poder echar un vistazo al camino que se extendía bajo la cañada.

—No lo sé, pero lo más seguro es que iba a pie, por lo que no pudo ir muy lejos.

—A menos que alguien se haya ofrecido a llevarla o que ella robase un caballo.

—Enriqueta no monta, odia a los caballos desde que tuvo uso de razón. —Kathe soltó un largo suspiro—. No alcanzo a ver nada. Será mejor que bajemos, desde aquí no podremos notar si hay huellas en el camino.

—Sí, creo que será lo mejor. —Alonso la siguió. Había tenido la esperanza de ver a la chiquilla desde ese punto, pero con la noche a punto de caer y las sombras alargadas, era difícil distinguir nada allá abajo.

Una vez en el camino, un par de jinetes se acercó al galope hacia ellos. Un enorme perro corría al lado de uno de los caballos, y Kathe supo enseguida que se trataba de su padre.

Y de Jack. A él también lo hubiese reconocido donde fuera.

Una sonrisa afloró en sus labios al notar la camaradería que ambos compartían. Podía ser que para ella todo fuese diferente, pero esos dos parecían haber retomado su relación en el mismo punto donde la dejaron, cuando Eric veía en Jack a otro de sus hijos. Y ahora, una vez más, eran inseparables.

—La noche pronto caerá —anunció Eric, quitándose el sombrero para limpiarse el sudor con el pañuelo que llevaba anudado al cuello—. Y no habrá luna, por lo que, dentro de nada, apenas seremos capaces de ver la nariz de nuestros caballos delante nuestro.

—¿Qué sugieres? —preguntó Kathe—. No podemos abandonar la búsqueda, si

Enriqueta se ha perdido en medio de la nada...

–No te preocupes, no dejaremos a esa muchacha a su suerte. Usaremos linternas y seguiremos las viejas sendas, para que los caballos no tropiecen.

–Buena idea...

–En cuanto a ti, te marcharás a casa.

–¿Qué? –Kathe arqueó las cejas—. Pero...

–No repliques, Katherina, no te lo estoy preguntando –dijo su padre, usando esa voz de mando que no admitía réplicas—. Una mujer no debe andar de noche por los caminos, es muy peligroso. Jack te acompañará a casa y se asegurará de que llegues a salvo.

–Ni hablar...

–Yo puedo acompañarla –intervino Alonso.

–Gracias, hijo, pero eso no será necesario. Jack llevará a Kathe, y tú me guiarás hacia esa zona especial del lago, donde se dice que se reúnen los jóvenes para nadar y hacer tonterías.

–¿Yo? –Alonso frunció el ceño, ofendido—. ¿Por qué asumes que yo conozco ese sitio?

–Si alguno de los cuatro aquí presentes conoce un sitio donde hacer estupideces, tú eres el elegido, hijo –contestó Eric, poniendo al paso su montura—. Anda, no te ofendas, es solo la verdad.

–Intentaré no tomármelo personal. –Alonso frunció el ceño y se giró hacia Jack antes de que este pudiese alejarse—. Cuida bien de ella, y ni se te ocurra propasarte, o lo próximo que verás, serán tus bolas colgando frente a tus ojos, después de que te las corte.

–Demonios, Alonso, intenta controlarte. –Jack le dirigió una mirada dura—. Primero mi culo y ahora mis bolas. Sé que siempre has querido meterme mano, pero ya te dije que eso a mí no me va.

Alonso hizo ademán de saltar del caballo con toda la intención de ir a golpearlo, pero Eric se interpuso entre ambos antes de darle oportunidad.

–Ustedes dos, largo. –Eric apuntó con un par de dedos a Jack y Kathe—.

¡Ahora!

–Mejor haz lo que dice, cuando usa ese tono de voz, está hablando en serio –le advirtió Jack a Kathe, azuzando su caballo.

–Como si tuvieras que decírmelo –replicó ella, saliendo al galope a su lado.

Unos metros más adelante, Jack bajó la velocidad para no agotar a su caballo y ella lo imitó, temiendo que hubiese ocurrido algo malo.

–¿Qué es lo que ocurre? –le preguntó, situándose a su lado–. ¿Está cojeando?

–No, pero la luz es escasa y no quiero ir muy rápido, el animal podría tropezar. Lo mejor será continuar al paso, no queremos que alguno de estos chicos se rompa una pata.

–Tienes razón, será lo mejor –convino ella, avanzando a su lado, manteniendo los ojos muy abiertos, atenta al paisaje que los rodeaba, en caso de que alcanzara a distinguir algo que los condujera a Enriqueta.

–Tranquila, ya aparecerá –le dijo Jack, estirándose para tomar su mano–. Esa chica es muy fuerte, sin duda debe estar escondiéndose para armar un gran alboroto y que su madre no la reprenda por alguna travesura.

–Eso espero... –Ella forzó una sonrisa que no sentía, porque en el fondo no creía que fuera así.

Sabía que Enriqueta cargaba con un secreto demasiado pesado para ella, y que el miedo pudo orillarla a hacer alguna tontería que pusiera en peligro su vida...

Quizá fuera en busca de alguna hierbera, de esas que sí hacían lo que ese medicucho del pueblo había insinuado, o había huido de casa, avergonzada y temerosa por las consecuencias que sus actos le traerían, o pudo perderse en el campo, encontrarse con algún animal peligroso, caerse... Había tantos peligros allá afuera y ella era tan solo una chiquilla asustada.

–¿Estás teniendo uno de tus extraños presentimientos...? –le preguntó Jack, de repente.

–¿Qué...?

–Un presentimiento –contestó él–. Recuerdo que solías tenerlos antes... ¿Aún los experimentas?

–Sí, así es. –Ella sonrió. Apenas recordaba haberle mencionado algo al respecto, pero era obvio que él no lo había olvidado–. Y sí, tengo ese sentimiento de que algo malo va a suceder... Como una presión en la boca del estómago –le explicó–. Lo siento desde ayer, cuando vi a esa mujer en el campo... –Se quedó callada de repente.

–¿Qué mujer?

–Nada, no es nada. –Ella cerró los ojos, rezando porque estuviera equivocada.

Esa mujer no podía ser Enriqueta, debió ser un espíritu errante, como los tantos que habían esparcidos por el mundo.

–Bueno, no sirve de nada que te mortifiques por ello. –Jack le dedicó una sonrisa amable–. Estoy seguro que es más tu preocupación por esa chica, que otra cosa. Tú siempre le has tenido gran afecto.

–Sí, supongo que eso debe ser... –contestó ella, intentando sonreír, a pesar de que se sentía al borde del llanto.

De pronto, una extraña emoción la atenazó. Una especie de insoportable tristeza, desesperanza, miedo y dolor... La conmoción por la intensidad en que llegó la abrumó, al tiempo que una especie de sopor le impedía pensar. Un abrumador peso se instaló en su pecho, impidiéndole incluso respirar.

–¿Kathe...? –Jack le dirigió una mirada preocupada–. ¿Qué ocurre?

–Detén los caballos –ella le ordenó con voz firme y un tanto severa.

–Estás pálida, ¿te sientes mal...?

–¡Silencio! –exclamó, bajando de su montura como una autómatas para comenzar a avanzar entre la hierba.

–¡Kathe, aguarda...! –Él hizo lo mismo y corrió tras ella–. ¿A dónde vas...? ¡Kathe!

Pero ella no parecía prestarle atención a sus palabras, por un momento, fue

como si ni siquiera notara su presencia.

Avanzaba como una ensoñación entre la maleza crecida, y Jack tuvo que apurar el paso para no perderla entre las sombras, que a cada minuto eran más pronunciadas.

—Kathe, pronto nos caerá la noche, no puedes meterte en la selva de este modo... —Se calló cuando la vio detenerse, a escasa distancia de él.

Parecía rígida, asustada, mientras observaba algo más allá del cauce del río.

—¿Qué ocurre? —le preguntó casi sin aliento después de esa repentina carrera—. ¿Kathe...?

La tocó por el hombro y notó que temblaba. Lentamente, ella se giró hacia él, y pudo notar las lágrimas que mojaban su rostro, de un tono tan pálido que por un momento temió que ella estuviera a punto de desmayarse.

—Está muerta.

—¿Qué...?

—Está muerta —repitió con voz frágil, y señaló más allá del río, cerca de unas rocas donde algunas hojas de árbol y troncos viejos se amontonaban, llevados por la corriente del agua.

Y allí, apenas visible entre los escombros, Jack alcanzó a distinguir el cuerpo sin vida de una persona.

—Dios mío... —musitó, sintiendo que de pronto la sangre le abandonaba el cuerpo.

Apenas era perceptible con la escasa luz del atardecer y la distancia que los separaba, pero por la falta de ropa y el cabello largo, Jack estuvo seguro de que se trataba de una mujer.

—Es Enriqueta —le dijo Kathe, comenzando a temblar de forma tan violenta que él debió sostenerla por la cintura—. Enriqueta está muerta.

CAPÍTULO 25

El contorno de una mujer se hizo visible a escasa distancia de ella, y poco a poco comenzó a intensificarse, como el borrón de una imagen bastante similar a la que había sido la de Enriqueta en vida.

Ella le dirigió una mirada triste que a Kathe le atravesó al alma. Tenía sangre en el rostro y en el vestido, de un hermoso tono amarillo vivo, que combinaba con el paraguas que llevaba en la mano.

El paraguas que ella le había regalado...

–Ayúdame... –la escuchó decir con voz lejana y aterrada, antes de apartar el rostro y comenzar a caminar hacia el río.

Apenas hubo dado un par de pasos cuando la silueta se desvaneció en la nada, como si nunca hubiese estado allí.

–Enriqueta... –musitó Kathe, sintiendo las lágrimas calientes rodar por sus mejillas.

–No lo sabemos. No podemos estar seguros de que sea ella –musitó Jack contra su oído, pegándola con fuerza contra su cuerpo y colocando una mano sobre su rostro, para impedir que siguiera viendo aquella terrible imagen–. Puede tratarse de otra persona.

–Es ella –contestó Kathe con voz débil, pero con total seguridad–. Lo sé... Porque la acabo de ver ahora mismo, de pie a tu lado.

–¿Qué...? –Jack se giró tan rápido como si acabasen de pincharlo con un atizador ardiendo, pero no vio a nadie.

Entonces, la luz del recuerdo iluminó su mente. Debía de tratarse de los dones, esas extrañas habilidades que tanto Jenica, como Kathe y sus hermanas, compartían.

Ahora recordaba que ese don también comprendía el ver espíritus...

Un don que, sabía, a Kathe nunca le había gustado.

–Tranquila –le dijo, atrayéndola en un abrazo protector–. Todo va a estar bien, Kathe.

–Debí saberlo... –Ella sollozó sobre su hombro–. Debí hacer caso de mi presentimiento, prevenirla... Evitar que se marchara.

–Kathe, esto no es tu culpa ¿de acuerdo? –La obligó a mirarlo a los ojos–. Esto es algo desafortunado, sin duda, pero la vida es así. A veces ocurren accidentes...

–Jack, esto no fue un accidente. –Ella lo miró también, con una expresión tan seria que supo que no bromeaba–. A Enriqueta la asesinaron.

Esa noche, Jack demostró una fortaleza y un temple que le resultaron sorprendentes, y que dudaba que ella alguna vez pudiera imitar.

A pesar de la oscuridad y los peligros que podía ocultar la vegetación y el río a esa hora, Jack entró en el agua y rescató al cuerpo de Enriqueta de la broza.

Kathe había intentado acercarse a ayudarlo, pero él le ordenó que se mantuviera alejada. No era una imagen que ella debiera recordar.

La pobre chica estaba desnuda, la habían despojado de todas sus ropas, y una gran variedad de moretones eran visibles en la mayor parte de su cuerpo.

Mostrando una ternura y un respeto que a ella le hicieron saltar las lágrimas de nuevo, Jack envolvió el cuerpo de la chica con su chaqueta y algunas mantas que llevaba en su alforja. Y luego, con sumo cuidado, subió el bulto a lomos de su caballo, donde lo amarró con presteza y delicadeza, para no lastimarlo.

Kathe aún sentía que estaba viviendo algo que no era real. Jack la tocó por el brazo, llamando su atención cuando las palabras no lo consiguieron.

–Vamos a casa, Kat.

Ella asintió, sin verlo, y dio un paso hacia su caballo, pero él la detuvo. Con un gesto suave, la envolvió por la cintura y la subió sobre la silla.

–No parecías tener las fuerzas suficientes para subir por ti misma –le

explicó, con calma, una vez que subió tras ella, montando sobre el lomo de su mismo caballo.

Ella solo consiguió asentir con la cabeza. Podía entender que él intentaba protegerla de esa realidad. Jack debió notar que no podía dejar de temblar y temió que terminara cayendo del caballo, incapaz de mantenerse firme sobre el estribo al intentar subir en su montura.

Jack, como si deseara meterla en una burbuja, la envolvió con un fuerte brazo por la cintura, como si intentara asegurarla por todos los medios a la silla.

—Todo va a estar bien, lo prometo —le dijo al oído, asegurándose de que ella se encontrase en condiciones de comenzar la cabalgata.

Estaba seguro que por un momento ella ni siquiera había estado respirando, y eso lo asustó mucho.

—Oh, Jack... Eres tan bueno... —gimió ella, agradecida de que fuera él quien la acompañara en ese momento, porque dudaba que existiera otra persona sobre la faz de la tierra que pudiera entenderla tan bien como él lo hacía—. No tienes idea de cuánto te eché de menos... —confesó sin pensarlo, llevada por ese momento de debilidad.

—Yo también te eché de menos, amor mío —le susurró con sumo afecto, dedicándole una sonrisa triste y colmada de amor—. Y estoy dispuesto para hablar de esto todo cuanto quieras en otra oportunidad, pero ahora mismo creo que debemos ir a casa, ¿de acuerdo? No quiero que la oscuridad nos pille precisamente aquí.

—Tienes razón, lo siento.

—No te disculpes, cariño. Ha sido lindo escucharte decir que me extrañaste, después de todo. —Sonrió y puso al paso la montura, manteniendo las riendas de su caballo bien atadas en el cuerno de la silla, vigilando que su potro avanzara con cuidado y los siguiera de cerca, de modo que el bulto que cargaba encima no sufriera daños.

—¿Tendremos que atravesar el río? —le preguntó ella, cuando llegaron a la orilla.

—Sé que los odias, cariño, pero no tenemos opción esta vez. Vadearlo tomaría demasiado tiempo, y debemos darnos prisa; la noche caerá pronto, y esta no es una noticia que pueda esperar hasta la mañana.

Kat asintió una vez más, concentrándose en su respiración y en la presencia de Jack, que de alguna forma le infundía fortaleza para continuar y no desmoronarse en llanto, como una parte de ella parecía obstinada a hacer.

Llegaron a su casa antes de que siquiera lo notara. Kathe no conseguía disipar la nube que cubría su mente, por más intentos que hacía por conseguirlo.

Jack se apeó primero del caballo y le tendió los brazos para ayudarla a hacer lo mismo. Pero ella continuaba tan aturdida que en realidad fue él quien tuvo que bajarla, pues Kathe apenas era capaz de mover un músculo.

—¿Qué ha pasado? —Jenica salió corriendo de la casa para acudir a su encuentro.

Jack la miró con gesto apesadumbrado, manteniendo un brazo firme sobre la cintura de Kathe.

—Hemos encontrado a Enriqueta —le informó a la mujer.

Ella detuvo sus pasos, abriendo los ojos como platos cuando se fijó en el bulto que yacía sobre el lomo del otro caballo.

Kathe sintió un enorme pesar en el instante en que vio cambiar la expresión en el rostro de su madre, en el preciso momento en que comprendió que el bulto en el caballo se trataba del cuerpo de Enriqueta.

No podía creer que era en eso en lo que Enriqueta se había convertido. Un cuerpo.

Una masa de carne sin vida flotando sin control entre la basura del río...

De pronto, todo el aplomo que Kathe había conseguido mantener se desmoronó. Las lágrimas comenzaron a salir a borbotones, cuando ella fue incapaz de retenerlas por más tiempo.

A su lado, Jack la abrazó con fuerza contra su pecho, y enseguida Kathe sintió el familiar abrazo de su madre, uniéndose a ellos.

—Katherina ha tenido un día duro, necesita descansar y quizá tomar uno de sus famosos té para los nervios —le dijo él a Jenica, y al alzar la vista, Kathe notó que una lágrima resbalaba por el rostro del hombre—. Quisiera quedarme, pero debo marcharme enseguida. Debo darle la noticia a los demás...

—Que sea un peón quien vaya. —Jenica ahuecó una mano en su mejilla, en un gesto maternal, preocupada por él—. Luces agotado, Jack, y estás empapado.

—Se lo agradezco, pero tengo que ser yo quien comunique estas noticias a su madre —le aseguró Jack, con voz decidida—. Después de todo, fui yo quien la encontró en el río, y lo considero mi obligación.

—Yo también estaba allí... —Kathe iba a replicar, pero él posó un dedo sobre sus labios, silenciándola.

—Eso lo mantendremos en secreto por ahora, ¿de acuerdo? No quiero que te veas implicada en medio de esto, con gente acosándote con preguntas en este momento. Necesitas reponerte de lo que acabas de vivir.

—¿Y qué hay de ti? Ha sido duro también para ti, no puedo cargarte todo el peso de esta tragedia...

—Kathe, no es la primera vez que vivo algo así —le aseguró, posando una mano en su mejilla—. Te aseguro que puedo soportarlo.

—Pero...

—Si de verdad quieres ayudarme, entra a tu casa con tu madre y descansa, lo necesitas. —Le dedicó una suave sonrisa, antes de inclinarse sobre su rostro y besarla en la mejilla—. Volveré lo antes posible.

—Eres muy considerado, Jack. —Jenica le dedicó una mirada colmada de orgullo—. No tengo palabras para agradecerte. Y solo te pido, regresa a casa en cuanto hayas concluido tus asuntos en el pueblo, ¿quieres? Te lo suplico.

—Por supuesto. —Él asintió, con expresión grave.

La puerta principal se abrió en ese momento y por ella se asomó Rahela. Sus ojos se agrandaron del mismo modo que los de su madre al ver la escena que encontró delante de su casa.

—¡Vuelve adentro, Rahela! —le gritó Jenica, en un tono autoritario raro en

ella—. Toma a Liana y enciérrense juntas en tu habitación, y no salgan de allí hasta que yo les diga, ¿me has entendido?

—Sí, mamá —contestó la joven, cerrando con rapidez la puerta.

—No te alteres, mamá, por favor... —le pidió Kathe, recuperando al fin el habla.

—Mi pobre niña, si estás tan pálida como un muer... El papel —se corrigió rodeándole los hombros en un abrazo para llevarla consigo al interior de la casa—. Y fría como una estatua de hielo. Vamos adentro, debes entrar en calor cuanto antes.

—Mamá, no puedo dejar a Enriqueta aquí afuera... —Kathe se detuvo, mirando el bulto con suma tristeza

—No te preocupes, Kat. Antes de irme, la llevaré al cobertizo tras los establos, allí estará a salvo y las niñas no la verán.

—Te lo agradezco, Jack, pero Eduardo y Tobías se encuentran en los caminos, junto a los otros peones, buscando a... —La voz de Jenica se apagó—. En fin, ellos no deben tardar en regresar y podrán hacerlo. No tienes que molestarte, ya has pasado por demasiadas cosas este día...

—No hay problema, se lo aseguro. —Se quitó el sombrero en señal de respeto, como siempre hacía cuando estaba ante la mujer—. No se preocupe por nada, me haré cargo de todo. En cuanto dé aviso al comandante de policía y vaya con él a hablar con doña Dorotea, buscaré a Eric y lo pondré al tanto de la situación.

—No te preocupes por eso, en cuanto Eduardo y Tobías regresen, les pediré que busquen a Eric y a Alonso. Ellos te alcanzarán en el pueblo, de ese modo no tendrás que enfrentarte a todo esto tú solo.

Él le dedicó una sonrisa amable, asintiendo con la cabeza.

—Eso sería un apoyo que agradecería bastante en este momento, si he de admitir —le dijo, antes de tomar las riendas de su caballo, todavía cargando con el cuerpo de Enriqueta, para encaminarlo a los establos.

—Jack... —musitó Kathe.

Él se giró enseguida hacia ella, sorprendido por su llamado.

Ella se apartó de los brazos de su madre y corrió hasta darle alcance.

–Cuídate mucho, por favor –le pidió, con voz suplicante.

Jack esbozó una sonrisa ladeada.

–Cuídate tú, mejor. –Slargó una mano y acarició su cabello–. Mientras tú estés bien, yo estaré bien, Kat.

Ella, incapaz de mantenerse firme después de todas las emociones vividas ese día, saltó sobre él y rodeándole el cuello con los brazos, lo besó.

Jack, sorprendió por aquel arranque, pareció dudar sobre lo que debía hacer. Pero cuando la sintió temblar contra su cuerpo, solo pudo rodearla con firmeza con sus brazos y estrecharla con todas sus fuerzas, ahondando ese beso que había llevado tanto tiempo esperando.

Y, entonces, ella se apartó. Mirándolo con lágrimas en los ojos, le dedicó una sonrisa sutil, antes de darse la media vuelta y correr a su casa, donde su madre la esperaba.

CAPÍTULO 26

Recostada en su cama, después de haber tomado un baño caliente y una taza del chocolate especial de su madre, Katherina mantenía la vista pegada al techo, incapaz de conciliar el sueño.

No podía quitarse de la mente la imagen del cuerpo de Enriqueta, flotando sin vida en el río...

Cansada de dar vueltas en la cama sin conseguir nada, se puso de pie y se dirigió a la ventana.

Las estrellas comenzaban a iluminar el firmamento, imperturbables ante la agonía que se vivía entre los seres que habitaban la tierra.

–Mi niña, te traje un té caliente. –Jenica entró a su habitación, llevando una humeante taza que puso entre sus manos–. Ahora recuéstate y verás cómo pronto te sentirás mucho mejor.

–No puedo sentirme mejor mamá... –musitó ella, en una voz tan baja que era apenas audible–. En este momento debería estar acompañando a Jack, al lado de Emilia y de su madre, ¡haciendo algo! –exclamó, enojada, dejando la taza a un lado–. No permaneciendo aquí, calentita y en mi camita, como una bebida, cuando todos los demás allá afuera están pasando un infierno.

–Cariño, no hay nada que puedas hacer. –Jenica posó una mano en su hombro–. Jack quería que te quedaras aquí, él te lo dijo, y varias veces: la mejor forma de ayudar a alguien es haciendo lo que te pide. En cuanto a Emilia y Dorotea, deben tener intimidad para llorar su pérdida. Ya iremos a verlas mañana, pero ahora debes darles espacio.

–Podría ser útil, servirles de algo, ayudar con lo que sea, las flores del funeral, limpiar el cuerpo...

–Ya habrá tiempo de todo eso mañana. Ahora debes pensar en ti misma, recobrar fuerzas. Lo que viviste hoy te afectó en lo más hondo, hija. Si no consigues recuperarte, no podrás ayudar a nadie. –Jenica acarició su mejilla y

la atrajo en un abrazo maternal—. Todo estará bien, te lo aseguro. El tiempo lo cura todo, solo...

—¡El tiempo no cura nada, mamá! —contestó ella, con aspereza, sintiendo que las lágrimas le nublaban la visión—. Emilia no dejará de sentirse devastada por la muerte de su hermana ni en un año ni en cien, ni tampoco su madre. El tiempo no las ayudará en nada... —Se soltó a llorar, dejándose caer sobre la cama.

—Es la amargura del momento lo que nubla tu juicio y tus palabras... —Escucharon el sonido de caballos cerca—. Debe ser tu padre. Iré a ver que noticias trae, tú quédate aquí y trata de descansar, cariño. —La besó en la mejilla—. Ánimo, mi cielo. Esta experiencia ha sido dura, pero Dios no pone pruebas a quienes no son capaces de superarlas.

—Pues me temo que yo seré la primera en decepcionarlo —replicó ella, cruzándose de brazos.

Jenica negó con la cabeza y se marchó, cuidando de cerrar la puerta tras ella.

Kathe escuchó las voces mezcladas de sus padres y de sus hermanos, de seguro todos se habían encontrado en el pueblo, antes de volver a casa acompañados por el comandante de policía y un par de gendarmes.

Deseosa de saber más, Kathe se asomó por la ventana. Vio a Jack, su figura le resultaba inconfundible a pesar de la distancia y la cantidad de gente que lo rodeaba.

Él alzó la vista hacia ella, como si de pronto presintiera que estaba siendo observado. Sus ojos se encontraron directamente, pero él no hizo nada, no dijo nada tampoco, con la intención de no descubrirla.

En ese momento, uno de los gendarmes que lo seguían, se le acercó y le dijo algo. Jack asintió con la cabeza e hizo una seña para guiarlos a todos hacia la parte trasera de las caballerizas y conducirlos al sitio donde había dejado reposando los restos de Enriqueta.

Sintiendo que los temblores le volvían al cuerpo, Kathe se apartó de la cortina y se dejó caer en su cama.

De dos largos tragos se bebió todo el té. El efecto llegó rápido, relajándola enseguida. Su madre debió poner una buena cantidad de valeriana en él.

Cerrando los ojos, dejó caer la cabeza sobre la almohada, deseando desterrar de su memoria todos los recuerdos de ese horrible día.

La presencia de alguien más en la habitación la despertó de golpe. Kathe se sentó en la cama, con la intención de encender la luz que descansaba sobre su mesita de noche, cuando una mano cálida se posó en la suya, deteniendo sus movimientos.

–Tranquila, solo soy yo. –Escuchó la voz de Jack–. No te asustes.

–¿Jack...? –Entornó los ojos, acostumbrándose a la oscuridad. Entonces fue cuando lo vio, su silueta apenas distinguible en la oscuridad de la habitación, sentado en una silla junto a su cama.

–No hables tan alto, Kat, o tu padre vendrá a meterme una bala por el culo.

Ella sonrió, dejándose caer de vuelta sobre las almohadas.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó con voz cuidadosamente baja. Su padre ya no era un jovencito, y ya no tenía tan buen oído como antes, pero no por ello iba a armar un escándalo en su habitación que consiguiera despertarlo.

–Quería asegurarme de que estuvieras bien –le explicó él, sentándose a su lado, en la cama–. Cuando te dejé no estabas precisamente...

–¿Cuerda?

–En tu mejor momento –la corrigió, y ella notó la calidez de sus dedos recorriendo los mechones de su cabello–. Dime, Kat, ¿te sientes mejor?

–No podría asegurarlo, no fue una experiencia que pueda olvidar de la noche a la mañana. Aunque no es algo de lo que deba quejarme, tú te llevaste la peor parte cuando yo me quedé allí plantada como una completa cobarde.

–No digas eso, es algo normal que reaccionaras de esa manera, conocías a esa chica, era tu amiga. Además, aunque no hubiese sido así, no te habría permitido acercarte, Kat. –Su rostro se ensombreció a causa de la tristeza–.

No es algo que quisiera que vieras.

–Ella estaba... ¿muy mal?

Jack se removió en la cama, y ella notó que se pasaba una mano por el rostro.

–No es la forma en que me habría gustado recordar a Enriqueta.

–Te entiendo... –Suspiró Kathe, fijando la vista en la ventana–. Enriqueta era muy guapa... No se merecía un final tan horrible. Ser asesinada...

–Eso no lo sabes con certeza.

–Lo presiento. Igual que presentí que ella se encontraba en ese lugar... justo antes de verla.

–¿Te refieres a la forma física o...?

–Ambas. –Apretó con tanta fuerza las manos que sus nudillos se volvieron blancos–. Odio tanto esto... Este don –dijo con voz ronca, sintiendo la sal de las lágrimas en los labios–. Y hoy lo odié más que nunca... –Se pasó las manos por los ojos, secándose las lágrimas de forma ruda–. De niñas éramos los bichos raros del pueblo, y ahora... –Soltó un sollozo ahogado–. Ahora todo el mundo creerá que me he vuelto loca cuando deba revelarles que ha sido un presentimiento lo que me ha llevado hasta el cuerpo de esa pobre chica, y no solo eso, me enviarán a un manicomio cuando les confiese que he visto el espíritu de Enriqueta.

Jack la rodeó por los hombros y la atrajo contra su pecho, permitiéndole desahogarse.

–No tendrás que hacer nada de eso, Kat. Mañana, cuando vuelva la policía a hacer preguntas sobre cómo sucedió todo, será a mí a quien interrogarán. No a ti, ¿te ha quedado claro? –Jack le dijo con una voz firme, que no aceptaba réplicas–. Y tú no te acercarás a ellos a decir ni pío al respecto porque no estuviste allí, ¿me has entendido?

–¿Cómo que no estuve allí...?

–Les he dicho que estuve solo. Que fui yo quien halló el cuerpo de Enriqueta, mientras iba de camino para encontrarme con Eric y Alonso,

después de dejarte en tu casa, a salvo.

–¿Por qué...?

–Porque sé lo mucho que siempre has odiado tener que explicarle a la gente las cosas que ves o que presientes. Porque sé que hay muchos que no te creerían. Porque sencillamente quiero protegerte, ¿de acuerdo? –concluyó, mirándola con esos ojos tan negros e intensos que eran capaces de traspasarle el alma.

–Jack, no tenías que...

–Sí, sí tenía –la atajó antes de que comenzara a soltar una diatriba–. Lo que ha sucedido ya ha sido bastante duro, Kat, como para que encima tengas que soportar una investigación policiaca. Deja que me haga cargo de contestar a las preguntas, sé lo doloroso que podría ser para ti tener que hacerlo, lo acosadora que puede llegar a ser esta gente en su afán de conseguir respuestas, y no pienso permitir que vivas esa tortura –le aseguró.

–Te lo agradezco, Jack, pero no me parece correcto que seas tú solo quien cargue con el peso de la investigación y las preguntas de la policía.

–Es así como quiero que sea, por lo que te agradecería que te mantengas al margen de esto, ¿de acuerdo? –le pidió, mirándola con expresión grave–. Y en este momento, será mejor que me hagas caso y mantengas las cosas así, porque si se te ocurre ir a decir que he mentado, me dejarás como un embustero ante todo el pueblo, porque ya he dado mi declaración, Kat.

–No sé qué decir... Es que no me parece justo.

–No digas nada, solo descansa. Ha sido un largo día. –Sonrió, acariciando su cabello con movimientos lentos y colmados de ternura.

–Jack... No sé qué habría hecho sin ti este día. Te hiciste cargo de todo en el río... Yo... Yo no sabía qué hacer...

–No sigas pensando en eso, te torturas manteniendo esa imagen en tu mente. Solo apártala, aunque sea por un momento, para que puedas dormir.

–Es que me siento tan molesta conmigo misma, saber que has sido tú quien ha tenido que llevarse el peso de... esta pesadilla. –Su voz se apagó–. Trajiste

a Enriqueta a casa, y luego fuiste a buscar a la policía, mientras yo me quedaba aquí, descansando y sin preocupaciones...

–Sin preocupaciones no, porque es obvio que esas no te han abandonado. Y te quedaste aquí porque yo te lo pedí, ¿recuerdas?

–Es solo que no es justo, yo debí acompañarte, Jack. Y, me pesa... Me pesa saber que lo has hecho a pesar de cómo te he tratado... –Alzó la vista para encontrarse con sus ojos, ahuecando una mano en su mejilla–. Desde que llegaste, no has hecho otra cosa que cuidar de mí, protegerme...

–Te amo –le dijo él de lleno, hablando con palabras profundas, salidas directo del corazón–. Cuidar de ti, protegerte, es algo que hago con gusto –esbozó una sonrisa ladeada–. Sé que después de todo lo que hemos vivido y los errores que he cometido, no vas a creerme, pero Kat, haría lo que fuera por mantenerte a salvo. –Tomó la mano que ella mantenía en su mejilla y la estrechó con cariño contra su pecho, justo encima del sitio donde latía su corazón–. Haría lo que fuera por hacerte feliz, mi amor. Si está en mis manos el quitarte un peso de encima, no dudes que lo haré.

–No deberías... –musitó ella, sintiendo que temblaba cuando él la rodeó por la cintura, atrayéndola firmemente contra su cuerpo–. No somos nada...

–Podremos ser muchas cosas, Kat, pero en definitiva, nunca nada. –Él se inclinó sobre sus labios y, rompiendo la escasa distancia que los separaba, la besó.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Kat cuando sus labios tocaron los suyos, trayendo de vuelta los recuerdos del ayer a su piel. Las manos de Jack se movieron por su espalda, apretándola con fuerza contra su cuerpo, en un abrazo colmado de pasión, que la traspasó hasta la médula.

–Espera... –Ella se apartó, tomando una bocanada de aire.

–Lo siento... –Él la soltó, temiendo haberse propasado–. Quizá sea mejor que me vaya...

–No... Quédate... –Ella lo miró a los ojos, tan brillantes en aquella penumbra que le recordaban a las estrellas que acababa de ver a través de su ventana–. Quédate, por favor.

Lentamente se acercó a él y posó con suavidad un beso sobre sus labios.

Él pareció sorprenderse por aquel gesto, porque no se movió.

Kathe se apartó, pero antes de que pudiera alejarse, él ahuecó una mano en su nuca y la atrajo de vuelta para besarla de la forma más profunda y colmada de deseo de la que jamás se había atrevido a hacerlo, dejando al descubierto el amor que llevaba tantos años guardando en su corazón.

Las manos de él recorrieron su espalda, pegándola contra su cuerpo, buscando un acercamiento más íntimo. Ella, deseosa de lo mismo, le rodeó el cuello con los brazos, atrayéndolo, y ambos cayeron sobre el colchón, en medio de besos y caricias.

El peso de su cuerpo sobre el suyo le resultaba un tanto abrumador, esa cercanía que llevaban años esperando por compartir. Con manos temblorosas, ella desabotonó su camisa y exploró su cuerpo, bajando por sus hombros y espalda. Su piel le quemaba bajo el tacto de sus manos, y podía notar sus músculos tensarse allí donde acariciaba.

Sus besos le quitaban el aire; él mordía casi con fiereza sus labios, para luego tocarlos con tanta suavidad que la volvía loca de deseo. Notó la calidez de su mano subiendo por su muslo y trazando las curvas de su vientre, desprendiéndola de su camisón con una lentitud abrumadora. Ella no se quejó, se dejó hacer, perdida en ese mar de caricias y en el placer al que se estaba adentrando.

Él le subió la tela por la cabeza, y ella vio encenderse el deseo en sus ojos a medida que la recorría, devorándola con la vista. Ella intentó moverse, pero él no se lo permitió, manteniendo sus manos unidas sobre su cabeza.

—Quédate así por un momento, quiero grabar este instante en mi memoria para poder atesorar este recuerdo hasta mi último aliento.

Ella inspiró hondo, sin saber con exactitud qué debía hacer. Con una lentitud abrumadora, él movió un dedo por su vientre, trazando el círculo de su ombligo y subiendo por su piel hasta acunar la mano sobre uno de sus pechos. Comenzó a acariciarla con suavidad, despertando un placer desconocido que actuó como una ola de electricidad que bajó por su vientre y se instaló entre

sus piernas.

Él le dedicó una sonrisa ladina, deleitándose con aquella escena, antes de bajar la cabeza y depositar un suave beso sobre su clavícula. Un toque tan sensual que ella se estremeció de pies a cabeza al sentir aquel sutil roce.

Sus labios fueron bajando, depositando besos húmedos sobre su piel hasta posarse en la cima de su otro pecho, y entonces, para su asombro, él se metió el pezón a la boca y lo mordió, excitando todo su cuerpo. Ella gimió, arqueándose contra él, entregándose por completo, y él siguió jugueteando con sus pechos, mordiendo y chupando, llevándola del dolor al placer en una fracción de segundo, hasta hacerla perder la razón.

Ella notó la calidez de la palma de su mano en su entrepierna justo antes de que se posara en su parte más sensible, provocando una explosión de placer que la hizo retorcerse bajo su agarre. Lo oyó gruñir en su oído, pegándose a su cuerpo y friccionándose contra su entrada, dejando en evidencia la prueba de su deseo, que luchaba por escapar de sus pantalones.

Y ella deseó sentirlo más cerca, poseerlo por completo, como se puede llegar a poseer el paraíso. Él la besó con suavidad, como si temiera hacerle daño, pero ella todo cuanto quería era más de él. Enredando los dedos en su cabello, abrió la boca para él e introdujo la lengua en su boca, buscando probarlo, sentir su sabor, jugar con él y volverlo loco como él la estaba volviendo a ella.

Él gimió sobre sus labios, besándola con locura y pasión, mientras sus manos vagaban por su cuerpo, acariciando cada curva de ella como si deseara grabarla por completo en su memoria. Podía sentirlo firme y cálido entre sus piernas, avivando el fuego que ya ardía en su interior.

Llevó sus manos por su espalda y sus hombros, buscando tocarlo; quería sentirlo, saber qué era estar en contacto con el calor de su piel sobre ella. Y él debió adivinar sus pensamientos, porque se arrancó la camisa antes de inclinarse sobre ella y besarla con pasión, devorando sus labios ya sin frenos.

Cuando sus brazos volvieron a rodearla, ella gimió de placer al contacto de su fuerte y perfecto cuerpo sobre el suyo, la cálida piel de su pecho apretando

contra sus senos, en un movimiento tan sencillo y tan sensual que resultaba exuberantemente placentero.

Ella notó que él se apartaba para llevar una mano más abajo, hasta sus pantalones, y con movimientos apurados, se deshizo de ellos.

Aquello la asustó un poco, pero toda duda quedó desterrada en el olvido cuando él, acomodándose sobre ella, la miró a los ojos, nublados por la lujuria y el deseo.

–No vamos a llegar más lejos, solo quiero sentirte –le dijo al oído, antes de comenzar a morder su cuello.

Y entonces lo sintió. Duro y húmedo, contra la tela de su ropa interior, tan cerca que prácticamente podía notar su calor dentro de ella. Y cuando sus manos se apretaron en sus pechos con fuerza, al tiempo que él se frotaba contra su entrada, su cuerpo palpité sin control bajo sus caricias, la respiración se atoró en su garganta. Un calor húmedo bajando por su vientre cada vez que él se movía, restregándose contra ella en un ritmo delicioso que parecía ser capaz de volverla loca.

Sus piernas se abrieron a él de forma casi involuntaria, invitándolo a un acercamiento más íntimo. Incapaz de pensar, Kathe bajó las manos y las llevó por su espalda hasta sus caderas, atrayéndolo más cerca de ella. Aquello hizo que él se tensara y comenzara a moverse más violentamente contra su entrada. El placer aumentó y ella gimió, deseando sentirlo por completo en su interior.

Con una osadía de la que jamás se habría creído capaz, tomó su miembro con una mano al tiempo que con la otra se bajaba el calzón, y lo llevó hasta su entrada.

–Kat... No... –Él gimió en su oído, temblando como un poseso bajo su toque.

Ella lo notó duro y cálido en su mano, suave como nunca habría pensado que podría ser.

–Por favor... –suplicó, inclinándose para buscar sus labios al tiempo que tiraba de su virilidad.

Y él no pudo soportarlo más.

Rugiendo contra su oído, la embistió con fuerza, introduciéndose en ella de una sola estocada.

Ella gimió de dolor, y él atrapó su grito con sus besos, haciéndola olvidarse del malestar a medida que comenzaba a moverse dentro de ella.

Al principio Kathe se quedó quieta, pero pronto todo rastro de dolor quedó relegado cuando ese increíble placer se intensificó, ahora sin barreras que lo contuvieran. Ella se dejó llevar, perdida por sus besos y caricias, moviendo las caderas rítmicamente contra cada una de sus embestidas, cada vez más poderosas y profundas, hasta que el placer fue brutal, y ella sintió deseos de gritar.

Él, tomándola por las nalgas, la alzó por las caderas y se enterró tan hondo en su interior que ella gritó al sentir liberarse en el más extraordinario placer que había tenido en su vida.

Kathe se mordió los labios para reprimir el grito que emergió de lo más profundo de su interior cuando alcanzó el clímax al mismo tiempo que él. Un placer que parecía no llegar a su fin al sentirlo temblar dentro de ella, gruñendo contra su oído al liberarse en su interior.

Aún con la respiración agitada, él buscó su mirada y sonrió.

—Eso... ha sido, sin duda, lo mejor que me ha pasado en la vida.

Ella sonrió también, pasando una mano por su frente para apartar un mechón sudoroso de su rostro.

—Yo también lo creo —le dijo, agarrándolo de los mechones de cabello para atraerlo de vuelta sobre sus labios para besarlo.

Temblando todavía y sudoroso, él se recostó a su lado en la cama, y la atrajo contra su pecho.

—¿Kat?

—¿Sí?

—¿Ahora vas a casarte conmigo?

Ella soltó una risita baja, jugueteando con el bello de su pecho.

—Lo voy a pensar.

–No lo pienses mucho. No quiero que tu padre me pegue un tiro entre las cejas –bromeó, haciéndola reír–. Aunque si he de morir como castigo por lo que hice esta noche, lo aceptaré gustoso, porque no me arrepiento en absoluto.

–Eres un bobo... –Ella le dio un golpecito juguetón en el brazo.

–Solo prométeme que no me harás sufrir con la espera por mucho más tiempo, ¿lo harías? –Jack le dirigió una mirada colmada de fervor–. Sé mi esposa, y te prometo una noche como esta cada día de nuestra vida juntos.

Ella esbozó una sonrisa dulce, asintiendo con la cabeza.

–Lo prometo.

–Gracias, Kat.

–Jack... ¿Por qué siempre me llamas Kat cuando estamos a solas y nunca en público?

–Porque eres mi Kat, y de nadie más. No quiero que nadie más te llame como solo te llamo yo. –Se inclinó sobre sus labios para besarla una vez más.

Y ella notó que aquello volvía a la vida, tensándose muy cerca de su parte más sensible.

Entonces, el sonido de unos pasos por el pasillo los hizo ponerse en guardia.

–Creo que alguien se acerca –le dijo él en un murmullo, antes de salir de la cama de un salto.

–Ya no escucho nada. Debió ser alguien que iba al retrete –comentó ella, aguzando el oído.

–Será mejor que me vaya de todos modos, no quiero abusar de mi suerte esta noche. –Jack recogió su ropa y se la colocó a toda prisa, a pesar de que los pasos se habían detenido y lo más seguro era que nadie fuera a interrumpirlos–. Te veré mañana –le dijo, alargándole su camisón y su ropa interior, antes de darle un fugaz beso en los labios–. Te amo.

Ella rio, viéndolo escabullirse por la ventana para salir a hurtadillas. La misma ventana que había usado para colarse en su habitación.

CAPÍTULO 27

Al despertar a la mañana siguiente, lo primero que Kathe notó fue el perfume de flores frescas en su habitación.

Y entonces lo vio; un enorme ramo de flores violetas y amarillas se encontraba sobre la mesita de noche, junto a su cama, con una nota cuya letra escrita en la carilla reconoció enseguida como la de Jack.

Después de todo, había sido ella quien le enseñó a escribir, tantos años atrás, poco después de que llegó a la hacienda.

Tomó la hoja y la desdobló para leer su contenido, consistente en un simple par de líneas trazadas en el papel:

*«Que este día sea mejor que el de ayer.
Eres más fuerte de lo que crees, y recuerda,
yo estaré a tu lado a cada momento
para enfrentar lo que venga».*

Una sonrisa se formó en los labios de Kathe al leer aquella nota. Sabía que ese día no sería fácil, pero el saber que contaba con Jack la hizo sentirse acompañada, lo cual, aunque a veces no le gustara admitirlo, ayudaba a enfrentar las dificultades de la vida con mayor facilidad.

—¿Cómo te sientes esta mañana, cariño? Aunque ya casi es medio día... ¿Pudiste dormir algo? —le preguntó su madre en cuanto bajó las escaleras.

—Sí, un poco... —musitó Katherina, buscando en derredor a Jack—. ¿Y tú qué tal dormiste?

—También muy poco, todos estamos consternados por lo ocurrido —confesó su madre—. Temprano fuimos con Rahela a presentar nuestros respetos a Dorotea y Emilia. Tu padre y Verónica ahora están allá, haciendo lo mismo. Se han quedado a echarle una mano a Dorotea en todo lo que posible, Vero

incluso ayudó a preparar el cuerpo, porque la pobre mujer no tenía fuerzas para eso. Enriqueta lucía muy bonita, a pesar de todo... Como un angelito dormido. –Suspiró–. Más tarde irán tus hermanos al funeral, supongo... Cariño, ¿podrías llevar el chocolate a la mesa para el desayuno? –Cambió de tema tan deprisa que apenas Kathe tuvo tiempo de procesar sus palabras.

–Claro. –Con desgano, tomó la jarra con chocolate caliente de la mesita de la cocina, y la llevó al comedor, donde esperaba encontrar a Jack. Pero él tampoco estaba allí.

¿Se habría marchado de la hacienda y desaparecido de su vida, como lo hizo la última vez cuando algo de trascendental importancia ocurrió entre ellos...?

No, eso era estúpido. Ese pensamiento solo demostraba sus inseguridades. Jack no se marcharía, él le había prometido que jamás volvería a hacerlo...

–Tienes mal aspecto, Kathe... –Jenica entró en ese momento, llevando una charola con quesadillas recién hechas–. Tal vez deberías quedarte en cama hoy –sugirió, palpando su frente.

–Estoy bien, mamá, te lo aseguro. Además, quiero ir a ver a Emilia y a doña Dorotea y también presentar mis respetos, ayudar en algo... –Sus ojos se tiñeron de tristeza–. Ambas deben estar profundamente afligidas...

El rostro de su madre adoptó una expresión mortificada.

–Verónica y tu padre ya se están ocupando de ayudarlas y acompañarlas en este duro momento, en representación de nuestra familia. Además, ellas comprenderán que no te encuentres en condiciones para salir, después de todo, saben lo afectada que te encontrabas por la noticia. Se mostraron bastante comprensivas cuando se los comenté esta mañana, cuando asistimos al funeral con Rahela.

–¿Por qué no me despertaron para ir con también?

–Supusimos que sería mejor que descansaras. Lo que viviste ayer ya ha sido demasiado duro, cielo.

–Lo que yo siento no es nada comparado con lo que han de estar viviendo Emilia y Dorotea, debo ir a verlas, mamá. Lo entiendes, ¿no es verdad?

–Por supuesto. –Ella inspiró hondo, no le gustaba la idea, pero no le impediría cumplir con lo que Kathe sentía como su deber–. Solo hazme un favor y aguarda hasta que regresen los chicos de los campos. Si vas a ir, quiero acompañarte, pero no quiero dejar a Rahela y a Liana solas en casa.

–No es necesario que me acompañes, mamá. Puedo ir sola –le aseguró, tomando su sombrero del perchero.

–¡Katherina, te he dicho que no vayas! –gritó su madre, subiendo el tono de voz, algo extraño en ella. Por lo general su madre era una mujer calmada y suave de palabras–. Hay un asesino allá afuera y no permitiré que andes transitando sola por los caminos.

–Ya no soy una niña, mamá. Puedo cuidar de mí misma.

–Eres mi niña y no irás a ninguna parte sin que alguien te acompañe.

–Yo iré con ella. –Ambas se giraron al escuchar la voz de Jack–. Siento la intromisión, estaba dejando la leche recién ordeñada en la cocina cuando las escuché gritar... ¡Hablar! –se corrigió–. En fin, yo puedo acompañar a Kathe al pueblo.

–Por mí está bien. –Jenica esbozó una sonrisa amable–. Te agradeceré que la acompañes al pueblo, Jack. Si Kathe está de acuerdo, por supuesto... –Se giró a ver a su hija con gesto interrogante.

Kathe sintió que el corazón se le disparaba al verlo. Ese día lucía muy guapo, en especial sus ojos negros, que brillaban como diamantes cuando se posaron en ella.

–¿Kathe? –insistió su madre.

–Me encantará que me acompañes, Jack –contestó, dirigiéndole a Jack una sonrisa luminosa, al tiempo que asentía con la cabeza.

–En ese caso, todo ha quedado arreglado. –Jenica le dio un beso en la mejilla a Kathe y luego otro a Jack–. Cuida de mi pequeña, por favor. Las cosas no pintan tan bien como quisiéramos...

Jack frunció el ceño, notando la preocupación en las palabras de Jenica, pero prefirió no decir nada. No fuera a ser solo su impresión.

Emprendieron el camino al pueblo sin mayores inconvenientes que algunos charcos y el lodo provocados por la lluvia del día anterior. Kathe ni siquiera recordaba que hubiese llovido, de lo perdida que había estado en la aflicción de lo sucedido.

Sin embargo, la evidencia del agua era obvia, y su presencia resultaba hermosa de un modo extraño para un momento tan lúgubre. El verde del paisaje comenzaba a recuperarse tras la sequía, y el mundo parecía un lugar más hermoso, ajeno a la tragedia que se vivía entre los habitantes del pequeño pueblo de San José.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Jack, de repente, observándola por el rabillo del ojo.

Ella pareció despertar de un trance, había permanecido mirando el paisaje en busca de cualquier señal del espíritu de Enriqueta.

—Triste, en realidad... ¿Y tú?

—Me refería a... cómo te sientes físicamente —susurró, a pesar de que no era necesario, porque se encontraban a solas—. ¿No estás...? No lo sé, ¿dolorida? —Sus mejillas se encendieron, y ella sonrió, encantada con que pareciera abochornado ante ella.

—No, me siento bastante bien. —Ella frunció el ceño—. ¿Es eso malo?

—No, por supuesto que no —Jack soltó una carcajada—. Es solo que estaba preocupado por ti. En ocasiones, las mujeres dicen sentirse un poco adoloridas después de su primera vez... Es decir, eso he oído.

—Pues yo me siento bastante bien. Aunque claro, podría deberse a que no soy una chica virginal en el estricto sentido de la palabra.

—¿Ah no? —Él arqueó una ceja, sorprendido por esa declaración.

—¿Por qué? —ella se cruzó de brazos—. ¿Te molestaría que no fuera virgen? Porque tú tampoco lo eras, y no...

—Te amo, Kat —la interrumpió—. No me interesa si estuviste con otro hombre antes, mientras me mantengas solo a mí en tus planes a presente y futuro, ¿de acuerdo? —le aclaró—. Es solo que me sorprendiste... Nadie me habló de que hubieses tenido otro novio después de que me fui, ni siquiera tu padre.

–Oh, es que no fue un novio. Fue un caballo.

–¿Qué? –esta vez él se giró por completo para mirarla–. ¿Un caballo... caballo? –Repitió la palabra, como si decirla una sola vez no fuese suficiente para dejar claras las cosas.

–No es como suena... –Ella soltó una carcajada, al percatarse de lo que acababa de decir–. Jack, hay un motivo por el que las damas de la clase alta usan sillas de montar para mujer. El montar a horcajadas puede romper el himen ¿sabes?

–No..., no lo sabía –confesó con sinceridad.

–Es por ello que te dije que no soy virgen en el estricto sentido. Pero nunca estuve con otro hombre. –Lo miró a los ojos–. Tú fuiste el primero.

–Y el último. –Él estrechó su mano, sonriendo de forma socarrona–. Porque te casarás conmigo.

–Eso ya lo veremos... –Ella sonrió también y desvió la vista–. Ahora deja de pensar en lo que pasó anoche y ponte serio, vamos a un funeral, no lo olvides.

–De acuerdo, pero no me pidas que deje de pensar en lo que sucedió anoche. Es en todo cuanto puedo pensar ahora.

–¡Jack! –Ella le dio un golpecito en el brazo–. Ya basta, lo digo en serio.

–Yo también lo hago, no puedo dejar de pensar en ti. Tal vez si me dijeras que te vas a casar conmigo...

–No lo haré, y mucho menos si me presionas.

–Acéptalo ,Katherina, es tu destino. Tarde o temprano, terminarás por convertirte en mi esposa.

–Si eso te hace feliz, sigue pensando de ese modo. –Se encogió de hombros.

–Tal vez si te demuestro la cantidad de formas que sé para hacerte feliz, consiga hacerte pensar a mi modo. –Él arqueó las cejas de forma pícaro, recorriendo su cuerpo con una mirada lujuriosa.

Kathe sintió que el color se le subía a las mejillas, pero sonrió.

–Ya lo veremos, Jack. –Suspiró–. Ya lo veremos...

Al llegar a la casa de Dorotea, la madre de Emilia, la encontraron repleta de vecinos y amigos que habían acudido a dar el pésame y a ayudar en todo lo posible a la familia con los preparativos del funeral.

En cuanto la vio llegar, Emilia corrió a abrazar a Kathe, buscando el consuelo que solo su mejor amiga sería capaz de darle.

Sin embargo, cuando sus ojos se cruzaron con los de Jack, su rostro afligido adoptó una expresión extraña, una especie de mezcla de miedo y de odio.

–Te acompaño en tu dolor, Emilia –le dijo Kath, sintiendo que las lágrimas afloraban sin control una vez más–. Lamento tu pérdida de todo corazón... Enriqueta era una gran muchacha, y sabes que la quería mucho.

–Lo sé... –Emilia sollozó, cubriendo su rostro con un pañuelo húmedo de lágrimas–. Tu madre y Rahela estuvieron aquí antes, casi no pude hablar con ellas, pero agradéceles de mi parte por haber venido, ¿quieres? Y también a tu padre y a Verónica, han sido sumamente amables; ahora ellos están recogiendo unos pasteles y algunas sillas del restaurante para traerlas... –Se quedó callada al notar la presencia de Jack.

–Emilia, si hay algo que podamos hacer... –susurró Jack, moviendo su sombrero entre sus manos, en un gesto nervioso–. Estamos aquí para ustedes.

–El comandante de policía dijo que fuiste tú quien la encontró. –Emilia soltó las palabras con una brusquedad que no le era propia, adelantándose hacia él como lo haría un gallo de pelea–. Que Enriqueta estaba en medio de la basura y las rocas, rodeada de selva. Que a la policía le hubiese sido imposible dar con ella tan pronto como tú lo hiciste, de no saber el sitio exacto donde buscar.

La mirada de todas las personas presentes se posó sobre ellos.

–¿Qué es lo que quieres decir, Emilia? –la cuestionó Kathe, sintiendo que un nuevo presentimiento la atenazaba.

–Lo que es obvio –espetó la mujer, adelantándose otro paso hacia Jack–. Que solo el asesino pudo saber con tanta facilidad dónde encontrar el cuerpo sin vida de mi hermanita.

–Emilia, tú no puedes pensar que Jack pudo hacerle algo así a Enriqueta – exclamó Kathe, colocándose entre ambos–. Jack no es un asesino, lo conoces desde hace años. Además, él no pudo matarla, estaba con nosotros mientras hacíamos la búsqueda.

–Es una buena treta esconder el crimen aparentando que busca a la persona que justamente asesinó.

–¡Eso es ridículo!

–Katherina tiene razón, no deben culparlo –comentó el doctor Herrera, el médico del pueblo, que se encontraba en ese momento visitando a la familia–. Debemos investigar a fondo, hacer preguntas, no solo apuntar al primero que se nos cruce por la mente.

–Es cierto, Jack tuvo el infortunio de ser el primero de toparse con el cuerpo. A cualquiera pudo pasarle –comentó la señora Saucedo, llevando a su fiel perrito blanco cargado en brazos–. Y en lugar de acusarlo, deberías de agradecerle por haber tenido la osadía de meterse a ese río crecido por la lluvia, para recoger el cuerpo de tu hermana. Que muchos otros se han perdido para siempre, arrastrados por la corriente, y ahora sería una caja vacía la que estaríamos velando.

–¡Yo solo sé que mi hermana fue asesinada cuando él llegó al pueblo! – gritó Emilia, soltándose a llorar–. Y me parece demasiada coincidencia que haya sido justo él quien la encontró, cuando hubiese sido imposible que nadie más lo hiciera. ¡Nadie más que no fuese su asesino! –bramó, intentando abalanzarse sobre él, pero Kathe se lo impidió.

–¡Emilia, contrólate por favor! Piensa en el bebé, vas a hacerle daño... –le exigió, sosteniéndola por los hombros con todas sus fuerzas, algo bastante difícil considerando que Emilia era mucho más alta que ella.

–Emilia, cariño, debes calmarte. –Carlos, su marido, la rodeó con sus robustos brazos y atrajo a su mujer en un abrazo consolador–. Señor Cosmin,

perdone a mi esposa, se lo ruego.

–No hay problema...

–En realidad... –Carlos le dirigió una mirada de disculpa–, creo que será mejor que se retire.

Jack lo miró a los ojos, ocultando tras una máscara de estoicismo su turbación. En otro tiempo, Carlos había sido un buen amigo suyo, y ahora ni siquiera se dignaba a llamarlo por su primer nombre.

Con lentitud, repasó los rostros de todos los presentes, la mayoría lo miraban con idéntica indignación, otros, como la señora Saucedo, con lealtad, y algunos pocos, con compasión. Entonces sus ojos hallaron a doña Dorotea.

La pobre mujer sollozaba en silencio, sentada en un diván colocado en un rincón. La mujer que antes había conocido como una de las más fuertes y aguerridas de la zona, ahora parecía una anciana sin fuerzas ni vida.

Prácticamente hecha un ovillo, no parecía atenta a nada de lo que sucedía a su alrededor, ni siquiera al arrebató de la hija que aún tenía con ella.

Comprendiendo que su lugar no era buscar problemas entre esa gente, mucho menos entre una madre y una hermana que cargaban con un dolor tan grande que era capaz de hacerlas actuar de forma que parecía antinatural para ellas, Jack decidió que lo mejor sería marcharse.

Ya podría aclarar las cosas cuando todos se hubiesen calmado un poco, y Emilia no tuviera la cabeza tan caliente por el enojo.

Se dio la media vuelta, listo para marcharse, cuando Kathe lo detuvo, tomándolo con fuerza por el brazo.

–¡Jack no hizo nada malo! –exclamó con fuerza, dirigiéndose a todos los presentes, en especial a Emilia, que todavía parecía a punto de lanzarse a matar Jack con sus propias manos.

–Kathe, no lo hagas... –Sabido a dónde la llevarían sus palabras, Jack hizo un intento por detenerla, pero Kathe no lo escuchó.

–No fue Jack quien encontró a Enriqueta, ¡fui yo!

CAPÍTULO 28

Los ojos de Emilia se agrandaron con sorpresa, al tiempo que un murmullo de múltiples voces llenaba el lugar.

—Jack solo quiso protegerme del interrogatorio y de tener que recordar aquel horrible momento... —Kathe intentó explicarse, sintiéndose de pronto estudiada por todos los ojos de los presentes—. Pero no debí permitirlo, y de haber sabido que lo creerían culpable, habría venido antes a desmentir esta calumnia que están tejiendo contra él. Así que oigan todos para que les quede bien claro: fui yo quien encontró a Enriqueta.

—¿Y tú fuiste quien la cargó hasta tu casa? —le preguntó Emilia, con gesto de incredulidad.

—Jack solo me ayudó a poner su cuerpo a salvo, antes de que el río o algún animal se lo llevaran. Por lo que, como dijo la señora Saucedo, deberías estarle agradecida por lo que hizo al arriesgar su vida para poner a salvo los restos de tu hermana. —Kathe se enfrentó a su amiga, dirigiéndole una mirada tan dura como la que ella le estaba dando.

—Eso no demuestra nada, podrías estar hablando solo para protegerlo, del mismo modo como ahora dices que él intentó protegerte a ti —sentenció Emilia, reacia a escuchar.

—Es la verdad, Emilia. Tienes que creerme —le aseguró Kath, y poniendo los brazos en jarra, se dirigió a todos los demás—. Y si de verdad se interesan en encontrar a quien asesinó a Enriqueta, será mejor que miren hacia otro lado en busca del culpable, porque no fue Jack. Yo soy testigo de ello y pongo mis manos al fuego por él.

Se formó un enorme silencio que fue estremecedor para Kathe, igual que la calma que precede a la tormenta.

Que no tardó en llegar.

—Tú estuviste comprometida con él, bien podrías estar protegiéndolo ahora

–gritó una mujer a la que Kathe reconoció enseguida por su voz, como la de la señora Gertrudis, la Cotilla uno del pueblo.

–Además de su amante, algo que todos sabemos que eres –añadió la señora Muñiz, o mejor conocida como Cotilla dos, apuntándola con un dedo huesudo –. Cuando el placer nubla los escrúpulos, nada te impide mentir por él.

–¿Qué...? –Kathe se quedó muda, incapaz de creer en esa acusación, sintiendo que las mejillas se le encendían por el enojo y la vergüenza–. ¡Yo no miento!

–Es cierto lo que Florencia dice, incluso podrías ser su cómplice –convino el marido de esta–. ¿De qué otro modo pudiste saber dónde encontrar el cuerpo de la muchacha, si es que en realidad fuiste tú quien lo halló?

Kathe se tensó, no se había esperado que ahora cargaran contra ella.

–Yo... Yo encontré el cuerpo por casualidad, de camino a casa – tartamudeó, contestando a la carrera.

–Dijeron que estaba escondida entre la basura, en un sitio casi inaccesible del río, ¿no es verdad? ¿Cómo entonces pudiste encontrarla por casualidad? – la cuestionó la Cotilla dos.

–¿La mataste por celos? –le preguntó una voz aguda que le revolvió las entrañas. Esa voz era la de sus pesadillas.

Minerva.

Claro, la hija mayor de la Cotilla uno y su peor enemiga, tenía que estar presente en el peor día de su vida.

–Enriqueta era muy bonita y popular entre los hombres del pueblo, es seguro que Jack se sintió atraído por ella y tú decidiste quitarla de en medio – continuó la arpía, adelantándose a todos para quedar de frente a Kathe, y así poder ser testigo en primera fila de su sufrimiento.

–¡Eso es ridículo! –bramó Jack, harto de escuchar tantas sandeces.

–¿Cómo pueden decir eso? –gritó Kathe al mismo tiempo–. Todos ustedes me conocen de toda la vida, ¿saben que yo nunca haría algo así!

–¿Entonces cómo pudiste encontrar a Enriqueta? –Ahora fue la voz de

Emilia la que se hizo oír por encima de las otras.

Kathe sintió que la sangre se le helaba. Había esperado eso de cualquiera de ellos, menos de su mejor amiga.

–Tuve... un presentimiento. –Buscó los ojos de Emilia, intentando encontrar la comprensión que siempre había podido hallar en su mejor amiga –. Supe que ella estaría allí.

–¿Un presentimiento? –repitió Minerva en tono sarcástico–. ¿Cómo alguien es capaz de tener una clase de presentimiento que te conduzca a encontrar el cuerpo de una persona?

–Brujería. –Emilia alzó el mentón–. Enriqueta siempre las llamó así, a ti y a todas las mujeres de tu familia: ¡brujas!

Los ojos de Kathe se llenaron de lágrimas al escuchar a su amiga. No podía creer que ella acabara de pronunciar esas palabras...

Las voces de las demás personas se alzaron en coro, gritándole bruja y otras palabras, que resultaron mucho más hirientes a sus oídos, una cacofonía que parecía a punto de perforarle los tímpanos.

Se sintió caer cuando unas manos la empujaron y otras al mismo tiempo empezaron a tironear de ella. Hasta que un brazo familiar la rodeó, protegiéndola de esos golpes e insultos, que le caían como una lluvia que era capaz de aturdir cada uno de sus sentidos.

No se dio cuenta de que Jack estaba hablando por ella, defendiéndola a puño tendido de los que intentaban acercársele con la intención de lastimarla, sino hasta que vio aparecer a su padre y a su hermana mayor por delante, abriéndose espacio a empujones entre la gente que se había congregado a su alrededor.

–¿Qué demonios pasa con ustedes? –preguntó Eric, su gruesa voz haciéndose escuchar por encima de las demás–. ¡No se atrevan a tocar a mi hija! ¡Den un paso atrás ahora mismo, o no respondo de mí!

El ronco ladrido de su enorme perro manchado secundó la voz de su amo, terminando con los últimos intentos de agresión de los presentes.

La gente retrocedió enseguida. No fue raro, Eric siempre había sido un hombre respetado en la región.

—Vamos, Kat, no tienes que escuchar estas idioteces. —Jack rodeó a Kathe por los hombros, atrayéndola contra su cuerpo en un abrazo protector.

—¡Sí, vete de aquí, bruja! —gritó un hombre a su lado, alzando su taza de café para vaciarle encima el contenido.

Jack, notando de antemano lo que ese tipo iba a hacer, se interpuso entre ambos y el café le cayó encima, sobre su sombrero y camisa. Estaba caliente, muy caliente. De haberle caído a Kathe en la cara, la habría quemado severamente.

—Acabas de firmar tu sentencia —espetó Jack, dejando caer a un lado el sombrero manchado de café.

Los ojos del atacante se abrieron de forma desmesurada antes de que el puño de Jack le diera de lleno en la mandíbula, lanzándolo de un solo golpe desmayado contra el piso.

—¿Quién sigue? —gritó Jack, girándose a la multitud—. Vamos, no sean cobardes, ¿no estaban muy gallitos cuando iban por una mujer sola? ¡Pues no está sola, malditos!, ¡Vamos, demuestren que tienen huevos!, ¡vengan que los estoy esperando!

La gente retrocedió asustada, al tiempo que un silencio sepulcral se formaba en la habitación.

—¿Nadie? ¡Hace un momento todos parecían querer decir algo! —les gritó, adelantándose otro paso—. ¡No se queden callados, es su oportunidad de hablar!, ¿quién quiere decir otra cosa? Buenos son para lanzar insultos a montón y por la espalda, ¿no? ¡Ahora tengan los cojones de decirlo a la cara! Porque les advierto que será la última vez que lo hagan, ¡atrévase a insultar a mi novia de nuevo, o a tocarle un solo cabello, y les reacomodaré los ojos en la cara!

—Jack, es suficiente. —Kathe lo tomó por el brazo, intentando calmarlo.

Él la rodeó por los hombros, formando con su cuerpo un escudo entre ella y la multitud y, todavía respirando de forma agitada, la dirigió afuera,

llevándola bien resguardada.

–Será mejor que nos vayamos, nunca he soportado los sitios pestilentes. – Verónica alzó la voz, avanzando con un par de pasteles en cada mano hacia el sitio donde se encontraba Emilia–. Y mucho menos a la gente traicionera.

–¿Traicionera? –ella se encendió una vez más–. ¡He sido yo la traicionada! ¡Nunca debí confiar en ustedes, son brujas, hijas del demonio, monstruos...!

–¡Cállate! –Verónica lanzó un pastel muy cerca del rostro de Emilia, y este dio de lleno contra la pared tras ella–. Por el hijo que esperas, no te respondo como quisiera, Emilia. Pero te aseguro que nunca olvidaré esto que le has hecho a mi hermana –siseó, apuntándola con un dedo–. Sabes a la perfección que ella nunca le haría daño a nadie, y mucho menos a Enriqueta. Sin embargo, ahora te es fácil dejarte llevar por lo que dicen los demás, embargada por los sentimientos de odio y dolor que bullen en ti. Así que sigue así, déjate llevar por la turba para lastimar a una inocente, como pago de la deuda por la muerte de otra inocente, en lugar de buscar al verdadero criminal. Pero, por supuesto, es entendible, ¿verdad? –preguntó, con una falsa sonrisa–. Porque tú sufres, y alguien tiene que sufrir contigo. Quien sea, aunque se llame tu mejor amiga.

Emilia agachó la cabeza, incapaz de continuar viendo a los ojos a Verónica.

–En fin, qué se puede esperar del comportamiento de los cerdos, cuando son felices dándose un festín de la mierda –espetó, dejando caer el otro pastel a sus pies–. Que aproveche.

–¿Cómo te atreves...? –Emilia guardó silencio cuando notó un brillo estremecedor en los ojos de Verónica, que la dejó paralizada y sin habla a causa del miedo que le provocó.

–Creo que mi hija ya ha dejado más que claro que Katherina no hizo nada malo –intervino Eric, hablando con esa voz autoritaria y fuerte, que era capaz de escucharse hasta la calle–. Y yo voy a añadir que si alguno de ustedes tiene la idea de acercarse a mi hija o a cualquier miembro de mi familia con malas intenciones una vez más, se las verá conmigo. –Se puso las manos en las caderas, dejando a la vista sus colts enfundadas en el cinto–. Yo no soy ningún brujo, pero soy muy bueno para hacer desaparecer a la gente molesta. Métanse

con alguno de los míos, y les aseguro que no va a quedar ni cadáver para velar.

–¿Es una amenaza? –preguntó Emilia con un hilo de voz.

El fiel perro emitió un gruñido, como si estuviera advirtiéndole que no hiciera enojar a su amo.

–Es una certeza –contestó Eric, con voz ronca por el enojo–. Nos retiramos, doña Dorotea. Afuera le dejé sus sillas. –Kathe notó unas cuantas sillas que su padre había llevado en su carreta desde el restaurante, a petición de la dueña de casa, motivo por el cual no había estado presente en el lugar al momento en que Jack y Kathe habían llegado–. Junto con mis condolencias.

La mujer no lo miró. Era la única en el lugar que parecía no haber formado parte del ataque contra Kathe, ni de nada. Estaba ida, perdida en su aflicción, y permanecía aún sentada en el rincón, llorando en silencio, sumida en sus propios pensamientos y su dolor.

Se marcharon sin decir más. Kathe aún no podía creer que eso que estaba pasando era realidad, debía estar soñando. Emilia nunca le había hablado de esa forma, ¡era su mejor amiga...!

Las lágrimas colmaron sus ojos, pero ella no las notó. Solo podía sentir los fuertes brazos de Jack rodeándola por la cintura a medida que la ayudaba a subir a la carreta. Podía percibir lo tenso que se encontraba, le debía estar costando un enorme trabajo moderar su enojo.

Eric y Verónica subieron a la carreta en la que habían llegado, y se situaron a un costado de ellos.

–¿Vamos a la hacienda? –Jack le preguntó a Eric.

–Sí, pero antes haremos una parada en casa de Verónica para que las chicas recojan sus cosas –contestó el hombre.

–Papá, no... –Kathe iba a replicar, pero su padre la hizo callar.

–No discutas, hija. No voy a permitir que ustedes dos se queden solas en el pueblo, estando las cosas como están.

–Pero debo atender la tienda, y a doña Consuelo... –comenzó a decir

Verónica, pero su padre le dirigió una mirada dura, idéntica a la que le había dado a Kathe para hacerla callar.

–Podrás visitar a doña Consuelo cuando las cosas se hayan calmado. Hasta entonces, Kathe y tú se quedarán en casa y a salvo, con el resto de la familia, y es mi última palabra.

Verónica lanzó un suspiro bajo y miró a su hermana, aunque no pudo encontrar ninguna emoción en sus ojos.

Sabía que para Kathe había sido un asunto delicado el que las personas las considerara bichos raros, desde pequeña lloraba cada vez que un niño le llamaba bruja, y por más que dijera lo contrario, sabía que siempre le había importado lo que la gente pensaba de ellas. No podía imaginar lo mucho que la había afectado lo que acababan de vivir, en especial, siendo Emilia su atacante...

–Estaremos bien –le aseguró Verónica–. No hagas caso de lo que esa gente diga, ¿de acuerdo? No son más que sandeces, y lo sabes.

Kathe asintió, pero mantuvo la misma expresión atormentada en el rostro.

Una expresión que Jack no pasó por alto, observándola tan fijo como siempre solía hacerlo.

Y se juró que haría lo que fuera para quitar esa mancha de tristeza que enturbiaba su felicidad.

CAPÍTULO 29

–Aún no puedo creer que Emilia haya sido capaz de hablar de forma tan cruel –comentó Jenica al tiempo que le alargaba una taza de té caliente a su hija–. Debe estar muy afectada para haberlo hecho, ella no es una mala persona. Cuando Rahela y yo fuimos a presentar nuestros respetos al funeral, se portó de lo más cortés. Sin duda, es un comportamiento voluble y quizá hasta explosivo, producido por el dolor que la acecha.

–Lo sea o no, fue muy cruel, mamá –intervino Verónica, sirviendo una taza de té para su padre–. Es comprensible que esté sufriendo por su pérdida, pero eso no le da ningún derecho a ser cruel. Y mucho menos con Katherina, que ha sido su amiga toda su vida.

–Enriqueta nos llamaba brujas, pero no lo hacía en tono despectivo. A ella le gustaba lo que hacíamos en la tienda... –comentó Kathe con desgano, revolviendo de forma monótona el contenido de la taza con la cucharilla.

–Katherina, será mejor que dejes de pensar en lo que sucedió, nada puedes hacer para cambiarlo –le dijo su padre, antes de llevarse la taza a los labios. Hizo una mueca de asco–. Verónica, dije que quería café, ¿qué es esto?

–Té, papá. Te hará bien.

–No quiero té –bufó, dejando con fuerza la taza en la mesa–. Iré a la cocina por café. –Su padre hizo ademán de levantarse, pero Verónica se lo impidió.

–Vas a tomar té, papá. Ya has tenido bastante estrés por un día, para que encima sumes una taza de café a tu pobre corazón –le dijo ella en un tono que no admitía protestas–. Además, debes descansar esta noche, y el café solo te mantendrá en vela. Mañana tienes que estar espabilado, de seguro el comandante de policía querrá hablar con Katherina acerca de cómo pudo hallar el cuerpo de Enriqueta, y todos debemos estar a su lado, despiertos y alertas, preparados para ayudarla.

–Por eso no te preocupes, yo ya estoy preparado para encararme con quien

sea –le contestó Eric, volviendo a hacer una mueca cuando dio un nuevo trago al té–. No te ofendas, cielo, pero esto sabe a caca. Iré a servirme un café.

–Tú te quedas sentado y te bebes el té –le ordenó su hija–. Ahora, retomando el tema, quisiera saber, Katherina, ¿por qué no me dijiste que habías sido tú quien halló el cuerpo, y no Jack? ¿Y por qué no le dijeron a nadie? Este secreto puede perjudicarlos gravemente...

–De hecho, tanto tu madre como yo estábamos enterados –Eric le informó, volviendo a hacer una mueca con el té.

–¿Cómo? ¿Es que tú lo sabías? –Verónica se giró hacia su madre, y Eric aprovechó la oportunidad para vaciar la taza en una maceta cercana–. ¿Y tú también, mamá? ¿Cómo es que a nadie se le ocurrió decirme nada? Katherina vive conmigo, si no lo han olvidado. Soy yo la responsable de su seguridad...

–Nadie es responsable de mí. –Kathe se puso de pie, cansada de escucharlos hablar–. Además, te lo hubiera contado de tener la oportunidad, Vero. Me enteré de todo esto recién esta mañana...–. Titubeó, no sería buena idea comentarles el modo en que Jack le había informado de sus planes, la noche anterior, estando los dos juntos en su cama–. Cuando Jack me contó lo sucedido. Al principio pensé que él tenía razón al confesar que él había sido quien encontró el cuerpo. Era claro que no sería una buena idea revelar en el pueblo la forma tan peculiar con la que pude hallar a Enriqueta. Sin embargo, ahora que las cosas han quedado develadas, es obvio que tendré que hacerlo.

–Pero no puedes ir por ahí revelando que ves espíritus y tienes presentimientos –le dijo su madre, palideciendo–. Sabes lo que la gente le hace a las personas como nosotras. Buscan hacernos daño, nos meten en manicomios o nos cuelgan...

–Nadie le hará eso a Katherina. –Eric se puso muy serio–. Jenica, una vez te juré que te protegería con mi vida, y también a nuestra familia. Y eso es lo que haré. No importa el precio, nadie le tocará un solo cabello a Kathe mientras yo viva.

–Pero, papá, mamá tiene razón –intervino Verónica–. Si Kathe revela la forma en que halló el cuerpo, la tildarán de loca o algo peor...

–Es por ello que Jack ideó el plan, ¿lo recuerdas? –añadió Jenica–. Para proteger a Kathe de las habladurías y el escrutinio de la gente.

–Pues todo eso ya se fue al carajo, y no nos queda más remedio que encarar las cosas tal como se presentan ahora –espetó Eric, golpeando la mesa con un puño.

Jenica bajó la vista, ocultando las lágrimas que luchaban por escapar. Su vida entera había consistido en ocultar los dones con los que había venido al mundo. Y cuando sus hijas nacieron, se había jurado a sí misma protegerlas de los males contra los que había tenido que enfrentarse desde su más tierna infancia.

Sin embargo, ahora parecía que las cosas no conseguirían terminar bien para ellas...

–Jenica, amor mío, no llores. –Eric la abrazó con una ternura y una delicadeza que resultaban raras en ese gran hombre, de toscos movimientos–. Todo saldrá bien, te lo prometo.

La mujer pegó la cabeza al hombro de su marido, permitiéndose descansar entre sus fuertes brazos, que desde hacía tantos años la habían protegido.

Kathe los observó en silencio, maldiciéndose a sí misma por su estupidez. De haber mantenido cerrada la boca, nada de eso hubiese pasado.

Pero no podía permitir que Jack cargase con el peso del crimen que le achacaban. Si ella no hubiese hablado, quizá esas personas que lo acusaron hubiesen podido culparlo legalmente por la muerte de Enriqueta, solo por el hecho de haber encontrado su cuerpo en el río.

–Buenas noches. –Jack entró en ese momento en el comedor, acompañado por Eduardo.

–Hemos terminado de apostillar a los peones en los extremos de la casa –explicó Eduardo–. Alonso y Tobías se encargan en este momento de asegurar las puertas de la hacienda.

–No evitaremos que cualquier intruso pueda entrar, pero sin duda nos enteraremos de su presencia –afirmó Jack, con seguridad.

–Excelente, muchachos, se los agradezco. –Eric se acercó a ambos–. Será mejor que vayan a descansar, les toca el siguiente turno de guardia y necesitan estar bien avispados.

Jack no contestó, sus ojos se habían posado sobre Kathe desde el momento en que entró en la habitación.

–¿Jack...? –Al percatarse de que él no le hacía caso, Eric lo llamó de nuevo y buscó su mirada.

–¿Ah? Sí, lo siento... –carraspeó Jack, notando que ahora todos los veían a él–. Buenas noches –se despidió, colocándose el sombrero para volver a salir.

Eduardo sonrió, golpeándolo en el hombro de forma fraternal mientras ambos salían de la habitación.

–Hombre, si no fuera mi hermana, diría que estás sufriendo demasiado transitando por la calle de la amargura a causa de una sola mujer. Pero ya que es mi hermana, te diré que ella lo vale, y cien veces más. –Rio, dándole un puño en el brazo.

Jack sonrió a medias, demasiado preocupado por la aflicción que había notado en el rostro de Kathe como para tener humor de bromear.

Hubiera dado lo que fuera por regresar esa sonrisa despreocupada y amable que, para él, era su esencia misma, que tanto la caracterizaba.

El tiempo le pareció interminable mientras se despedía de Eduardo para dirigirse a su habitación, sobre los establos. Y sin duda esa noche sería eterna, cuando solo podía pensar en hablar con Kathe una vez más.

Perdido como estaba en sus pensamientos, no notó la figura que aguardaba de pie junto a la escalera, semioculta en la oscuridad.

–Jack...

De forma instintiva, Jack se llevó una mano al cinto, donde guardaba su pistola.

–Espera, no dispires. –Kathe se adelantó un paso, con ambas manos alzadas–. Soy yo.

–¿Kat? –Las cejas de él se fruncieron–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Necesitaba hablar contigo... –Bajó la voz, cuidando que nadie más se encontrara por los alrededores–. ¿Podemos subir a tu habitación? No quiero que nadie más oiga lo que te voy a decir.

Jack pareció dudar por un momento, ella lucía en extremo cansada y sin duda necesitaba una buena dosis de sueño. Sin embargo, al notar la determinación en su mirada, no dudó en aceptar.

–Está bien, vamos arriba –le dijo, haciendo un ademán para permitirle ir por delante.

La habitación de Jack no era más que un simple arreglo en la parte superior de las caballerizas, conformado por una separación de tablas que resguardaban una sencilla cama de fierro y una mesita de noche que había tenido mejores días. Además de un armario donde Jack había dispuesto con cuidado sus escasas pertenencias.

–Lo has dejado todo muy bonito –comentó Kathe, tras echar una mirada en derredor.

–No he hecho mucho en realidad, solo colgar unas cuantas cosas aquí y allá, y colgar mis camisas en el armario.

–Siempre fuiste bastante ordenado con tus cosas. Eso es peculiar, considerando que no tenías hogar antes de llegar aquí... Es decir... –Se mordió la lengua demasiado tarde.

–Está bien, sabes que no me avergüenzo de mi pasado. –Notó que ella se había quedado mirando una de las fotografías que había traído consigo, y que ahora reposaba en un fino portarretrato, colgado a su pared–. Entonces, ¿de qué querías hablar? –le preguntó, centrando a propósito su atención sobre él.

Ella titubeó por un momento, sus ojos no parecían querer desprenderse de la imagen que tenían ante sí.

–¿Kat? –insistió, posando una mano sobre su hombro para girarla hacia él –. ¿Qué ocurre?

–Quería hablar contigo sobre lo que sucedió hoy en el pueblo.

Los ojos negros de Jack adquirieron un brillo retador al escuchar esas

palabras.

–No tienes nada de qué preocuparte, Kat. No permitiré que nadie vuelva a insultarte...

–No, no es sobre eso –ella lo interrumpió–. Jack, lo más seguro es que después de lo que sucedió hoy, la policía venga a buscarme y me interroge acerca de lo que pasó en el río, sobre cómo pude encontrar a Enriqueta...

–Entiendo. –Frunció el ceño, comprendiendo a dónde iba–. No tenemos que decir que fue uno de tus presentimientos, Kat. He estado pensando en ello, y creo que solo deberíamos decir que fue casualidad. Repetiré lo mismo que dije con anterioridad, pero ahora añadiré que iba contigo, y que por discreción, decidí excluirte de la investigación, para evitarte el sufrimiento – le explicó–. En realidad, ni siquiera habrá que mentir, porque es la verdad. Íbamos los dos por el camino y acortamos por el río, entonces divisamos el cuerpo flotando en el agua, la sacamos y la trajimos a casa. Fin de la historia.

–El asunto es que la gente ya habla acerca de esto y lo que yo dije en la casa de Emilia... –cerró los ojos con fuerza–. Debí cerrar la boca antes de hablar sobre los presentimientos.

–Eso no importa ya, Kat. Nadie lo tomará en serio, todas las personas reunidas allí tenían los ánimos enardecidos, nadie recordará quién dijo qué con exactitud.

–Lo harán, Jack. Cada palabra la utilizarán en mi contra... y en la tuya. – Suspiró–. Porque tú mentiste primero al omitir mi presencia, cuando intentaste protegerme del escrutinio. Y al quedar revelada la verdad, tu palabra ya no podrá ser tomada en cuenta por igual. Además, cuando dejaste en claro que yo era tu novia, nadie dudará que te estoy protegiendo en la mentira.

–Kat, te aseguro que nadie tomará en cuenta lo que tú o yo dijimos esta mañana...

–Lo harán, Jack. Porque cuando se trata de... brujas –expresó ella, y le costó pronunciar esa palabra–, y los dones que nos acompañan, en definitiva, la gente no olvida.

–Tú no eres una bruja.

–Lo soy... O al menos soy lo más cercano a lo que sea que signifique esa palabra –espetó, frunciendo el ceño–. Por supuesto, retirando la parte que la gente suele utilizar como insulto. Tengo dones que otras personas no poseen, y no me avergüenzo de ellos. Pero al mismo tiempo, soy consciente de que la gente nos teme. –Lo miró a los ojos, y él pudo ver el dolor reflejado en ellos, junto con el miedo–. Siempre nos han temido, y por ello nos han cazado hasta casi exterminarnos de este mundo. Y lo harán ahora si tienen la oportunidad, Jack... Y lo peor de todo es que yo les he dado esa oportunidad en bandeja de plata esta mañana .Y con ello, ahora he puesto a toda mi familia en peligro.

–Eso no es cierto, Kat...

–¡Lo es! –ella exclamó, y gruesas lágrimas escaparon de sus ojos–. Lo es, Jack... Y debo hacer algo para reparar el daño...

–¿Y qué pretendes hacer?

–Huir –sentenció, girándose hacia la ventana–. Me iré de aquí y encontraré al verdadero asesino. Entonces, mi nombre y el tuyo quedarán limpios y podremos volver a casa con la frente en alto y, lo más importante, mantendremos a mi familia a salvo.

–¡Es una locura, Kat...! –Él intentó hacerla entrar en razón, pero ella estaba decidida.

–Lo he estado meditando todo el día y creo que es la mejor solución, Jack. –Ella se giró hacia él, el verde de sus ojos brillando de forma casi antinatural –. La pregunta es ¿me acompañarás?

CAPÍTULO 30

—¿Quieres que yo te acompañe? —La sorpresa en la voz de Jack era casi palpable.

—Sé que es mucho pedir...

—No, no es eso. —Jack la tomó por los hombros—. Kat, sabes bien que iría contigo hasta el mismo infierno si me lo pidieras.

Ella abrió mucho los ojos, asombrada por sus palabras.

—Es solo que me sorprende, ¿por qué crees que huir es la mejor solución? ¿No sería mejor quedarnos al lado de tu familia? Bien dicen que mientras más, mejor. Y unidos seremos más fuertes para afrontar lo que venga. No ganaríamos nada huyendo, tu familia no estará a salvo. Por el contrario, si escapas, solo estarás dándole crédito a la palabrería de la gente. —Frunció el ceño, negando con la cabeza—. Además, no veo cómo podríamos hallar al asesino de Enriqueta marchándonos del pueblo y huyendo como criminales.

—Pero ellos me creen una bruja, un monstruo... ¡Tú escuchaste a Emilia! — Su voz se quebró y debió silenciarse para que él no notara el dolor que ese recuerdo le provocaba.

—¿Y eso a quién le importa, Kat? Ya no estamos en la edad media ni tampoco eres una niña asustada en Salem, como lo fue tu madre. Te aseguro que nadie va a venir a lincharte porque un vecino te señale como una bruja, como le sucedió a tu abuela.

Kat agachó la cabeza, ocultando las lágrimas. Su madre le había revelado esa historia siendo niña, para prevenirla de la crueldad del mundo que su abuela, la madre de Jenica, debió sufrir en carne propia. No importó que los antiguos juicios y creencias fueran cosa del pasado, o que las cacerías contra las brujas hubieran terminado hacía muchos años, su madre sufrió las consecuencias de la crueldad humana siendo una niña. En esos tiempos modernos, aún existía gente capaz de asesinar a una persona a la que

consideraran culpable de cometer hechicería.

Eso le había pasado a la madre de Jenica. Cuando Jenica era una niña de tan solo cinco años, unos hombres aparecieron en su granja en medio de la noche, con sacos cubriendo sus rostros para evitar ser reconocidos. El padre de Jenica hizo lo posible por detener a los intrusos, pero ellos lo asesinaron y entraron a la casa para liquidar a su mujer y a su hija...

Jenica nunca le dio detalles específicos del modo como consiguió escapar, solo le dijo que su madre la protegió con su propio cuerpo de las balas de esos cazadores de brujas, e incluso muerta, no la soltó.

Fue entonces cuando el fuego inició y la casa entera ardió en llamas, tragándose con ella a los hombres que habían asesinado a sus padres.

Nadie supo cómo Jenica consiguió escapar del fuego. Su abuela la encontró a la mañana siguiente, cubierta de hollín y cenizas, abrazada al cuerpo sin vida y calcinado de su madre.

Ese mismo día ambas partieron al sur, y no conformes con ello, atravesaron la frontera hasta llegar a México, donde esperaban iniciar una nueva vida en el anonimato.

Una vida donde al fin podrían sentirse a salvo.

Y Jenica se juró que nunca más dejaría saber a nadie lo que era capaz de hacer, pues las consecuencias de hacerlo eran demasiado terribles. La gente cometía actos atroces movidos por el miedo y la ignorancia, actos capaces de destruir vidas, familias enteras, y sin duda, el tierno corazón de una niña inocente, que jamás volvió a ser la misma.

Lo que Jenica aprendió ese día, siendo tan solo una niña pequeña, se lo transmitió de forma fiel a sus hijas cada día: nunca fiarse de nadie, no revelar sus dones, no bajar la guardia.

«El mal se oculta allá afuera bajo las máscaras amables y sonrientes de vecinos bienintencionados, que no dudarán en traicionarlas al primer momento de verse amenazados», les había dicho, “así pues, devuelvan la sonrisa usando cada día la misma máscara hipócrita, que ellos vean en ustedes a las mismas vecinas bienintencionadas, y nada más. Y por supuesto, jamás, jamás, jamás,

revelen los dones con los que han nacido».

Aquella enseñanza, aunque dura, les había sido útil para vivir en paz todos aquellos años.

Y ahora, en un arrebató estúpido, ella había echado por la borda todo el esfuerzo de su madre por mantener sus vidas a salvo...

–Todo esto ha sido por mi culpa, Jack –dijo al fin con un hilo de voz–. He puesto a mi familia en riesgo, y no puedo quedarme sentada de brazos cruzados, esperando a que vengan a lincharnos en cualquier momento. Y mucho menos cuando he sido yo la causante de todo este desastre. Tú intentaste protegerme, y yo, en mi arrebató, lo eché todo por la borda. Pude solo decir que encontré a Enriqueta, no tenía que dar explicaciones...

–Hey, tranquila. Tú hiciste lo que creíste correcto en su momento. –Él apoyó las manos en sus hombros y la atrajo en un abrazo–. Y yo te prometo que nada va a sucederle a tu familia, Kat. Estamos tomando todas las medidas precautorias para evitar que cualquier intruso se cuele en la hacienda, para hacerles daño a ti o a tu familia, y es por eso mismo que debes quedarte aquí, conmigo. Allá afuera será mucho más difícil protegerte, y no tengo idea de cómo conseguiremos encontrar al asesino sin descubrirnos ante la gente del pueblo. La única forma de escapar de esto sería huir muy lejos y dejar a tu familia atrás, a su suerte, y eso no es algo que tú querrías, ¿no es verdad?

–No... –Ella frunció el ceño–. No lo había pensado de ese modo.

–Pero yo sí, Kat. –Pasó un dedo por su mejilla, secando sus lágrimas–. Créeme cuando te digo que he estado repasando esto en mi mente todo el día. Lo mejor para ambos será quedarnos aquí y formar un frente unido. Estando al lado de tu familia podremos protegerlos... Y a ti también –añadió, inclinándose sobre ella hasta que su frente estuvo pegada a la suya–. No permitiré que nada te dañe, amor.

–Te amo, Jack –soltó ella en un arrebató de emoción, rodeándole el cuello con los brazos e inclinándose para besarlo.

–Yo también te amo, Kat. –Sonrió sobre sus labios, estrechándola contra su cuerpo. Deseaba besarla, hacerle el amor una y otra vez, hasta que ella

olvidara sus pensamientos y se rindiera al sueño, protegida entre sus brazos.

Pero sabía que pronto tendría que ir a su guardia, y sin duda su padre le pondría una bala entre las cejas si llegaba a encontrarlos juntos en su cama.

—No sé qué haría sin ti en este momento... Creo que me volvería loca —le confesó ella, apoyando la cabeza contra su hombro.

—Aquí estoy para ti, Kat. Puedes confiar en mí.

—Tengo miedo... —Ella lo miró a los ojos, y él notó las lágrimas en ellos—. Antes confíe en ti, y tú te fuiste...

Él ahuecó una mano en su cabeza, pegándola contra su corazón.

—Me fui físicamente, pero mi corazón siempre se quedó contigo, amor. Y ahora mi único juramento es para ti, Kat. Te juré protegerte, y así he de hacerlo, aunque me cueste la vida.

—¡No! ¡Eso no! —Ella se apartó y le dedicó una mirada mezcla de miedo y enojo—. ¡No te atrevas a morirte, Jack Cosmin! ¡Te juro que no te lo perdonaré!

Él sonrió, volviendo a atraerla en un abrazo colmado de amor.

—Tranquila, amor. No pienso ir a ningún lado; esta vez, aunque sea como un condenado espíritu, me quedaré contigo. Te lo juro.

Más tarde, esa misma noche, Jack la ayudó a llegar a la seguridad de su habitación, antes de despedirse de ella con un beso tan profundo que ambos estuvieron cerca de perder los estribos una vez más, y terminar en la cama.

Después de dejarla bien cobijada entre las almohadas, Jack se despidió de ella y se escabulló por su ventana, y de allí se dirigió a su guardia. No había conseguido dormir nada, pero no le importaba lo más mínimo.

Estar al lado de Kat era mejor que cualquier cosa, sin mencionar que poder sentir que la apoyaba significaba mucho para él. Era parte de la confianza que había perdido al partir.

Y por un demonio, que no la volvería a decepcionar.

A la mañana del siguiente sábado, Jack acompañó a Eric al pueblo, donde debía realizar algunas diligencias, además de pasar a visitar a doña Consuelo, por petición de Verónica, que no dejaba de preocuparse por su antigua suegra. Por otro lado, Kathe le había rogado a Jack que entregara una carta a Emilia, deseosa de arreglar los malos entendidos con la que había sido su mejor amiga.

A pesar de que Jack intentó hacerle ver que aquella no era la mejor idea en un momento tan vulnerable para Emilia, y con tan poco tiempo transcurrido desde la muerte de Enriqueta, la chica se mostró reacia a una negativa y le rogó que hiciera lo que ella le pedía, por lo que él terminó por ceder.

Tanto Kathe como Verónica quisieron acompañarlos, pero su padre se negó en redondo a permitir que cualquiera de ellas dos diera un paso fuera de la hacienda, por lo que tuvieron que conformarse con enviar sus recados y buenos deseos con ellos, al despedirlos aquella mañana en la puerta de su casa.

Aquella imagen le trajo a Jack malos recuerdos, pero él se forzó por mantenerlos a raya. Sabía que la historia no se repetiría y que, al volver, encontraría a Kathe sana y salva, tal como la había dejado al marcharse al lado de su padre, al que también se aseguraría de traer de vuelta tan íntegro como se encontraba en ese momento.

Después de ir en busca del correo y hacer unas cuantas compras en la tienda del pueblo, Eric y Jack se dispusieron a partir a casa de doña Consuelo, para entregarle el paquete con comida y algunas otras chucherías que Verónica le había preparado. Entonces vieron a Emilia y a doña Dorotea caminando por la calle de enfrente, en dirección a la tienda de comestibles que acababan de dejar.

—Eric, ¿me das un minuto? —le pidió Jack, con voz decidida, tomando la carta que Kathe le había enviado.

El hombre no tuvo tiempo de responder, vio a Jack saltar del pescante de forma tan ágil como un venado y correr hacia las mujeres, que en ese momento cruzaban la calle.

–Buen día, don Altamirano. –Una carreta se había detenido a su lado, y Eric vio que se trataba de Venustiano Flores, el fotógrafo del pueblo.

–Buen día, señor Flores, ¿cómo se encuentra?, ¿va de pesca? –preguntó, al percatarse de la caña de pescar que llevaba a su lado.

–Los sábados son sagrados para mí y mis peces. –El hombre sonrió, palmeando la caña, a su lado–. ¿No es así, pequeña? –le pregunto a la jovencita que iba sentada a su lado, y que Eric reconoció como Magdalena, su hijastra, y la que había sido la mejor amiga de Enriqueta.

Ella parecía triste, lucía pálida y un tanto demacrada, sin embargo, se forzó por sonreír a su padastro.

–Es cierto, papá. Siempre vas de pesca los sábados, llueve o truene, nada te detiene para ir al lago –comentó la chica, esbozando una suave sonrisa que se esfumó al escuchar los gritos de Emilia, desde la acera.

–¡Jack, no me interesa lo que tú o Katherina tengan que decirme! –gritó ella, rompiendo la carta en dos y lanzándola al suelo–. ¡Mi hermana está muerta y el culpable sigue libre y feliz, sin pagar por lo que hizo!

–¿Y aún crees que el culpable soy yo? –le preguntó Jack, hablando con bastante calma para la situación.

–Si lo eres, no dudes que conseguiré probarlo y ponerte tras las rejas. –Emilia le enterró un dedo en el pecho–. Este pueblo era un sitio tranquilo hasta que tú volviste. ¿Coincidencia? ¡No lo creo!

–Bien, culpame si eso te hace feliz. Pero no a Katherina, ella no hizo nada malo –le pidió Jack, intentando moderar su enojo.

–La culpo por solaparte, por haber sido la que te trajo de vuelta a nuestras vidas, por defenderte... –Los ojos de Emilia se llenaron de lágrimas–. ¡Ojalá los dos estuvieran muertos! Y si la ley no hace nada, ¡yo me aseguraré de que se haga justicia, aunque deba hacerlo con mi propia mano...!

–Ya es suficiente, hija. –Doña Dorotea salió de su embotamiento en ese momento y abrazó a Emilia, conteniéndola antes de que se soltara a golpear a Jack en el pecho–. Discúlpala, hijo, ella no sabe lo que dice. Sigue muy afectada por lo que le pasó a Enriqueta, tú sabes cuánto adoraba a su

hermana...

–¡No es justo! ¡¿Por qué la mataron...?! ¡Ella era una buena chica...! – Emilia cayó de rodillas, llorando a lágrima viva–. ¡Era mi hermanita y no estuve allí para protegerla!

–Emilia... –Jack intentó tocar su hombro, pero ella lo apartó de un golpe.

–¡No me toques! –chilló, sin dejar de llorar–. ¡Perdóname, Enriqueta...! No pude protegerte... –sollozó de forma amarga, de rodillas contra el piso.

Magdalena, sin que nadie la notara en medio de aquel barullo, se había bajado de la carreta y acercado a Emilia para abrazarla. Al reconocerla, Emilia no la rechazó, y permitió que la chica la ayudara a levantarse.

Jack notó que la joven se había guardado los trozos de la carta de Kathe en el bolsillo.

–Discúlpanos, Jack, Eric... –pidió Doña Dorotea, derramando gruesas lágrimas–. Sabemos que ustedes no tienen nada de culpa en esto. Les suplico que olviden sus palabras, no son sinceras, sino el dolor puro hablando.

–No se preocupe, doña. Es comprensible y nosotros lo entendemos –le aseguró Eric–. ¿Quiere que las lleve a su casa?

–No, se lo agradezco, pero me temo que eso solo conseguiría empeorar las cosas. –La mujer le dedicó una sonrisa amable, a pesar de que lloraba.

–En ese caso, permítame que sea yo quien la acompañe –sugirió el padrastro de Magda–. De todas formas, debo esperar a mi hija, que iba a ir conmigo de pesca.

–Gracias, pero preferimos caminar –contestó la mujer, con la misma amabilidad.

–Está bien, papá, no te preocupes. Ve tú solo a pescar, yo me quedaré un rato con ellas para hacerles compañía –le informó Magda, sin dejar de abrazar a Emilia.

–No creo que sea una buena idea, hija. Es claro que la mujer está muy afectada, y tu presencia no haría más que estorbar.

–Insisto, papá. Me quedaré a su lado; Enriqueta era mi amiga, y sé que ella

querría que acompañara a su hermana y a su madre en este duro momento.

–Pero entonces al menos permítanme llevarlas. En ese estado, Emilia no puede caminar. –El hombre señaló el abultado vientre de Emilia–. No hay excusas, por favor, suban a la carreta y entonces... –El hombre no pudo decir nada más cuando una carreta llegó en ese momento, conducida por Carlos, el marido de Emilia.

Jack emitió una exhalación de alivio. De seguro alguien le había avisado de lo sucedido al hombre, y había acudido al rescate de su mujer y de su suegra.

–¿Crees que Emilia va a estar bien? –le preguntó a Eric, subiendo al pescante, a su lado.

–No tengo idea... –Suspiró el hombre–. Lo cierto es que, de estar en su lugar, creo que también andaría por la calle gritándole a la gente e intentando matar a cualquiera que me pareciera culpable.

–Pobre Emilia. Aunque la entiendo, no disculpo que trate a Kathe de ese modo, ella era su amiga.

–Cuando uno tiene el corazón roto, hijo, no razona. Todos sabíamos que Emilia quería a su hermana con todo su corazón, perderla debió ser tan duro como perder una parte de sí misma, y hacerlo del modo en que ella le fue arrancada de su vida, sin duda le dejará una marca que nunca se irá, y que mientras siga llenando con odio y amargura, oscurecerá todos los días de su vida.

–Enriqueta nunca habría querido eso para su hermana. Era rebelde y consentida, pero era una buena muchacha, y quería sinceramente a Emilia.

–Solo nos queda esperar que algún día Emilia entienda eso, y se decida a perdonar y dejar atrás ese dolor tan grande que está cargando encima.

–Creo que me iré de pesca yo solo este día –comentó el señor Flores, aún a su lado, devolviéndolos a la realidad.

Magda ya se marchaba en la carreta, con Emilia, Dorotea y Carlos, dejando a su padre atrás.

–Me despido, caballeros. –Se tocó la punta del sombrero–. Ahora que mi

hija se ha marchado, podré gozar del resto del día para mí solo.

–Dichoso tú que puedes –sonrió Eric, contestando al saludo del amable hombre de la misma forma.

–Saluda a la familia de mi parte, Eric.

–Eres muy gentil, Venustiano... –se despidió Eric, frunciendo el ceño al ver acercarse por el camino a la señora Gertrudis.

Como si el fotógrafo estuviera viendo a la muerte misma, que aparecía corriendo hacia él, azuzó los caballos y se alejó a toda prisa, antes de que doña Cotilla uno le diera alcance.

–¡Eric! ¡Eric, qué bueno que lo veo! –gritó doña Gertrudis desde el otro extremo de la calle, y Eric lanzó una maldición por no haber sido tan rápido como el fotógrafo para haber puesto pies en polvorosa a tiempo—. Eric, debo hablar con usted, y es de algo que estoy segura que no le agradará. Resulta que mi hija, Minervita, vio la otra noche a Katherina entrar a su casa, acompañada con Jack, y se quedaron allí juntos la noche entera ¡a solas! –añadió, subiendo el tono de voz para que todos escucharan—. Porque fue esa noche la que Verónica pasó en casa de su suegra, doña Chelo.

–No es la primera noche que Jack y Katherina pasan juntos en la misma casa –contestó Eric, provocando que la mujer se escandalizara—. ¿Qué no sabe que Jack es mi empleado y le he ordenado vigilar a mis hijas?

–¡Eso es inmoral! Jack y Katherina tienen una relación romántica, no deben quedarse juntos...

–Ese es asunto mío, señora.

–¡Ellos ni siquiera están casados!

–Lo estarán. –Eric le dedicó una mirada dura a la mujer.

–¿Cuándo?

–Le repito, eso es asunto de mi familia, y los asuntos de mi familia solo me corresponden a mí atenderlos. Así que no se meta en lo que no le corresponde, vaya a inmiscuirse en la vida de su hija, y deje de vigilar a las hijas ajenas –contestó el hombre, molesto.

–¿Cómo se atreve? –La mujer se puso colorada por el enojo–. ¡Yo no hago más que intentar ayudar a Katherina! Después de todo, esta noticia no tardará en regarse por el pueblo, y en cuanto se sepa que su hija no va a casarse con Jack, quedará como una perdida ante la vista de todos. Y con su reputación se irá también la de su familia, directo a la basura. Se convertirán en repudiados para nuestra sociedad.

–Señora, con todo respeto, me importa un carajo lo que usted o nadie piense–espetó Eric–. No sé cómo habrán sido las cosas en su tiempo, pero le digo una cosa: si la gente impertinente de este pueblo me retira la palabra, ¡por mí mejor!

–¿Cómo se atreve? ¡Tengo la misma edad que usted, Eric!

–En ese caso, sabe bien que a nuestra edad ya no tenemos la paciencia para soportar las idioteces de otros. Ya bastantes años he tenido para hartarme de chismes y tonterías sin sentido –gruñó–. Ahora, si me disculpa, quiero volver con mi mujer para poder tener una conversación decente. Buen día, señora Gertrudis.

La mujer alzó la nariz, molesta, y se marchó mascullando algo sobre las insensateces de la gente y lo poco agradecidas que podían ser algunas personas con aquellos que cristianamente se preocupan por su prójimo.

Jack, a su lado, se aguantaba la risa. Esa mujer había intentado vengarse de él, haciéndolo ver mal ante Eric, y le había salido el tiro por la culata.

–No hagas caso, muchacho. La gente suele meterse en los asuntos de otros cuando se aburre con su propia vida.

–Pero Eric, si lo que esa mujer dice es cierto y Kathe resulta afectada por los chismes...

–Kathe es una mujer fuerte, lo resistirá. Espera a que ocurra alguna cosa más interesante y verás como todos se olvidan de esto.

–Es la reputación de Kathe la que está en juego.

–Cosas más importantes ocurren todos los días. Kathe es una chica inteligente, no permitirá que las habladurías de algunos estúpidos afecten su vida.

–Eric, esto podría llegar a afectarla de forma muy seria. Este es un pueblo pequeño, donde todos se conocen... Quizá hubiera sido mejor quedarme en otro lado.

–Entonces los chismes se formarían contigo y alguna otra mujer, y eso sería peor para ti y para Kathe. Es mejor que la gente asuma que estuviste con ella que con otra mujer, como si estuvieras restregándoselo en sus narices. – Frunció el ceño y lo miró–. Eso claro, si es que todavía pretendes casarte con ella.

–¡Por supuesto que sí!

–Entonces no entiendo el motivo para tener esta discusión. Vas a casarte con ella, ya no hay asunto que criticar. Ni reputación mancillada.

–¿Estás diciendo... que me das tu permiso para casarme con Katherina?

–Jack, te lo di hace mucho tiempo, solo te pedí que esperaras unos años. Esos años han pasado ya, así que sí, chico, tienes mi permiso para desposar a mi hija.

Una enorme sonrisa se formó en el rostro de Jack antes de que lanzara el sombrero al aire y lanzara un grito de júbilo a todo pulmón.

–¡Voy a casarme con Katherina Altamirano!

–Calma muchacho, o vas a caerte de... Muy tarde –masculló Eric, cuando Jack, en medio de sus saltos de celebración, cayó de la carreta–. Bueno, ya que estás allá abajo, vuelve a la tienda y tráeme un poco de carne seca. Tanto hablar me abrió el apetito.

CAPÍTULO 31

–¿Kat, te encuentras bien? –le preguntó Jack esa tarde, mientras la ayudaba a regar los árboles de limón.

–¿Qué? –Ella alzó la vista de Rosauero, su tucán, que en ese momento le mordisqueaba un dedo sin que ella se moviera un centímetro.

Él se acercó y retiró su mano del pico del ave, aunque no tenía herida alguna. Al parecer, al pájaro solo le gustaba jugar con ella y no le hacía daño, a diferencia de cuando se acercaba a él con la intención de arrancarle la mano de ser posible.

–¿En qué piensas? –le preguntó, apartándose rápidamente del alcance del pajarraco, antes de que le arrancara un dedo. Y lo hizo justo a tiempo, el enorme pico del ave se cerró en el aire sin conseguir alcanzarlo, como era su intención.

Jack lanzó una maldición entre dientes, y estaba a punto de disculparse por su vocabulario cuando se percató de que ella ni siquiera lo había notado.

Kathe parecía sumida en sus pensamientos, se veía indecisa, como si no se decidiera a contarle.

–Por favor, dime qué es lo que te preocupa. –Él buscó su mirada, inclinándose hasta que sus ojos se encontraron–. Tal vez si lo pensamos entre dos, podamos resolverlo.

–No puedo dejar de pensar en ese día, cuando tú y yo veníamos de camino a casa, desde el pueblo –le dijo al fin, tras una larga pausa–. Vi a una mujer caminando por el campo... ¿Recuerdas? –Alzó los ojos para buscar su mirada –. ¿Y si era Enriqueta?

–¿Te refieres... a su espíritu? –Él frunció el ceño.

–Sí. –Kat tomó la regadera que había dejado sobre la mesa y comenzó a regar de nuevo las plantas–. Sé que suena ridículo, pero estaba pensando que tal vez ella quería decirme algo.

—¿Cómo qué?

—No lo sé... —admitió, hundiendo los hombros, derrotada—. No sé si siquiera sea posible. Es decir, pudo no ser ella. Y si lo fue, tal vez fue una coincidencia, y ni siquiera me vio en ese camino. Pero, por otro lado, ¿y si su intención era que yo la viera y me acercara a averiguar? —Se giró hacia él, rebuscando una respuesta.

—¿Es eso lo que pretendes, Kat? —Él frunció el ceño—. ¿Es tu modo de decirme, que quieres ir a ese camino a investigar?

—Jack, tal vez haya una pista que nos guíe a su asesino. Quién sabe, puede ser que incluso ella se me aparezca otra vez.

—Kat, si es un espíritu capaz de comunicarse contigo, podrá venir a buscarte aquí, ¿no lo crees? No tienes que salir y ponerte en riesgo...

—Es energía, Jack. Los espíritus se quedan conectados con ciertos lugares, es por ello que debo ir a ese lugar, para conseguir conectarme con su energía.

—¿Y por qué no lo puedes hacer desde aquí?

—Las cosas no son tan sencillas, los espíritus se mueven en diferentes planos a los de nuestra realidad. Es por eso que es tan difícil comunicarse con ellos y entender sus mensajes.

—¿Y qué pretendes hacer, Kat? Eric no permitirá que salgamos de la hacienda.

—Lo sé, pero tal vez podríamos escapar... —Kathe se calló cuando la puerta del invernadero se abrió y por ella entraron Tobías y Verónica.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de la joven al ver a su hermana caminando bastante alterada hacia ella. A su lado, Tobías mantenía un gesto grave, y por su forma de moverse, era claro que también estaba bastante perturbado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kathe, enseguida.

—Tenemos noticias. —Verónica habló a la carrera, dirigiéndose a ambos—. Estábamos en los terrenos del norte, cuando vimos aparecer por el camino a la calesa del doctor Herrera. Tobías asumió que debía tener problemas con su

caballo o quizá con alguna rueda, por lo que se acercó a ofrecerle ayuda, cuando otra carreta llegó para encontrarse con el médico, y no puedes imaginar quién iba en ella.

–¿Quién? –quiso saber Kathe, impaciente.

Verónica hizo una pausa para tomar aire, y entonces soltó:

–Porfirio, el herrero.

–¿Porfirio Montoya? –preguntó Kathe, frunciendo el ceño.

–El mismo –contestó Tobías.

–¿Y qué quería con el doctor Herrera? –preguntó Jack.

–No lo sé, y no me acerqué a preguntarle –contestó Tobías, en tono sarcástico–. Pero no me vieron, así que pude observar que Porfirio se acercaba al médico para entregarle unas monedas y una maleta.

–¿Una maleta? –Jack negó con la cabeza–. ¿Por qué haría eso?

–No lo sé, pero ya que estamos buscando a un asesino en el pueblo y Porfirio era el novio de Enriqueta, creo que deberíamos averiguarlo –dijo Verónica, en tono firme y molesto.

–Si Porfirio le entregó dinero al médico, debió estarle pagando por algo. Pero ¿por qué hacerlo a mitad de un camino solitario? ¿Es que no querría que nadie los viera?

–¿Y por qué Porfirio le pagaría al médico? –quiso saber Kathe.

–Tú y yo sabemos que Enriqueta fue a ver al médico el día anterior a su desaparición. –Verónica tomó la palabra–. Y justo después de que él le diera la noticia de su embarazo, ella fue a contarle a Porfirio sobre su hijo.

–Y él la rechazó... –Kathe abrió mucho los ojos–. Dios mío, ¿acaso crees que fue Porfirio quien la mató?

–¿Se te ocurre otra persona más probable? –le preguntó Verónica, poniendo los brazos en jarra–. Él no quería un hijo ni una mujer que lo apartara de sus planes de marcharse a la ciudad, pero conociendo a Enriqueta, ella no iba a quedarse de brazos cruzados y verlo partir así nada más. Lo más probable es que ella lo haya amenazado, quizá lo haya puesto en una situación difícil para

él (contarle a todo el mundo que él era el padre o alguna otra cosa) si es que no cumplía con su deber y se casaba con ella. Todos sabemos que los padres de Porfirio son bastante remilgados, aquello habría significado un escándalo. Es posible que eso lo haya sacado de sus casillas y por ello haya decidido asesinarla y librarse del problema.

—Pero ¿por qué Porfirio le pagaría al médico? —le preguntó Kathe—. ¿Crees que él lo ayudó a asesinarla? Quizá le realizó un aborto que salió mal...

—No, cuando preparamos su cuerpo, no había señales de... eso. —La voz de Verónica se tiñó de tristeza—. A pesar de los moretones y su mal estado, habrían quedado señales si es que ella hubiera intentado hacerse un aborto.

—¿Entonces?

—Kathe, solo piensa. El médico fue quien hizo la autopsia de Enriqueta. ¿Qué mejor forma de cubrir un crimen, que pagar al hombre que puede llevar las pruebas contra ti, para callarlo?

—Dios mío... —Kathe se llevó una mano a los labios—. Eso es terrible...

—Lo es, y por ello debemos ir cuanto antes con el comandante de policía para informarle —le dijo Verónica.

—Pero él no aceptará acusar a alguien solo por lo que ustedes vieron y unas sospechas —intervino Jack.

—No, no lo hará. Por eso es que le daremos caza esta noche a Porfirio y lo haremos confesar.

—¿Nosotros? Bien, cuenten conmigo —aseguró Jack, dispuesto a ir con ellos.

—Alonso y yo —lo corrigió Tobías—. Tú y Eduardo irán a buscar al médico, y harán lo mismo por su lado.

—¿Es que se han vuelto locos? —preguntó Kathe, poniendo los brazos en jarra—. No pueden ir a secuestrar a dos hombres como si nada.

—No los secuestraremos, los llevaremos ante la ley. Y es mejor eso que quedarnos aquí esperando. —Tobías hizo una pausa, como si buscara las palabras antes de dirigirse a Jack—. No queríamos preocuparte, hombre, pero ya no tenemos más remedio que decirte la verdad. Las últimas noticias que nos

llegaron es que el comandante iba a entablar una orden formal de aprensión contra ti, Jack.

–¡No...! –Kathe palideció, y Jack la rodeó por los hombros, intentando infundirle valor.

–Todo estará bien, tranquila.

–Tienes que huir ¡ahora! –le pidió ella–. No puedes quedarte aquí...

–No iré a ningún lado. –Él posó una mano en su mejilla–. Te prometí que esta vez me quedaría, y es eso lo que haré.

–Pero es una locura, si te toman preso, no podremos estar juntos...

–Tenemos un plan, Kathe –intervino Verónica–. Nosotros tampoco estamos dispuestos a permitir que nadie se lleve a Jack por un crimen que no cometió.

–Es cierto. Ahora mismo nos pondremos en marcha, y tú vendrás con nosotros, Jack. –Tobías entrecerró los ojos, dirigiéndole a Jack una mirada que él supo interpretar.

Si iban en su busca, Eric lo defendería. Lo haría por Kat y por él mismo, porque así era su patrón, huraño pero bueno y fiel como un perro con quienes sentía como parte de su familia.

Lo sabía porque compartían la misma forma de pensar.

Y él no podía permitir que Eric ni nadie de los suyos se pusieran en esa posición. No se derramaría sangre por su culpa.

Si su deber era entregarse, lo haría, con tal de mantener a Kat y a su familia a salvo.

–Seremos más rápidos que los gendarmes y les llevaremos a la puerta de la cárcel a los verdaderos criminales –dijo Eduardo–. De ese modo, no podrán hacer nada contra ti.

–¿Quieren que Jack vaya a la comisaría cuando está la policía buscándolo?
–Kath alzó la voz, molesta–. ¡No lo permitiré!

–Es lo mejor. –Jack intentó calmarla–. Nunca se lo verán venir.

Y no lo harían, porque él se iría a entregar sin ningún aviso.

–Y será mejor que actuemos de prisa, o va a haber un baño de sangre,

porque sabes que nadie en esta hacienda va a permitir que te lleven, Jack – admitió Tobías.

Los ojos de Kathe se agrandaron con horror.

–No te preocupes, todo va a estar bien –le aseguró Jack, tomando con fuerza su mano–. Volveré a tu lado, de un modo u otro lo haré, lo prometo.

–Más te vale, o te juro que iré a buscarte y te sacaré de allí yo misma.

Encontrar al médico fue bastante sencillo. Se hallaba en la habitación en la que vivía, sobre su consultorio, tomando tranquilamente una taza de té, cuando Eduardo y Jack irrumpieron en sus aposentos.

El hombre pareció asustado al principio, pero se calmó nada más reconocerlos.

–¿Qué están haciendo aquí, muchachos? –les preguntó, dejando a un lado su té–. ¿Hay alguien herido en la hacienda? Iré por mi maletín...

–Quédese ahí, doctorcito –le pidió Eduardo, apuntándolo con su colt.

El médico palideció al ver el arma, y alzó las manos, mirándolos con gesto de extrañeza.

–Pero... ¿qué es esto, muchachos? –les preguntó, sin moverse de su sitio.

–Esta tarde fue visto en uno de los caminos de las inmediaciones de la hacienda, teniendo un peculiar intercambio de dinero y de una valija con Porfirio Montoya, el herrero –le dijo Jack, tomando asiento en la silla ante él –. Tenemos curiosidad, doctor. Tal vez pueda explicarnos el motivo de tal encuentro.

–Bueno... Es natural que a un médico le paguen por sus servicios – tartamudeó el hombre, nervioso.

–¿Y cuáles fueron los servicios que Porfirio Montoya necesitó de usted, doctor?

–Hombre, es lógico, soy médico.

–Sí, pero ¿en qué lo ayudó en específico? Un médico tiene un amplio campo de atención en lo que se refiere al cuerpo humano, desde un resfriado

hasta la amputación de un miembro hay mucho camino que recorrer, ¿no le parece?

–El secreto paciente... –El doctor guardó silencio cuando Jack sacó su pistola y la apuntó contra él.

–Empiezo a perder la paciencia, doctor. ¿Por qué no se deja de tonterías y nos cuenta de una vez qué fue lo que hizo para Porfirio Montoya? A menos que quiera que recurramos a otros métodos para hacerlo hablar... –Movié el cañón hasta su pierna–. ¿Sabe usted cuánto duele una bala en el fémur?

–Está bien, está bien, les diré todo, pero bajen de una vez esas armas –les pidió, comenzando a temblar–. Porfirio Montoya me pidió un favor personal... Y a cambio, ofreció pagarme unas monedas, por mi silencio.

–¿Silencio? –Eduardo enarcó una ceja.

–Verán, la chica fallecida, Enriqueta Aguirre, al parecer era novia de Porfirio, y la muchacha estaba en estado... Ustedes me entienden. –Movié las manos en un gesto nervioso, haciendo el ademán de un vientre de embarazada –. Él no quería que la reputación de la chica se enlodara ante la familia y sus amistades, por lo que me pidió guardar el secreto de su condición. Y por supuesto, accedí. No hacía falta mancillar más el recuerdo de la pobre chica con un escándalo.

–Accedí, pero a cambio de un pago. –Jack le dedicó una mirada sombría.

–Bueno, un médico, como cualquier hombre, tiene gastos, y necesito sobrevivir. Desde que esas chicas Altamirano abrieron su tienda de brujería y charlatanerías naturales, la gente acude a ellas en busca de ayuda, y con ello, mis ingresos han ido a la baja, ¿sabe usted? –le preguntó, hablando en tono acusador.

–Nada de charlatanerías, todo lo que ellas ofrecen es real, y a diferencia de usted, lo preparan y lo venden con integridad. Quizá si fuese mejor médico, sus pacientes le mostrarían algo más de lealtad –contestó Jack, dirigiéndole al hombre una mirada dura–. Ahora cuénteme qué había en la maleta.

–¿La maleta?

–Sabemos que Porfirio le hizo entrega de unas monedas, además de una

maleta –Eduardo tomó la palabra, moviéndose alrededor de la habitación.

–Ah, la maleta... Está allí mismo, bajo la cama –le informó el médico, señalando el sitio donde Eduardo debía buscar–. Eso no fue un pago, sino una donación que Porfirio hizo para una dama necesitada, a la que voy a ver de vez en cuando. Algo de ropa e implementos de mujer.

–¿Y por qué Porfirio le haría una donación tan peculiar? –le preguntó Jack, acercándose a un lado de Eduardo, que ya examinaba el contenido de la maleta.

–Dijo que eran cosas que su novia había dejado olvidadas en su casa, y que ya no las quería tener cerca, pues le traían recuerdos dolorosos.

Mientras Eduardo esculcaba el interior de la valija, un objeto brillante, oculto entre la ropa, llamó la atención de Jack. Metió una mano y lo sacó con cuidado, para descubrir que se trataba de un portarretratos de plata, que resguardaba una fotografía de la familia completa de la muchacha; su padre, madre y Emilia abrazando a una Enriqueta de unos cinco o seis años, aparecían en la imagen.

–Enriqueta nunca habría dejado esto atrás olvidado –aseguró Jack, sabiendo lo mucho que esa chica había amado a su padre.

–A mí me parece que este es el contenido de una maleta que llevaría una jovencita para huir de casa con su novio –comentó Eduardo, examinando el resto de las cosas.

–Si es así, no es a mí a quien deben interrogar para obtener respuestas, yo solo les he repetido lo que me dijeron –rebatió el médico–. Así que, caballeros, será mejor que vayan en busca de Porfirio Montoya, y me dejen en paz.

–Iremos a buscar a Porfirio, se lo aseguro. –Jack se acercó a él y lo tomó por el brazo–. Pero usted también nos acompañará a la comandancia de policía y repetirá ante el comandante todo cuanto nos ha dicho.

Cuando subían a la carreta, llevando al médico maniatado en la parte

trasera, Eduardo se acercó a su amigo para hablarle en voz baja.

—Déjame llevarlo yo solo a la comandancia. A ti no tienen que verte, te están buscando.

—Lo sé. Y es por eso que debo ir.

—¿Qué?

—Tobías me hizo darme cuenta, cuando fue a «advertirme» —manifestó Jack, poniendo énfasis en esa palabra—. que la policía iría tras de mí. Se derramaría sangre si iban a buscarme a la hacienda, así que no deben ir. Debo entregarme.

—Pero, Jack, Kathe no permitirá...

—Tú cuidarás de ella. —Jack frunció el ceño—. Esto se resolverá, lo sé. Pero no quiero que ella salga lastimada, ni nadie de su familia. Y eso sucederá si la policía va a buscarme a la hacienda.

—¿Y por qué no huyes? Escóndete, hasta que se aclaren las cosas...

—Le prometí a Kathe que no volvería a huir, y cumpliré mi palabra.

—Es absurdo, sabes que a ella no le gustará, Jack. Es mejor saberte libre que...

—No hice nada malo, tú lo sabes y también ella, como muchas personas que tarde o temprano hablarán. La verdad saldrá a la luz, tengo fe de ello.

—¿Y por qué tienes fe? ¿Acaso conoces el sistema de justicia de este lugar? Porque, hermano, apesta.

—Lo sé, pero también sé que buscar hacer justicia a punta de pistola no siempre es lo mejor. Ya viví eso, Eduardo, y no quiero volver a pasar por algo así. Deseo quedarme aquí y tener una larga vida al lado de Katherina y, para ello, mi nombre debe quedar limpio bajo las reglas de la ley y no de las balas.

—¿Y qué pretendes hacer entonces? ¿Quedarte sentado en una celda y aguardar a que el asesino confiese?

Jack sonrió y le palmeó el hombro.

—Lo cierto es que no tengo idea, hermano. Supongo que tendré que confiar en ti.

Al llegar a la comisaría de policía, se encontraron con Tobías y Alonso,

esperando allí.

Al verlos, Alonso intentó gritarles una advertencia, cuando un soldado se le adelantó en el camino y lo hizo callar a punta de pistola, al tiempo que varios hombres salían de entre las sombras y se abalanzaban sobre Jack.

—¿Qué es esto? —preguntó Eduardo, intentando ayudar a su amigo. Pero fue inútil, los hombres lo apartaron a empujones y golpes, impidiéndole acercarse.

—¡Ahora mismo salíamos a prevenirlos! —le dijo Alonso, angustiado.

—No debieron venir aquí —añadió Tobías—. No nos han creído una palabra, y no pudimos hallar a Montoya por ninguna parte, para obligarlo a confesar. El tipo se ha fugado.

—Y eso no es lo peor... —añadió Alonso, cuando la gruesa voz de un hombre lo interrumpió.

La voz del mismo comandante de policía, que había salido a hacer acto de presencia.

—Jack Cosmin, queda arrestado por el asesinato de Enriqueta Aguirre.

CAPÍTULO 32

–¿Qué quieres decir con que lo han tomado preso? –preguntó Kathe, muy alterada, levantándose de la silla del comedor donde había estado aguardando por Jack y sus hermanos.

Sus padres y Verónica también se pusieron de pie al escuchar las noticias, tan alterados como ella al escucharlas.

–Es exacto lo que he dicho –Eduardo contestó, antes de dirigirle una mirada dura a Tobías–. Al parecer, alguien le recomendó a Jack que lo mejor sería entregarse, antes de que se armara un derramamiento de sangre, cuando los gendarmes vinieran a buscarlo aquí.

–¿Qué...? –Kathe arqueó las cejas y se giró hacia Tobías–. ¿Es eso lo que pretendías cuando dijiste eso en el invernadero? ¿Que Jack se entregara?

–Sí –admitió Tobías, sin demostrar el menor remordimiento–. Si no lo hacía, lo más probable era que vinieran a aprehenderlo aquí, y Eric no permitiría que se lo llevaran. Ni tú tampoco, Kathe. Habría habido heridos, quizá muertos, y todo habría pesado en la conciencia de Jack. Fue lo mejor para todos.

–¡No es cierto! –Kathe se abalanzó contra él, pero Eduardo la detuvo por la cintura, impidiéndoselo.

–Hija, por favor, cálmate... –Jenica intentó lidiar con ella, pero fue en vano.

–¡Jack es inocente!, ¡él no mató a nadie! –gritó, furiosa–. ¡No es justo que lo mantengan prisionero! ¿Y si lo condenan y lo mandan a San Juan de Ulúa? ¡Nadie sobrevive a esa cárcel! ¡Y tú, Tobías, serás el culpable de su muerte!

El hombre apretó la mandíbula, pero no contestó.

–Ya basta, Katherina –intervino Verónica–. Tobías solo intentó hacer lo mejor para todos, y no obligó en ningún momento a Jack a entregarse. Él lo hizo por voluntad propia.

–¡Sí, porque él le dejó claro que de no hacerlo sería un baño de sangre!

–Es suficiente. –La voz de Eric, gruesa y firme, se hizo oír por encima de las demás–. Jack no es culpable de nada, y admito que fue bastante noble al entregarse para evitar un enfrentamiento entre la guardia y nuestra gente. Aunque eso no quita que, en cuanto lo vea, le dé un par de sopapos, por hacerlo –gruñó, apretando los puños–. Ahora es nuestro deber ayudarlo, y no podremos hacerlo si nos quedamos en esta habitación, culpándonos los unos a los otros.

–Tienes razón, papá –convino Eduardo–. Debemos movernos, Porfirio no puede estar lejos si se marchó del pueblo esta misma noche.

–Y no se va a pelar tan fácil. Llevemos a los perros y sigámosle el rastro a ese desgraciado. –Eric cogió su rifle del armario donde guardaba las armas, bajo llave–. Eduardo, prepara los caballos; Tobías, reúne a la gente. Partimos en diez minutos.

–¿Y qué hay de mí? –preguntó Alonso.

–Tú te quedarás aquí y protegerás a las mujeres –le contestó Eric, dirigiéndole una mirada dura–. Confío en ti su vida, hijo.

–Sí, señor –contestó el muchacho, en tono solemne.

–Papá...

–Ni pienses en pedirme venir conmigo, Katherina –le advirtió Eric–, no estoy de humor.

–Solo quería desearte suerte. –Ella lo abrazó y lo besó en la mejilla–. Cuídate, por favor.

El hombre sonrió, asintiendo con la cabeza antes de depositar un rudo beso en la frente de su hija.

–Estaremos de vuelta para el amanecer, no desesperes. Todo se arreglará.

Con ojos llorosos, Kathe los vio partir y alejarse por el camino todavía oscuro. En unas horas amanecería y la noticia de que Jack había sido puesto tras las rejas se regaría como la pólvora.

–No te angusties –le dijo Alonso, de pie a su lado–. Verás cómo pronto

encuentran a Porfirio y lo llevan a confesar su crimen, y entonces Jack quedará libre. Además, todavía contamos con el testimonio del médico, eso debe ayudar para probar la inocencia de Jack.

–Me gustaría hacer algo para ayudar... –Kathe se removió nerviosa en su lugar–. Alonso, ¿crees que podrías hacer la vista gorda y pretender que no me ves marchar?

–¿A dónde quieres ir? –Él frunció el ceño y se cruzó de brazos.

–Al campo donde vi a Enriqueta. Tal vez la pueda ver de nuevo, y entonces me dé respuestas.

–¿Qué...?

–No te lo puedo explicar ahora, pero debo ir. *Siento* que debo ir.

–En ese caso, iré contigo.

–No, tú debes quedarte aquí para cuidar a mamá y a mis hermanas, como papá te pidió.

–Pero, Kathe, no puedo dejarte ir a ti sola. Jack se sacrificó para mantenerte a salvo, a todos nosotros, de hecho... –Bajó la mirada, y ella notó que aquello lo había afectado profundamente–. No puedo permitir que te vayas y te pongas en riesgo. Es lo menos que puedo hacer por él.

–Pero debo ir, Alonso...

–Yo iré contigo –Verónica dijo de pronto, saliendo de entre las sombras.

–¿Estabas espionando? –Kathe frunció el ceño.

–Eso no importa ahora, Kathe. Si en realidad crees que ir a ese lugar ayudará a Jack de alguna forma, iré contigo.

–Pero es ridículo, Porfirio se ha fugado, y nadie aceptará la palabra de un fantasma o lo que sea que vayas a buscar –le dijo Alonso, adivinando lo que ella pretendía hacer–. ¿Qué vas a hacer en ese lugar? ¿Qué podrías encontrar que pueda ayudar a Jack?

–No lo sé, buscaré algo, pruebas... ¡lo que sea! –Alzó las manos, exasperada–. Si vuelvo a ver a Enriqueta, ella podría guiarme a las respuestas.

–¿Y crees que un fantasma te va a decir cómo conseguir atrapar a su asesino?

–Tal vez. –Se encogió de hombros–. No pierdo nada con intentarlo.

–Sí, podrías perder tu vida, Kathe. Hay un asesino suelto allá afuera, y estás loca si crees que permitiré que ustedes salgan solas...

–Yo iré con ellas. –Rahela, cubierta con una capa negra, entró en la habitación.

–¿Qué? ¿Tú también? –Kathe puso los brazos en jarra–. ¿Hay alguien en esta casa que no nos esté escuchando? ¿Mamá? ¿Liana?

–Basta, vas a descubrirte si sigues llamándolas. –Rahela le puso una mano en la boca–. Mamá está en el cuarto de Liana, durmiéndola. No notará que nos vamos si nos damos prisa.

–Bueno, ustedes tres se han vuelto locas si pretenden que... –Se quedó callado cuando Rahela se situó ante él. Sus ojos brillaban de una manera extraña, casi sobrenatural.

El ceño de Alonso se relajó, al igual que sus hombros, antes tensos.

–Te vas a quedar aquí, cuidarás de Jenica y de Liana, y no dirás a dónde hemos ido –dijo ella, en voz pausada y suave.

–Está bien –contestó Alonso, obedientemente.

–Ahora, siéntate en esa silla y quédate allí por cinco minutos. Luego puedes ir a donde quieras y hacer lo que te venga en gana.

–De acuerdo –contestó Alonso, tomando asiento en la silla que la chica señaló.

–Pobrecito... –Kathe le dirigió una mirada compasiva–. ¿Crees que va a estar bien?

–Nunca he puesto en riesgo a nadie –contestó Rahela dirigiéndose a la salida, seguida de cerca por sus dos hermanas.

–Por excepción de las veces en que me hacías trepar a esos árboles para recuperar tus cometas perdidas, sin importarte que pudiera romperme el cuello si me caía –replicó Kathe.

–Nadie es perfecto, era muy pequeña para saber en aquel entonces muchas cosas, como que podías morir. Además, fue así como encontraste a Jack, así que no todo fue malo.

–Ustedes dos, luego discuten. Démonos prisa o mamá se dará cuenta de nuestra ausencia, y entonces no podremos ir a ninguna parte –las urgió Verónica, corriendo hacia las caballerizas.

Las tres chicas montaron a pelo y se alejaron al paso de las caballerizas. Cuando estuvieron lo bastante lejos como para que nadie las escuchara, pusieron sus monturas al galope y se dirigieron al prado donde Kathe aseguraba haber visto a Enriqueta.

El cielo estaba colmado de estrellas y la luna llena iluminaba los pastizales por los que ellas caminaban. Habían dejado a los caballos atados cerca del camino, para evitar que entorpecieran su búsqueda.

Kathe habría deseado que Chiquito las acompañara en ese momento; de seguro el enorme perro alejaría a cualquier alimaña que pudiese estar escondida entre la hierba, dispuesta a atacarlas a la primera oportunidad.

–Kathe, ¿no podrías hacer algo para ayudarnos? –le preguntó Verónica, caminando con dificultad por una zona donde el pasto era bastante alto, y se entremezclaba con unos arbustos, enredándosele en las enaguas.

–Por supuesto. –Kathe alzó ambas manos al frente y luego las movió con suavidad hacia los costados.

La hierba, como si siguiera sus movimientos, se abrió en dos, igual que las aguas en la historia de Moisés.

–Gracias, esto está mucho mejor –admitió Rahela, avanzando con bastante más rapidez ahora–. Kathe, ¿estamos más o menos en la zona que dijiste?

Kathe inspiró hondo y cerró los ojos. Sentía su cuerpo vibrar a medida que caminaban adentrándose más en el páramo.

–Eso creo –asintió.

–En ese caso, Rahela, es tu turno. –Verónica vio a su hermana menor con expresión grave.

La chica asintió y se agachó. Extendió una mano sobre el suelo, y enseguida una especie de círculo luminoso la irradió, y se agrandó, expandiéndose como una onda de agua por el terreno a su alrededor.

–Por allá. –Rahela señaló una zona a su izquierda, y comenzó a avanzar en esa dirección, seguida de cerca por sus dos hermanas.

–Es una senda –comentó Kathe, cuando llegaron a una zona de tierra que se extendía a lo largo del campo.

–A lo lejos no se alcanza a divisar, a causa del césped y la hierba crecida. –Verónica miró en derredor.

–Allí. –Rahela se aproximó hasta un enorme árbol, cuyas raíces se entremezclaban con la vegetación del lugar.

–Ten cuidado, no vaya a salir un animal... –le advirtió Kathe.

–Si es así, tú lo espantarás. –Rahela se agachó y tomó algo que yacía semienterrado por el barro. Lo alzó y lo sacudió con fuerza, dejándolo a la vista de sus hermanas.

Los ojos de Kathe se abrieron al máximo a causa de la sorpresa, al reconocer el paraguas de flores pintadas que le había regalado a Enriqueta.

El mismo que la chica llevaba en el momento en que se le apareció, el día que halló su cuerpo.

–Dios mío... –musitó la joven, llevándose una mano a la boca.

–Tenías razón, ella estuvo aquí –le dijo Verónica, echando una mirada en derredor–. Pero... ¿por qué?

–¿Rahela? –Kathe se giró hacia su hermana menor–. ¿Crees que podrías...?

–A eso he venido –contestó la chica, con decisión.

–Solo... ten cuidado, ¿quieres? –le pidió Verónica, reprimiendo el instinto de sobreproteger a su hermanita–. No entres... Solo observa.

La joven asintió, cerró los ojos y asió el paraguas por ambos extremos con las dos manos. Al principio no sucedió nada, pero transcurridos unos

segundos, Rahela comenzó a temblar, primero ligeramente, luego de forma más violenta.

–Ra... –Kathe iba a tocarla, pero Verónica se lo impidió.

–La estoy viendo –dijo Rahela de pronto, abriendo los ojos de golpe, de un color verde muy claro, casi blanco–. Ella estuvo aquí.

–¿Qué es lo que ves? –le preguntó Verónica.

Rahela estudió el panorama a su alrededor, observándolo todo a detalle con esos extraños ojos claros y luminosos.

–Es temprano, el sol está en lo alto, apenas comienza a iluminar el día –comentó ella, y entonces señaló el camino de tierra–. Alguien se acerca. Enriqueta... Sí, es ella. Viene caminando. Va vestida de amarillo y lleva el paraguas a modo de sombrilla. Se ve contenta, ilusionada... Aunque molesta, por haberse enlodado el ruedo de la falda de su vestido favorito.

–¿Viene sola? –le preguntó Verónica.

–Sí –contestó Rahela, enseguida–. Pero no lo estará por mucho. Va a encontrarse con alguien. Puedo sentirlo, está feliz por ello.

–¿Quién es? –quiso saber Kathe.

–No lo sé...

–¿Qué más ves? –Verónica se acercó, comenzando a impacientarse.

–Ella se sentó a esperar bajo el árbol –continuó Rahela, siguiendo con la vista el recorrido de alguien invisible–. Sacó algo del bolsillo... ¿Una nota, tal vez?

–¿Puedes ver qué dice? –le preguntó Vero.

–Sí... –Rahela caminó hasta el árbol y se situó a su lado, como si estuviera estudiando algo por encima del hombro de una persona invisible–. «Te espero... al alba en nuestro árbol –leyó con dificultad–, y entonces nos marcharemos juntos, a vivir nuestro...» ¿amor? Lo siento, no alcanzo a ver lo que sigue, ni la firma. Su cabeza me estorba... y ahora guardó la nota en el interior de su guante.

–Está bien, no te preocupes. ¿Qué más puedes ver? –Kathe llegó al otro

lado del árbol, intentando no perturbar a su hermana con su visión.

–Ella está molesta. Parece que pasa el tiempo, porque el día comienza a cambiar, y ella se está impacientando. Esperen... ¡Alguien viene! –exclamó, señalando el camino.

–¿Quién? ¿Alcanzas a verlo?

–No... –Rahela entrecerró los ojos, como si intentara ver a alguien a la distancia–. Parece un hombre en una carreta, pero no puedo distinguirlo, está muy lejos... ¡Ah! –gritó, y entonces, cayó desmayada.

–¡Rahela! –Kathe se arrodilló a su lado y la meció–. ¡Rahela, despierta!

–Dios mío, esto era lo que temía –se quejó Verónica, posando una mano en el rostro de Rahela–. Si estuvo presente en el momento en que la mataron...

–Pero no estaba en el cuerpo de Enriqueta, Vero. No sintió su muerte, solo su dolor –le aseguró Kathe–. Mamá dice que no es mortal, solo muy traumático.

–Debemos llevarla a casa, pronto va a llover.

–No... –Rahela se removió, y se llevó una mano a la nuca–. Qué dolor...

–¿Qué te sucedió? –le preguntó Verónica, muy preocupada.

–Creo... creo que alguien golpeó a Enriqueta por la nuca.

–¿Quién? –Kathe la urgió, necesitada de respuestas.

–No alcancé a verlo... Lo siento. Quien fuera, golpeó a Enriqueta por detrás, sin dejarse ver.

–No te disculpes, no es tu culpa –le aseguró Kathe, y entonces una gota le cayó en la nariz, seguida de otra y otra, cuando la lluvia se desató de golpe.

–Será mejor que vayamos a casa –dijo Verónica, alzando una mano. Y con ella, el agua se detuvo, como si hubiera un enorme paraguas sobre sus cabezas, protegiéndolas de la lluvia.

–Espera... –Rahela miró a Kathe y a Verónica–. Me temo que ese golpe fue lo que la mató... Al menos... al menos no sufrió mucho. Fue rápido.

–Eso le dará algo de consuelo a su familia. –Kathe sonrió suavemente–. Gracias, Rahela.

–Ojalá hubiese podido hacer más.

–Ya hiciste bastante, preciosa –le aseguró Verónica.

–Eso es muy cierto. –Kathe asintió, conviniendo con su hermana mayor–. ¿Crees que puedas montar a caballo?

–Por supuesto, no es que me haya golpeado la cabeza de verdad. –Rahela sonrió, aunque era claro que aún seguía adolorida–. ¿Saben? Hay algo que no entiendo, si ese golpe fue lo que la mató, ¿cómo es que terminó desnuda en el río? –preguntó.

–No tengo idea –contestó Kathe.

–Lo averiguaremos en su momento –aseguró Verónica.

–Desde esa perspectiva fue todo lo que pude ver y sentir... –Rahela emitió una exhalación–. Pero puedo volver a intentarlo, esta vez dentro...

–¡No! –gritaron a su vez Verónica y Kathe.

–¿Estás loca?

–¡Es demasiado arriesgado!

–Pero usar la energía de Enriqueta desde fuera solo me da una visión limitada. Si entro a su mente, podré saber qué está pensando con exactitud, y como ya sé cuándo es el momento en que muere, puedo salir antes de...

–¡No! –repitieron ambas hermanas al unísono.

–Está bien, no se alteren. –Rahela suspiró e intentó dar un paso, pero trastabilló.

Kathe y Verónica se acercaron a ella y la ayudaron a enderezarse, sujetándola por las axilas.

–Vamos a casa, pequeña. Ya has hecho mucho por este día –le dijo Verónica–. Estoy orgullosa de ti.

–Pero si no hemos conseguido nada...

–Por supuesto que sí, ahora sabemos lo que le sucedió a Enriqueta. –Kathe inspiró hondo–. Ahora, debemos descubrir quién era la persona en esa carreta.

–¿Por qué? Él no fue quien la mató. Enriqueta lo estaba saludando con la mano cuando él venía por el camino, lo vi perfectamente.

—En ese caso, de seguro él vio al asesino cuando la atacó.

CAPÍTULO 33

–¿Es que se han vuelto locas? ¡Partir ustedes solas en medio de la noche! – gritaba Jenica, paseándose de un lado a otro de la habitación–. Pero esperen a que llegue su padre, entonces sabrán lo que es bueno...

–Lo siento, mamá, pero teníamos que hacerlo –dijo Verónica, impasible–. Debemos hacer algo para descubrir quién fue el asesino de Enriqueta, o de lo contrario Jack se podría quedar el resto de su vida tras las rejas.

–¡Pero poner sus vidas en riesgo de forma tan estúpida...! –Señaló a Rahela–. Pudiste morir, jovencita, sabes muy bien que tu don es muy peligroso y difícil de dominar. Sin mencionar que hipnotizaste al pobre Alonso. Cuando bajé, después de acostar a Liana, lo encontré parado en el pasillo como un poseso, sin saber qué debía hacer porque no lo recordaba.

Kathe soltó una risita y se apuró en disimularla con una tos cuando su madre le dirigió una mirada airada.

–Mamá, sé que no te gusta que usemos nuestros dones –intervino Verónica, siendo la voz de la razón–, pero cuando es necesario y podría depender de nosotras el salvar una vida, es algo que debemos hacer. Si juzgan a Jack y lo encuentran culpable, morirá en San Juan de Ulúa.

Kathe bajó la cabeza, con sentida tristeza, al escuchar esas palabras.

–Es cierto... –Jenica suspiró–. Pero, por favor, no se pongan en riesgo de forma innecesaria. No vuelvan a salir a mitad de la noche, ¿quieren? Prométanlo.

–Sí, mamá –respondieron las tres al unísono.

–Ahora, díganme, niñas... –Inspiró hondo y las miró–. ¿Qué planean hacer?

–¿A qué te refieres? –preguntó Verónica, sin comprender.

–¿Qué van a hacer ahora con la información que encontraron?

Las tres volvieron a mirarse, y esta vez, fue Kathe quien tomó la palabra.

–Lo primero será ir a ver a Jack a la cárcel.

–Y esta vez, yo las acompañaré –dijo Alonso, entrando en la habitación, después de haber escuchado todo desde las sombras.

–¿Es que nadie sabe en esta casa que es de mala educación oír las conversaciones ajenas tras las paredes? –gruñó Kathe, cruzándose de brazos.

–Me alegra que lo haya hecho, porque ahora me ahorraré la explicación al pedirle que se quede en casa, cuidando de Liana.

–¿Qué? –Alonso arqueó las cejas, confundido–. ¿Por qué quieres que me quede?

–Para protegerla, hijo. –Jenica posó una mano en el hombro del muchacho –. Es mi turno de acompañar a mis hijas.

–¿Cómo que no puedo verlo? –preguntó Kathe, subiendo el tono de voz, indignada.

–Lo siento, señorita, pero el comandante ha ordenado que nadie vea al prisionero hasta que sea trasladado a la ciudad, para su juicio.

–¡No pueden hacer eso! ¡Tengo derecho a verlo! Llame ahora mismo a ese condenado comandante y dígame por dónde se puede meter sus órdenes...

–Kathe, tranquilízate, o vas a hacer que también te arresten –le pidió su madre, abrazándola por los hombros y llevándola hacia atrás–. Respira profundo y cierra la boca por un momento, ¿quieres, cielo? Deja que tu madre se haga cargo del asunto.

–Está bien –masculló la chica, dedicándole al hombre una mirada asesina antes de alejarse del escritorio.

–Señora, sé que le disgusta la decisión del comandante, pero es por seguridad de todos –comenzó a decirle el hombre, antes de darle la oportunidad de hablar a la mujer–. El prisionero es un hombre peligroso y, por lo tanto, debe mantenerse aislado.

–Caballero, le aseguro que ni mis hijas ni yo queremos hacer nada para interferir con la ley. Nuestra única intención es llevarle a Jack algo de comer,

¿podría mostrar algo de compasión?

–Lo siento, pero obedezco órdenes. Nadie puede entrar.

–En ese caso, tal vez le pueda dejar aquí la comida, y usted puede hacernos el amable favor de entregársela a Jack. –Puso el cesto sobre el escritorio y apartó la manta que lo cubría, dejando a la vista una gran variedad de succulenta comida, como sándwiches de mortadela, tacos de canasta y pasteles de merengue.

Al ver el contenido, los ojos del hombre brillaron al tiempo que se pasaba la lengua por los labios.

–Tampoco puedo hacer eso. El comandante teme que alguien intente envenenar al prisionero, por represalias, ya sabe –se explicó a la carrera–. Pero de todos modos, déjeme esto aquí, en caso de que mi jefe cambie de opinión. –Tomó la cesta y Jenica aprovechó el momento para tomarla también, posando una mano sobre la suya.

–Su jefe cambiará de opinión –le dijo ella, con voz firme–. Ahora, buen hombre, lléveme con el prisionero.

Los ojos del hombre adoptaron una expresión perdida, al tiempo que un hilo de baba comenzaba a caer de su boca.

–Sí, señora. –El hombre asintió con la cabeza y se apartó para tomar unas llaves que yacían colgadas tras su escritorio, antes de dirigirse por unas escaleras laterales.

–Kathe, ven conmigo –le pidió Jenica–. Verónica y Rahela, esperen aquí. Si viene alguien, distraíganlo.

–Sí, mamá –contestaron ambas chicas, colocándose de forma estratégica a cada lado de la puerta de entrada.

Kathe siguió a su madre por el rellano de la escalera y luego hacia abajo. A medida que iban apareciendo soldados en sus caminos para interrogarlos, su madre les hablaba y ellos solo se apartaban, sin poner reparo alguno.

Al llegar ante una puerta que dividía una sección de las demás, el hombre sacó las llaves y comenzó a tantear, buscando una en específico.

–Si no le importa, tenemos prisa –le dijo Jenica, y con un movimiento de la mano, abrió la cerradura, sin necesidad de llave alguna.

La joven miró con mayor admiración a su madre. El alcance de sus dones superaba por mucho a los de ella o sus hermanas, y nunca hacía manifestación de ellos. Era una mujer sencillamente increíble.

–Es tu turno, cielo. –Jenica le entregó la canasta e hizo un gesto con la cabeza, pidiéndole a Kathe que avanzara.

Con paso tembloroso, ella lo hizo. Atravesó el umbral y se encontró con una sola y húmeda celda, cubierta de paja y mugre, iluminada con dificultad por una sola ventanita en el techo, protegida con barrotes, por si alguna rata quisiera escapar porque era obvio que ningún hombre sería capaz de alcanzarla.

–¿Kat...? –La voz mortecina de Jack le llegó desde un rincón.

Ella giró la cabeza y lo que encontró la horrorizó.

Jack yacía sujeto contra el muro por una cadena que lo mantenía apresado por las manos, como si se tratara de un animal peligroso. Estaba cubierto de sangre y moretones, un ojo lo tenía cerrado por completo, a causa de la inflamación, y las ratas habían mordisqueado sus pies, pues le habían arrebatado los zapatos.

–¡Dios mío, Jack...! –gritó, corriendo hacia él.

–Kat... ¿qué...? ¿qué estás haciendo aquí? –Tosió, intentando mantenerse de pie a pesar del evidente cansancio. Debían haberlo mantenido despierto y de pie, colgado de esas cadenas, toda la noche, mientras lo golpeaban.

–Jack... –Ella puso ambas manos en sus mejillas y alzó su rostro, buscando su mirada–. Pobrecito, Jack, pero ¿qué te han hecho?

–Estoy bien. –Intentó sonreír, pero tenía el rostro tan inflamado que le fue muy difícil mover los labios–. Debiste ver cómo quedaron los otros.

Ella sonrió, a pesar de que gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

–Ahora entiendo por qué ese guardia ruin no quería permitirnos verte. –Ella frunció el ceño–. Pero espera a que lo vea, le voy a dar...

–No, Kat, déjalo. No tiene importancia.

–¡La tiene! Jack, por todos los cielos, ¡mira cómo te tienen!

–Creo que de poder hacerlo, no querría –intentó bromear, pero ella no rio.

–Estoy hablando en serio, Jack. Esto es una completa injusticia, tú no hiciste nada malo, y aunque fueras un criminal, nadie se merece este trato – gritó, indignada.

–¿Qué ocurre...? –Jenica entró en la habitación, y al ver a Jack, se quedó muda del asombro.

–Mamá... ¿podrías...? –Kathe le dirigió una mirada suplicante.

Los ojos de Jenica se iluminaron, con seguridad.

–Por supuesto que sí, faltaba más. –Se acercó a la carrera-. ¿Pero qué te han hecho, muchacho? –le preguntó con sentido pesar, examinando sus heridas.

–Estoy bien... –Jack tosió otra vez-. ¿Qué hacen aquí? ¿Cómo es que las dejaron entrar? –les preguntó, preocupado por ellas.

–Eso no importa ahora, Jack. Anoche fui al páramo con mis hermanas –le contó Kathe, intentando distraerlo de lo que su madre estaba haciendo-. El páramo donde vi a Enriqueta, ¿recuerdas?

–Sí... ¡Ah! –siseó, cuando Jenica posó un par de manos sobre su costado.

–Tienes varias costillas rotas, una perforó el pulmón. Debemos hacer algo –le informó la mujer, sin detenerse en su labor.

–No creo que me dejen salir... –Jack se quedó boquiabierto cuando vio emerger una luz dorada de las manos de Jenica y extenderse por su piel y luego dentro de él-. ¿Pero qué...?

–Jack, ¿te acuerdas del páramo? –le preguntó Kathe, alzando su mentón, intentando distraerlo.

–Sí... Al que me dijiste que querías ir. –Frunció el ceño, como si recién cayera en la cuenta del significado de sus palabras-. ¿Cómo que fueron a ese lugar ustedes solas y de noche? ¿Es que se han vuelto locas?

–Lo mismo les dije yo –comentó Jenica, pasando las manos de un sitio a otro, extendiendo la luz dorada.

–Eso es irrelevante por ahora. –Kathe volvió a llamar la atención de Jack–. Lo que importa, es que pudimos ver lo que hizo Enriqueta antes de morir. Esperaba a alguien, de seguro a un hombre por una nota que llevaba encima. Quizá iba a huir con él, cuando alguien la golpeó por detrás y la desnucó.

–Dios mío... –Jack musitó, perturbado por sus palabras–. Ahora tiene más sentido lo de la maleta...

–¿Qué maleta?

–La que encontramos con el doctor, la que Porfirio le dio, ¿recuerdas? – Jack siseó cuando sintió las manos de Jenica sobre una de sus costillas rotas–. Tenía dentro varias cosas de Enriqueta, como si hubiera empacado para huir con alguien...

–Es cierto, la maleta. La había olvidado. –Kathe buscó sus ojos, forzándolo a mirarla y no a su madre, que en ese momento realizaba una operación dolorosa sobre sus costillas–. ¿Qué había dentro?

–Ropa, algunos artículos personales, un marco con un retrato de su familia.... Eso duele –siseó cuando sus costillas crujieron, reacomodándose en su lugar.

–Solo un poco más, aguanta, hijo –le pidió Jenica, sin detenerse.

–Es extraño, ella no llevaba una maleta consigo ese día... –comentó Kathe.

–Quizá se la dio a Porfirio para que se la guardase hasta el día en que decidieran huir juntos –pensó Jack en voz alta, soportando el dolor–. Dudo mucho que Emilia o Dorotea le permitiesen salir de casa como si nada, cargando encima con una valija.

–Es cierto. Y si la guardó Porfirio, entonces sería lógico que quisiera deshacerse de ella para evitar que lo relacionaran con Enriqueta o lo culparan por su desaparición –formuló Kathe–. Y si el hombre de la visión de Rahela se trataba de Porfirio, sería lógico que llevara entonces la maleta consigo, para reunirse con ella.

–Pero si Porfirio iba a reunirse con Enriqueta para huir juntos, ¿quién fue la persona que la golpeó? –preguntó Jenica, sin dejar de curar a Jack.

–No lo sé... –Kathe se calló cuando sintió un estremecimiento recorriéndole la columna.

–¿Qué ocurre? –preguntó su madre, adoptando una expresión alarmada al reconocer el sentimiento de su hija en su mirada.

–Tengo un presentimiento... –Kathe alzó la vista–. Debemos volver.

–Dame un par de segundos... –Jenica cerró los ojos y la luz se intensificó.

Jack apretó los dientes cuando también el dolor se hizo más fuerte, pero solo fue cuestión de segundos. Cuando Jenica se apartó, todo dolor se había ido.

–Me gustaría hacer más por ti, hijo, pero es seguro que llamaría la atención que ya no tuvieras heridas visibles de un momento a otro –le dijo ella, en tono de disculpa.

–Esto es... ¡increíble! –Jack se movió en su sitio, colgado de las cadenas–. Ya no me duele nada.

–He sanado tus heridas internas. Las externas se curarán en unos días, y en cuanto a eso... –Alzó una mano y las cadenas que sujetaban sus muñecas se aflojaron–. No puedo liberarte, pero ahora podrás sentarte y descansar un poco.

–Gracias, Jenica. Esto es... un secreto que me llevaré conmigo a la tumba –le aseguró, hablando con solemnidad.

–Lo sé, hijo. –La mujer sonrió y se acercó para darle un fugaz beso en la mejilla–. Pronto nos veremos. Cuídate, muchacho –se despidió, antes de salir de la celda, dejándolos a solas.

–Debo irme... Pero no quiero hacerlo –Kathe abrazó a Jack por el cuello antes de darle un profundo beso, que decía más que mil palabras–. Prométeme que seguirás vivo para cuando consigamos sacarte de aquí.

–Lo prometo. –Él sonrió y entonces pegó su frente a la de ella.

–Y promete que te cuidarás –añadió ella, posando una mano en su mejilla–. Porque te juro que en cuanto salgas de este lugar, te daré un puñetazo tan fuerte en la nariz que desearás que los guardias estén de vuelta.

Jack soltó una carcajada y negó con la cabeza.

–¿Y por qué tan grande muestra de amor, Kat? –le preguntó, sarcástico.

–Por entregarte, estúpido –rugió ella–. Así que ya lo sabes, en cuanto salgas, tu nariz tiene una cita con mi puño. Es una promesa. Y sabes que yo también cumplo mis promesas.

–Sin duda. –Él rio, e inclinándose sobre sus labios, añadió en un tono más serio–. Está bien, prometo tener cuidado, si tú me prometes que harás lo mismo. Nada de locuras, como ir a un páramo de noche y sola, ¿de acuerdo?

–Por supuesto. –Ella asintió, obligándose a no llorar, antes de volver a besarlo–. Te trajimos algo de comida, date prisa en terminarlo todo antes de que las ratas se den cuenta y te la roben. Y también los roedores que comparten alojamiento contigo –añadió, haciéndolo reír.

–Ahora ve, amor, tus hermanas te necesitan –le pidió Jack, haciendo un gesto con la cabeza hacia la salida–. No te preocupes por mí, estoy bien. Te juré que no me iría a ninguna parte, y yo siempre cumplo mi palabra.

–Lo sé... –admitió, abrazándolo una vez más antes de alejarse a la carrera.

Subieron a toda prisa por las escaleras, llevando al mismo guardia de antes por delante para hacerlo actuar como guía.

Al llegar de vuelta al vestíbulo, lo primero que notaron fue la tensión en el rostro de Rahela, mientras se paseaba nerviosa de un lado a otro de la puerta.

–¡Qué bueno que al fin llegan! –les dijo en un susurro, corriendo a su encuentro.

–¿Qué ocurre? –preguntó Kathe, avanzando con ella y su madre, y dejando que el guardia hiciera lo propio, por su cuenta.

–Alguien más vino...Y está buscando al comandante de policía.

–¿Quién es?

–Emilia... –Rahela se removió en su lugar, muy nerviosa–. Ella fue quien presentó la denuncia contra Jack, para acusarlo del asesinato de Enriqueta. Y ahora, al parecer por lo que escuché de uno de los guardias, ha venido para corroborar su declaración.

Los ojos de Kathe se entrecerraron con furia.

—Ahora mismo me va a oír esa mujer...

—No es ella la que me preocupa —le aseguró Rahela—. Es que Verónica se te adelantó, y ahora está hablando con ella. —Sus ojos se abrieron bastante, reflejando viva preocupación—. Y todas sabemos cómo se pone cuando se enfurece.

CAPÍTULO 34

El color del rostro de Kathe se esfumó, al igual que el del de su madre.

Sin mediar palabra, salieron a la carrera al encuentro de ambas mujeres, antes de que un desastre se desatara.

Sin embargo, al llegar al despacho del comandante, donde Rahela les había dicho que se encontraban, lo que hallaron fue una escena completamente diferente a la que habían esperado:

Emilia lloraba a lágrima viva, envuelta en los brazos de Verónica, quien intentaba consolarla mientras la mujer hablaba.

A su lado, Magdalena, la que había sido la mejor amiga de Enriqueta, las observaba con expresión afligida, como si en cualquier momento fuese a soltarse a llorar también.

—¿Qué está pasando? —preguntó Kathe, entrando en la habitación.

—Kathe... Lo siento tanto —le dijo Emilia, apartándose de los brazos de Verónica para poder encararla—. He cometido una enorme equivocación.

Kathe frunció el ceño y buscó la mirada de su hermana mayor, quien permanecía a un lado de Emilia, esperando paciente a que la mujer hablara.

—¿Qué quieres decir, Emilia? —le preguntó Jenica, llegando al lado de su hija, con Rahela caminando a toda prisa tras ella.

—Magdalena me lo ha contado todo —hipó Emilia—. Lo que Enriqueta tenía planeado hacer... Que estaba esperando un hijo... —Sollozó, y Verónica debió abrazarla una vez más, temiendo que, en su estado delicado, fuese a desmayarse.

Los ojos de Kathe se entrecerraron y entonces miró a Magdalena, quien asentía con la cabeza, derramando gruesas lágrimas.

—No quería decir nada porque sentía que estaba traicionando a Enriqueta... —comenzó a decir la joven, mirando a Kathe con expresión afligida—. Pero cuando supe que habían acusado a Jack, no pude quedarme callada por más

tiempo. Porfirio era el novio secreto de Enriqueta, ella estaba esperando un hijo suyo y estoy segura de que fue él quien la mató.

–¿Por qué estás tan segura? –le preguntó Jenica con voz amable, acercándose a la muchacha para infundirle confianza, pues temblaba de pies a cabeza mientras hablaba.

–No puedo estar segura, pero así lo creo –afirmó la chica, permitiendo que Jenica la envolviera en un abrazo–. Ella me mataría si supiera que estoy revelando sus secretos... –musitó, derramando una gruesa lágrima.

–Por favor, Magda, dinos lo que sabes –le pidió Kathe, con voz suplicante–. Enriqueta lo comprendería, en especial si has de salvar a un hombre inocente de una condena tras las rejas.

La joven pareció dudar y buscó la mirada de Emilia, quien, en ese momento, sentada en una silla, lloraba en silencio.

–Adelante, diles lo que me has dicho –la animó la mujer, asintiendo con la cabeza–. De todos modos, no habrá más secreto después de que des tu declaración ante el comandante de policía.

La muchacha asintió, como si la liberaran de un peso y tomó aire, preparándose para hablar.

–Enriqueta era novia de Porfirio, como ya les mencioné... –comenzó a decir, dejándose caer en una silla al lado de la de Emilia–. Ella me pidió que guardase su secreto, no quería que nadie se enterara de su relación, en especial su mamá y su hermana... –Miró a Emilia con gesto de disculpa–. Era mi mejor amiga, así que acepté mantener la boca cerrada. Aunque cada vez era más difícil. Enriqueta pasaba mucho tiempo conmigo, en el estudio de fotografía, o en mi casa. Lo hacía para tener una excusa para encontrarse con Porfirio sin que nadie se diera cuenta, iba a verme y me usaba de tapadera, y luego se iba con él, y volvía más tarde de nuevo a la tienda o a mi casa, haciéndole creer a todo el mundo que había pasado conmigo todo el día. A mí no me gustaba lo que estaba haciendo, pero era mi mejor amiga y no quería que se molestara conmigo, así que no le dije nada, pues esperaba que con el tiempo ella se diera cuenta de su error y volviera a ser la misma de antes...

—Antes de la partida de mi padre —gruñó Emilia, con voz ronca por la rabia—. Todo esto ha sido culpa de él. Y el desgraciado animal ni siquiera vino a su funeral, el muy... —Jenica posó una mano en el hombro de Emilia, apaciguándola.

—Piensa en el niño que esperas, no te enojas tanto. Cada quien carga con la culpa de sus actos, no te mortifiques por lo que no puedes cambiar.

—Lo siento... —Emilia asintió, sacudiéndose la nariz con un pañuelo—. Por favor, Magda, continúa tu relato.

La chica asintió y tomó aire, como si necesitara armarse de valor para decir lo que venía.

—Una tarde, Enriqueta volvió del médico llorando. Dijo que estaba embarazada y que tenía miedo de decirle a Porfirio porque no creía que él fuera a hacerse responsable del niño.

—¿Y qué hiciste?

—Le aconsejé que se lo dijera de todas maneras. Si era el padre, tenía que hacerse responsable. Así que ella fue a verlo al día siguiente, pero Porfirio no quiso saber nada al respecto; él tenía planes de marcharse a la ciudad de México, así que se deslindó del problema. La acusó de que el niño no era suyo y que no respondería por el hijo de otro hombre.

—Maldito... —gruñó Emilia, pero se controló esta vez, permitiéndole continuar a la muchacha.

—Enriqueta estaba desconsolada, decía que su mamá iba a matarla y que su hermana nunca la perdonaría por lo que había hecho, por traer la vergüenza y la deshonra a su familia... —Agachó la vista cuando Emilia se soltó a llorar amargamente.

—La habría apoyado, me habría enojado, por supuesto, pero la habría apoyado... —aseguró ella, llorando vivamente entre los brazos de Kathe, que se había acercado a abrazarla.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Verónica, manteniéndose de pie junto a la puerta, al lado de Rahela.

–Enriqueta pensó que lo mejor sería deshacerse del niño, así que fue a ver al médico para preguntarle si le podría dar algo que hiciese el trabajo, pero él se negó. Le dijo que esas cosas eran tema de las hierberas, y que fuera a verlas a ustedes.

–Lo recuerdo –masculló Kathe, frunciendo el ceño.

–¿Es que tú lo sabías...? –Emilia miró a su amiga con ojos entornados.

–Enriqueta fue a la tienda esa noche, intentó sacar algo a hurtadillas y la confundimos con un ladrón. Nos suplicó que no te dijéramos nada, ni a tu madre, y prometió contarles todo bajo la amenaza de que si no lo hacía, nosotras hablaríamos con ustedes.

–¿Y por qué no me dijiste nada? –inquirió la mujer.

–Porque Enriqueta desapareció y luego... Luego ya no fue necesario revelar nada –concluyó, bajando la voz.

–Porque ella ya estaba muerta... –musitó Emilia, asintiendo con la cabeza –. Entiendo.

–Magda, después de que Enriqueta fue a ver al médico, ¿volviste a verla? – le preguntó Verónica, deseando conocer la historia completa.

–Sí, ella fue a visitarme para despedirse. Me dijo que Porfirio le había mandado una nota en la que le pedía encontrarse con ella para huir juntos, así que sería la última vez que nos veríamos.

–Entonces... ¿él cambió de opinión? –preguntó Rahela, interviniendo por primera vez–. ¿Iba a reconocer a su hijo?

–Eso es lo que Enriqueta creyó, dijo que él debió arrepentirse por lo que estaba haciendo y había decidido actuar de la forma correcta. Además...

–¿Qué cosa? –Kathe la instó a hablar cuando la muchacha guardó silencio.

–Enriqueta lo había amenazado... –Suspiró y miró a las mujeres a su alrededor–. Mi amiga no tenía el carácter suave, y cuando se enojaba... Bueno, era de armas tomar.

–¿Qué le dijo a Porfirio para amenazarlo? –preguntó Jenica.

–No lo sé con exactitud, pero un día, mientras lloraba en mi casa, Enriqueta

me aseguró que le haría pagar por ser tan vil y cruel con ella, que él se arrepentiría por lo que le había hecho... –Negó con la cabeza–. Poco después le llegó la nota, y al día siguiente, ella había desaparecido....

–Es seguro que después de que ella lo amenazara, Porfirio le hizo llegar esa nota para que se encontraran, con la clara intención de engañarla con la idea de huir juntos, y fue cuando la asesinó –comentó Emilia, llenando los espacios en blanco.

–Entonces, Enriqueta fue a verte el día anterior a su muerte –dijo Jenica, pensando en voz alta.

–Sí, al estudio de fotografía, pero no se quedó mucho porque los viernes cerramos temprano. Papá siempre va de pesca los sábados, llueve o truene, y le gusta prepararse bien la noche anterior –contó ella–. Le ofrecí que me acompañara a casa, pero ella me dijo que también tenía que ir a otro sitio...

–¿A ver a Porfirio?

–Sí... Supongo que sí. –Ella se echó a llorar–. De haber sabido que él sería capaz de hacerle algo tan vil, nunca le habría permitido marcharse con él...

–Está bien, tú no podías hacer nada. –Jenica la abrazó, intentando consolarla.

–¿A qué hora se fue del estudio? –le preguntó Verónica.

–No sé con exactitud; cerca de las tres, supongo, porque ese día yo debía recoger una entrega de material de fotografía en el correo antes de que cerraran.

–¿Viste si llevaba algo consigo? Una maleta, quizá...

–Sí... –La chica bajó la vista–. Me pidió que no dijera nada.

–Y cuando se marchó de tu casa, ¿se llevó la maleta consigo?

–Sí. Iba a dejarla en casa de Porfirio, él se la llevaría cuando se encontraran.

–Tal como supusimos... –musitó Kathe, mirando a Verónica, quien asintió con la cabeza.

–Esperen... ¿de qué maleta están hablando? –preguntó Emilia, sin comprender.

–La maleta de Enriqueta, en la que había guardado sus cosas para fugarse con Porfirio –le explicó Kathe–. Tobías y Verónica vieron a Porfirio entregarla al médico, para deshacerse de ella, y ayer la llevaron a la comisaría, para que sirviera como prueba contra él.

–¿Te refieres a la maleta que ayer me entregó la policía?

–¿Cómo? ¿Es que tú la tienes? –Jenica arqueó las cejas, sorprendida.

–Sí, es cierto que el médico la entregó como evidencia contra Porfirio, pero la policía dijo que no le hacía falta porque ya tenían al culpable, así que me la dieron.

Kathe apretó los labios, guardándose unas cuantas palabrotas contra esos gendarmes estúpidos.

–Emilia, ¿crees que podríamos echarle un ojo al contenido de esa maleta? –le preguntó Rahela, con la viva decisión grabada en la mirada.

–Quizá podamos hallar alguna pista que incrimine a Porfirio del asesinato, y nos sirva para liberar a Jack –se explicó Kathe cuando Emilia no supo qué contestar.

–Supongo que sí... –Emilia se puso de pie–. Haré lo que sea para ayudar a sacar a Jack de la cárcel y meter a Porfirio donde pertenece.

–Gracias, Emilia. –Kathe le dirigió una sonrisa amable a su amiga–. En cuanto Magda haya dado su declaración, podremos ir...

–No, ustedes vayan –la interrumpió la joven–. Ya estoy aquí y el comandante no ha de tardar en llegar, no necesito que me sigan acompañando. Mientras más rápido actúen, tal vez podamos liberar antes a Jack. Vayan por la maleta, yo las alcanzaré en cuanto termine aquí.

–No quiero dejarte sola, Magda. No me parece correcto –dijo Emilia, dudando de si debía dejar a una jovencita sola en una estación de policía.

–Es cierto, no debemos dejarla sola –convino Jenica.

–Vamos todas a casa de Emilia, entonces –sugirió Magda–. Mi padre me ha

prestado su carreta, no demoraremos. Y si encontramos algo en la maleta, podremos usarlo como prueba para respaldar mi declaración.

–Me parece bien –Emilia asintió y tomando del brazo a Magda, le dijo–: Gracias por hacer esto, eres muy valiente.

–Es lo mínimo que puedo hacer. Después de todo, si hubiera hablado antes, tal vez Enriqueta estaría ahora con vida.

Al bajar de la carreta, Kathe se dio prisa en acudir en ayuda de su madre, pues Emilia y Magda habían ocupado el pescante, y ellas debieron acomodarse en la parte de atrás. Al moverse, sintió que algo se le enterraba en la rodilla, y al pasar la mano por la tela, encontró varias piedritas blancas, semejantes a granos de sal.

–Será mejor que te laves la mano, es Nitrato de Plata –le explicó Magda, un tanto alarmada–. Papá llevaba una carga recién recogida del correo cuando cayó en un bache y el paquete se rompió y se esparció por todas partes. Creía haberlo limpiado bien, pero parece que esa cosa se pega a todo.

–¿Por qué tu padre pidió Nitrato de Plata? –le preguntó Jenica, bajando de la carreta junto a sus hijas.

–Se usa para el revelado de las fotografías –explicó la joven–. No es peligroso, se puede utilizar como antiséptico también, pero lo mejor sería que lo lavaras, por si acaso.

–De acuerdo. –Kathe asintió, y se dirigió a la parte trasera de la casa, para poder lavarse en la bomba del patio.

–Espera, iré contigo –le dijo Rahela, siguiéndola–. Creo que también se me ha pegado un poco.

Las chicas llegaron al patio trasero y Kathe se dio prisa en accionar la bomba.

–Kathe... –Rahela bajó la voz al acercarse a su hermana–. He visto estas sales antes. Estaban en el cabello de Enriqueta... En su funeral.

Los ojos de Kathe se agrandaron.

–¿Estás segura? Tal vez lo estás confundiendo con alguna otra cosa...

–No, estoy segura. Eran las mismas.

–Bueno... Magda mencionó que podían usarse con fines medicinales. Tal vez el médico las usó para embalsamar su cuerpo.

–¿Lo crees de verdad?

–No lo sé... –admitió–. Vamos adentro, así podremos contarle a mamá y a Verónica, tal vez ellas tengan una mejor idea... –Dio un paso de vuelta a la casa cuando un escalofrío la recorrió.

–¿Qué ocurre? –le preguntó su hermana.

–Rahela... –Kathe entrecerró los ojos y la miró.

–¿Sí?

–¿Puedes sentir algo aquí?

Rahela dio una vuelta en derredor, cerciorándose de que nadie las observaba, y entonces posó una mano en el suelo. La onda dorada emergió de ella y se expandió a su alrededor, igual de rápido que una onda de agua.

–Por allá... –señaló una vieja casa, que llevaba años abandonada.

–¿La casa de la viuda González? –Kathe hizo una mueca–. ¿Estás segura?

–Vamos. –Rahela tomó su mano y tiró de ella, conduciéndola hacia la destartalada construcción, que a duras penas se mantenía en pie.

Entrar fue sencillo, la puerta estaba derribada y también parte del muro, dejando a la vista el interior de una construcción sencilla, de una sola habitación, donde el polvo y la suciedad se acumulaban.

Sin embargo, nadie entraba allí. La casa era conocida por los habitantes del pueblo por ser una casa embrujada, y no había una persona cuerda que quisiera toparse con fantasmas o maleficios.

Excepto ellas, pensó Kathe de mala gana, siguiendo a su hermana por el interior de la casa.

Y entonces sucedió aquello que Kathe detestaba. Espíritus. Paseando por todas partes. Vestidos con atuendos pertenecientes a distintas épocas, cada uno transitaba por allí, ignorantes de los otros, viviendo sus vidas como si aún

pertenecieran al siglo en el que habían muerto.

—No te harán nada —le aseguró Rahela, tirando de ella por la morada.

Kathe la siguió, sintiéndose estúpida por tener miedo cuando su hermanita menor se portaba tan valiente.

Atravesaron la habitación hasta llegar a lo que antes debió ser la puerta trasera, que comunicaba con un pequeño patio. Rahela la llevó consigo hasta llegar a una habitación contigua, que desde afuera no era perceptible.

Ese lugar era bastante diferente al resto de la casa, también estaba medio derruido, pero mucho más limpio. Varias mantas yacían en el piso, algunos cojines y algo de ropa. También algunas velas, que habían sido usadas bastante, se encontraban diseminadas por todo el lugar y encima de una especie de mesa, el único mueble del lugar además de una silla.

Al acercarse, pudieron notar que sobre la mesa había varios artículos de mujer dispersos sobre su superficie, además de papel y tinta.

Kathe caminó hasta la mesa y tomó una botella que yacía allí.

—Este perfume se lo di yo a Enriqueta —le dijo a Rahela—. Y varias de estas cosas son de la tienda, ella debió traerlas.

Rahela asintió, aunque no le prestaba toda su atención. Sus ojos estaban puestos en un sitio en el muro, al que se dirigió con presteza.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Kathe, al ver que su hermana enterraba los dedos en un ladrillo. Y entonces este cedió, dejando a la vista un agujero en la pared.

—Es un escondite —le dijo Rahela, metiendo la mano en el interior.

—Ten cuidado, no sabes qué puede haber ahí... —Kathe se quedó sin habla cuando Rahela extrajo del agujero varios papeles, que enseguida reconoció como fotografías.

—Oh... Enriqueta... —musitó Rahela, con voz triste, mientras pasaba una foto tras otra, en las que se veía a una joven hermosa vestida con poca ropa, posando de forma sensual a la cámara, hasta llegar a las últimas, donde la muchacha se encontraba por completo desnuda y en poses bastante

provocativas que nada dejaban a la imaginación.

–Tenía razón, no tenía idea de lo que ibas a encontrar allí –dijo Kathe, arrancándole las fotos a su hermana, incapaz de seguir viéndolas.

–Espera, tienen algo escrito –le dijo Rahela, al notar la letra sobre el papel en la parte de atrás de los retratos, cuando Kathe intentó ocultarle las fotos.

–¿Qué cosa...? –Kathe enarcó las cejas, girando las fotos para poder ver la parte posterior–. Es cierto. En todas tiene algo escrito... «Mi pequeña colegiala» –leyó Kathe en voz alta lo que yacía escrito tras una foto en la que Enriqueta posaba con una falda de colegio, y nada más–. «Mi diosa morena», «Dulce travesura...». Ya no quiero seguir leyendo, esto se pone bastante más subido de tono.

–Eso no importa, Kathe... –Rahela miró a su hermana con ojos agrandados –. Es la misma letra que estaba en la nota de Enriqueta ese día.

–¿Qué...? –Kathe miró más de cerca la escritura–. Aquí firma V.F.

–No es Porfirio... –Rahela frunció el ceño–. El asesino no es Porfirio.

Kathe asintió, sintiendo que un escalofrío de miedo la paralizaba.

–No, no lo es –asintió, bajando la foto–. Quien firmó esto tuvo que ser Venustiano Flores. El fotógrafo...

–Y el padre de Magda.... –añadió Rahela con voz mortecina.

–Y este lugar, debió ser el sitio donde ambos se reunían en secreto – concluyó Kathe, mirando en derredor con ojos renovados.

–¡Oh, por Dios, Kathe...! –gritó Rahela.

Kathe sintió un fuerte golpe en la cabeza y luego nada.

Todo a su alrededor se volvió oscuridad.

CAPÍTULO 35

–La maleta la guardé en la habitación de Enriqueta, por favor, pasen –les pidió Emilia, guiándolas por su casa.

–¿No está tu madre, Emilia? –le preguntó Jenica, al notar que el lugar yacía en completo silencio.

–No, ella y Carlos fueron a la ciudad por provisiones para el restaurante –contestó Emilia, entrando a la habitación del fondo, la que debía ser la de Enriqueta–. Los últimos días no me dejan acompañarlos a ninguna parte.

–Es natural, estás a días de salir de cuentas y no querrán que el parto te llegue a medio camino.

–Eso, y que últimamente tengo un genio de los mil demonios. Lo admito. –Sonrió, y sacó la maleta del armario–. Aquí la tienen.

–Permíteme cargarla por ti, ¿quieres? –le pidió Verónica, llevando la maleta hacia la cama para abrirla.

–Tiene cosas de Enriqueta, la revisé antes, pero no me dio ánimo para desempacarla... –admitió Emilia, con voz triste.

–Espera, ¿esto no es...? –Verónica sacó del interior de la maleta un vestido amarillo.

–El vestido favorito de Enriqueta. –Emilia esbozó una sonrisa, al tiempo que un par de lágrimas escapaban de sus ojos–. Supongo que lo iba a usar en su ceremonia de matrimonio.

–Este es el vestido que Rahela vio que ella traía puesto el día en que murió –confesó Verónica, pasándoselo a su madre para que lo examinara.

–¿Qué...? –Emilia enarcó las cejas–. ¿Cómo...? ¿Cómo puedes saber eso?

–Emilia, tú sabes cómo. –Verónica le dedicó una mirada que explicaba más que mil palabras–. Nos has llamado brujas antes. Pues es cierto, ¿de acuerdo? Lo somos.

Emilia boqueó como un pez, como si no supiera qué decir.

–Tiene sangre. –Jenica expuso la parte del cuello del vestido, manchada de un carmesí oscuro–. Este fue el vestido que llevaba puesto el día en que la mataron.

–Dios mío... –Emilia se llevó una mano a la boca, para reprimir un grito–. Pero si llevaba puesto el vestido, ¿por qué estaba desnuda en el río? ¿Y cómo es que esa prenda terminó aquí, en su maleta?

–Aguarda, si el vestido está en la maleta, también deben estar... ¡Sí! –Verónica rebuscó hasta encontrar un par de guantes de cabritilla.

–¡Mis guantes! Esa granuja me los robó. –Emilia frunció el ceño, pero sonrió–. Siempre hacía lo que quería.

–¡Miren, sigue aquí! –Verónica extrajo del interior de uno de los guantes, una nota–. Rahela vio que ella la guardó dentro del guante después de leerla.

–¿Qué dice? –preguntó Emilia, acercándose para ver.

–Es la nota en la que Porfirio le pidió huir con él...

–Pero no la firma Porfirio, sino un V.F. –Emilia frunció el ceño–. ¿Quién es V.F.? ¿Magda, Enriqueta te contó de un...? –Emilia se giró hacia la chica y se quedó con la palabra en la boca.

De pie en el umbral de la puerta de la habitación, Magda apuntaba un arma contra ellas.

–Sí, sé quién es V.F. –confesó, alzando el arma con una mano temblorosa–. Es mi padre.

Emilia palideció a tal extremo que pareció que iba a desmayarse. Miró a Verónica y Jenica con gesto estupefacto. Era claro que no se había esperado aquello, y que una parte de ella aún no podía asimilar que estuviese pasando en verdad.

–Magda, tranquilízate... –le pidió Verónica, alzando las manos en un intento de apaciguarla.

Pero la joven, más rápida, tomó a Emilia por el cuello y tiró de ella hacia atrás, apuntando el cañón a su cabeza.

–No intentes ningún truco, o la mato –la amenazó.

–Magda, no queremos hacerte daño –le aseguró Jenica–. Si tu padre asesinó a Enriqueta...

–¿Mi padre? –ella soltó una carcajada histérica–. Mi padre iba a huir con ella, él jamás la habría matado, o al hijo bastardo de ambos que esa zorra cargaba en su vientre. ¡Yo fui quien la mató! –confesó, para sorpresa de todas –. ¡No iba a permitir que esa maldita ramera le robara el marido a mi madre y destruyera a mi familia!

Jenica y Verónica compartieron una mirada de sorpresa y horror. Aquella noticia era peor de lo que se habían esperado.

–Espera... –Emilia intentó zafarse de ella, pero Magda apretó su agarre–. ¿Fuiste tú...? ¡Tú la asesinaste! –Le dirigió una mirada llena de reproche–. Y todo este tiempo te he permitido consolarme, porque creí que eras su amiga...

–¡Era su amiga! –gritó la chica, tirando de Emilia de vuelta–. Y esa zorra me traicionó de la manera más vil –espetó Magda, con vivo rencor–. Decía admirar a mi padre, aseguraba que era un buen hombre por querer a una hija que no era suya, y no solo eso, sino consentirla, como mi padre me consentía a mí. Quería un papá como el mío, y me lo decía a la cara, me envidiaba. Cada vez que nos veíamos en mi casa o en la tienda, ella se le pegaba como una garrapata, le sonreía, le hacía preguntas, se hacía la mona con él –contó, con voz colmada de resentimiento–. Al principio no me importó, supuse que era natural. Me daba lástima, a ella la había abandonado su padre y anhelaba el cariño de un papá como el mío. Pero un día, cuando volvía de buscar un encargo del correo, los encontré juntos... Besándose... –Sus dientes se apretaron con rabia.

–No puede ser... –Emilia negó con la cabeza–. No puedo creer que Enriqueta haya hecho algo así. Ella nunca se habría metido con un hombre casado, no después de lo que nuestro padre nos hizo...

–¡Pues fue justo por eso que lo hizo! –rugió Magda, llena de rabia–. Cuando la encaré y le reclamé por sus actos, fue eso lo que me dijo: a mí me quitaron a mi padre y destruyeron a mi familia, ahora yo tengo derecho a

destruir a una familia para tener lo que me merezco. Además, el daño que te hago a ti no se compara con el que le hizo la zorra a mi familia, porque tú no eres su hija real. Tu padre gana bien, él podrá mantenerme como a una reina y ya no tendré que volver a pasar miserias, trabajando en un estúpido restaurante ni pasar el día oliendo a fritangas.

—No es cierto... —Los ojos de Emilia se llenaron de lágrimas—. Ella nunca diría algo así...

—Lo hizo, y mucho más. Se embarazó a propósito, para que mi padre se viera obligado a dejar a mi madre por ella, y cuando él se negó a hacerlo, se acostó con Porfirio como venganza, y lo hizo pasar por su *novio*. —Pronunció con sarcasmo esa palabra—. Para hacerle creer que el hijo era suyo. Pero Porfirio no era tonto, sabía que las fechas no coincidían, y que ella tenía mucho más tiempo de embarazo del que había pasado desde que ellos se acostaron, y se negó a aceptar al hijo de otro como suyo.

—¿Entonces el hijo no era de Porfirio? —le preguntó Emilia, incrédula.

—No, claro que no. Era de mi padre, y él lo sabía. Porfirio solo era otra tapadera de las tantas mentiras de Enriqueta, el novio que hacía que todo el mundo viera *a escondidas* —repitió ese tono sarcástico—, cuando en realidad con el que se iba a la cama era con mi padre.

—No, ella nunca habría hecho eso... —Emilia sollozó—. Enriqueta era buena...

—Era una buena mentirosa, solo eso —masculló Magda, apretando el agarre contra Emilia—. Y estaba dispuesta a todo para quedarse con mi padre, incluso a desatar un escándalo y declarar ante todo el pueblo que él era el verdadero padre de su hijo.

—No... —Emilia se soltó a llorar, incapaz de creer aquella barbaridad—. No es verdad...

—Intenté convencerla por las buenas para que parara. —Magda continuó contando, desahogándose al fin—. Le sugerí que se deshiciera de su hijo, pero cuando no pudo hacerlo y se encontró sola, amenazó con hundir a mi padre con ella si él no cedía y se casaba con ella. Le rogué que no lo hiciera, le expliqué

que aquello destruiría a mi madre, pero a ella no le importó. Me dijo que ella y su hijo tenían más derechos sobre mi padre que mi madre y yo, pues su hijo era su sangre, a diferencia de mí, que solo era una hija de nombre... –Magda respiró rápidamente, llena de furia–. ¡Fue entonces cuando tuve que ponerle un alto a esa maldita arpía! –gruñó–. No iba a permitir que dejara en vergüenza a mi familia ni que dañara a mi madre... Eso la habría matado... –sollozó, derramando un par de lágrimas.

–¿Y qué hiciste? –le preguntó Emilia, con vivo dolor en la voz–. ¿La asesinaste?

–Sí –admitió la joven, alzando el mentón–. Planeé todo para hacerlo, fue fácil, conocía toda su vida porque ella me lo contaba todo –afirmó–. Llevo años trabajando en el mismo lugar que mi padre, sé imitar su letra a la perfección, así que fue sencillo escribirle una nota haciéndome pasar por él. Sabía que se reunían en el viejo árbol que queda de camino al lago, donde papá va a pescar todos los sábados, porque la escuché mencionárselo en una ocasión cuando creía que yo no estaba presente. Así que la cité allí. –Su ceño se frunció–. Esperé... Ella parecía contenta, no tenía idea de nada... Pensé que podría convencerla, hacerla recapacitar, intentarlo una vez más... Pero entonces la vi sonreír. Esa maldita sonrisa que siempre ponía cada vez que conseguía salirse con la suya. –Apretó los dientes–. Y me decidí a hacerlo porque en ese momento supe con certeza que ella nunca se echaría atrás. –Inspiró hondo–. Rodeé el árbol por detrás, para que no pudiera verme llegar. Tomé una roca y entonces...

–La mataste –Emilia finalizó su relato, cuando ella ya no pudo hacerlo.

–Sí –asintió–. La maté.... Y no me arrepiento. ¡Ella se lo tenía merecido!

–Aguarda... –Verónica frunció el ceño–. Si tú la mataste, ¿quién era el hombre que ella vio en el camino?

–¿Cómo demonios saben eso?

–Solo contesta la pregunta –le ordenó Verónica, impasible.

–Era mi padre. –Magda admitió, entrecerrando los ojos.

–Supuse que él no sabía nada de la nota –confesó Jenica–. ¿No dijiste que

la hiciste tú?

–No, no lo sabía. Pero el endemoniado hombre siempre tiene que ir a pescar a ese lago, cada sábado, llueve o truene. –Repitió sus anteriores palabras, esta vez con enojo en la voz–. Y ese día no fue la excepción. Solo que yo lo había olvidado... –admitió, agachando la vista, apenada–. Enriqueta alcanzó a verlo, pero yo no, porque ella me tapaba la vista. Para cuando lo hice... golpearla en la cabeza con la roca, él ya la había visto y también lo que yo hice...

–¿Y cuál fue su reacción? –preguntó Jenica.

–Es mi padre. –Los ojos de Magda se iluminaron al verla–. Me ayudó, por supuesto.

–¿Cómo que te ayudó? –quiso saber Verónica.

–Decidimos desaparecerla. Si todos creían que iba a fugarse con Porfirio, lo mejor sería que siguieran pensando eso... y que fue él quien la mató –inspiró hondo–. Así que la subimos a la carreta, y la llevamos hasta el desfiladero que conecta el lago con el río. La desnudamos para que la gente creyera que habían abusado de ella, y luego la lanzamos al vacío.

–Dios mío... –Emilia musitó, bajando la vista para ocultar su dolor.

–¿Y qué hay de la maleta? –preguntó Verónica–. Ella no la llevaba encima

–No, la maleta la armé yo después –reveló–. Me colé en su habitación mientras no había nadie en la casa, metí lo que supuse que ella habría elegido para llevarse consigo, y luego dejé la maleta en la fragua de Porfirio, junto con el vestido amarillo y los guantes, y todo lo que ella llevaba encima ese día, dentro de una bolsa que medio escondí entre las cenizas. Así, cuando todo apuntara contra él y la policía fuera a inspeccionar su casa, encontrarían la maleta y las ropas de Enriqueta que él, supuestamente, habría intentado quemar para desaparecer las pruebas, y ya no quedaría ninguna duda sobre su culpabilidad.

–Eso es vil, Magdalena –le dijo Emilia, negando con la cabeza–. Culpar a un hombre inocente por tu crimen. ¡Incluso ibas a declarar en su contra!

–Él se acostó con ella y de todos modos no quiso casarse después, se lo

merecía –se justificó Magda–. Y supuse que él sería mejor que Jack, quien en realidad nunca hizo nada y siempre fue amable conmigo. Lo que no esperaba era que Porfirio no fuera tan estúpido como supuse, y encontrara antes la maleta y el vestido, y se deshiciera de él. Y peor, que pusiera el vestido amarillo dentro de la maleta, dándoles así las pruebas contra mi padre. –Frunció el ceño y apretó el agarre en el arma.

–Tu padre tendrá que pagar por lo que hizo, y tú también Magdalena –le aseguró Jenica, hablando con voz pausada–. Sabes a la perfección que sus actos no tenían justificación.

–¡Fue justicia! –rebatía la chica–. Y yo no pienso pagar por haber hecho un acto de justicia.

–Magda, por favor, cálmate –le pidió la mujer, intentando lidiar con ella–. Piensa en lo que dirá tu madre cuando se entere de esto. En tu padre, si tanto lo quieres...

–Ya les dejé claro que mi padre me apoya de forma incondicional. –Alzó su arma y la apuntó contra ellas–. Ahora tomen esa maleta y vengan conmigo. Y no intenten nada, o lo lamentarán.

–¿A dónde quieres llevarnos? –le preguntó Verónica, cogiendo la maleta de la cama.

–Hay algo que tienen que ver. –Les hizo una seña para que fueran por delante, sin dejar de apuntar el arma contra Emilia.

Caminaron por el patio trasero de la casa y luego por la calle. A esa hora del día la cantidad de gente era escasa, y las pocas personas que pasaron por allí no les prestaron atención. Además, ellas no hicieron nada que pudiera alterar a Magdalena y poner en peligro la vida de Emilia.

Continuaron hasta llegar a una casa cercana en ruinas. Magdalena, amenazando con dispararle a Emilia, las hizo entrar en ella y luego seguir avanzando, hasta salir a un patio trasero y luego a una habitación conjunta.

Y allí, en medio de ella, encontraron a Venustiano Flores, que en ese momento se encontraba apuntando una pistola a la cabeza de Rahela, a quien sostenía de forma brusca delante de él, usándola como escudo. Y como si

aquello no fuera suficiente, también tenía a Kathe, desmayada en el suelo, a sus pies, rodeada de un charco de sangre que brotaba de su cabeza.

–¡Kathe! ¡Rahela! –gritó Verónica, sintiendo que el alma le abandonaba el cuerpo al ver a sus hermanas.

–¡¿Qué le has hecho a mis hijas?! ¡Suéltalas ahora mismo! –gritó al mismo tiempo Jenica, intentando avanzar hacia ellas, pero Magdalena la detuvo, amenazándola con su arma.

–Me temo que eso no será posible, señora. –Venustiano le dedicó una sonrisa mordaz–. Usted tiene hijas muy bonitas, Jenica, ¿se lo han dicho? –Pasó una mano por la mejilla de Rahela.

–¡Suéltala! –rugió Jenica, forzándose por no correr al rescate de su pequeña, que lloraba bajo el agarre del hombre–. Déjala ahora mismo, malnacido, o te juro que te vas a arrepentir...

–¡No me hables así! –El hombre le apuntó con el arma–. Van a hacer lo que yo diga, o esta niña se muere ahora mismo.

–¿Qué es lo que quieres que hagamos? –le preguntó Verónica, intentando ganar tiempo.

–Afuera espera mi carreta. Subirán a ella en silencio y no harán nada en el camino, ¿entendido? O de lo contrario ella se muere. –Zarandeó a Rahela.

–Rahela... –Jenica miró a su hija a los ojos y asintió–. Sé fuerte, hija.

–Mamá... –musitó la joven, soltándose a llorar–. Tengo miedo...

–¡No permitas que tu hija sufra por tu tozudez! –le gritó el hombre, apretando a la chica contra su cuerpo y pegando el cañón a su sien–. ¡Ahora, hagan lo que les ordeno! ¡Suban al carro...!

–Si subimos a él, estaremos muertas –contestó Jenica, sin apartar la vista de su hija–. Rahela, tú puedes...

–Pero mamá, qué hay de Kathe...

–Yo me encargo de Kathe –le aseguró Verónica, comprendiendo el plan de su madre.

–¡Ya basta! –gritó Magdalena–. No sé qué pretenden, pero será mejor

que... ¡Oh, por Dios! –gritó cuando, de la nada, Rahela se prendió en llamas.

Y con ella todo cuanto la rodeaba, incluido su padre.

Venustiano, al verse encendido en llamas como una antorcha humana, comenzó a gritar y a correr despavorido, pidiendo ayuda.

–¡Papá! –gritó Magda, corriendo hacia el hombre y liberando al fin a Emilia-. ¡Papá! ¡Corre!

El hombre, aullando de dolor, se tiró al piso y comenzó a revolverse por el suelo con Magda a su lado, que no dejaba de golpearlo con los zapatos, en un intento de apagar las llamas.

–¡Vamos, tenemos que salir de aquí! –le gritó Verónica a Emilia, empujándola fuera de la habitación.

–¡No podemos irnos, Rahela y Kathe siguen allí! –gritó Emilia, intentando correr en su ayuda, pero Verónica la detuvo.

–No te acerques al fuego –le advirtió-. Las llamas ya están muy crecidas.

Y así era. El fuego había llegado a las paredes y el techo, y prácticamente ya lo cubría todo.

Si no salían ahora, no lo harían jamás.

Desde afuera se escucharon gritos, de seguro provenientes de los vecinos, alarmados al notar el humo y las llamas.

–¡Cuidado, se está desprendiendo el techo! –exclamó Emilia, señalando el viejo techo de paja de la casa, que ahora ardía en llamas, propagando a una velocidad escalofriante el fuego.

Un trozo del muro se desmoronó y estuvo a poco de caerles encima, de no ser gracias a que Verónica lo detuvo con un movimiento de la mano.

Pero no pudo detener el otro extremo del muro que en ese momento se desmoronó cerca del sitio donde todavía se hallaban Magdalena y su padre.

–¡Rápido, salgan de aquí! –las urgió Jenica.

–Mamá, debo quedarme por Kathe... –replicó Verónica.

–¡Saca a Emilia de aquí! –le repitió Jenica, corriendo hacia las llamas.

–¡Jenica, no lo hagas! ¡Es demasiado tarde! –le pidió Emilia, pero la mujer

no la escuchó y continuó avanzando entre el fuego, que la tragó entre sus llamas.

–Mamá... –musitó Verónica, rezando una plegaria en voz baja mientras empujaba a Emilia fuera de ese lugar, antes de que terminara por derrumbarse sobre sus cabezas.

CAPÍTULO 36

Desde la cárcel, Jack alcanzó a escuchar el alboroto proveniente de la calle.

La gente gritaba y corría a tropel, dándose órdenes y pidiendo ayuda, cubos de agua y gente que acudiera a apagar un incendio que había comenzado en la casa abandonada de la viuda González.

Jack se estremeció al escuchar aquello, sabía que la casa abandonada estaba cerca de la vivienda de Emilia, y no creía que fuera una coincidencia.

—¡Rápido! —ordenó el comandante, llamando a los gendarmes que se encontraban resguardando su celda—. ¡Acudan a ayudar! ¡Y dense prisa, antes de que el pueblo entero se prenda en llamas!

—¡Sí, señor! —exclamaron los hombres, saliendo a la carrera.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jack, tirando de las cadenas que lo mantenían sujeto.

—La casa de la viuda González está ardiendo, y dicen que hay mujeres atrapadas adentro —contestó el hombre, diciéndole justo lo necesario para alterarlo.

—¿Quiénes son las atrapadas?!

—Eso no te importa. —El comandante le dedicó una sonrisa mordaz—. De todos modos, una vez que se hayan apagado las llamas, sus cuerpos quedarán irreconocibles.

—¡Suélteme! ¡Tengo que ir! —gritó Jack, temiendo lo peor, tirando con todas sus fuerzas de las cadenas.

Jack sintió las cadenas aflojarse del muro, al parecer Jenica le había ayudado más de lo que había supuesto en un principio...

—Tendrás que quedarte con las ganas, chico... ¡Oye, no hagas eso! —gritó cuando él, tirando con todas sus fuerzas, consiguió liberar de la pared las cadenas que lo apresaban.

—¡Abre la puerta! —lo amenazó Jack, corriendo hasta la entrada de la celda todo lo rápido que le permitían sus piernas.

—¡Atrás! Te lo advierto... —El hombre sacó su pistola y lo apuntó con ella, pero Jack fue más rápido, y usando la cadena que todavía se mantenía sujeta a su brazo, la usó como un látigo contra él, dándole un fuerte golpe en el rostro, que lo hizo caer inconsciente.

Aprovechando la oportunidad, sacó la mano por los barrotes hasta alcanzar las llaves, que colgaban del cinto del hombre, y con ellas consiguió liberarse. Y luego, usando la misma llave, se liberó de las argollas que mantenían las cadenas sujetas de sus brazos, antes de salir corriendo escalera arriba, haciendo caso omiso del dolor de sus pies heridos.

No tardó mucho en llegar a la zona donde la gente se reunía en torno a la vieja casa, que ardía por completo, como si se tratase de una inmensa hoguera.

Viejos recuerdos se despertaron en él, al recordar la casa de su antiguo patrón, prendida en llamas en medio de la noche, pero se dio prisa en apartar esos pensamientos y concentrarse en lo importante. El comandante había dicho que había mujeres atrapadas dentro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó a una pareja cercana, que observaba boquiabiertos la desgracia.

—No lo sé, ha ocurrido de un momento a otro —contó la mujer, bastante conmovida.

—La casa solo empezó a arder de repente —añadió su marido, abrazando a su esposa en un intento de protegerla del humo y las cenizas que se esparcían por doquier.

—¡Será mejor que se alejen de aquí, las cenizas pueden prender donde sea que lleguen! —les advirtió Jack, comenzando a adelantarse entre la multitud.

Fue entonces cuando vio a Verónica, su rostro y ropa estaban cubiertos de hollín. A su lado, Emilia sollozaba, tenía un aspecto similar al de Verónica, como si la hubiesen pintado de negro.

—¡Verónica! —gritó Jack, dándole alcance—. ¡Verónica, ¿qué ha sucedido?!

–¡No la toques! –le pidió Emilia, y entonces Jack vio su rostro marcado con surcos negros a causa de las lágrimas y el hollín–. Está concentrada... en algo.

–¿En qué?

–No tengo idea, pero no la interrumpas –le pidió ella, volviendo a fijar la vista en la casa en llamas, donde Verónica mantenía la vista–. Creo que ha perdido un poco la cabeza... Y no la culpo.

Jack frunció el ceño, sin comprender.

–¿Dónde está Kathe? –preguntó Jack, impaciente.

–Ella... –Emilia señaló la casa y negó con la cabeza–. Lo siento... –gimoteó, soltándose a llorar otra vez.

–¡No! –exclamó él, avanzando hacia la casa, cuando un oficial lo detuvo–. ¡Kathe! ¡Kat! ¡Ahora voy, Kat!

–No puede entrar allí, señor –le dijo el soldado–. Sería un suicidio.

–¡Suélteme! ¡Kat! –Forcejeó con el hombre–. ¡Déjeme ir, tengo que ayudarla! ¡Kat! –gritó desesperado.

–¡Señor, si no se calma, tendré que ordenar que lo arresten!

–¡Inténtelo, de nada servirá! –Lo empujó, pero el hombre no lo dejaba–. ¡Nada me apartará de ella! ¡Kat! ¡Ya voy, amor! –gritó, y harto, le dio un puñetazo al hombre en la mandíbula, que lo mandó lejos–. ¡Ya voy...! –bramó, corriendo como un poseso hacia las llamas.

Cuando de pronto una persona salió de ellas, caminando entre el fuego como si fuese un acto de magia.

–¿Jenica...? –Jack frunció el ceño al ver salir la figura ennegrecida de la mujer, por completo desnuda, aunque eso era difícil de notar, pues su cuerpo estaba totalmente negro.

Pero ella no estaba quemada. El color era porque estaba cubierta por entero de cenizas y hollín.

Y en seguida Jack, notó que no era solo ella quien salía de las llamas. A su lado iba Rahela, avanzando con la misma pinta que su madre.

Entre ambas cargaban a Kathe, quien, a diferencia de ellas, lucía inmaculada, por excepción de un hilo de sangre que caía por su sien.

–Ya está bien, hija. –Jenica se dirigió a Verónica–. Ahora puedes liberarla. Verónica soltó una exhalación y se dejó caer de rodillas al suelo.

En el mismo instante, la especie de burbuja que había mantenido protegida a Kathe, desapareció, y el humo y las cenizas la cubrieron por completo.

–¡Kathe! –Jack corrió a socorrerla. La tomó de los brazos de su madre y la llevó consigo, al tiempo que Verónica y Emilia corrían a hacer lo propio con Jenica y Rahela.

Con ayuda de algunos soldados que ofrecieron sus chaquetas, cubrieron a las mujeres con ellas y las llevaron de vuelta a la morada de Emilia, donde pudieran encontrarse a salvo, tanto del fuego como de las miradas y preguntas de la gente.

–Colócala sobre la mesa, Jack –le pidió Jenica, cuando entraron al salón.

Jack así lo hizo. Estaba preocupado, Kathe no había abierto los ojos ni recobrado el conocimiento.

–¿Qué le ha sucedido? –preguntó él, cuando Jenica se acercó al lado de su hija.

Ella no habló, solo posó las manos alrededor de la cabeza de Katherina y la luz dorada, ya familiar para Jack, apareció.

–Está mal... –comentó Jenica, frunciendo el ceño–. Llegamos justo a tiempo...

–¿Qué fue lo que pasó? –quiso saber Jack, sintiéndose impotente a su lado.

–La golpeó en la cabeza –contó Rahela, con voz afligida–. Venustiano Flores... Llegó por detrás, sin hacerse notar, y la golpeó en la cabeza. Creo que ella tuvo un presentimiento, pero debió confundirlo con las emociones que debió experimentar en ese momento, cuando descubrimos... –Se calló y miró a Emilia con preocupación.

–¿Que Venustiano era el amante de Enriqueta? –preguntó ella, suponiendo lo que iba a decir.

–¿Qué? –Jack arqueó las cejas, muy sorprendido.

–Eso no es todo. La persona que asesinó a Enriqueta fue Magdalena –le informó Verónica.

–¡No! –Jack debió apoyarse de un poste cercano–. No puede ser...

–Tampoco podía creerlo –musitó Emilia, cruzándose de brazos–. Si esa chica consigue sobrevivir al fuego, tendrá que pasar muchos años en la cárcel. Pero dudo que lo haga.

–¿Mamá...? –Rahela se acercó a Jenica, notando la preocupación en el rostro de su madre.

–Necesito a Liana... –musitó Jenica, negando con la cabeza–. No puedo hacerlo sola... Estoy muy débil.

–¿Cómo...? ¿Cómo que no puedes hacerlo? –preguntó Jack, alarmado.

Rahela tocó a Kathe y negó con la cabeza.

–No hay tiempo para traer a Liana, mamá. –La miró con ojos llorosos–. No aguantará.

–Entonces, tienes que hacerlo tú, Rahela. –Verónica posó ambas manos en los hombros de su hermana.

–¡No...! –La chica se apartó, espantada–. Sabes que yo no puedo hacerlo...

–Verónica tiene razón, no tenemos opción, Rahela –convino Jenica–. O lo haces tú, o Kathe morirá.

Jack sintió como si le atravesaran el corazón con una estaca, y de pronto perdió pie.

Se encontró sosteniéndose con más fuerza del pilar, antes de que Emilia fuese en su ayuda.

–No es cierto... –masculló, furioso–. Ella no puede morir...

–La herida en su cabeza es muy severa –explicó Jenica–. No tengo la fuerza necesaria para curarla, pero tú sí, Rahela.

–Mamá, sabes que no puedo hacerlo. Si ella está condenada... –Negó con la cabeza–. Solo estaré apresurando las cosas. Sabes bien que mi don es también mi condena.

–Rahela, si no haces nada, ella de todos modos morirá. Si intentas curarla, al menos tendrá una oportunidad –le insistió Verónica.

–No... Tiene que haber otra forma... –Rahela cerró los ojos, como si fuera incapaz de seguir viendo a su hermana en esa mesa–. Tu casa no está lejos, Verónica. Vamos a buscar alguna poción, alguna de sus pomadas medicinales. Kathe debe tener algo...

–Nada de eso servirá ahora, te necesita a ti –la urgió Verónica–. Lo sabes.

–Rahela, ¿por qué no quieres hacerlo? –le preguntó Jack, notando que la chica temblaba.

Ella lo miró con ojos llorosos.

–Porque mi don es también mi maldición –repitió la misma frase.

–Rahela puede curar mejor que cualquiera de nosotras. Es la que ha nacido con mayor poder en nuestra familia –le explicó Jenica–. Pero sus curaciones son un tiro de moneda; la persona puede curarse o morir al instante.

–¿Qué? –Jack arqueó las cejas.

–Depende del destino –continuó Jenica–. Si la persona estaba destinada a morir por esa enfermedad, caída, lesión, herida, infección o lo que fuera, morirá inmediatamente, en lugar de los años, días o minutos que tenía de tiempo todavía.

–Es decir que si intentas curar a Kathe, ¿ella podría morir ahora mismo?

Rahela asintió, derramando gruesas lágrimas.

–Es por eso que lo odio... –gruñó la chica–. Y yo no soy la más poderosa de nosotras, es Liana. Y ella es capaz de potenciar nuestros poderes. De estar aquí, podría hacer que mamá curase a Kathe en menos de un parpadeo, solo tomando su mano.

–¿Lo dices en serio? –Jack abrió la boca, sorprendido.

–Pero Liana no está aquí. –Verónica posó una mano en el hombro de su hermana menor–. Y tú sí. Y ahora, depende de ti, Ra.

–Tienes que hacerlo, hija –Jenica tomó su mano por encima de la mesa y la estrechó–. Es mejor tener una posibilidad que ninguna en absoluto.

Jack se adelantó hacia ella y tomó su otra mano.

–No tengas miedo –le dijo, cuando Rahela se giró a mirarlo–. Kathe siempre me ha dicho que el destino es uno, y hagas lo que hagas, no puedes cambiarlo. Y yo sé que nuestro destino es estar juntos.

–¿En esta vida...? –Rahela arqueó una ceja, dubitativa.

Él sonrió, una sonrisa ladeada que también la hizo sonreír.

–En cualquier vida –contestó–. Pero por ahora, sí, en esta vida. Así que cúrala y no tengas miedo, porque ella hizo una promesa y tiene que vivir para cumplirla.

–¿Casarse contigo?

–Darme un buen puñetazo en la nariz cuando yo saliera de la cárcel. – Rahela soltó una risita–. Así pues, anda, niña, y despierta a mi amada, que tiene que venir a golpearme.

–De acuerdo... –Rahela sonrió y asintió–. Lo haré.

–Esa es mi niña –le dijo su madre, dirigiéndole una mirada orgullosa.

–Por favor, apártense de la mesa. –Rahela les pidió a todos, acercándose a Kathe.

Jack notó con asombro cómo los ojos de la chica se volvían casi blancos y sumamente luminosos, al tiempo que una especie de luz comenzaba a irradiar desde ella.

No supo que se estaba acercando a la joven hasta que notó las manos de Jenica envolviéndolo por los hombros y tirando de él hacia atrás.

Tanto ella como Verónica observaban a Rahela con gesto impasible. Bastante diferente al que él debía tener en su cara, con la boca abierta como un sapo intentando atrapar moscas, o la expresión con la que Emilia miraba a la niña, parecía que se le iban a salir los ojos de las cuencas por el asombro.

Rahela posó una mano sobre la frente de Kathe, enseguida extendió la palma de la otra mano por encima de su cuerpo y la movió en círculos tres veces, antes de girar la palma hacia arriba.

Entonces alzó el brazo, y manteniéndolo en alto, hacia el techo, dijo:

–Tu luz, tu decisión. –Habló con una voz profunda y firme, que sonaba rara en ella, ya que por lo general era suave y tímida.

Un rayo, un verdadero rayo luminoso y poderoso emergió de la nada y pasó desde el brazo de la joven y por su cuerpo, para ser conducido hasta su otra mano y a la cabeza de Kathe, que tocaba conectándolo todo.

Fue cuestión de una fracción de segundo.

Menos de un parpadeo que definiría la vida o la muerte de la mujer que amaba.

Rahela dio un paso atrás, dejando libre a su hermana, en la mesa.

Kathe no se movió, no parecía respirar siquiera.

–Kat... –musitó Jack, acercándose a ella con una mano extendida.

Pero no pudo tocarla.

Ramas, salidas de la mesa, la envolvieron, como si de un capullo se tratara. Ramas que entraron en flor y se llenaron de brotes de hojas, volviendo ese trozo de madera muerto, en uno vivo.

–¿Qué está sucediendo? –preguntó Jack, buscando una respuesta en el rostro de Jenica.

La mujer no contestó, se limitó a mirar, con ojos entornados.

Entonces fue Rahela quien tomó la palabra. Acercándose a él, lo tocó por el hombro, y con una sonrisa en los labios, le dijo.

–Está viva.

CAPÍTULO 37

–Tómate la sopa, Kathe –le pidió su madre–. Te hará bien.

–Ya te dije que puedo comer sola, no soy un bebé –contestó ella, de mal humor, apoyándose en el respaldo de la silla mecedora donde estaba sentada.

Era la primera vez que le permitían levantarse de la cama desde el incidente en el que por poco perdió la vida.

Aún sentía que debía agradecerle a Rahela por lo que había hecho por ella, a pesar de que ya lo había hecho en varias ocasiones. Aunque, sin duda, su madre se había llevado las palmas al revelarles a su hija lo orgullosa que estaba de ella, al reconocer que la había superado con creces.

Un mérito que, conociendo el alcance de los dones de su madre, era admirable.

–Pues te portas como uno –la reprendió la mujer, con gesto cariñoso–. Anda, solo un bocado. Apenas has comido hoy.

Kathe suspiró con gesto cansino, y aceptó la cucharada de sopa.

Desde que había estado a punto de perder a su hija, Jenica no se despegaba de su lado, como si tuviera que asegurarse en todo momento de que ella estaba bien. Por más que Kathe le aseveraba que así era.

De algún modo había despertado en esa especie de nido de ramas y flores, y a partir de entonces todo había resultado sumamente extraño para ella, y no podía dejar de sentirse bastante confundida por los eventos que se suscitaban a su alrededor. Para ella, todo había pasado sin que se enterara de nada, y aquello la molestaba, por no haber podido hacer nada para ayudar a su madre o hermanas, y sido una especie de damisela en apuros, a la que tuvieran que salvar.

Al despertar y encontrarse con Jack y su familia abrazándola, supo que algo muy malo estuvo cerca de sucederle. Además, se enteró enseguida por las noticias que corrían de boca en boca entre los vecinos, que la vieja casa

embruada quedó reducida a cenizas, sin embargo, consiguieron recuperar el cuerpo de Magda aún con vida. El de su padre, por otro lado, estaba calcinado en su totalidad.

Fue entonces cuando entre todos le relataron lo sucedido y ella pudo saber al fin lo que había pasado mientras estaba inconsciente, y quién había sido la verdadera asesina de Enriqueta.

Poco después llegaron Carlos y Dorotea, acompañados por Eric y sus hermanos, pues se habían encontrado a la entrada del pueblo, después de llegar de sus respectivos viajes, para encontrarse con la noticia del incendio y que sus familiares habían estado involucrados en los hechos.

Todos lucían alarmados al llegar, preguntando si se encontraban bien y pidiendo explicaciones de lo ocurrido, pues nadie supo con certeza qué decirles en la calle.

Después de una larga plática camino a casa, donde Jenica y sus hijas, con ayuda de Jack, los pusieron al tanto de lo ocurrido, tanto Eric como los muchachos parecieron alterados, pero al mismo tiempo agradecidos porque no hubiese terminado en tragedia para ellos.

Por suerte, habían llegado al pueblo para entregar a Porfirio al comandante de policía, y por ello no habían ido directo a la hacienda. De hacerlo así, no se habrían enterado del peligro que había vivido su familia sino hasta mucho más tarde.

Eric se molestó por lo sucedido, como era obvio, y por el hecho de no haber podido estar presente en el momento de necesidad de su esposa e hijas, pero estaba agradecido de que todo hubiera terminado bien y todos los miembros de su familia se encontraran a salvo, incluido Jack.

Sin embargo, desde entonces no dejaba que nadie saliera de la hacienda solo, por temor a alguna represalia por algún «acto de magia», como él los llamaba, que pudiera haber sido visto por la gente del pueblo, como fue el de Jenica y Rahela al salir vivas y caminando como si nada de una casa en llamas.

–Vamos, hija, si no comes no podrás recuperar tus fuerzas. Di ahhh. –Jenica

acercó una cuchara a su boca.

–Mamá, ya te dije que no tengo hambre. De todas formas, no puedo ir a ninguna parte, así que no hay motivo para que me sienta fuerte de nuevo.

–De hecho, esta mañana tu padre me ha dicho que ha reconsiderado la situación, y nos permitirá salir de la hacienda, siempre que lo hagamos acompañadas –le informó su madre, sonriendo de oreja a oreja.

–¿Lo dices en serio? –Kathe arqueó las cejas, animándose con sus palabras.

–Así es, así que ahora abre la boca y come...

–Quizá yo pueda ayudar. –Jack se acercó al porche donde ellas se encontraban–. Después de todo, Kathe siempre ha estado allí para mí en los momentos en que he necesitado de cuidados. Es mi turno de devolverle la mano.

–Me parece una excelente idea, Jack. –Jenica le dedicó una sonrisa radiante y le alargó el cuenco con sopa, antes de cederle su lugar, en la mecedora contigua–. Los dejó solos para que puedan hablar tranquilamente.

–No es necesario que se marche –le aseguró Jack–. Podemos hablar los tres.

–Eres un encanto, cielo, pero en realidad debo irme. Debo preparar mis pociones, Rahela y yo iremos en un rato a visitar a Magda al hospital. –Suspiró, negando con la cabeza–. Espero que podamos hacer algo por ella, para ayudarla...

Kathe asintió con la cabeza, sin saber qué decir.

Magdalena había sobrevivido de forma casi milagrosa al incendio, sin embargo, había quedado gravemente herida. Y en caso de que sobreviviera, lo haría para pasar el resto de sus días en este mundo con mucho dolor y dificultades, pues las quemaduras, como todos sabían, eran la peor clase de lesión que una persona puede sufrir.

Venustiano, por otro lado, había fallecido en el incidente. Y quizá fuese lo mejor...

De seguro habría habido una fila de personas deseosas de matarlo con sus propias manos, comenzando por Emilia y Porfirio.

Al final, el hombre no resultó ser tan malo como todos habían supuesto.

Después de una larga persecución, su padre y sus hermanos habían conseguido hallar a Porfirio en una cabaña en medio de la nada, donde se había estado ocultando, para llevarlo ante la ley.

El hombre alegó ser inocente todo el tiempo, asegurando que, si había pagado al médico, había sido con la intención de proteger a Enriqueta del escándalo en que caería si se llegaba a conocer que estaba embarazada. A pesar de todo, le tenía cariño a la muchacha, y no quería que su nombre quedara enlodado para siempre por un estúpido error.

—¿Van...? ¿Van a hacer lo mismo que hicieron con Kathe? —le preguntó Jack a Jenica, bajando la voz para que nadie pudiera oírlo, a pesar de que se encontraban a solas.

Jenica sonrió, negando con la cabeza.

—No, lo que Rahela tuvo que hacer para salvarle la vida a Kathe fue un acto desesperado de amor. Se tiene que amar a la persona para poder salvarla de ese modo, Jack. Además, como te lo comentamos en ese momento, es un tiro de moneda entre la vida y la muerte.

Jack asintió con la cabeza, comprendiendo a qué se refería.

—De todos modos, haremos lo que podamos para ayudarla. Tenemos varios trucos guardados bajo la manga —le guiñó un ojo.

—¿Crees que es correcto? —le preguntó Kathe, frunciendo el ceño—. Ayudarla, cuando ella intentó asesinarnos... Cuando mató a Enriqueta...—Su voz se oscureció por la rabia.

—Fue un acto desesperado cometido por una chica que intentaba proteger a su madre y a su familia —le dijo Jenica, con voz paciente y colmada de sabiduría—. No puedo juzgarla por eso. Además, la pobre muchacha ya está pagando las consecuencias de sus actos, y si vive, los seguirá pagando por el resto de su vida. Lo menos que podemos hacer por ella es mostrar un poco de compasión.

–Sí, tal vez... –Kathe apartó la mirada–. Pero no me pidas que haga lo mismo, porque ahora no podría hacerlo.

–Date tiempo, cariño. Quizá algún día consigas perdonarla por lo que hizo. –Jenica posó una mano en su mejilla–. Y no por ella, sino por ti. No cargues por el resto de tu vida con la rabia y el odio que el rencor puede acarrear. Libérate de los pesos que oscurecen tu corazón, y entonces serás libre para vivir plenamente feliz, en completa paz.

Kathe esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza.

–Lo intentaré, mamá.

–Hazle caso a su consejo, Kathe –le dijo Jack, devolviendo la cuchara al plato después de probar a escondidas la sopa–. Yo me habría ahorrado muchos años perdidos por el deseo de una venganza, de haberlo hecho.

Kathe le dirigió una mirada interesada.

–Creí que no te arrepentías de eso porque habías ayudado a una familia.

–Es cierto, no me arrepiento de haber ayudado a la familia de John –asintió Jack–. Pero sí me arrepiento de haber guardado ese rencor, que me carcomía las entrañas, a lo largo de tantos años, de haber perdido tiempo valioso a tu lado y haber estado cerca de perderte para siempre... –Negó con la cabeza–. El hombre con el que trabajaba antes de llegar a México tenía un pensamiento similar al de tu madre; creía en la bondad de las personas. Solía decir que eran el miedo, la debilidad y la ignorancia los que convertían a una persona en un mal ser humano. Y creo que es cierto; si Magda no hubiese tenido miedo de lo que pudo pasarle a su madre al enterarse de lo que estaba haciendo su marido, es posible que no habría actuado como lo hizo.

–Nunca antes me hablaste del hombre con el que solías trabajar –le dijo Kathe, sorprendida por sus palabras.

–Hay mucho de mi vida que no te he contado, Kathe. Y me gustaría que eso terminara.

Kathe lo miró con ojos entornados, conmovida por la profundidad de sus palabras.

—Creo que es hora de irme y dejarlos hablar. —Jenica se despidió, alejándose a paso apurado—. Que pasen una excelente tarde, chicos.

—Siempre me ha sorprendido la sabiduría de esa mujer —admitió Jack, sonriendo con cariño al ver partir a Jenica, a la que había llegado a apreciar como a una verdadera madre.

—¿Jack...? —Kathe buscó su mirada.

—¿Sí?

—¿Podrías...? ¿Me contarías qué fue lo que sucedió cuando te fuiste? —balbuceó, nerviosa.

Jack arqueó las cejas, sorprendido por su pregunta.

—¿Quieres que te cuente lo que hice durante el tiempo que estuve fuera?

—Sí. —Asintió ella, con seguridad—. Nunca pudiste relatarme por completo tu historia, porque no te lo permití... —Agachó la vista, apenada—. ¿Te importaría hacerlo ahora?

—No, por supuesto que no.

Él acercó su silla a la de ella, y con el mayor detalle del que fue capaz, le relató toda su vida, desde el comienzo, empezando por el tiempo en que vivía con su madre, lo devastadora que fue su muerte y el momento en que decidió huir de su padrastro abusivo. También le habló del mundo cruel que lo recibió en las calles, tanto que dudó de si la vida al lado de su padrastro hubiera sido tan mala. Y el momento trascendental cuando conoció a John Walker, ese amable rancharo que le había dado una oportunidad en la vida y lo había convertido en el hombre que ahora era. Y cómo, por la deuda que sentía hacia él, había jurado vengar su muerte y resarcir el daño que esos malnacidos que lo atacaron le habían ocasionado a su familia.

Fue por ello que se había marchado para unirse a los demás vaqueros que habían hecho la misma promesa, y todos, reunidos gracias a Crispín, ese afable y fiel anciano de tez oscura, que había sido también uno de los empleados de Walker, habían trazado un plan que les había llevado casi cuatro años consumir por completo.

Lo consiguieron al fin, tras años de duro esfuerzo, de poner sus vidas en peligro día tras día, de dormir en el polvo de los caminos, en agujeros o cuevas perdidas en la nada, al huir de sus persecutores. Fue duro, pero al final valió la pena el esfuerzo. Lograron matar a todos los implicados en el asesinato de John, y devolverle a la viuda de Walker lo que era suyo.

Ella, como agradecimiento, había vendido el rancho y le había otorgado a cada uno una enorme suma, como agradecimiento, pues no tenía deseos de permanecer sola con sus hijos en esas tierras que tan malos recuerdos le traían.

Los bienes de su marido habían sido lo bastante cuantiosos como para permitirle marcharse con una buena fortuna para poder vivir en paz con sus hijos por el resto de su vida en San Francisco, donde compró una casa. Crispín la acompañó, como el hombre fiel y prácticamente parte de la familia que era.

La misma oferta de acompañarlos la recibió Jack, pero él decidió volver a casa.

Pues sabía que su hogar ahora estaba en otro lugar, muy lejos de allí, al lado de Kathe.

—Me despedí de ellos y vine lo más rápido que pude, para volver a ti, Kat — le confesó—. Fue así como me encontraste cuando nos volvimos a ver, cubierto del polvo del camino que traje conmigo desde Texas, con una pequeña fortuna en el bolsillo para iniciar algo propio y pedirte que me perdonaras por haberme ido, y me aceptaras de vuelta a tu lado, como tu marido.

Ella posó una mano en su mejilla, dirigiéndole una mirada colmada de amor.

—¿Por qué no me lo dijiste antes...? Estuvimos tres años juntos, Jack, y nunca me contaste nada de tu vida pasada. Y luego solo te fuiste... —Una lágrima escapó de sus ojos—. ¿Por qué no solo me explicaste el motivo porque el que te ibas?

—Tenía miedo —confesó él, pasando un pulgar por su mejilla, secando la lágrima.

—¿Miedo de qué?

—De ti...

—¿De mí? —repitió, sin comprender—. ¿Por qué...?

—Si tú me hubieras pedido que me quedara, Kat, lo habría hecho. No hubiera tenido el valor para negarte nada. Aún no lo tengo... —Suspiró, negando con la cabeza—. Y yo había dado mi palabra, debía ir, ¿comprendes?

—Jack... —Estrechó su mano—. Si me lo hubieses dicho, lo habría comprendido...

—Tal vez sí... o no... —Suspiró, encogiéndose de hombros—. No lo sé, Kat. Solo sé que me convierto en un maldito cobarde cuando se trata de ti, y no te habría podido decir que no si me hubieras pedido que me quedara.

Ella soltó una risita baja, negando con la cabeza.

—Si hubiera sabido el motivo por el que te fuiste, me habría ahorrado años de llanto, de dolor... ¿Sabes cuánto sufrí por ti, por no saber siquiera si vivías o estabas muerto, Jack?

—Lo siento, mi amor. Te aseguro que nunca fue esa mi intención. —Él tomó su mano entre las suyas, hablando con sumo fervor—. Todo lo que pretendía fue quitarte de encima el peso de una angustia que no te merecías, y menos por mi culpa. Me iba a jugar la vida, Kat, con todas las de perder, y no podía soportar que tú pasaras los días preocupada por mí, o que en alguno de tus arrebatos de locura, intentaras ir en mi busca, poniendo en riesgo tu vida. Antes prefería que me odiaras por abandonarte, incluso verte casada con otro y feliz.

—Jack, ¿cómo podría estar todo bien para ti, si me hubieses encontrado casada con otro? ¿No acabas de decir que me amas? ¿Es que no te hubiese importado perderme?

—Era una mejor alternativa a la de perderte bajo las garras de la muerte. —Acarició su mejilla—. Verte feliz, como te mereces, Kat. Porque cuando tú eres feliz, todo está bien en el mundo para mí.

Ella le dio un golpecito en la frente, que lo hizo reír.

—Eres un bobo tan grande a veces, Jack —sonrió—. Te amo, pero comprendo

cuál es el deber de una persona, y si era tu deber irte, lo habría entendido. Y es por eso que te perdono ahora, porque entiendo que lo hiciste porque era tu deber.

—Entonces... ¿me perdonas? —Él abrió mucho los ojos, sorprendido por sus palabras.

—Por supuesto que sí, Jack. —Ella posó una mano en su mejilla—. ¿Cómo no hacerlo? Eres un hombre valiente y de palabra, que daría su vida por aquellos a quienes ama, a quienes considera su familia. Sé que lo que hiciste por esa familia en Texas, lo harías por nosotros también, porque ya lo hiciste al entregarte y permitir que te encerraran en esa celda, Jack. Porque diste todo de ti para mantenernos a salvo... Y por encima de todo, Jack, te perdono porque te amo, y no quiero que el rencor nos mantenga más tiempo separados.

—No será así, amor mío. —Él se inclinó, posando su frente contra la suya—. Te he dado ahora a ti mi palabra, mi juramento y mi lealtad. Me quedaré a tu lado hasta el último día de mi vida. Mi único deber ahora es contigo, y con nadie más.

—Y el mío contigo, Jack. —Sonrió, rompiendo la distancia que todavía los separaba para besarlo.

Él la estrechó entre sus brazos, atrayéndola a su regazo para ahondar ese beso que podía decir más que mil palabras entre ellos.

Hasta que escucharon un gruñido bastante familiar que los hizo separarse y alzar la vista hacia la alta figura de Eric, que los observaba con gesto adusto desde debajo del pórtico.

—Más te vale que tengas una buena explicación para tener a mi hija en tu regazo —le dijo con voz amenazante, apretando los nudillos. Chiquito, a su lado, ladró bravamente, como si estuviera esperando la orden de su amo para lanzarse contra su enemigo—. Como que Katherina se estaba ahogando y debiste ayudarla...

—Papá, ya basta, es con mi prometido con quien estás hablando —le dijo Kathe, cruzándose de brazos y dirigiéndole a su padre una mirada tan dura como la que él le estaba dando.

–¿Quieres decir...que al fin vas a casarte con él? –Eric arqueó una ceja.

–Sí, papá. –Kathe sonrió de oreja a oreja–. Vamos a casarnos.

–¡Ya era hora, maldita sea! –gruñó Eric, abriendo los brazos de par en par –. Ahora vengan los dos aquí a darme un abrazo, ¡esto hay que festejarlo!

Kathe y Jack compartieron una mirada de extrañeza, pero no replicaron y corrieron a abrazar a Eric. Chiquito, como si también comprendiera el motivo del festejo, se unió a ellos, lanzando ladridos y lengüetazos por igual.

–¿Qué está sucediendo aquí? –preguntó Alonso, llegando en ese momento, atraído por el alboroto.

–¿A quién están atacando? –inquirió Eduardo, corriendo tras él, acompañado por Tobías, con su inseparable rifle en la mano.

–A nadie, estamos festejando –le hizo saber Eric–. Tu hermana y Jack van a casarse.

–¿Cuál hermana? Tengo cuatro... ¡ay! –gritó, cuando su padre le dio un sopapo.

–No bromees con eso, zopenco –lo reprendió Eric–. Ahora vamos adentro, tengo una botella de tequila para festejar que lleva cuatro años guardada en espera de este momento.

Kathe sonrió, pero su sonrisa se tensó al notar la expresión seria en el rostro de Alonso a medida que se acercaba a Jack.

Él parecía bastante alterado. Jack también se puso serio al ver que él alzaba los brazos, asumiendo que venía un buen puñetazo. Sin embargo, lo que hizo Alonso fue abrazarlo.

–Alonso..., ¿estás bien? –le preguntó Kathe, sorprendida.

–Felicidades..., hermano. –Alonso le tendió la mano, que Jack no dudó en estrechar–. Has demostrado que tú eres quien la merece. Les deseo toda la felicidad del mundo.

Él sonrió, palmeándole a Alonso el hombro.

–Lo mismo te deseo, algún día, cuando halles a la mujer de tu vida, hermano.

–Bien, basta de tanto drama y págame lo que me debes –exigió Eduardo, extendiendo una mano hacia Tobías–. Te dije que ella iba a terminar por aceptarlo.

–¿Es que tú apostaste porque no me casaría? –le preguntó Kathe a Tobías, luciendo bastante ofendida–. ¡De todos, tú eras del que menos lo hubiera creído, Tobías!

–Yo no aposté porque no te casarías con él –le aclaró él, de inmediato–. Aposté a que le meterías un tiro antes de aceptar casarte, que es diferente.

–¡A ti va a ser a quien le meteré un tiro...! –Kathe se lanzó contra él, pero su padre la detuvo.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó Jenica, saliendo de la casa en ese momento, con Rahela y Liana de la mano.

–Amor, vamos a celebrar que al fin tu hija ha aceptado desposar a Jack, ¡saca el tequila de la alacena! ¡Debemos festejar! –anunció el hombre, corriendo a abrazar a su mujer.

–Tendremos que hacerlo rápido, porque acaba de llegar un hombre para avisar que Emilia ha entrado en trabajo de parto. –Verónica llegó en ese momento, con una bandeja con copas y una botella de champagne.

–¿Qué es esto? –preguntó Eric, frunciendo el ceño cuando su hija le hizo entrega del licor para que destapara el corcho de la botella.

–Papá, no refunfuñes y solo ábrelo, por favor –le pidió Vero–. La gente fina celebra con champagne, no con tequila.

–¿Y cuándo compraste esto, si se puede saber? –le preguntó su padre, abriendo al fin la botella.

–Cuando Jack volvió a casa. –Ella sonrió, comenzando a servir las copas–. Yo también tengo mis presentimientos... –Le guiñó un ojo a Kathe.

–¿Por qué tengo la impresión de que tantas visitas a doña Consuelo no fueron mera coincidencia? –preguntó ella, aceptando la copa de su hermana.

–Oh, cariño, por supuesto que no lo fueron –admitió, y girándose hacia Tobías, le extendió una mano frente al rostro–. Ahora págame, yo aposté a que

se casarían antes de terminar el año.

–Aún no se casan, así que técnicamente todavía no he perdido esa apuesta – replicó él.

–¿Es que todos han apostado sobre nosotros? –preguntó Kathe, frunciendo el ceño, molesta.

–No, yo no lo hice –confesó Jack, atrayéndola por la cintura para abrazarla –. Yo estaba seguro que te casarías conmigo tarde o temprano.

–¿Y por qué estabas tan seguro de eso? –le preguntó ella, cruzándose de brazos.

–Porque cuando el destino es uno, no existe nada en el mundo que pueda apartarte de él. –Se inclinó sobre sus labios, hablándole tan cerca, que ella se estremeció con el fervor de sus palabras–. Y mi destino, Katherina Altamirano, siempre ha sido el de estar a tu lado, amándote. Y es lo que seguiré haciendo, hasta mi último aliento.

FIN

Agradecimientos

Tengo muchas personas a las que agradecer por este libro. A todas un sincero gracias, no puedo nombrarlos a todos, pero ustedes saben quiénes son.

Gracias, Rebe Villa, por ser mi lectora cero, por tu paciencia y cariño, por ser la primera persona que lee cada línea. ¡Eres una amiga y persona estupenda!

Gracias, querida Lola Gude, por toda tu amabilidad y tu amistad, sin duda este camino no sería el mismo sin tu compañía, tú lo haces alegre y lleno de vida, gracias por cada momento, Dios te bendiga.

Gracias a Selección BdB y a Ediciones B por su apoyo y por darle luz a este libro, y a mis compañeros de la Selección. Es estupendo poder compartir estas letras con ustedes.

Gracias a mi querida familia, sin la que no sería nada. Gracias a mis hermosas hijas y mi marido, les agradezco su paciencia, amor y apoyo incondicional. Muchas gracias, mamá, eres una gran mujer, madre, amiga y esposa. Sin tu ejemplo de fortaleza, no sé dónde estaría hoy. Gracias por ser ese pilar que tanto necesitamos en nuestra familia, y seguir siéndolo en esos días tan duros... Te amo con todo el corazón, mamá. Gracias, Xime, por ser la mejor hermana del mundo, mi sostén y mi hombro para llorar tantas veces, la mejor amiga, la compañera de risas y mi cómplice en tantas cosas. ¡Te quiero, hermana! Gracias, Rober y Pau, por todo su cariño y apoyo, gracias hermano por tus consejos, tu ternura, tus risas, por ser siempre tan alegre y divertido, por enseñarme a no tomar tan en serio la vida y atreverme a hacer lo que me da miedo. Gracias por tanto cariño, te amo, hermano. Gracias Tom y Panchito, seguramente nunca leerán esto, pero sepan que los amo y siempre los veré como mis pequeños hermanitos consentidos, aunque sean mucho más altos que yo y hace ya años que tengan barba y pelo en pecho. ¡Los amo, hermanitos, son los mejores! Y gracias, mi adorado y muy amado papá, porque sé que aunque

no estés ya físicamente con nosotros, sigues presente en muchas otras formas. Vives cada día en mi corazón, tu recuerdo es mi eterna y constante compañía. Cada día es difícil, pero sé que sigues aquí, conmigo, con nosotros, amándonos y cuidándonos como siempre. Este libro es para ti, papá. Tú que siempre amaste mis novelas, que me hiciste reír a carcajadas con tus comentarios, que me hiciste llorar de alegría al verte orgulloso... Gracias por tu amor, papá. Te amo con todo mi corazón. Siempre vivo, siempre amado, siempre contigo, papá.

Muchísimas gracias a todos mis amigos y familia, han sido un apoyo invaluable, sus comentarios me llenan de alegría el corazón. Gracias por tanto cariño, les aseguro que cada una de sus palabras son importantes para mí. Gracias, querida abuela, Nonna, es la mejor mentora, maestra, oradora, defensora de ideales y de esta escritora, su nieta, que la ama con todo el corazón. Gracias por siempre apoyarme y promover mis libros, es algo invaluable para mí. Gracias a mis queridos tíos, en especial Ulises y Ramiro, los amo a todos.

Gracias, muchísimas gracias, a mis muy queridas lectoras y amigas, ustedes son un gran apoyo, me encanta poder contar con ustedes, su cariño es invaluable para mí. ¡Gracias de todo corazón!

En especial, gracias, querida Martita F. (mil gracias por todo tu apoyo), Wen Sofí, Dany L., Mary M., Beca Vic, Claudia E. Villa, Larisa C., Ana Sanchez, Wi G Mary, Irene Leyva, Luz Sarzo, Inma Labao.

He intentado poner todos los nombres, si me ha faltado uno, por favor discúlpeme. ¡Ustedes saben que los quiero!

Y gracias, por supuesto, a Dios por todo lo que me ha dado.

Gracias, siempre gracias.

Nota de autora

El autismo es un tema muy importante en mi vida, y es la causa que nos mueve en mi familia. Es por ello que me he impuesto la labor de poner un personaje con autismo o un personaje con alguna capacidad especial en cada libro que escribo, con la intención de crear conciencia y abrir los corazones de los lectores.

Buscamos un mundo donde la aceptación, la integración y el amor hacia las personas con capacidades especiales sean una realidad en nuestra sociedad y en nuestro mundo.

Por favor, abre tu corazón y únete a nuestra causa.

¡Apoya a las personas con autismo y con capacidades especiales!

Si te ha gustado

El precio de una venganza

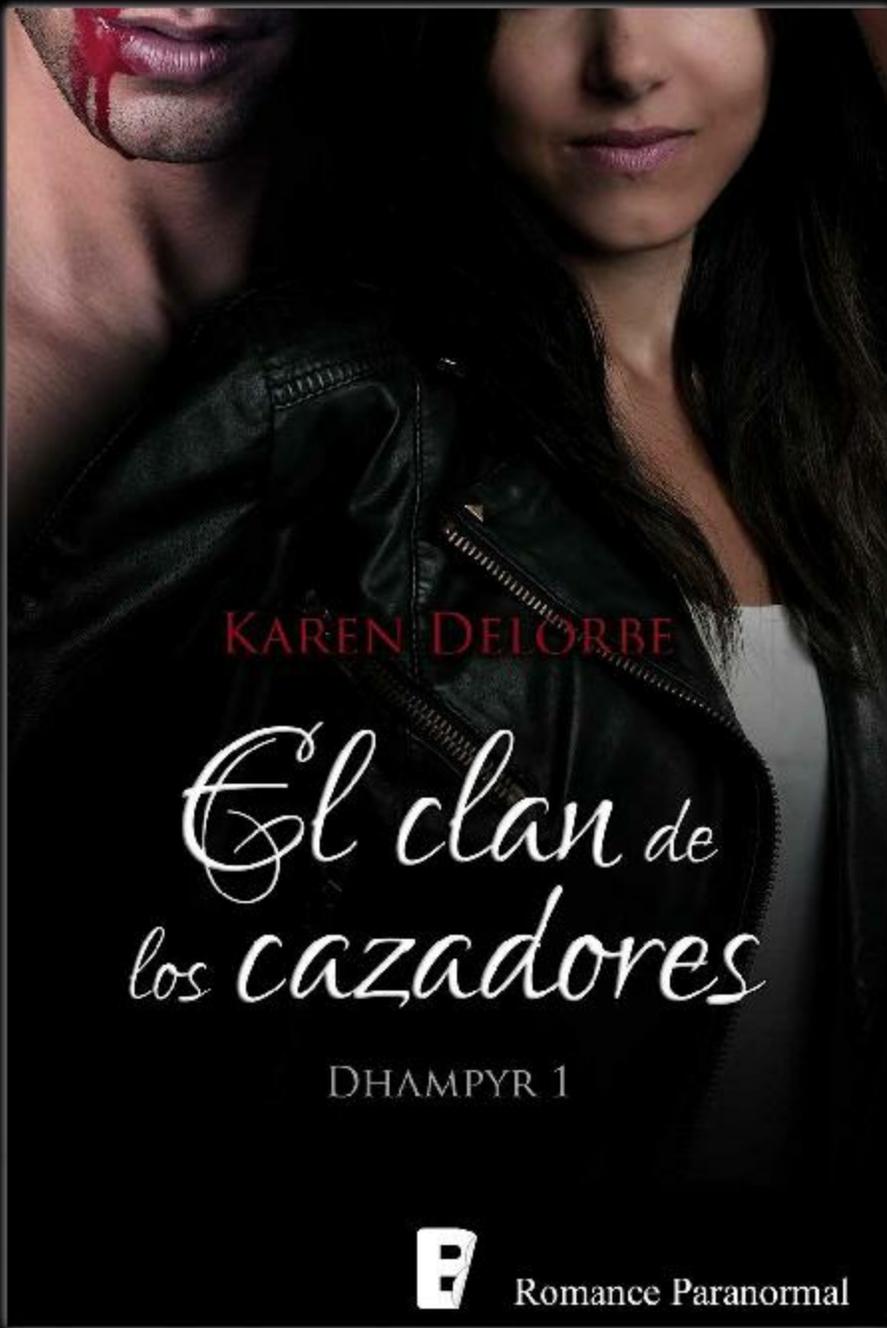
te recomendamos comenzar a leer

El clan de los cazadores

Dhampyr 1

de Karen Delorbe

Selección RNR



INTRODUCCIÓN

Dieciséis años atrás

Mi hijo se acomoda y se cubre con las mantas hasta la cabeza. Me hace reír con ese simple gesto. Quiere que me acerque y le lea un cuento. El fuego arde en el interior de la chimenea, brindándole el calor que soy incapaz de darle.

Me siento a los pies de la cama, como todas las noches, dispuesta a narrarle una historia de esas que mi padre solía contarme cuando yo era pequeña, hace tanto tiempo que hoy apenas es una borrosa reminiscencia de mi pasado. Espero que para mi dulce ángel este sea uno de esos recuerdos que se atesoran en el corazón y jamás se olvidan.

Luego de que se ha dormido, descorro una de las tantas pesadas cortinas de terciopelo verde que cubren todas las ventanas de la casa y miro al exterior, al jardín de rosas. Sé que hay alguien allí fuera; su presencia me pone nerviosa. Mi esposo ha salido a recorrer los alrededores, pero estoy segura de que no se trata de él.

Oigo que la puerta se cierra y pasos se dirigen hacia mí.

—Están aquí, Lucy —me advierte Eric, acomodando uno de los mechones rubios que se han escapado de mi rodete—. Será mejor que se escondan. Intentaré ahuyentarlos.

—Déjame ayudarte.

Sé que teme perderme, pero está loco si cree que voy a dejarlo pelear solo contra ellos.

—Los cazadores son peligrosos —me recuerda.

—Yo también soy peligrosa —respondo. Estoy dispuesta a proteger a mi familia—. ¿O acaso se te olvida con quién estás hablando?

—De acuerdo —musita.

Me abraza y siento los fuertes latidos de su corazón. Podría estar durante horas acurrucada en esos brazos o, quizás, días enteros

—Pero ten cuidado —añade.

—Lo tendré.

Me besa en la frente.

Despierto a mi niño y hago que se oculte en un cuarto secreto que hay detrás de la pared. Mi padre lo construyó para mantenerme a salvo cuando era pequeña. Aísla los ruidos, los aromas y cualquier cosa que nos delate. No hay mejor sitio para esconderse en esta gran casa de piedra. Ellos nunca lo encontrarán allí. La única que sabe de su existencia, además de nosotros, es mi mejor amiga, la hermana de Eric. Se lo mostré en caso de que hubiera alguna emergencia. Solo en ella puedo confiar.

—¿Por qué tengo que meterme aquí, mami?

—Es un juego. Prométeme que no saldrás hasta que venga a buscarte.

—Lo prometo. ¿Vendrás pronto? No me gusta estar aquí. Me da miedo que pueda venir un fantasma. O un monstruo. Tú sabes, de esos que te chupan la sangre cuando duermes.

Supongo que se refiere a los vampiros. Suspiro. Él aún no lo sabe.

—A este cuarto no pueden entrar ni fantasmas ni monstruos. Estás a salvo aquí, Frederick —digo y beso su cabeza. Tal vez sea la última vez que lo haga—. Además, el abuelo te cuida.

Señalo un retrato de mi padre, el único que tengo, en el que posa junto a un reloj de péndulo. Su expresión es severa. Me recuerda a un león a punto de atacar. Me pregunto dónde estará ahora.

—Ese es un cuadro —me informa—. ¿Por qué el abuelo no está con nosotros?

—Porque al abuelo le gusta mucho viajar.

—Y no lo quiere a papá, ¿verdad?

No sé qué decirle. Tiene razón. Mi padre odia a mi esposo; siempre lo ha hecho. Siempre lo hará. Lo que no puedo decirle es que, quizás, también lo odie a él. Eso me duele en el alma.

Hace años que no tengo noticias tuyas.

—Ayudaré a papá y vendré pronto. —Sacudo su pelo alborotado como el de Eric.

Se asemeja mucho a él, pero tiene los ojos penetrantes de mi padre. A veces, cuando lo miro, me asusta. Es como si leyera mis pensamientos, como si supiera las cosas que guardo en lo más profundo de mi corazón. Sin embargo, su dulzura me calma. Espero que nunca cambie.

—¿Me prestas tu libro? No lo dañaré —dice, señalando mi diario.

Él no sabe leer aún, pero le gusta pasar las páginas y mirar los pequeños garabatos que hice en los márgenes. Lo reconforta.

—Por supuesto, mi amor. —Le entrego el cuaderno—. Cuidalo mucho, ¿de acuerdo? El corazón de mami está en esas páginas.

—¡Sí! Gracias, mami. —Se sienta y comienza a verlo con cuidado.

Eric me espera en la planta baja. Me dedica una de esas miradas que te quitan el aliento. Solo Dios sabe cuánto lo amo.

Guardo silencio. No porque no quisiera hablar con él, sino porque estoy atenta a todos los sonidos de la casa: la madera crujiente, las cortinas que se mueven con el viento, el fuego de la chimenea...

Siempre supe que este momento llegaría. Es imposible huir del propio destino; y el mío es morir protegiendo a mi familia.

—¿Estás lista? —pregunta.

Digo que sí con la cabeza. Miento. No deseo dejar solo a mi bebé.

La puerta se abre y vemos aparecer ante nosotros a un joven de larga melena del color de la sangre, seguido por una niña con cabello de ébano. La tiene tomada de la mano. «Es hermosa», pienso.

Un extraño presentimiento se apodera de mí. No son ellos a quienes estábamos esperando. Esa pequeña es como yo. Sin embargo, percibo la cercanía de la muerte.

Eric suspira aliviado. Cree que ha sido una falsa alarma. Ignora que la fatalidad tiene muchas caras distintas y que puede presentarse con el disfraz de la inocencia.

—¿Qué desean? —pregunta, bajando la guardia ante los extraños.

Sabe lo que son, al igual que yo. Quiero advertirle, pero estoy

paralizada. ¡¿Qué ocurre conmigo?! ¿Por qué no puedo moverme?

La niña da un paso al frente y me señala con uno de sus pequeños dedos regordetes. Aparenta tener la edad de nuestro hijo, pero sé que tiene muchos más. Incluso podría tener más que yo. Eso solo puede significar una cosa: peligro.

—A ella —canturrea. Sus ojos emiten un extraño fulgor rojizo. Sus labios se curvan—. La deseo a ella.

En ese instante, Eric se da cuenta; pero ya es tarde para él.

Y para mí.

Agradezco que nuestro hijo se encuentre a salvo. Dios quiera que nunca logren encontrarlo. He hecho todo lo que estaba en mis manos para protegerlo. Mi único deseo es que sobreviva.

*Lucinda Cole
Septiembre, 1993*